

ENRIQUE ARQUES

Tres sultanes
a la porfía
de un reino

(Del Diario de un cautivo)



1952

EDITORA MARROQUI

TETUAN

Tres sultanes
a la porfía de un reino
(Del Diario de un cautivo)

DE ENRIQUE ARQUES

LOS MOGATACES (Los primitivos soldados moros de España en África).— LA ISLA DE CALIPSO (Mitología del Estrecho).— TIERRA DE MOROS (Estampas de folklore). Ts. I y II.— LA EPOPEYA DE AFRICA: 17 DE JULIO (Crónica de un testigo). 2.^a edición.— EL MOMENTO DE ESPAÑA EN MARRUECOS (2.^a edición).— EL CAMINO NUESTRO.— JELIMA (Fotogramas de una leyenda).— HUELLAS DE LA HISTORIA FABULOSA EN LA LIBIA MAURITANA.— TRES SULTANES A LA PORFIA DE UN REINO (Del Diario de un cautivo).— ESPIAS EN GIBRALTAR (Del Diario de un corresponsal de guerra).

Próximo a publicarse:

EN BUSCA DE LOS IBEROS (Ensayo de investigación: Iberos y bereberes).— LA ISLA DE CALIPSO (2.^a edición, ampliada con el mito de los Atlantes).— XAUEN, LA ESCONDIDA (Un poco de historia y de leyenda).— CASTILLOS ENCANTADOS (Panorama de Benzú).

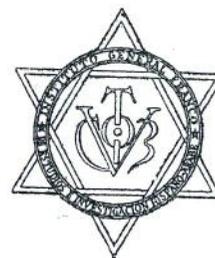
En preparación:

TIERRA DE MOROS (Estampas de folklore). Tomo III.— CAROS VARONES DE CASTILLA (...por lo que costaron a España).— PASOS Y TROPIEZOS DE LA REPUBLICA EN MARRUECOS (Crónica de un testigo).— EL PROTECTORADO VISTO DESDE DENTRO.

ENRIQUE ARQUES

Tres sultanes a la porfía de un reino

(Del Diario de un cautivo)



1952

EDITORA MARROQUÍ
TETUÁN

Esta obra es del autor, y nadie podrá,
sin su permiso, reimprimirla en España,
ni en los países con los cuales se hayan
celebrado o se celebren en adelante
tratados internacionales de propiedad
literaria.

El autor se reserva el derecho de
traducción.

Queda hecho el depósito que marca
la ley.

COPYRIGHT by
ENRIQUE ARQUES, 1952

*A los cautivos que supieron
de esta tristeza de la mazmorra
y de la humillación de la cadena.*

Alguna vez, de niño, me sedujo la fantástica aureola de aventura y riesgo que envolvía siempre a los que estuvieron cautivos. Yo sentía una apasionada admiración por esos grandes nombres históricos que alcanzaron en el cautiverio la fama romancera de su esclavitud; pero también una entrañable veneración por la sombra de esos nombres humildes, vulgares, casi desconocidos, que una mano temblorosa, cargada de cadenas, escribió en las paredes de piedra de las mazmorras, para que luego los borrara sin piedad ninguna la mano muerta de los siglos; me subyugaba la santidad resignada de los pobrecitos misioneros que sembraban sus vidas como florecillas en tierra de moros... La cueva de Argel la veía yo con mis ojos asombrados de niño como un templo donde había que estar de rodillas; también las mazmorras de Tetuán debían ser un santuario para nuestros peregrinos; Cervantes era para mí más héroe envidiable por haber sido cautivo que por haber estado en Lepanto; la más alta proeza del príncipe Constante, de esa gloria bendita de Portugal, la miraba yo como el resplandor de una estrella en la maravillosa aureola cristiana de su cautiverio.

Me seducía el incentivo de la aventura. Era, quizá, un presentimiento de la que me rondaba muy de cerca, cuando apenas mi juventud acabara de florecer. Mi admiración ilusionada tendría pronto, en mí mismo, un episodio triste donde escarmentarse. En seguida iba yo a ver, y a sufrir, lo que cuesta perder la libertad

en manos extrañas. Todo el relumbre heroico del romance iba a convertirse en una angustiosa realidad, con peligro de muerte. En un día iba a saber que no vale nada la vida. ¡Y era casi un niño!

Mi cautiverio fué en el Rif, la tierra entonces de nadie, donde el valor de cada uno constituía la fuerza de la tribu; quien tuviera más armas y más hombres con ellas en las manos mandaba más que nadie, y este poder de unos sobre otros dentro de la kabila se imponía así, a tiros; y luego, a tiros también, se ganaba el predominio de una kabila sobre las demás; era la razón del más fuerte; no había más ley que la de los fusiles, que era la terrible ley rifeña del Taliön; el más valiente era el dueño absoluto de vidas y haciendas; nadie acataba la soberanía del sultán ni reconocía la autoridad majzeniana; no se pagaba más tributo que el de la sangre; el concepto nacionalista de la independencia se encerraba en el límite estrecho del aduar; la idea de patria no salía del cerco de pitas y chumberas de cada casa; cada casa era como un reino de sí mismo y cada kabileño era por sí solo el Estado, con su ley de la fuerza, que era la razón de las armas. Y este individualismo feroz se transfundía a la propia naturaleza del país, que hacía de la inviolabilidad de su suelo uno de los orgullos más fanáticos de su intransigencia. El país, todo el país, desde Gomara a Kelaía era una tierra inasequible y bravía, que ningún extraño había pisado nunca. El Rif se vanagloriaba entonces de su obstinado encerramiento, que nadie había podido violentar. Un paso, nada más que un paso, costaba la vida.

Y, sin embargo, era un riesgo que me atraía con la tentación irresistible de ver el primero lo desconocido. Descubrir y andar tierras nuevas. Romper el encanto de irás y no volverás. Correr la aventura de lo imposible. Llegar antes que nadie a embelesar los ojos en aquel lejano panorama de montañas azules que nos tendía, más allá de la bahía de Alhucemas, los brazos abiertos de sus dos promontorios, del Morro y de Kilates. ¡El Rif!... Estaba

allí mismo, tan cerca y tan lejos, casi al alcance de la mano, casi perdido también en lo inaccesible, con su impenetrabilidad defendida fanáticamente, aislado del mundo, sin relación con la vida nueva, sin existencia histórica, fiero, indómito, salvaje, bellamente salvaje... Y estaba en la orilla misma del mar de la civilización, precisamente en la angostura ibérica, donde fué primero el contacto con la cultura invasora y dominadora de los pueblos navegantes y conquistadores, que sembraban de luz todas las tierras con la gracia imaginativa de los fenicios, el genio fecundo de los griegos y la fuerza imperial de los romanos. Siglos y siglos, hurano y quieto, agazapado allí entre las barrancadas de su cordillera bravía, con la soberbia escondida en el alma, implacable, que despreciaba y repugnaba todo lo que no fuera su religión y su cultura dormida en el primer paso de su primitivismo, tal como lo conociera la edad fenicia...

Y este terrible cerco inviolable podría franquearlo, de un salto, con un poco de audacia, un niño. Y lo salté.



EL PRIMER SURCO DEL CAMINO EN EL MAR

Yo rememoro —al repasar en este instante las páginas de mi Diario— mis largas horas de absorta contemplación, asomado al viejo antemural de la Plaza de Armas, en la soberbia atalaya de Alhucemas, embebida la vista en el dilatado panorama de la ancha y hermosa vega, con la misma apasionada ilusión de un enamorado que nunca podría tenerla.

—Ningún cristiano —me decían— ha pisado jamás esas tierras.

Las tierras que yo miraba con el afán aventurero de irme a ellas y andar por todos los senderos de sus caseríos, diseminados por el llano y sus laderas y casi escondidos en la frondosa espesura de los setos y los bosquecillos. Y se me iban los ojos, embelesados, con la tentación de ser yo también, algún día, como uno cualquiera de aquel mundo humano tan pequeñito en la lejanía, imaginario paisaje lunar, dispersas sus diminutas almas vivientes, como hormiguitas, por las cintas amarillas de las veredas y los atajos tortuosos, lentamente, cansinamente, con su carga y su recua, camino de los zocos y de la aldea. Eran figuritas trajineras que vagaban por el inmenso belén, pardas y blancas, infinitesimales, tardo y perdido su rumbo en la enorme extensión de la campiña, en cuyo fondo relucían los cristales del río. Y aquella columnita de humo señalaba la vida de un hogar, con su ajeteo labriego, el bullir de las mozuclas en la senda del pozo y el grito y la risa de los niños.

...mas acá, entre los árboles, la alegría blanca de la mezquita. Y aquí mismo, en la orilla del mar, junto a la cueva de Adrar Sel'lun, los cárabos echando las redes en el reverbero de plata y de espuma; la jábega y la trailla de sus jabegotes a rastras de la sogá, como cirineos, hincándose en la arena; el trasiego de la romería en la playa infinita, con bullicio de feria y mercado; las navecillas que iban y volvían de la isla rebosantes de carga y de algarabía... Toda la vida faenera de aquel pequeño mundo concentrada en este trozo de la panorámica microcósmica, entre el cerco redondo del mar y el regazo formidable de la cordillera, donde en sus picos rasgaban las nubes sus jirones poniéndoles coronas blancas como de nieve. Un imponderable diorama de vibraciones de colores en la transparencia del cielo y del agua, desvanecido en el vaho caliente de la tierra... Se iban los ojos cautivos ya de aquel cuadro soberbio que la naturaleza, con sus gracias creadoras, colmaba de atractivos para el encanto de la seducción.

—Ahora menos que nunca se podrá ir a esas tierras —me advertían los agoreros y timoratos—, porque Bu Hamara tiene levantado todo el país en guerra...

Y yo entonces, ante la predicción del pusilámíne, sentía más avivada en mí el ansia impulsiva de romper el arcano de la tierra vedada.

—No irás—me decía con dejo lloroso de súplica persuasiva la ternura de la niña ilusionada.

—No debes ir—me repetía la voz cauta y juiciosa de mis familiares soliviantados.

—No puedes ir—atestiguaban los propios rifeños adictos, convencidos de la fanática obstinación de las kabilas, todavía en tan primitivo estado de incultura.

—No vayas—me apercibía mi instinto de conservación, lógico y prudente.

Pero si todos, al parecer, estaban convencidos de que era una imprudencia temeraria el arriesgar la flor de la vida por una aventura irreflexiva de los años mozos, no me faltó, sin embargo, la tolerancia complaciente de mi buen padre, que sentía, sin duda, más que yo, la propensión a ir desvaneciendo las sombras de tantos prejuicios tradicionales que sostenían la inviolabilidad del campo moro. Pero era el Gobernador Militar de la isla y no podía quebrantar de pronto y por sí mismo un cerco que llevaba, con aquel cerril prurito de intransigencia más de dos siglos de pasividad histórica. Tal como el príncipe de Monte Sacro dejó conquistada la plaza, así estaba desde entonces. Dos siglos encaramados en la centinela de la roca, como en un nido de águilas, sin poder pisar siquiera la ribera de la playa. Pero la bandera ondeaba allí como en el mástil de un navío de piedra, avisando a los demás que se podía navegar libremente la ruta que fué de los piratas. Allí estaba España anclada, en misión perenne de garantía, en servicio de la paz de todos.

Pero la heroica epopeya del mar se fué trocando en una aleve contienda de la diplomacia internacional, y la isla vino a marcar en el mapa de las discusiones una referencia innegable de los derechos españoles. Allí empezaba España. Y aquella piedrecita en el mar, con sus murallas carcomidas de viejas, señaló un límite inasequible a las ambiciones de los que ya llegaban tarde. Era también otro testimonio de la soberanía de nuestras plazas en el Mediterráneo. Por esto había que ir, más allá del mar, a la tierra firme, a mantener asimismo el predominio de nuestra influencia. Nadie tenía en el Rif más arraigo que España.

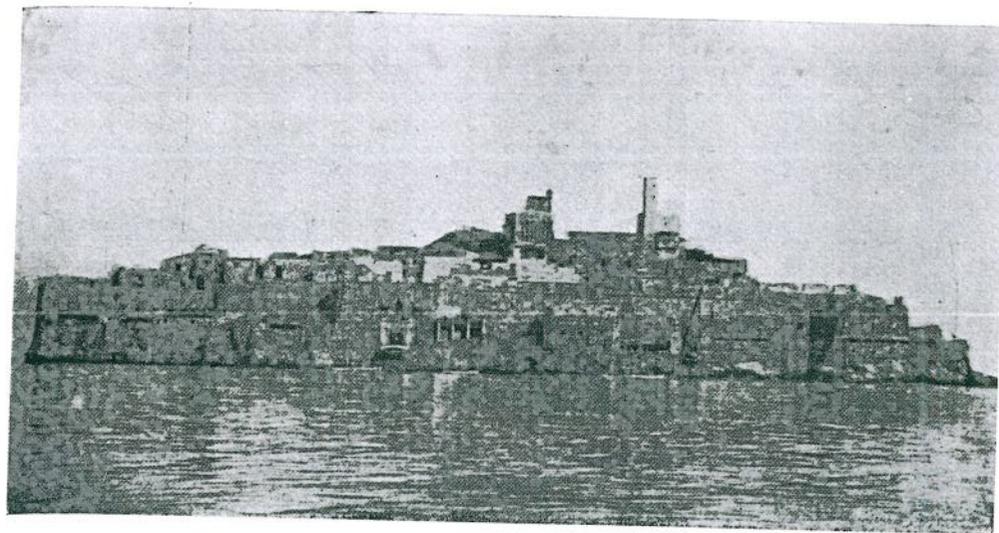
—Pero ahora —me decían— Bu Hamara es el único señor de esa tierra que parecía sin rey.

¡Bu Hamara! Otro incentivo más para el afán mío de aprender la geografía y la historia andando por sus mismos caminos. ¡Bu Hamara! El personaje fantástico que llenaba de ruido y de fama

los aires populares del romance; un ser prodigioso al que se le creía dotado de todos los poderes mágicos de la gracia sobrenatural; el nombre que temblaba en todos los labios con el miedo y el asombro de su omnipotencia; invulnerable a las balas y al hierro; conoedor profundo de la ciencia profética; sabio de las artes ocultas... Se contaban de él cosas inconcebibles. Era adivino y taururgo, aojador y hechicero; cuando quiso, se escapó, desapareció de la cárcel de Mequinez, donde el sultán lo tenía atado con cadenas; le había predicho al famoso Menebhi, en la misma prisión, que sería libertado y llegaría a ser ministro principalísimo de Abdeláziz, lo que acertó; con una fe ciega se le creía encarnado en el príncipe Mohamed, primogénito de Muley Hasán; se fundía en dos naturalezas... había que ir a conocerlo.

Y la casualidad de una visita inesperada hizo posible que se realizara el sueño inverosímil. Llegó a la isla Gabriel Delbrel, con una carta del Comandante General de Melilla encargando que se le facilitasen los medios para que pudiese hacer una excursión de estudio a las kabilas fronterizas, Beni Uriaguel, Tamsaman y Bokoia, y no se me podría ofrecer mejor ocasión de correr su misma suerte. También el renombre de Gabriel Delbrel era entonces muy sonado en las turbulencias del Imperio. Geógrafo, viajero y publicista francés, conocidísimo en los centros culturales y políticos del colonismo galo, había puesto asimismo sus méritos al servicio de Bu Hamara, desempeñando en su ejército un cargo de funciones parecidas al de su jefe de estado mayor.

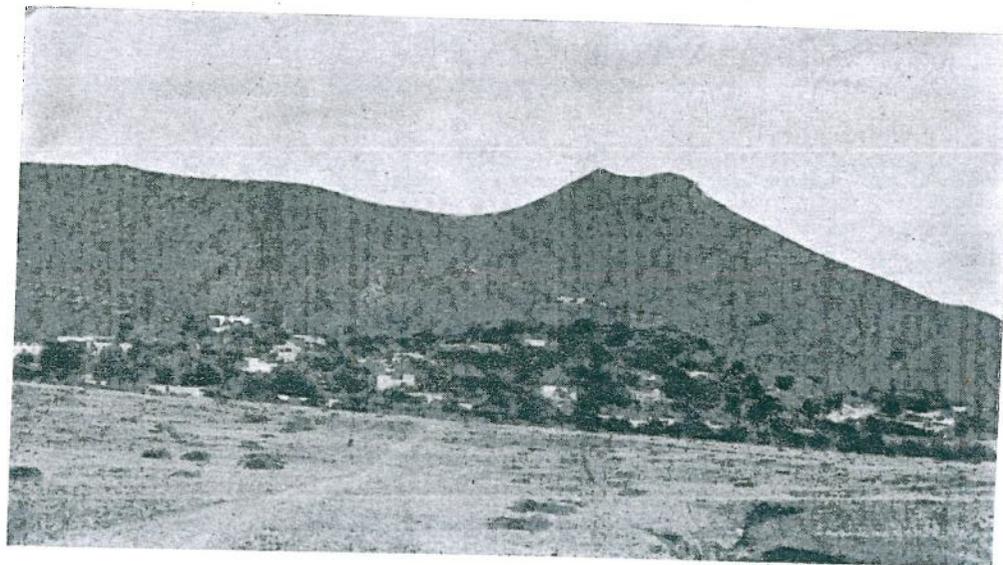
Y una bella mañana, en los comienzos de una primavera con todas sus gracias florecidas, siguiendo el primer surco del sol en la dorada llanura del mar, nos fuimos al Rif.



La isleta de Alhucemas no es más ni menos que un barco de piedra anclado frente a la playa dorada y verde de Axdir, con la torrecilla de su atalaya —puente de mando— que hizo construir mi buen padre Don Mariano, Comandante Militar de la Plaza.



Tafensa, risueño y bello aduar de la fracción de Izmoren, en la kabila de Bokoia, retrepado en el monte mondo y lirondo, apiñado su caserío entre el resplandor alegre de sus frondosos bosquecillos. Fué nido de piratas, con hazañas sus hombres de muy amargo recuerdo.





Si Dadi Ben Mesaud, que era entonces uno de los kaides más influyentes de Bokoia.

El xerif Sidi Hamido El Uazani, jefe prestigiosísimo de la Zauia de Snada, en Beni Iteft.



El célebre «moro Joaquín» Ibáñez Bellido, aragonés, nuestro criado en el cautiverio, y Laarbi Haddú de Alí, lealísimo confidente de Bokoia al servicio de España muchos años.

PARTIENDO EL PAN CON LOS PIRATAS

Y una bella y rosada mañana nos fuimos al Rif. Ibamos a rasgar, en un instante, con la mano y con los ojos, su misterio. Yo, el primero, el más joven, español. Conmigo el geógrafo Delbrel, prototipo del explorador de tierras impenetrables, y un viejo fakih, el Hach Otman, oriundo de Kelaia, que nos acompañaba y servía a modo de cronista y anotador de los itinerarios. Y con nosotros, un grupo de leales amigos, de bien probada fidelidad, kabileños de Bokoia; el bueno de Larbi Haddú de Alí, confidente del gobernador de Alhucemas; el kaid Si Dadi Ben Mesaud, tan utilísimo entonces al servicio español; el famoso «Sivera», corsario que fué de temerarias hazañas en estas mismas rutas; «Carmen», el apacible y sumiso, tan apegado a lo nuestro; el siempre propicio «Buyelud»; uno de los Bugaba, de tantos de su familia...

El motivo primordial de la expedición era conocer el país ignoto, inexplorado todavía, donde perduraban los vestigios de poblaciones de tanta nombradía histórica como Nekor y Bades; recorrer las kabilas de Temsaman y Bokoia, de lugares muy atractivos por la tradición; subir a la montaña, junto al cielo, para llegar a las recónditas tribus de Gueznaia, Beni Ammart y Beni Tuzín, cuya existencia real parecía increíble... Y como razón secundaria del viaje, precisar los itinerarios de los mercados

principales de la región central rifeña, con vistas al estudio de un plan de intereses conjuntos para el fomento de la influencia comercial española. Mucho y nada. Porque si el intento era atrevido en demasía, también los impedimentos habían de ser insuperables. Mucha tierra delante y nada de garantía en las tribus. A pesar de ser la época de más prestigio y predominio de la influencia española en el Rif. Pero la aventura sobrepujaba las posibilidades de llegar y pasar.

El intento primero iba a ser en Bokoia, la kabila más propicia entonces a dejarse pisar. No hacía tanto tiempo que había sido casi arrasada por la mehal-la del temible Buxta El Bagdadi, y el riguroso castigo la había sumido en una postración acobardada. De la kabila más fuerte y valerosa —tuvo hombres de fama imponderable— vino a convertirse en la más blanda, débil y sumisa. Una vez, el padre del kaid Solimán entró a tomar represalia en la kabila, por una de esas terribles vindicaciones del talión, y no hubo nadie que se le resistiera. Y con el bravío montaraz no iban más que unos cuantos de su familia, cuatro o cinco fusiles. Pero Beni Uriaguel, la poderosa, la dominadora del Rif, estaba detrás con el apoyo de todos sus hombres. En otra época no hubiera sido posible tamaña audacia, porque Bokoia era la preponderante. Empezaríamos, pues, nuestra expedición por Bokoia. Además, nos atraía esta banda costera de la geografía transfretana, donde fueron recientemente los abordajes más inauditos de la piratería rifeña.

¡En la orilla misma del Mediterráneo! Esto era inconcebible. Haber llegado tan henchida de civilización al siglo XX y no poder arribar Europa, con todos sus poderes marítimos, a este litoral fronterizo, cerrado y hostil como en los tiempos cartagineses. Cuando ya habían cruzado, por un cabo más allá, las naves conquistadoras de Don Juan I y las descubridoras del Infante Don Enrique; y por aquí mismo la armada de Estopiñán y luego los navíos de Pedro Navarro y de García de Toledo; y habían puesto

sus pies y sus lanzas nuestros soldados en la ciudad de Vélez y en las Torres de Alcalá; y ganaron sus glorias más bizarras en estas aguas las galeras de Cisneros, Doria, Bazán, Alcaudete, Leiva, Rocafull, Cornejo... Y ondearon en estos mismos vientos las banderas triunfales del propio Carlos V y de Don Juan de Austria... Y todo este tropel invencible y este estruendo bélico de barcos y armas, cruces y blasones, trofeos y estandartes reales, desfiló como en un paso honroso y se desvaneció en seguida la grandiosa epopeya del mar, sin haber clavado para siempre las banderas en la tierra firme, sin haber dejado la conquista florones nuevos para la corona... Porque Melilla, un castillo, fué antes; Ceuta vino de otras manos después, y los Peñones se desmoronaban...

Sentíamos la viva ansia de asomarnos pronto, desde las escarpaduras altas de Bokoia, para otear la ruta de tantas reales armadas que cruzaron a lo largo de aquí, sin que sus grandes capitanes acabaran la historia que empezaron...

Desembarcamos en el Morro, en los islotes, donde hoy está Villa Sanjurjo, que entonces era sólo un erial, triste y desolado, sin un árbol, sin una casa, sin un vestigio de cultivo y de vida. Una montaña monda y negruzca, resquebrajada, carcomida y rota de vieja y de azotada por los temporales. Seguimos el camino polvoriento de Igraiach, descansamos en la mezquina aldea, en casa de «Sivera», y subimos hasta Tafensa, el alegre y pintoresco aduar, disimulado nido de piratería, de donde bajaban a las playas de Ixdain y Busicur los audaces corsarios para el acecho de los navegantes. Algún día deberíamos contar la historia de aquellos hombres bravos, que vivían de la pesca más terrible del mar: barcos y cautivos. Y, sin embargo, allí estaban ahora, apaciblemente con nosotros, sentados a la misma mesa, compartiendo la misma comida y las ofrendas bíblicas del pan, la miel y la leche con ese aire tímido y sencillo de los aldeanos buenos. Nada descubría en ellos, tan apocados y humildes, acurrucados dentro

de sus pardas yilabas cortas y raídas, la fiereza que habían demostrado en los lances sangrientos de su oficio, en lucha de abordaje contra las naves, amedentrándolas y acosándolas con sus cárabos, frágiles y estrechos, negros y relucientes como delfines. Ya tenían ellos la vanagloria de unos laureles, que no cambiaban por los de Barbarroja, prendidos en los nombres del laúd «Miguel y Teresa» y del cañonero «Cocodrilo», españoles; del brick barca francés «Prosper y Corin»; del buque italiano «Fiduccia»; del portugués «Rosita»... Colores de todas las banderas y emblemas de todas las matrículas habían pendido, quizá, de aquellos muros terrosos del caserío alegre y pintoresco de Tafensa, como trofeo de cada hazaña ganada y vencida por ellos en el mar. Y allí mismo, en Tafensa, tal vez en la misma estancia donde reposábamos —mientras cada uno contaba el episodio más terrible de su vida— estuvieron, con su dolor y su tristeza, los cautivos cristianos que aquellos mismos pescadores, tan sencillos, vendían luego en los zocos...

Y yo, sin oírles, sumido el pensamiento en la lejanía del recuerdo angustiado, revivía en la propia escena y con los propios personajes el drama doloroso de su calvario, donde los cautivos padecieron también su pasión...



LA ORACION DE LA NOCHE

Esta noche cenaremos y dormiremos en casa de Si Dadi. Hemos pasado el día en la casa de Laarbi, donde este lealísimo confidente de España nos agasajó con cuanto de bueno y grato pudiera más estimarse en la gentileza y rumbo de la cortesía rifeña, y ahora reposábamos en la placidez indolente de este hogar refinado con todas las comodidades posibles de un señorío en la aldea. Aquí, en esta amplia sala, resplandecía ese lujo vanidoso del gran hacendado que quiere sobresalir con su ostentación por encima de la rusticidad de los otros. Vestía Si Dadi al uso de los tetuaníes y montó su vivienda también con los más costosos atuendos de la costumbre ricachona en la ciudad. Todo en él, su persona y su casa, revelaba un deseo presuntuoso de descollar, de distinguirse por su porte y su boato, como de una condición superior, contrastando su alarde con la sencillez simplísima de sus coterráneos. Si Dadi tenía también en Tetuán casa opulenta y mujer de alto copete, y tal vez por eso y por su natural presunción lo había cambiado todo en sí. Desde la ropa al lenguaje. Ya no ceñía la cabeza con la madeja de cordelillos, el raído trapo blanco o la funda de paño del fusil, sino con el torneado y pulido turbante de céfiro enrollado al tarbuch, como un copo de nieve sobre lo rojo; la típica y ruín ropilla rifeña la trocó por el soberbio caftán y el flamante albornoz azul; la gumía por la pistola... Y en la casa,

lo de esparto por lo de lana; la estera por la alfombra mullida y el tapiz de seda; el lecho de cañizo por la cama de corona dorada; la cortina de percal basto por la colgadura recamada de seda de colores; la bandeja de cobre por la de plata... Y había sabido atemperar su aire y sus modales a su nueva distinción, expresándose en árabe con una dicción purísima, sin el dejo peculiar rifeño. Era conversador infatigable, reiterativo y cansino; pero cordial y bondadoso, apegado sincero a las cosas españolas y servicial en grado sumo, desviviéndose por ser útil. Sentía por mí un hondísimo afecto y lo evidenciaba asiduamente con su solicitud y su deferencia. Me consideraba como a un niño confiado sólo a su cuidado y garantía. Un compromiso del que había de responder ante mi padre, el gobernador de Alhucemas, que, para él, significaba tanto como una obligación con España.

Su hermano era la antítesis: más joven, bajo y nervudo; de aspecto tosco y bravío; la piel, áspera y curtida, bruniada de sol; su actitud, recelosa, como de hombre siempre acechado por alguna amenaza; la cabeza, monda, con la greña encrespada; vestía la yilaba corta y burda, apretada a la cintura por una correa, para mejor andar por el monte... Era el tipo cabal del beréber cerril; pero transfundía de todo su rudo ser, de su hombría, esa gracia simpática y sugestiva de los valientes. Porque era intrépido y temerario hasta lo inconcebible.

(Recordemos algún caso de su vida azarosa. Años después de esta época de nuestro Diario, esa fiera de monte realizó una de aquellas majezas que tanto renombre le daban. Fué allá por los últimos meses del año aciago de 1921. Atacaba el cabecilla Abdelkrim nuestra plaza del Peñón de Vélez, y un día, mientras el cañón y la fusilería rebelde batían furiosamente a la vieja y arrasada fortaleza, dominándola desde las cumbres y acantilados que la cercaban y haciéndole imposible la defensa en las murallas casi derruidas, se echó aquel bárbaro al mar, cruzó a nado el canal

angosto que separaba de la costa al Peñón y saltó a los riscos de la Isleta, donde se hizo el dueño del baluarte abandonado. Desde allí, metido entre las rocas, apoyó, en la noche, el paso de sus secuaces, tan cerriles como él. La plaza acosada por todos lados, casi acorralada, desmantelada, sostenida en el último extremo por un heroísmo insuperable, tuvo que incendiar y volar el puentecillo de madera que la unía a la Isleta. El osado, con su cuadrilla, encaramado como las fieras en este espigón del istmo roto, se atrincheró más fuerte, haciendo más costoso y difícil el apoyo posible al castillo cercado. Y, demostrada así unos días su audacia valerosa, que era lo que le importaba, abandonó el empeño vano y volvióse con los suyos otra vez a la kabila. Después, en otra ocasión de la misma guerra, vino a Tetuán a servir a España en los contingentes del kaid Solimán El Jattabi, porque tanto le daba estar con los unos que con los otros, y al cumplir un encargo político cerca de los xerifes de Snada, en favor del aviador capitán Herráiz, prisionero en Axdir, cayó en el camino, cara al cielo, a tiros con los que le cerraban el paso).

La casa de Si Dadi era al estilo de todas las rifeñas, como hechas así por natural conveniencia, adecuadas al clima y a los menesteres de la labranza; pero ésta aun parecía más cortijo por su amplitud y señorío, edificada con mejor gusto y más comfortable comodidad, con materiales esmerados, maderas finamente labradas, puertas y ventanas de carpintería maestra; paredes pulidas de yeso, techos altos y bien envidados... Lámparas de petróleo y acetileno, candelabros con gruesas bujías... Todo de una manera que patentizaba la acomodada posición del dueño; pero con una apariencia de esplendidez tan adornada y embellecida, que ya era un lujo excesivo que contrastaba en medio de la humildad de la aldea.

La cena del agasajo también había de ser la que correspondía a tan rumboso anfitrión: alcuzcuz con lebén, carne con salsa de

pimiento y cebolla, pollos asados en manteca, guiso de carnero y huevos, naranjas, nueces, almendras, pasas... Y el té, el dorado raudal, dulce y aromático, de té, tan propicio para conversar sobre temas de sombras y fantasmas que ahuyenten el sueño...

De sombras tétricas y fantasmas alucinantes estaba agobiada el alma de Bokoia desde aquella irrupción del Bagdadi, que arrasó para siempre de la vida tantas cosas...

Un zagal tomó su flauta de caña y empezó a tañer la melodía tristísima de esa vocación del llanto de Bokoia...

Laarbi, el viejo y leal confidente, iba haciendo la cuenta de los que murieron entonces de cada familia:

—De Haddú, cuatro; de Boasa, tres; de Bhahim, uno; de Kaddur, tres...

Y su voz era seca, dura, como si en cada cifra ahincara un anatema para los verdugos.

Unos estudiantes golpearon la puerta de la casa y pidieron, cantando su salmodia, la muna de todos los días.

Un almuédano, desde alguna azotea vecina, clamó su invocación a la plegaria, la del aacha, la última, la del anochecer.

Todos los invitados musulmanes se pusieron en pie y, en un extremo de la sala, dirigidos por el Hach Otman, nuestro compañero de viaje, hicieron su oración.

Pero ellos no sabían de ese consuelo de rezar por los muertos.



OTRA VEZ LA SOMBRA DEL BAGDADI

Tefensa es un risueño y bello aduar de la fracción de Izmoren, en la kabila de Bokoia. Tiene delante una llanura ancha, reseca y pelada, y se retrepa en el monte que le sirve de fondo, subiendo desde el borde mismo por la ladera. El monte también es árido, yermo, desolado, y su cumbre, rota, parece un volcán. Toda la alegría del paisaje mustio y desamparado se acumula en la aldea, apiñado su caserío entre el verdor frondoso de sus bosquecillos. Y es en este remanso de las cañadas enjutas donde un sorbo de agua da su frescura de jardín a la tierra sedienta. El aduar, apacible y ameno, está como dormido siempre. Ni se vislumbra un asomo de vida ni se oye el trajinar campesino de los labriegos. Cada casita de este belén extendido con tanta gracia en la falda del monte se reconcentra en sí misma, sin que nadie transite por el laberinto verde y tortuoso de las callejas, que son como senderos de una misma heredad. Todo está en una quietud tan sumida en la soledad y el silencio, que hasta el vientecillo sutil pasa ligero como si no se atreviera ni a rozar el alma de las cosas. La bocanada caliente de la primavera, con la embriaguez de los aromas del campo y la música monótona de las cigarras ahitas de sol, aún hacía más denso y más profundo el embeleso del reposo. Diríase que la aldea estaba vacía o metida en la mano cerrada del secreto. Secreto de todo: del suelo, del camino, del hogar, de la religión, de la costumbre...

Todo bien guardado en lo más recóndito de la kabila infranqueable, escondido en los senos escabrosos de la sierra, huído del mar, sin contacto con nadie...

La aldea, esta aldea tan alegre en el paisaje, pero tan retraída y taciturna, tan recelosa y tan escarmentada, vió entrársele de improviso a una gente extraña, forasteros de aire sospechoso, rodeados de un poco de misterio y con el séquito de los notables más influyentes de su propia kabila, y sintió otra vez en lo hondo y oscuro de su conciencia una prevención instintiva contra todo. Temía por su tierra, que ya creyó medida y tasada por los ojos condiciosos de los recién llegados; por su hogar, acechado hasta en lo más íntimo por la curiosidad malintencionada de los que no eran de su mismo clan; por su religión, expuesta a contagios de impureza; por la mujer, lo más preservado del deseo ajeno... Miedo a todo. Ese estado neurótico de la superstición que se explica muy bien con una palabra: tabú. Repulsión del instinto a todo lo extraño, que puede traerle el maleficio; al mal de ojo, que infiltra su enconado veneno; a la influencia maligna de la envidia... Superstición, pero terriblemente arraigada. No podíamos ser para ellos unos huéspedes gratos y benévolos.

Además, su retraimiento y su desconfianza tenían, tal vez, otra causa motiva, no de menos pesadumbre en la desazón de sus inquietudes. Porque hacía precisamente nueve años que Bokoia había sufrido el más terrible castigo que le pudo imponer el sultán por los atentados de su piratería a barcos europeos. Cuatro naciones reclamaron y amenazaron al Imperio, y ya no le fué posible demostrar la justicia que se le demandaba en nombre de Europa y de la libertad de los mares. Sin dejarle tampoco lugar a la réplica, porque ya los cañones de las escuadras apuntaban a Tánger, sede augusta de la diplomacia internacional y gran caracola de la resonancia en el mundo.

El sultán —Muley Abdelaziz— envió una fuerte mehal'la al

mando de su más terrible kaid, el famoso Buxta el Bagdadi, y con la soberana representación xerifiana de su propio tío el príncipe Muley Bubeker, y Bokoia pagó con creces sus delitos del mar. Las fuerzas imperiales tuvieron el apoyo decisivo de Beni Uriaguel, propicia entonces a tomar represalia de su tribu vecina y arrambalar con lo que pudiera de la razia en el asalto. El Bagdadi cruzó libremente por Axdir y entró por el camino abierto de Igraiach, mientras los beniuriagueles, desde la cuenca del Guis, que casi envuelve a Bokoia, atacaban por Ait Kamara, Ait Abdel'lah y Ait Hedifa. Entraron a saco en la kabila desamparada y todo fué pasado a sangre y fuego, arrasando campos y aduares, con una ferocidad sin compasión de nadie ni respeto de nada. Fué como un huracán devastador que dejó la tierra asolada y sin rastro de vida. Los kabileños, aterrorizados, huyeron en una desbandada enloquecida, buscando el refugio de los santos de Snada. No les quedó otro camino libre para escapar. Y los que no se salvaron en la huída, fueron cargados de cadenas y conducidos en la reata de los prisioneros a Fez. La brutalidad del saqueo llegó a excesos que no podrán imaginarse. Lo más precioso del botín dió a la victoria el regocijo de la carne. Y luego, lo que era mucha carga para la caminata del regreso, lo vendieron en los zocos de la travesía. Dicen, los que lo saben, que el despojo de la derrota se vendió en muchos sitios a granel. Se muestra todavía en Beni Uriaguel hatajo de rebaños que remonta su casta a lo raziado en Bokoia, atestigüándose el origen como una vanidad de ejecutoria... El territorio quedó casi desierto, desolado y ruinoso. Aún vimos nosotros muchas casas con los muros rotos y calcinados por el incendio. La población, diezmada y dispersa, se fué entonces con lo que quedaba de vida a los campos y a las ciudades de Argelia. Hay hogares donde aun no saben a qué lugar fueron a parar sus hijos. Todavía perduran en muchos sitios servidumbres con el tatuaje rifeño...

Los que ahora nos contaban los episodios más dramáticos del asalto y el saqueo de la kabila, tenían un trémolo de pena en la voz y un reflejo de encono en la mirada. No podían olvidar aquel horror...

«Sivera», el corsario, capitán de la partida que abordó a las últimas naves frente a la ensenada de Busicur, motivo principal del castigo tremendo que asoló a Bokoia, estaba taciturno y callado, como ajeno a la historia que otra vez referían. El hermano de Si Dadi, un feroz montaraz, cortaba una naranja con la gumía y le chorreaba el zumo por la mano, como sangre. Unos mocetones, ocho o nueve, entraron, con esa timidez vergonzosa de los campesinos, y, después de silabear su litúrgico «selam alicúm», se sentaron aparte, acurrucados, apretujados en un grupo, encogidos dentro de las yilabas y con los fusiles en el regazo como a sus propios hijos, y allí se nos quedaron mirando con esa fijeza sorprendida y curiosa de quien va a batirse, tal vez, por nosotros; no usaban turbantes y lucían al aire la greña del mechón revuelto, al modo característico de la fantasía rifeña; atezados de sol, les brillaba en lo moreno lo blanco de los ojos como luces frías...

Eran familiares de nuestros amigos los grandes caciques de Tafensa y venían a guardar mañana nuestro camino, a tiro limpio si fuese preciso...

Pero, de pronto, lejos, muy lejos, resonaron dos golpes secos, borrosos, opacos, como dos disparos de fusil...

Los mocetones, silenciosos, salieron sin precipitación.

Alguien quiso decir una ironía y la risa forzada se le torció en una mueca grotesca.

—¿Habrá venido otra vez el Bagdadi?...

El hermano de Si Dadi, hosco, áspero, clavó y hundió la punta de su gumía en otra naranja.

Y sorbió el jugo en la herida roja, como en un corazón.

EL MAPA DE DELBREL

Después de la cena esta noche en casa de Sidi Dadi, y para precisar las rutas que más interesaran a los objetivos de la expedición, Delbrel sacó de su cartera el mapa, lo extendió sobre la mesa y golpeando con el dedo en un punto, indicó el sitio por donde mañana debíamos pasar:

—Zoco el Had de Ruadi.

Los de Tafensa se mostraron conformes con esta inopinada desviación de nuestro itinerario, que de este modo nos apartaba de la senda de Tausart y Adus y nos echaba a campo traviesa y fuera de poblado por las laderas que rompían en el Zoco. Porque los disparos que esta tarde resonaron en la lejanía debieron ser una señal de alarma para los adueros de aquella parte o una llamada de concentración a la kabila por alguna causa de inminente peligro. Y los de Tafensa, como estaban ya recelosos y preocupados porque aun no sabían con certeza el motivo de aquel rebato inquietante, preferían rodear por los senderos extraviados, separándonos de los caminos vecinales, donde acaso pudiéramos tropezar con los mismos del alboroto. Además, alguien avisó que por algunas alturas de los cerros habíanse visto resplandores de hogueras lejanas, lo que no era tampoco un signo tranquilizador de concordia...

Quería Delbrel cruzar por el Zoco de Ruadi para fijar las afluencias a los principales centros comerciales de la región, porque eran datos de importancia para la reseña geográfica del Rif que preparábamos. El Zoco, además, era el corazón de Bokoia y desde allí se podría apreciar la irradiación de caminos a todos sus aduanas. Era el nudo que ligaba a sus tres fracciones. De dejarnos pasar, esta tenía que ser la ruta más segura, por la ribera luego del Akarkar, para acercarnos a la ensenada de Bades y arribar al Peñón de la Gomera, etapa de descanso en la jornada. Pero... ¡aquellos disparos al aire, aquel fulgor de las candelas en las cumbres!... Esto era la zozobra, la incertidumbre de los de Tafensa.

Pero el mapa de Delbrel tenía punteadas unas limitaciones que me extrañaron. Porque los puntos alindaban una zona que comprendía desde Tetuán al Muluya, incluyendo precisamente toda Gomara, Ajmás, parte de Guezaua, Beni Ahmed, Beni Jáled, Ketama, Targuits, Beni Buchebet, Beni Ammart, Beni Tuzín, Metalsa, Beni Buiahi, Ulad Settut y Quebdana. Quedaban fuera —y tenemos que advertirlo— la otra parte de Guezaua, la confederación de Beni Zerual y Gueznaia. También, naturalmente, toda la región occidental, con sus ciudades de Tánger, Arcila, Larache y Alcazarquivir.

Le pregunté, desviando del mapa mi mirada atenta a sus ojos:

—¿Esta zona así delimitada qué sentido tiene?

—Es —me respondió— la comarca de penetración comercial española, desde sus plazas de Alhucemas y el Peñón de Vélez.

—Pero... ¿nada más que a ese reducido núcleo de kabilas pobres ha de aspirar la influencia española?

—Uxda acaba de ser ocupada por el general Lyautey y Taza es un primordial objetivo francés, ya antiguo, porque significa el paso de las comunicaciones de Argelia a Fez; y toda la cuenca del Uarga estará, por tanto, sometida a la atracción comercial francesa...

—También por el Muluya, que siempre fué una frontera, su línea hipotética de puntos no se acerca a la cuenca del río... ¿Acaso piensa saltarlo Francia?...

—En el curso alto tiene intereses políticos y militares —me aseguró Delbrel— de los que no podrá desprenderse...

—Entonces —le respondí— España tiene ya, detrás de esa línea de puntos de su mapa, una frontera infranqueable. ¿Y para ésto estuvo España tantos siglos la primera con sus posesiones en Marruecos y con más influencia comercial y política que nadie?

—Pero a España —se disculpó Delbrel —le queda libre toda la franja costera mediterránea y los puertos principalísimos, bases económicas de primer orden, de Melilla, Alhucemas y Ceuta.

—Pero, como el límite de su mapa se corta en Río Martín, se quedan también fuera de la influencia española Tetuán y Tánger...

—La Conferencia de Algeciras... —dijo por decir algo—.

—Sí; pero, antes de los acuerdos de esa Conferencia, los Tratados de 1902 y 1904 señalaron a la influencia española en Marruecos una zona que abarcaba todo el antiguo reino de Fez, con esas ciudades incluídas...

Se encogió de hombros el francés Delbrel y guardó su mapa en la cartera. Después rebuscó en ella y me dió una copia —que conservo—, diciéndome:

—No creo que la zona de influencia española se salga de estos límites.

(Hablabamos allá por los cinco años antes del Tratado franco-español de 1912, el que marcó los límites de nuestra zona de influencia, casi los mismos que tan anticipadamente ya figuraban iguales en las obras de los colonistas franceses. Y si Larache, Alcázar y la región occidental se incluyeron luego en nuestra zona «lo debemos—lo aclaró el señor Sánchez de Toca en el Parlamento— a las clarividentes intuiciones personales de nuestro Rey Alfonso XIII». Pasaron los años, y el mapa de Delbrel, cuya copia del

propio original conservo, parece calcado del que después iban a presentarnos los negociadores del convenio postrero. Hasta la merma tergiversada de Tánger y la subida de la frontera del Muluya desde el vado de Kelila hacia lo alto de la cuenca del Kert. Yo discutía entonces con la escasa experiencia de mis años y lo insuficiente de mis conocimientos de la política internacional. En mí no había más que mi afición a Marruecos. Yo era casi un niño y Delbrel un consumado explorador, con un nombre ya bien difundido en las publicaciones de geografía colonial).

Y en esta discusión crítica del mapa estábamos cuando nos cortó el habla la brusca aparición de «Moromuerto», que nos dijo con un hálito de voz fatigosa, casi sin aliento por el cansancio:

—Vengo de Azgar y allí han hecho disparos también llamando a la kabila... Dicen que Si Dadi y Laarbi han traído extranjeros a Tafensa... Que los han visto muchos en el camino de Igraiach... ¡Yo creo que estamos ya cercados!

«Moromuerto» nos era muy leal y no exageraba ni mentía. Le habían puesto este sobrenombre a consecuencia de haberse hecho el muerto durante uno de los asaltos de las tropas del Bagdadi, a lo que debió el salvarse, porque los caballos pasaron sobre su cuerpo pisoteándolo... Pero si se libró entonces de la muerte no pudo después redimirse de este apodo con que la kabila toda perpetuó su afortunado fingimiento...

«Moromuerto» esta vez no fingía, decía la verdad. Estábamos acechados en todos los caminos de Bokoia. Mañana, para pasar, habría tiros.



EL AGUA DEL SANTO

Amanecían los campos, en la plenitud silenciosa de la tierra dormida, en este blando y suave renacer de la primavera rifeña, todo envuelto como en un dulce velo de desposada, con esa tenue claridad temblorosa del primer resplandor de sol, abierto como una flor de oro en el borde del mar. Era todavía, en el filo del monte, la vaga aureola de un abanico de destellos sutiles, desvanecidos en la pureza azul de un pedacito de cielo entre dos cumbres. Se extasiaban los ojos contemplando tanta gracia de Dios. Todo parecía bendecido por el milagro de su mano. Hasta en la misma embriaguez del aroma del aire se sentía el embeleso de su propia esencia. Era el anuncio propicio de un día imponderable para vivirlo y gozarlo en la santa paz del Señor. Y, sin embargo, todos los preparativos de la jornada parecían contradecir esta supuesta bondad de las intenciones humanas. No; no iba a ser un día de calma apacible para los hombres, aunque todo en la tierra tuviese la inefable serenidad del sosiego bendito. Se prevenían afanosamente las armas y las municiones; los ceños estaban adustos, apretados; las manos trajinaban con aspereza; las respuestas eran bruscas, desabridas... Había inquietud en las almas y presentimiento en el instinto. El hábito de sus luchas internas, siempre a tiros por rivalidades de tribus adversarias o por rencores y deudas de sangre de familias reñidas —aquí también güelfos y gibe-

unos, capuletos y montescos— les hacía recelar la inminencia del combate. Cada uno afianzó su fusil, cruzó en bandoleras el tahalí de la gümía y la pistola, abarrotó de cartuchos la canana y la bolsa, recogió la yilaba con la correa a la cintura... y nada más le era preciso al kabileño para hacer la guerra a campo raso.

Y allá salimos a correr el azar a lo que Dios quisiera, caballeros en nuestras apacibles mulas, atento el oído y aguda la mirada, vivo el paso y desviado el camino, por lo tortuoso del barranco o por el breñal del monte, ligeros y desconfiados, como si en cada sitio nos espíaran todos los ojos de la kabila y nos apuntaran desde cada piedra todos sus fusiles. Delante, en desperdigada descubierta, como sirviéndonos de escudo, rastreando, encorvados hacia la tierra, con astucia de hurones de esta cacería humana, flanqueaban la senda ocho o diez zagalones de las mejores familias de Tafensa, jactanciosos de ir adelante con esa impávida y alegre despreocupación de un juego con la muerte. Junto a mi cabalgadura, a pie, con los mausers aferrados, Laarbi y Si Dadi, «Sivera» y «Moromuerto», guardianes de una vida —una vida española— de la que tenían que responder. Detrás, jinetes al desgaire, graves y cabizbajos, afianzados a las riendas de sus mulas, iban Delbrel y el Hach Otman, como pesarosos de la aventura en que se habían metido. Y a la zaga de nuestra expedición, ocultándose como podían en las escabrosidades de las torrenteras y en el matorral de la maleza enmarañada, nos seguía a distancia la escolta de leales que siempre nos guardaba la espalda, con sus cinco fusiles como cinco corazas. Y de este modo, cautelosa y soliviantada iba la marcha deslizándose como una serpiente por sus senderos sinuosos, cuando, de pronto, alguien lanzó un silbido, una señal de cazador o de centinela. Todos los fusiles se alzaron listos para disparar...

Pero, no; la alarma, esta vez, no tenía motivo ninguno; fué sólo alerta de precaución. Porque un grupo de simples aldeanos apareció en un recodo de nuestro mismo atajo, gente humilde y

pacífica que volvía del Peñón de Vélez con sus compras, aunque, claro, cada uno con su fusil al hombro. Si Dadi, más suelto de lengua y hábil siempre de sutilezas, se adelantó como para saludarles y entabló con ellos un animado y efusivo cuchicheo, tal que si les confiara el más interesante secreto.

—Son, éstos a los que acompañamos, gente principal de Fez —les dijo con un asomo de voz, como para que ni la tierra lo oyese—, que van precisamente a la isla, al Peñón... Ese, el más joven, es un xerif de la zauía de Uazán...

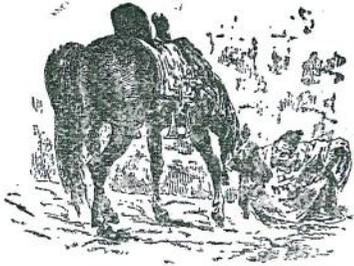
Oírlo y venir hacia mí con respetuosa y sumisa veneración, fué cosa de un instante. Uno a uno me besó en la rodilla...

Les agradecí con una amable frase ritual su devotísima cortesía y ellos siguieron tan contentos su camino, complacidos del encuentro feliz con un retoño tan nuevo del árbol bendito, mientras la socarronería de los nuestros se reía disimuladamente de aquella inocente suplantación que nos dejaba el paso libre. Pero fué bien vano y fugaz el alborozo, porque a buen paso llegábase a nosotros por la propia senda otro aldeano andariego, que venía asimismo del Peñón y resultó ser algo pariente de «Sivera». Y entonces sí que se nos heló el ánimo más todavía, porque el asustado y lengua-raz kabileño relató que había visto algunos grupos apostados a lo largo de las colinas cercanas a su paso, sin que supiera explicarse el motivo de aquella alarma en el monte.

Esta casual confidencia nos hizo, naturalmente, cambiar otra vez el itinerario, echándonos más hacia la costa para bajar por descaminados vericuetos al cauce del Akarkar y meternos en el bosquecillo de Sidi Buiakob a esperar la noche. De este parecer fueron todos y por la nueva ruta reanudamos la marcha, adelantándose «Sivera», él sólo, para prevenir al Peñón de nuestra llegada y preparar junto a la costa una barca para la inmediata travesía.

Era ya más de media tarde cuando casi perdidos en la espesura fragosa del lentiscal bravío, dimos con nuestro desánimo y cansancio

en la fuente del santo. ¡Santo de los caminantes y los pescadores!
¡De los que han sed de agua y de milagro!... Bebimos con avidez
de su dulzura y su frescor en lo hondo de la blanca cisterna, mo-
jándonos la cara chorreando, sorbiéndola a borbotones en las
manos... Era el ansia de apagar en la sangre la candela del sol,
pero también de levantar y vigorizar la pobre alma caída, de quitar
con el agua en la frente la idea de morir. Y bebimos, bebimos
insaciables, con afán infinito de creer, como si acaso pudiera ser
verdad, como decía Si Dadi, que el ensalmo para librarnos de
los enemigos estuviese en el agua...



LA PRIMERA SOMBRA EN EL CAMINO...

Gabriel Delbrel había sido jefe de estado mayor de las tropas del Rogui. De lo que, naturalmente, se podía entender por el estado mayor de un ejército como el del Marruecos de entonces, cuyas funciones no podrían ser nunca ni parecidas a las del cuerpo militar europeo así llamado; pero, pomposamente, se le designaba de este modo. Ni su jefe tampoco desempeñaba un cargo análogo, sino que era un simple consejero del sultán para los planes de operaciones de campaña a emprender; asimismo era a veces una especie de asesor europeo de los kaidés encargados de la ejecución táctica de cada acción; en realidad, un experto en la maniobra; pero, además, entraba en sus menesteres la provisión de armas y pertrechos, material de campaña, suministro de vituallas y equipos de transportes... Pero todo, a pesar del apelativo rimbombante, de una manera rudimentaria, primitiva, bárbara, sin asomo siquiera de lo que una organización de esta índole tiene que ser. Y no más que jefe de estos quehaceres había sido Delbrel. Pero se le conocía en todo el Imperio por el *mohandís*, que quiere decir «el ingeniero», y por ese otro enfático tratamiento de «jefe de estado mayor».

Y a este avezado consejero militar, tan práctico en acciones de la guerra irregular en tierra de moros, combatiente de las más duras jornadas, se le acabaron ahora mismo las iniciativas y no

acertó a sugerir ninguna decisión salvadora ante la gravedad de este instante. No tenía miedo y sin embargo estaba conturbado, deprimido. Jamás vi un hombre más inerte, más irresoluto en momentos mortales. No sabía qué hacer ni qué decir. Quizá sería un imponderable estrategia para mover grandes masas de tropas y no para poder sacarnos del apuro de este lance con un puñado de kabileños nada más.

El Hach Otman, que por ser viejo y gordo era prudente y pacífico, se confiaba sólo a Dios y lanzaba entre hondos suspiros las más fervorosas jaculatorias y súplicas coránicas, sin otra arma de defensa que el rosario, cuya cuentas pasaba rápida y maquinalmente, como llamando al Señor muy de prisa.

Yo tenía un magnífico rifle de caza mayor, cargado con cartuchos de bala de plomo, que me había puesto en las manos Si Dadi, tal vez para que la pobre ánima del jovenzuelo no se sintiera desamparada en aquel revuelo de fusiles soliviantados, pero más fiaba yo, como el viejo fakih, en la plegaria del rosario en los labios que en el ilusorio talismán de la boca de fuego. Porque la exigua proporción de nuestras armas no había de poder resistir, sin el milagro, la furia turbulenta de la kabila en su conjuración. Mi soberbio rifle, ya lo sabía yo, no iba a servirme de nada.

Si Dadi y Laarbi, de pie, apoyados en sus fusiles, hoscos y abismados en reconcentradas cavilaciones, buscaban en lo más sagaz de su imaginación una estratagema para rehuir el cerco de los kabileños. Su instinto de guerrilleros de emboscada, aguzado ahora por la inminencia del peligro, les inducía a sortear el encuentro. Hubiera sido posible esquivarlo si la gente del caserío de Taguidit no se hubiese deslizado hacia la costa, cerrándonos todos los caminos a Beni Iteft. No había más remedio que seguir por la espesura del bosquecillo del santo, a la senda del río. Era el único paso que parecía asequible, porque los kabileños, desorientados, creían que nuestra ruta iba a la zauia de Snada.

Laarbi, cachazudo, cauto, sereno, sin las fogosas vehemencias de Si Dadi, se decidió, al fin por una resolución terminante. Era una imprudencia temeraria quedarse quietos metidos en aquella fragosidad de los matorrales, del laberinto selvático, todos nosotros apiñados en un grupo, sin apoyo ninguno fuera del breñal. Había que salir pronto a campo abierto, a la tierra desnuda, a las cumbres despejadas, donde las almas se sintieran libres de la sombra que nos perseguía y los fusiles pudieran romper aquel silencio angustioso de la soledad.

Laarbi, como un gran capitán de guerrilleros, empezó a mandar. A nuestra escolta que se dispersara por el monte, cada cual por un sendero distinto, para que, cuando llegase la ocasión, abrieran el fuego desde cada lado, desconcertando al enemigo, que no sabría el motivo de la inesperada agresión ni quienes eran los que disparaban; a «Moromuerto» y a Bugaba que nos siguiesen desde lejos, para prevenirnos de cualquier sorpresa traicionera; todos los demás, Si Dadi, Delbrel, yo y el Hach Otman, desmontados, en fila, a trechos, íbamos detrás, pisando sigilosamente sus mismos pasos... Porque no consistió Laarbi que delante de él se pusiera nadie.

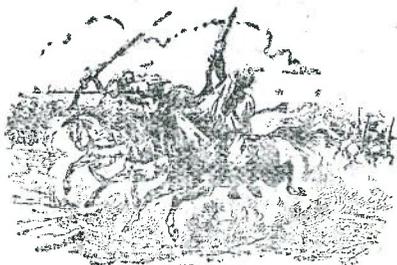
El fiel «Moromuerto», mi constante espolique, no quiso separarse de mí y se resistió a guardar la retaguardia muy retirado de nosotros. Contrariado Laarbi de su desobediencia le riñó con dureza; pero él, sumiso por la humildad de su condición, dócil siempre a los que le mandaban, no replicó siquiera. Ni para él mismo tenía su vida, tan liviana y tan pobrecita, estima ninguna. En su mansa almita de bueno y paciente todo estaba escondido, como el corazón, en su virtud de sacrificio. Por eso venía a mi lado, tan pegadito a mí, para pelear y caer por una vida ajena. Y sin embargo, a pesar de la insignificancia de su ser, era, para todos, el más útil y servicial de los criados. Ahora mismo, mientras cruzábamos la enmarañada espesura del bosque, iba cortando

ramas y formando hacecillos que dejaba en el suelo con una piedra encima, para ir marcando la ruta, por si tuviésemos que volver, huyendo, por la misma senda. Conocía como ninguno estos pequeños ardides de su guerra en el monte, esta manera de vivir cada día la zozobra de jugar al escondite con la muerte. Por eso también, en el supremo instante de tener que decidir por qué trocha más descarriada y furtiva habríamos de llegar antes al cauce del río, él, sin vacilación ninguna, afirmó rotundo:

—Para llegar al río, sí; para salir del río, no.

Y razonaba bien. Porque el río lo teníamos ya muy cerca, y en el río, que era nuestro único camino para desembocar en la costa y saltar al Peñón, estaban apostados los kabileños.

Pero llegamos a su torrentera pedregosa sin que se turbara aquella imponente serenidad de los campos desiertos. Ibamos como por un mundo vacío. El cauce, aquí, se encajonaba en el remanso de un recodo hondo, como socavado entre los ribazos de una ancha zanja, y nos pareció un buen refugio para esperar la noche. Ya las sombras desvanecían en su tenue neblina las claridades doradas de un crepúsculo triste. Estábamos en el fondo de la cañada y el último resplandor del cielo se apagaba en las cumbres. Había pasado ya el momento de la oración del ocaso y ninguno de ellos la rezó. No se atrevían a dejar los fusiles.



LA NOCHE SIN ESTRELLAS

Y de repente, el estruendo espantoso de un griterio salvaje rompió el silencio angustiado, desolador, de los campos sombríos... Una muchedumbre alocada y furiosa, como brotada de la tierra yerba, se precipitó sobre nosotros, sin dejarnos tiempo siquiera de un respire. Todos los fusiles de la horda desenfundada nos apuntaron...

Sonó un tiro, otro, otro...

Una bala, rasgándole la carne en una pierna, hirió a Delbrel... Otro balazo, a mí, de rebote, en la frente... Del golpe seco, rudísimo, caí a tierra, desplomado, amortecido; pero no era ocasión de desmayos ni de flaquezas, que la vida nos pendía de un hilo... Me puse, rápidamente, en pie, impulsado por ese instinto innato de revivir, de escapar, como los animalitos en la cacería...

Mi sangre resbalaba y me cubría los ojos.

Todo sucedió en un instante.

Pero la baraunda horrisona de la kabila levantada en armas; su alboroto tremendo de voces y rugidos; toda la ferocidad suelta, irracional, de la rebelión de las masas, igual de ciega en todas las masas, nos envolvió en la vorágine de aquella turba y fuimos en el huracán como las hojas arrancadas y aventadas en su remolino...

Delbrel, a gritos, en árabe, que los rifeños no entendían, levantaba su cartera para enseñarles que allí llevaba la carta del sultán que nos protegía con su palabra de rey... Y la respuesta de un montaraz cerril fué un balazo que atravesó la cartera y profanó con el fuego la garantía real... Esto era lo que valía entonces en el Rif un mensaje del rey.

Laarbi y Si Dadi, acometidos de todas partes, recriminados con las injurias más afrentosas, solos ya, sin ayuda de ninguno, se acogían al auxilio divino y lo invocaban con los apelativos más conmovedores y patéticos... Pero los kabileños no escuchaban imploraciones, ni aún fiadas a la clemencia de su hombría de bien, que es la nobleza de los valientes... Tampoco, en el estrépito de la terrible algarabía, era posible que entendieran nada. No había modo de apaciguarlos.

Todas las garras de la fiera fueron sobre nosotros para despojarnos o despedazarnos; cada zarpa nos arrancó a tarascadas una prenda... Lo primero, las armas, intactas; luego, todo, en el botín revuelto de la rapiña... Allá mi hermoso albornoz azul, con su gran borlón negro de seda; mi yilaba de copo de nieve; mi caftán amarillo... Me dejaron lo preciso para cubrir las carnes: una larga camisa, empapada ya de sangre, como la túnica blanca de Jesús en el Calvario.

Había anochecido y los campos no tenían ni la dulce claridad de las estrellas, porque el vaho caliente de la tierra empañaba los cielos con una densa bruma, húmeda y pegajosa como un sudario. En la cañada, que era un hervidero humano de la kabila allí arremolinada, apretujada como un rebaño, el bramar de la multitud se iba extinguendo poco a poco, como el jadeo de una bestia cansada. Llevaban un día entero de acoso por el monte y ya no les quedaba aliento ni para matar. Por eso, aprovechando esta lasitud, la voz suplicante de Si Dadi, con astucia, les persuadió al fin y nos

concedieron una tregua hasta que la kabila, en junta magna, juzgara el caso y decidiera con serenidad y buen juicio, a la usanza consuetudinaria de ellos mismos.

Y entonces, del gentío, se adelantó un hombretón alto, fornido y enjuto, de mal gesto y peor catadura, insolente y pendenciero—Haddú «el largo» le decían—y sobrecogió a todos con su vozarrón, exigiendo rudamente que nos llevasen a Azgar—su propio poblado—donde se haría la justicia como se mandara hacer.

Y allá fué la conducción de los prisioneros, en una reata triste y desfallecida, entre hileras de fusiles, revueltos en aquella turbamulta inmensa de sombras trémulas y vagas, desvanecidas en lo hondo de la oscuridad del campo, del cielo sin estrellas, a tientas los pasos sin camino...

Era ahora el silencio de todos una sensación angustiosa de la tierra sin alma, de ir por el paisaje negro de la noche una emigración de fantasmas. Así debió ser, alguna vez el éxodo—el Exodo—en el Desierto, sin el clamor del hombre, hundidos los pies en la arena, callada la voz de Dios...

Después, Azgar. En medio de la fracción central de las tres en que se divide Bokoía, con su nombre de bosque y de leña, está el poblado. Y en el poblado, con la traza más humilde, el mísero casal de Haddú. Y en lo más ruin, nuestro asilo. Un cuartucho de paredes bastas, terrosas, de piedra y barro; la techumbre asentada en troncos rústicos y cubierta de chamiza con una argamasa de greda. Todo a la manera más rudimentaria y primitiva, como pudo ser en el principio la vivienda del hombre recién concebida; no tenía más hueco que el de entrada, y aun éste tan angosto y rebajado que más parecía de cubil, con una puerta de toscos tableros mal ensamblados, por donde tendría que pasar la única luz que alumbrara el cobijo. Aquí, en el miserable tugurio, fué nuestro encierro. Y como había una estera en el suelo raso, en ella nos dejamos caer, tan rendidos de cuerpo como de ánimo. Una

candleja de aceite, de llama mortecina, apenas si daba un poco de claror a la turbia penumbra. Entraban y salían kabileños sin cesar, mirándonos con saña, clavándonos con rencor el ahinco de sus ojos, como a seres raros y dañinos que no hubieran visto nunca. Y en realidad, muchos de ellos, jamás habían visto un cristiano, del que tenían, en lo más oscuro del arcano de su superstición, la idea fanática de que llevaban en sí el maleficio, el contagio, el infortunio y la muerte.. Tenían que mirar al cristiano con aprensión y desconfianza.

Porque sabían ya que Delbrel y yo éramos cristianos. Algún lenguaraz de la misma Tafensa, por avaricia o por envidia, había divulgado que dos cristianos, vestidos de moro y hablando en árabe y no en xelja, andaban con los notables de Bokoia —Laarbi y Si Dadi— buscando minas por todas las tierras, con unas cargas de oro para comprarlas... Porque ya la quimera del oro y las minas exaltaba la fantasía candorosa de los rifeños con la tentación de la fortuna. Y el oro se les convirtió en sangre.

Y en medio del tumulto de aquella plebe que rebullía en la puerta, cruzó su apretura y se nos acercó un inesperado personaje, de porte militar y aires de mando, vestido al uso de los grandes kaïdes del Rogui y con un majestuoso albornoz que le caía a la espalda como un manto de rey mago. Tomó el candil, que acercó a mi rostro para mirarme bien y apreciar mi herida, me dió un golpecito afectuoso en el hombro, nos confortó con amables frases esperanzadoras... y se fué por entre el gentío alborotado, con su gran capa azul arrastrada al suelo, despectivo, indiferente al vocerío de la kabila sublevada, como si toda la fuerza del Imperio la tuviese en su mano para dominarla si quisiera.

Era el kaid Mohamed, jalifa del Aga Bel Kadi, gobernador de la alcazaba de Snada.

LA TERAPEUTICA RIFEÑA

Decir que nos curaban es no querer decir que hacían lo que podían por curarnos. Los medios curativos eran en tierra de moros tan primitivos y escasos, que los males se remediaban por sí mismo o por la gracia misericordiosa del cielo. La terapéutica se limitaba a fórmulas simplísimas, de práctica rudimentaria. Todo su recetario se podría reducir al empleo de substancias vegetales y minerales en su estado natural, sin complicaciones de farmacopea, que desconocen, sino aplicadas al modo primario. También de la materia animal utilizaban lo que creían con eficacia curativa. De la cirugía, ni por asomo. Algún hábil algebrista práctico en encajar dislocaciones, algún mañoso aliñador de huesos rotos... Nada más. Pero quien ejercía el oficio, fuera malecinero o entabliador, tenía en tan alta estima su pericia, que se creía infundido de un don sobrenatural. *Medico*, se decía en español, y por tal se consideraban. Se imaginaban que el apelativo era por saber curar, y ellos sabían mejor que nadie. Pero digamos también que el curandero moro no reconocía supremacía ninguna al médico *rumi*, europeo; aun comprendiendo que poseyera toda la ciencia moderna aprendida en los libros; pero —decía— le faltaba ese don especial de la persona, esa intuición iluminada para atinar con

el mal y conocer el remedio. Y esto no podía aprenderse en los libros. Estaba —decía— en las dotes de cada uno y en la experiencia acumulada por los siglos, que iba transmitiendo la voz sigilosa de la sabiduría legendaria.

No tenían en la práctica otros útiles que los remedios caseros el uso de los hechizos y sortilegios, conjuros y bebedizos, ensalmos y maleficios, brujerías y ligaduras, abracadabras y encantamientos... y todas las formas mágicas del ocultismo terapéutico y supersticioso. Pero también a muchos dolamas de la pobre humanidad paciente se le atribuye su causa a la influencia maléfica del diablo a de los yenún, que son los genios traviesos y dañinos, y entonces el remedio para estos estados morbosos del histerismo y la idiotez, la epilepsia y la locura, habrá que buscarlo en la intercesión o el milagro de un santo o de un agua, que no faltará nunca una fuente salutifera propicia o un buen sidi Buharazem que derramen sobre el poseído la gracia de la liberación...

Y como elementos esenciales del fundamento heterodoxo de esta terapéutica de origen tan remoto, pudiéranse citar: el amuleto y el talismán; la jaculatoria y las combinaciones de letras y números, cada uno con su valor simbólico y su virtud misteriosa; la fuerza vital del nombre; las letras ausentes de la fatiha; los signos enigmáticos, que parecen de un alfabeto desaparecido; la invocación a los ángeles, a los demonios y a los yenún; las mística inspiradora de la triada, la péntada, la héxada y la héptada; el influjo irresistible de lo impar; el versículo del Trono y la oración «mexixía»; la eficacia milagrosa de ciertas palabras; el poder de intercesión del sacrificio y la ofrenda; el puñadito de tierra de una tumba; el mechoncillo de cabello de alguien; el trocito de tela de una prenda; una infusión de yerbas extrañas... Todo este cúmulo de embrujos que proyectan su sombra terrible sobre la conciencia atribulada de un mundo secreto. Y todo parece un oscurantismo pitagórico, con sus números hechos ideas vivas

y sus letras hechas conceptos substantivos, teoría dinámica de la magia operatoria, que no es ciencia sino imaginación, y cuyos actos se rigen por fórmulas siderales.

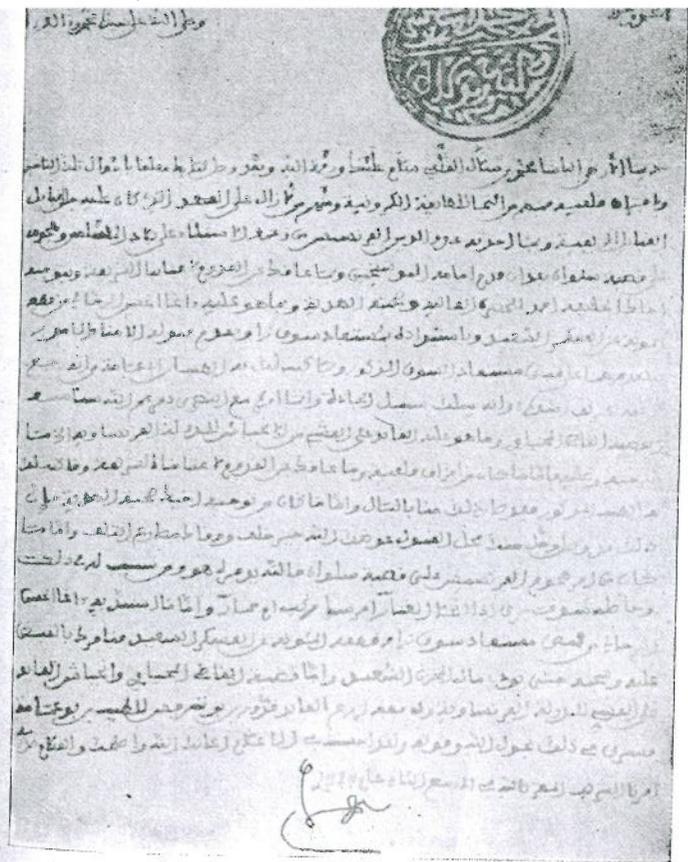
Pero a lo que más virtualidad positiva se le otorga, en la elaboración empírica del recetario portentoso, es a esas figuras elementales de la geometría mágica, el cuadro y el cuadrilongo, que, rayados en divisiones cuadriculadas, formando encasillados, llevan inscritos, como en un raro crucigrama, los signos prodigiosos del formulismo esotérico, que sólo entienden los que lo hicieron. Esto, casi siempre, es la entraña del amuleto y el talismán, el ensalmo que aplicado al paciente le hace creer, por su fe ciega, que ya está curado. Le volvió la salud del cuerpo y del alma; le dió o le quitó, como él pidiera, el amor o el odio; le llevó por los aires o le trajo por los cielos la realidad de sus sueños; le dió presencia a lo ausente y alejó lo cercano; metió en la vida un afán o le arrancó una esperanza... Todo es posible a la virtud de un papelito.

Pero no olvidemos tampoco todas esas manipulaciones de la opoterapia, que usa de los más indecibles elementos para combinar sus medicinas. En esto sí que no hay quien supere al boticario moro, porque maneja con el arte de un nigromántico todo el complejo de substancias extraídas de los pobres animalillos vivos o muertos...

Yo poseía un cúmulo de textos mágicos de la medicina curandera rifeña; conocía los métodos más usuales de su terapéutica rudimentaria; sabía, de los propios labios de una de sus lumbres más populares, Rais Amar, a quien por la pericia de sus artes se le intitulaba en Axdir «el médico», cuanto había de aplicarse en cada caso a la ruina de la salud o a la flaqueza del ánimo; no ignoraba yo tampoco que la farmacopea rifeña preparaba sus

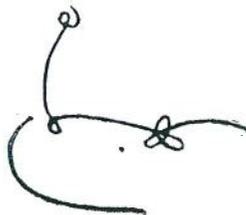
pócimas y mixturas a base muchas veces de ingredientes, más que de noble índole medicinal, de encantamientos, sortilegios y hechicerías... Por eso, al empezar esta página de mi diario y decir que nos curaban, era por no querer decir que nos mortificaron. Porque sabía yo lo que me esperaba, pobre de mí, herido grave, prisionero y perdido en el seno turbulento de un país todavía con los ojos cerrados.

Pero las manos, sin otra virtud que la suya propia, también tenían eficiencia para curar con su imposición y contacto solamente, como una bendición colmada de gracia. Sobre todo, son especialistas de este método de magnetismo fervoroso los aisauas, que realizan su tecnología mística no más que fiados de la firme seguridad de sí mismos y de la fe cegadora del paciente, que son los imponderables elementos de la medicina universal. Ellos, los aisauas, así como los xerifes de Uazán, los Ulad Sidi Rahal y otros practicones famosos, curan con los pases de sus manos, la aplicación de la saliva y zumbadoras insuflaciones, lo mismo las dolencias del alma como del cuerpo, combinado todo, además con danzas rituales, cantos litúrgicos y recitaciones piadosas. Y a este propósito, yo recuerdo que un día en la alcazaba de Zeluán, un día sin fecha en el recuerdo de lo último vivido en la historia de Bu Hamara, hallándome sentado a la puerta de mi tienda, en su campamento, en entretenido relato de aventuras y episodios de guerra, con Delbrel, los grandes kaides Yilali y Naziri, ministros del Rogui, y algunos otros altos jefes del ejército, vino a nosotros, de pronto, de lo inesperado del bullicio de la soldadesca en torno a la alcazaba, con un grupo de soldados, una humilde kabileña con un hijo colgado a sus espaldas. Lloraba con desconsuelo la pesarosa mujer y se lamentaba, entre imploraciones y gemidos, de la casi acabada vida del hijo, que temblaba abrasado de calentura y aterido de frío. El pobrecito niño se moría...



el sello real impreso con sultán legítimo, de Mohar hijo de Hasán.

☆



Rúbrica característica que Hamara ponía a sus cartas y documentos para autenticarlos.

☆

La ciudad de Taza, que la capital primera del reino de Bu Hamara.





Zarhun, la villa sagrada, que fué lugar del nacimiento y educación de Bu Hamara, de donde salió con el espíritu místico y ardiente de la cultura de los idrisíes y su mismo sino fatal.



Ruinas de la alcazaba de Farjana, a cuatrocientos metros de los límites de Melilla, que fué sitiada y asaltada en la madrugada del 13 de Abril de 1903 por las huestes de Bu Hamara, refugiándose los vencidos y los huídos, con su mohino kaid el Bachir Ben Sennah, en la vecina Plaza española.

☆

☆

La kabileña, por su cansancio y decaimiento, parecía llegada de más allá del desierto del Garet. No podía casi hablar y se arrojó a los pies de los kaídes, desfallecida de fatiga y de pena, empapada de lágrimas y de sudor. ¡Cuántas leguas andando, corriendo! Porque el pobrecito niño se moría...

Se lo descolgó de la tela que lo reliaba a la espalda y lo puso en el suelo con el mimo delicado de una cosa sagrada. El niño era apenas un suspiro de Dios.

La miraban los kaídes con impasible indiferencia, sin ninguna impresión compasiva, curtidos sus ánimos en la tarea de pelear sin descanso y matar sin sosiego. Ya sabían ellos lo que pretendía la cuitada mujer: que Bu-Hamara le curase su hijo, que lo salvara, con sólo el contacto de sus manos, con nada más pasarlas por el cuerpecillo miserable...

En aquel instante se miraba en Bu-Hamara al sultán santificado que todo lo podía, que simbolizaba en su propio ser la garantía y prosperidad de su pueblo, la fertilidad de los campos y la fecundidad de los rebaños, la salud y la suerte de sus súbditos... Que ésta ha sido siempre, en las viejas edades, y casi ahora mismo, la misión de los reyes en algunos reinos...

Recayó entonces la conversación en estos curiosos ejemplos vivos, casos interesantes de magia por artes supersticiosas de influencia, de similitud y de contacto, y, como el kaid Yilali no comprendiese bien la teoría, adivinando en algún leve gesto la incredulidad de nosotros los cristianos, me miró fijamente y me dijo, sonriendo:

—A ti, cuando el sultán te dió la mano, te salvó.

Sería verdad. Mejor dicho era verdad.

Curar y salvar por el sólo contacto de las manos...

¿Acaso algunas familias reales, como las de Inglaterra, Francia, Dinamarca, Escocia... no conservaron la tradición de esta gracia sobrenatural de poder curar algunas enfermedades con

nada más aplicar sus manos a los pacientes? Los reyes ingleses podían curar el escrofulismo con la imposición de sus manos, y, por ésto, a este estado patológico se le llamaba desde entonces «mal del rey», porque parecía que nadie más que el rey podría curarlo. Los reyes de Francia pretendían igualmente poseer este don prodigioso de curar por el contacto de sus manos. Refiere un historiador que, en un viaje que hizo a Alemania el rey de Dinamarca, Valdemaro I, las madres acudían a llevarle sus hijos para que les impusiera sus manos, porque sólo su contacto era bastante para curarlos o para librarlos de las enfermedades. Los reyes ingleses aseguraban que esta gracia propia la heredaron de Eduardo el Confesor, mientras los reyes franceses decían que la suya provenía de Clodoveo y de San Luis. Pero unos y otros estaban orgullosos de la posesión de esta baraka, que baraka es su nombre.

Y, ahora mismo, en uno de los últimos números de un prestigioso diario de Madrid, el «ABC», se publicó una crónica de su corresponsal en Roma, que dice: «De la manera más seria tendrá lugar dentro de breves días en Roma un Congreso internacional de curanderos, bajo el control de ilustres personalidades del mundo científico. Esta reunión, que sin duda suscitará un grandísimo interés, se propone someter al examen de la ciencia oficial algunos sensacionales fenómenos que han devuelto la salud a enfermos gravísimos, con la finalidad de precisar si ha sido debido a facultades particulares de determinados individuos o, por el contrario, a poderes comunes que residan, aunque sea en forma latente, en la persona humana, y que explotados por la ciencia puedan producir resultados benéficos».

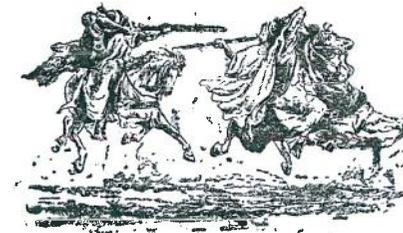
«Justamente —agrega el cronista de «ABC»—, en Italia, y en la convulsión de la postguerra, han surgido una serie de extraños individuos que aseguran poseer la capacidad de sanar simplemente con la imposición de sus manos sobre el cuerpo del

enfermo. De todos los casos, algunos de ellos han marcado una impresión estupefacta en los círculos médicos, porque, evidentemente, tan inocente medio de curar se abisma en el más insondable de los misterios. Se ha hablado de magnetismo animal, de la radioelectricidad natural y de tantas otras definiciones con las cuales se ha buscado explicar lo que científicamente aparece aún inexplicable. En Roma, concretamente, seis o siete personas a las que han reconocido los médicos, afectadas por enfermedades prácticamente incurables y algunas de ellas desahuciadas en términos absolutos, han aparecido, de la noche a la mañana, completamente limpias del terrible morbo que las mataba»...

No lo diría yo, porque no lo creo. Pesan en mí muchas cosas de cultura cristiana para que se las lleve, de pronto, el aire ligero y trivial de una teoría de feria. Pero el kaid Yilali, ministro y general de Bu-Hamara, si aun viviera y me hablase, como aquel día cualquiera de la alcazaba de Zeluán, me recordaría otra vez, sonriendo irónicamente, que a mí me salvó cuando me dió la mano...

Dejemos, sin embargo, que la humilde kabileña, descorazonada de pena, se acerque al sultán y le ofrezca su pobrecito niño casi muerto para que lo sane la mano prodigiosa, la sencilla semilla de la fe...

Pero las únicas manos que curaban de verdad, de verdad, eran las de Jesús.



UNA SENTENCIA INAPELABLE

La casita del bárbaro Haddú, en el borrascoso oleaje de aquella multitud enardecida, era como un ruin escollo batido por la furia de la tempestad en un mar sin refugio ninguno. La cercaba, la apretujaba con saña rabiosa el torbellino del gentío, y no había más que una puertecilla de tablas endebles para contener la embestida feroz de la turba. La casita, sumida en la desolación de su abandono, de su desamparo, aun parecía más desvalida por la tristeza de su misma humildad. Y aquí, entre sus pobres paredes de barro y piedra, se sentía, como en un corazón palpitando, la agitación sorda, el zumbido del enjambre humano, que bullía en derredor husmeando la presa. Y este latido de fuera, esta exaltación de la vida que barrunta la muerte, se pulsaba asimismo en el desaliento de los prisioneros, los buenos leales de nuestra escolta—Laarbi, Si Dadi, «Carmen», Buyilud y Bugaba—, que se habían calado la capucha y se acurrucaban encogidos en sus yilabas, como montoncitos oscuros, desvanecidos en la penumbra del rincón. Porque esto indicaba, lo presentían en su desánimo, que ya había de darse todo por perdido y tenían que rendirse al fatalismo de la suerte echada. Así estaría escrito y así tuvo que ser.

Ya, en este tabuco sórdido de nuestra cárcel, no cabía un alma más. Se nos estrujaba en el rebaño humano sin dejar apenas un sitito de reposo. Cada cual quería ser el centinela de los cautivos,

para no perder su parte en el botín ni su merecido en la represalia. Unos y otros se empujaban y se oprimían hasta colmar la estrechura y el ahogo, dispuestos a pasar allí su desvelo entre nosotros, discutiendo a la vez, en porfía de gritos, a su manera, la justicia que deberían hacernos. Y como el más irascible, de una patada, desencajara la puerta para respirar, deslizóse al instante por el resquicio, por entre la angostura del umbral y el hacinamiento del cobijo, un viejecito, blanco y suave como un alfaquí, reverencioso y afable, y que todos debían conocer y estimar, por el respeto y la simpatía con que le acogieron. Preguntó por los cristianos, abriéronle paso hasta nosotros y nos saludó con la más dulce sonrisa de la cortesía musulmana, con tal deferencia, que nadie hubiera creído que no éramos allí más que unos desventurados cautivos. Traía el viejecito un cestillo y en él, al parecer, sus avíos de curandero, que este era su oficio y su virtud, y por ensalmador prodigioso todos le tenían. Curaba —decía— por el milagro de la oración y remedios y métodos sencillos y naturales, pero creían más en el influjo de su mano que en los paliativos de su terapéutica tan vieja como el mundo.

Llegóse a nosotros con solicitud benévola y compasiva, y me eligió, el primero, para emplear en mí los remedios de su empirismo, tal vez por el estupor que le produjo mi túnica blanca empapada en sangre. Miróme con insistencia de facultativo la herida y torció el gesto como si advirtiera en ella más gravedad de la que parecía, descubriendo que no era ésta sola, sino que tenía otras dos en la cabeza, sin duda producidas cuando caí al suelo, aturdido por el rebote de la bala en la frente, y otra, de bala también, en el borde del maxilar...

Sacó de su canastillo un calabacín con agua del santo Sidi Buiacob, me lavó con ella las heridas y luego las untó del aceite vertido de una alcucilla en su mano, y lo hacía con el mismo fervor litúrgico que si ungiera al rey Saul.

Pero como Si Dadi le advirtiese que la gravedad de mi caso exigía un tratamiento más eficiente, el viejecito —que sin duda disponía de recursos inagotables— me polvoreó las heridas con azúcar, me puso en la frente un papelito plegado en varios dobleces, con una fórmula mágica manuscrita —al modo usual de los filacterios de la tradición— y me lo sujetó con el vendaje liviano de un pañuelo, a la vez que musitaba con unción algún voto teúrgico.

La cura a Delbrel ya se la hizo sin el manipuleo de tantos requilorios, sin azúcar y sin letanías, pero sí con la gracia del agua y la virtud del aceite, vendándole después la pierna con otro pañuelo.

Pero ya no pude ver ni sentir nada más. Todo se me fué borrando de los ojos como si la niebla del sueño lo desvaneciera en ese blando y dulce arrobamiento de ir dejando de ser. El sopor de la calentura, el cansancio y la pérdida de sangre, me privaron de la dolida sensación de vivir, hundiéndome en la sombra de una ausencia de todo, como si el alma se hubiera diluido en una nube. Se extinguió en el vacío la gritería estrepitosa de la disputa por el escarmiento que en nosotros quisieran hacer; no se oía ya el vozarrón de Haddú «el largo», que sobrepujaba a todos en la discordia por el rescate de las despreciadas vidas; un silencio denso, opaco, entenebrecía aun más la angustia infinita de la soledad de las almas; ya no era luz la llamita temblorosa del candil; todo en la mazmorra parecía acabado en la lejanía del límite supremo; no se sentía nada; no había nada tampoco; ni el último latido se escuchaba ya; nada, nada.

Y así, horas y horas, inacabables, eternas. El frío de la madrugada me volvió a la vida, sacándome de esta inconsciencia de un letargo igual que la muerte. Miré otra vez la escena, borrosa todavía, como si resucitara. Todo flotaba en el aire turbio como jirones de sombras desgajados de una niebla sucia. La claridad

desvaída del amanecer ponía en el rostro de los dormidos livideces cadavéricas. Palidez de agonía reflejaba también la cara consternada de los prisioneros, toda la noche en vela, escuchando su propia sentencia en la disputa de tantos jueces, a gritos todos a la vez, sin más ley que el instinto.

Estaba la puertecilla abierta, para no ahogarnos, y se veía la aglomeración del gentío, apiñado en un corro enorme, sentado en el suelo, que es el sitio del tribunal más llano que pudiera haber. Aun chillaban, roncós, con las gargantas reseca, y todavía Haddú «el largo» mostraba, como acusatorio, un documento con sello oficial de autoridad española, que a mí sólo se refería. Era un escrito del Gobierno militar de Alhucemas decidiendo, en justicia, que se le retenía en la plaza una lancha por habérsela apropiado «el largo», siendo de la pertenencia legítima del Hach Xiddi, el notable de Axdir, lealísimo adicto a España. Y yo, que estaba en manos de Haddú, era el hijo del Gobernador de Alhucemas. El proceso de nuestro cautiverio, ya de por sí grave, aun lo empeoraba más esta querrela de la barca de «el largo». Y, por esta discordia, si los unos reclamaban la vida de los prisioneros para negociar el rescate que Haddú exigía, los otros pedían que se cumpliera la sentencia...

Gabriel Delbrel, trémulo, demudado, insomne toda la terrible vigilia, me miró, lastimoso y triste, y me dijo, con amargura en la voz, sin atreverse a decirlo:

—Me parece que nos matarán esta misma mañana en el Zoco de Ruadi.



COMO VENIA LA MUERTE TAN CALLANDO...

El sol de nuestro amanecer, con toda su llama de oro limpio y nuevo relumbrando sobre la tierra todavía aterida y mojada de la bruma del mar, abrió su corona infinita y radiante en la cima de la montaña, curva y afilada de brillo como una gumia, y se desbordó a raudales por la mísera puertecilla de nuestra mazmorra lóbrega, encendiéndolo todo en su ascua de luz. Se cegaron los ojos, deslumbrados de pronto por la flama dorada del reverbero, que era lumbre viva. Y al volver a mirar, con los ojos llenos de sol, ya no parecía tan triste la pobreza de la cárcel ruin, porque en todo, en tan humildes cosas, entre las cuatro paredes de piedra y barro, resplandecía ya la alegría azul de los cielos, esponjados de claridad inmaculada, pura y gozosa en la transparencia de los aires quietos. Todo, andrajós de cosas y seres, relucía con un destello de esta hermosa mirada de Dios. Hasta las pobres almas caídas en la tortura del cautiverio se sentían estremecidas por tan espléndido alborar del día nuevo en esta trémula anunciación de la primavera que nacía. Era como si saliéramos de la oscuridad pavorosa de la sepultura, desprendidos de los pingajos sucios y miserables del sudario, y nos viésemos de pronto vestidos del oro mismo de la gloria del sol.

¡Qué ansia de vivir! Y, sin embargo, ahora estábamos al borde mismo de la muerte, cuando más se afianzaba el alma a la vida con la ilusión desesperada del instinto.

—No quiero que vayamos a morir sin que lo sepas— me repitió Delbrel, con un hilo de voz en la congoja de su desaliento. Quería infundirme ánimo, y él no lo tenía.

Fuera, la multitud kabileña, rendida de la noche entera a gritos y desvelada, ya no bullía en torno a la prisión con el alboroto furioso de su fanatismo exasperado, sino que se agazapaba, silenciosa y mohina, como en rebaño, por los senderos dispersos del caserío de Azgar.

Pero este silencio tan reconcentrado, hostil, huraño y rencoroso, ya era una mala señal de que la kabila de Bokoia, con sus tres fracciones hermanadas y apalabradas para este transcendental negocio de los cautivos, estaba resuelta a que la sentencia se cumpliera. Cuando los rifeños toman una decisión definitiva, cuando ya no hay tregua ni remisión posible, cesa la algarabía de sus gritos, acaba en un instante la discusión estrepitosa del resentimiento de cada uno, y caen en este mutismo hosco y cabiloso, clavada la idea entre ceja y ceja, sumidos en su fatalismo, esperando impasibles ahora, ternes y estoicos, sin sombra en la conciencia...

Si Dadi, Laarbi, Bugada, «Carmen» y Buyilud —los cinco leales, prisioneros como nosotros en el buhío de la mazmorra— con la capucha calada y la cabeza hundida en el pecho, abrumados por el riesgo en que tenían la vida a un paso de la muerte, y más aún por la pesadumbre de nuestra propia desventura, en la que a ellos les alcanzaba también su parte grave de responsabilidad, parecían desesperanzados de que nos pudiera salvar el milagro del último instante...

Miré la hora en mi relojito. Porque la sensibilidad, agudizada por la innata pasión de vivir, por lo natural del instinto de conservación, me hacía presentir que el alma se nos iba y contaba yo sus minutos...

Un truhán que lo miraba, se me acercó y me secretó al oído, quedamente, con una fingida solicitud servil:

—Dame el reloj, que yo se lo llevaré a tu padre.

El Hach Otman, que advirtió la rapacería del pícaro, cortó la retahila de su rezo y me hizo una señal como de condescendencia. ¡Para lo que me iba a durar el reloj!...

Arrimó el rufián la mano disimuladamente bajo su yilaba y le entregué la última prenda que le quedaba al despojo.

¡Mi relojito de niño estudiante! El primero que me enseñó el valor del tiempo, lento o fugaz, acompasado a las sensaciones de la vida, que así había de contar sus instantes en esa ruedecilla de la fortuna, ciega y caprichosa, al azar de cada número con un sino distinto...

¡Adiós, mi relojito de niño estudiante! Ya no podría saber el último momento de apagársenos el sol en los ojos...

Pero se lo pedí al ladino, queriéndolo mirar y tocar otra vez.

—Déjame ver la hora —me disculpé— para saber el tiempo que nos queda...

Me lo mostró, bien agarrado, para no soltarlo.

Las agujas estaban quietas, roto o falto de cuerda el ritmo de su maquinaria. Tal vez ya nunca volverían a andar. Un reloj parece que palpita con el corazón de cada uno. Ya el mío casi no latía. Pronto, muy pronto se iba a parar también. Como el reloj, cansado y roto.

Unos secuaces de los corifeos nos avisaron, desde la puerta, que teníamos que marchar.

¡Cuántas veces había yo contemplado, con emoción angustiada, esta misma estampa viva de nosotros, en tantas composiciones de pinceles realistas, reproduciendo esta escena terrible de sacar al reo!...

Y ahora, nosotros éramos los reos.

Salimos. Delante Delbrel, el Hach Otman y yo; detrás, los otros cinco prisioneros.

No parecía, por la impasibilidad de nuestro mutismo, sino que el alma se nos había caído en la inconsciencia del no ser, de no sentir siquiera cómo la muerte se venía tan callando... Hasta Delbrel, en el camino sin retorno, me sonrió una vez con mansedumbre, con dulzura de resignación.

En todas las azoteas y tejadillos del caserío se aglomeraban las mujeres, vistiendo sus pintorescas ropas de fiesta, en una destellante polieromía de todos los más gayos y vivos colores, en confusión de tornasoles y oropeles, engalanando el aire como banderas. Parecía el regocijo de un día pascual, clamoroso de voces y chillidos estridentes como sirenas...

No hubo en todo el tránsito penoso ni una sola mujer que aplacara su arrebató con un gesto humano de misericordia. Ni una madre siquiera, conmovida en su entraña por esa ternura inefable que sólo ellas saben sentir... Todas eran iguales en su furia; todas gritaban, airadas y bravías, azuzando a los hombres.

Los kabileños, rodeándonos, iban desparramados y silenciosos, a campo traviesa, sin sendero, bajando y subiendo cumbres y barrancos.

Un viejecito, como viera que no podíamos andar descalzos por la tierra escabrosa, vino a ofrecerme la humilde acémila de su cabalgadura.

Después, no sabiendo cómo aliviar el trance de la agonía, buscó en su bolsa y me dijo:

—Toma —dándome un trozo de pan de cebada—, esto fortalece la vida.

—No, buen viejo —le respondí—, cuanto menos vida lleve menos la sentiré...

La naturaleza, radiante en el esplendor del sol, seguía impávida, indiferente, ajena al drama, que en su propio ámbito, bajo su mismo cielo, se desarrollaba.



LA BANDERA AZUL DEL MILAGRO

El Zoco del Had de Ruadi era hoy, por su concurrencia y sin el trajín del negocio, como un gran día de feria sin mercado, porque aquí estaba la kabila de Bokoia en pleno, todos sus hombres con capacidad de juicio para entender y sentenciar, jueces y partes a la vez, que en el Rif empieza a usarse de este fuero a la edad en que el mozalbete sea capaz de utilizar, mejor que la razón, su fusil. Cualquier jovenzuelo que tenga un arma en sus manos, puede venir a disputar su criterio en la causa de todos. En estos pleitos de solidaridad de la kabila, los votos son los fusiles. Quien reúna más parentela y más adictos, impondrá siempre su derecho de fuerza. Que todos reconocen y acatan en su señorío territorial, porque el concepto del poder era todavía embrionario, concebido en su idea primigenia, y en sus mentes no cabía otra manera de entender la tiranía, que, para ellos, lo mismo daba que la fuerza estuviera en la ley o que la ley estuviese en la fuerza. En el Rif, el gobierno y el mando eran de este modo.

También hoy era un día de reconciliación accidental, que habría de mantenerse por todo el tiempo que durase el motivo de la transacción. Esta tregua en las luchas intestinas de la tribu es lo que justificaba que no se zanjasen con las armas, frente a frente, las «deudas de sangre». Deuda de sangre quiere decir que aún

está pendiente la vindicta. Porque todavía no hubo ocasión de la represalia, de tomar desquite por la muerte de un deudo, de cumplir la venganza por el daño que vino de un adversario, de ejercer, en fin, la ley del talión.

¡La implacable ley del talión!... Que era la justicia por la propia mano. En el Rif no había otra manera de desagrar la honra ofendida sino derramando la sangre. Mientras no hubiera esta tremenda satisfacción de cobrar una muerte al precio de otra vida, no había paz posible entre los clanes o familias en discordia. El juramento, en tanto la deuda de sangre no estuviese extinguida, pasaba de padres a hijos y seguía por todas las generaciones.

Pero el Rif no hacía sino conservar en sus costumbres una sanción que era tan vieja como el hombre. Pudiera decirse que fué decretada en el origen mismo de la sociedad. Porque fué entonces cuando se le decretó a Noé: «Derramada será la sangre de cualquiera que derrame sangre humana, porque a imagen de Dios fué creado el hombre». Se instituyó en el principio y no hay pueblo en la geografía humana que no haya cumplido este precepto. Era la garantía de la vida frente a la barbarie de la naturaleza primaria. En ese período oscuro del pensamiento de la humanidad, el rescate de la víctima por la víctima, de la sangre por la sangre, fué un rito tan de la ley natural, que se hizo dogma del paganismo, constituyendo el sacrificio de la vida como compensación el único modo de aplacar la ira de los ídolos crueles. En la aurora del mundo, aquellas toscas mentalidades sumidas en la aberración, creían en esa virtud expiatoria de la sangre. Y es la herencia que todavía pesa sobre el hombre. Que condena Dios, pero de la que no ha conseguido librar a la humanidad la cultura de tantos siglos. Por eso, toda la tierra es, como en el Rif, una perenne deuda de sangre...

Es la posible teoría que pudiera aclarar una de las trazas inextinguibles de la ley del talión, y que ahora vino a justificar

también esta suspensión transitoria de la lucha entre las familias rivales para compartir el riesgo y la responsabilidad de la kabila en el pleito común, en la discordia por los prisioneros. Como la tregua de Dios en los meses sagrados. Por eso, hoy era el Zoco de Ruadi como un campo neutral donde cada casa difería sus rencillas por el plazo de la solidaridad. Allí estaban, cara a cara, los que habían derramado la sangre de los otros, tenían un fusil en las manos, guardaban el rencor mismo del día del duelo, y, a pesar de los impulsos ciegos de la venganza, aguantaban pacientemente la situación penosa, como si no estuviese ya entre ellos la sombra del muerto.

Todo esto explicará cómo después, al empezar a tiros otros bandos de las querellas de ellos mismos, se rompiera la tregua y se desbaratase la concordia del Zoco, tomando cada cual el camino que más presto le alejase del peligro de su rival, unos de otros, para que la sorpresa no fuese la agresión y la agresión no fuese otra vez, allí mismo, el signo de la sangre...

Y llegamos al Zoco de Ruadi la caravana cansada y macilenta de los prisioneros. En el Zoco ya toda la kabila aglomerada en una masa confusa de yilabas del color de la propia tierra, como breñales del mismo monte. En la ancha explanada, cercada por la horda con el círculo apretujado de sus armas en vilo, como en acecho de cazadores, estaban los más implacables del odio mortal, y en medio, frente a nosotros, una fila de quince o veinte montaraces, de mal alma y buen tino, entresacados allí de la turba para ejecutar, a tiros, la sentencia que fuese...

Como a un ható del rebaño para el sacrificio nos empujaron a los ocho...

Resonaba, ahogado en los aires, el zumbido ronco de la multitud, con ese jadeo ansioso de la marea humana...

Si Dadi, a mi lado, me dijo, con un suspiro de esperanza en el alma desesperanzada:

—En aquel grupo que aún discute, hay partidarios nuestros que porfían contra la mala voluntad de la kabila... Por eso no se atreven a matarnos...

Luego, indicándomelo con la mirada, añadió:

—Y ahí está mi hermano, que aun tiene su fusil...

El hermano, de pie, con los brazos apoyados en su fusil, no quitaba los ojos, con una sarcástica sonrisa provocativa, del pelotón preparado para el momento último...

Hubiera sido capaz, él solo, de dispersar a tiros a la kabila entera... Ya lo había hecho alguna vez. Por eso ninguno se arriesgó a quitarle el fusil. Era una estupenda fiera humana.

Pero no fué precisa aquella locura de su audacia, que le relucía chispeando lumbre en sus ojos de tigre...

Porque, de no muy lejos, retumbando en lo hondo de las barrancadas, trajeron los aires rasgados y crujiendo como latigazos, siete, ocho, nueve, diez disparos, con distinta intensidad, como de dos bandos tiroteándose a la vez...

Esto fué una señal de alarma para disgregar en seguida la muchedumbre del Zoco...

Y en este instante, en este preciso instante providencial, cuando todos se desparramaban por los campos, huyendo del peligro que nadie conocía con certeza, entró en la explanada al galope y enfrenó su caballo allí en medio, el kaid Mohammed, jalifa del Bajá de la alcazaba de Snada.

Y gritó, a los que quedaban:

—¡En nombre de nuestro sultán Muley Mohammed, los prisioneros están bajo nuestra custodia!

Revolvió su caballo, cubierto de sudor y de espuma, y el albornoz del kaid se abrió a los vientos como una resplandeciente bandera azul.



LAS VIDAS RESCATADAS

Romper un zoco quiere decir, en tierra de rifeños, que se violó por la fuerza el pacto de buena armonía que la kabila había concertado consigo misma para poder congregarse apaciblemente, como en una reconciliación ocasional y transitoria, deponiendo por un plazo sus rencillas y sus deudas de sangre. Y esta tregua de paz, convenida entre todos, es la que a veces se quebranta, casi siempre a tiros. Esto quiere decir en el Rif romper un zoco. Y el denominativo es apropiado, porque en el momento de entrar los fusiles en acción, se desliga la confianza que unía a la kabila y se dispersa la concurrencia del zoco, desbaratando la concordia y empezando otra vez la contienda entre los rivales y los adversarios. Y ya sin compromiso de solidaridad ninguna.

Y hoy, a tiros también, se rompió el Zoco de Ruadi de la kabila de Bokoia. Fué en el instante mismo en que iba a derimirse, igualmente a tiros, la decisión del consejo comunal de la kabila, que nos tenía ya en fila ante los fusiles del pelotón a los ocho cautivos.

Pero todavía la alarma por el zumbido doble del eco de los disparos, desgarrados en la entraña frágosa de las barrancadas, no había aventado del todo a la caterva del zoco, cuando —ya lo hemos referido— entró en la explanada al galope y refrenó su

caballo allí en medio, con asombro y sobresalto de la gente, el kaid Mohammed, jalifa del Bajá de la alcazaba de Snada.

Y fué en este instante, de sorpresa y de osadía, lo que aprovechó el kaid para intimidar a los que quedaban rezagados y anunciar a voz en grito —ley decretada por la boca de los poderes reales— que los prisioneros quedábamos bajo la custodia y garantía del bajalato de la alcazaba.

Caracoleó con garbo el caballo, metió piernas con destreza, clavó espuelas y voló al galope otra vez por la senda baja de Taguidit, a reunirse con el Aga Bel Kadi, el gobernador de Snada, que ya cabalgaba hacia el zoco a buen paso, seguido de sus ocho jinetes de escolta, con arreos y albornoces de la mejor gala, que el lucimiento, en las tropas del Rogui, también era señal de poderío.

Pero nosotros, bajo el acecho de los fusiles del pelotón firme, allí todavía reos de muerte y sin más recurso de defensa que el decreto a viva voz del kaid Mohammed, no podíamos saber con certeza la causa repentina de aquel tiroteo que rompió el zoco. Tampoco lo adivinaba la kabila. Por eso se dispersó apresuradamente, antes de que allí mismo se propagase el fuego. Y el origen —luego lo supimos— tuvo su coyuntura en una mera casualidad. Providencialmente todo, como movido por la gracia del milagro. El episodio tenía que ser así, fuera del orden natural de lo humanamente hacedero. Porque un instante después que hubiera sido, ya todo tenía que llegar tarde. Nuestras vidas pendían de un hilo, y el hilo lo iban a cortar en aquel momento preciso.

El suceso fué de este modo, que de otra forma no hubiera sido posible: «Sivera», que era, como cacique influyente de Bokoia, uno de los principales elementos de nuestra expedición, se había separado de nosotros cuando andábamos, casi errantes, por la maraña selvática de Sidi Buiakob, y se había encaminado, él solo, por los senderos más extraviados en lo escabroso, al Peñón

de la Gomera, con el propósito de avisar nuestra llegada y prevenir una lancha para la travesía desde un lugar escondido de la costa. Porque ya íbamos huyendo de la persecución y el acoso de los kabileños. Y al regresar de la isla aquella madrugada y remontar el vallecillo de Sidi Mansor, fué descubierto y apresado por unos aduareños de la ribera, que, a sabiendas de todo lo pasado, venían también al Zoco de Ruadi, a ver lo que podían arramblar en el río revuelto del alboroto.

Pero «Sivera», audaz y ladino como ningún otro en el Rif, pronto se ingenió para salir del caso apurado en que se veía. Metió mano a su bolsa, bien repleta siempre de recursos, y ofreció a los salteadores —ocho o diez de distintos aduares— el pago a buen precio del rescate de su libertad. Quedáronse los agresores pasmados de la espléndida oferta que tan inesperadamente se les prometía por una transacción de la que no habían de dar cuenta a nadie. Pero como vacilaran y dudasen en su decisión, «Sivera», que resolvía rápido, les echó al aire dos abultados fajos de billetes y tentó la codicia de los lugareños con esta mala intención:

—¡Para repartir entre ustedes!— les dijo.

Y fué entonces la disputa violenta de los unos contra los otros, todos en la porfía a manotazos por arrebatarse el caudal llovido del cielo.

Del forcejeo de los puños pasaron a la furia de los fusiles, a culatazos, luego a la razón suprema de los tiros, abriendo el fuego a quema ropa...

Cayó, del primer disparo, uno muerto; después, otro mal herido...

Se dispersaron pronto los contendientes, cubriéndose cada cual en lo escabroso del suelo, para defenderse y matar...

«Sivera», que sabía la inminente señal de alarma que es el ruido de los tiros en tierra de rifeños, corrió a resguardarse en

una loma, y desde allí disparó a mansalva sus balas al aire, con una frenética celeridad...

Y me contaba luego, riendo de su estratagema a costa de la sangre, que los billetes despedazados volaron al viento en una bandada de pajarillos de colores, como un feliz agüero de que en aquel preciso instante se rompía el zoco y se salvaban ocho vidas...

Fué entonces también —¡providencial coincidencia del sino de cada uno en la mano de Dios!— cuando llegaron los kaides de la alcazaba de Snada, el Aga Bel Kadi y el jalifa Mohammed, con su bizarra escolta de caballería...

Descabalgó el viejo Bel Kadi con asombrosa soltura a pesar de su carga de años y vino a sentarse en un risco junto a nosotros. Era el Aga Bel Kadi más que ochentón, de talla gigantesca y rígida, enjuto y reseco, de piel apergaminada y negra reluciente, con un vozarrón áspero y cavernoso, duro, hecho a mandar con rigor y poder a multitudes de soldados y plebes... Era veterano de todas las guerras, desde las de Muley Hasán, y había venido al ejército del Rogui abandonando el bajalato de Sidi Mel'lul, de cuya alcazaba tenía el señorío.

Gritó el viejo kaid a los rezagados kabileños, que ya se escurrían huidizos de su mirada, temerosos de que fuese a tomar en ellos cuenta del reciente suceso, y amenazó de muerte al que pusiera mano en los cautivos, que desde entonces quedaban bajo la salvaguardia de su señor, el rey de Zeluán...

Ordenó que nos condujesen a la alcazaba de Snada, diéronnos cabalgaduras, y al galope mismo de su escolta, todos, kaides, soldados y prisioneros, nos echamos a correr, a volar, siguiendo el cauce seco del río, como almas rescatadas que se llevase Dios envueltas en una nube de polvo...

Detrás iba quedando como una senda de claro de luna el cauce seco del río, solitario...



EL AGUA VIVA DE LOS SANTOS DE SNADA

La alcazaba de Snada, al igual que casi todas las fortalezas idénticas en las llanuras de Marruecos, no era más que un enorme cuadrilátero de murallas, a trechos franqueadas de recios baluartes macizos, sin almenas ya en los parapetos de la cortina, rota y desmochada de vieja y ruinoso. Todas las alcazabas similares, como construidas sobre la traza de un mismo plano, al modo de las edificaciones del país y ajustadas al carácter de la arquitectura militar de la época. En realidad, estos vastos recintos representaban el cerco amurallado de los campamentos permanentes, especie de cuarteles al raso, porque dentro del ancho patio fortificado no había generalmente edificaciones, a no ser alguna somera vivienda para el jefe superior, pero a manera de simple cuartelillo privado, de construcción rudimentaria y transitoria, como asimismo cobertizos para el ganado, silos y el pozo indispensable, que valía tanto para la defensa. Pero en el interior de este inmenso solar de la de Snada, de esta gran plaza de armas terriza, sí había un caserón destartalado, de una sola planta, edificado a la costumbre rifeña, con rústicas paredes de piedra y barro de adobes, techo de cañizo y ramaje argamasado con greda, y en torno al amplio patio cuadrado los diversos albergues para los kaides y la tropa, las cuadras, la cocina y la cárcel, sin que faltara el pozo, elemento vital de la fortaleza, con su abundante caudal de agua dulce y clara.

Había entonces la creencia en el aduar de Snada de que todas las aguas de sus venas y veneros del suelo tenían un algo de gracia bendita, buena para la salud del alma y del cuerpo, y muy propicia también para los hechizos del amor. Contábase allí que un sorbo de esta agua de nuestro pozo bastó para sacar de su sensatez a un varón tan grave y solemne como el Xerif Naziri, gran kaid de Bu Hamara, que, un día, siendo bajá de la alcazaba de Snada, perdió el sentido por una joven y hermosa xerifa, de la familia de Sidi Hamido de Uazán, volviéndose de poco seso, como enamorado sin cordura. Y años después, hablando yo una tarde en el campamento del Rogui, en Zeluán, con el majestuoso Naziri, me confesó que, si la virtud de aquella agua era eficaz recién bebida, porque él mismo lo había comprobado al vencer la oposición de los xerifes de la zauia de Snada, que le negaban el casorio con la preciosa joven, luego, pasado el influjo del líquido milagroso, la felicidad tornábase desventura y la belleza se marchitaba, sin que quedase nada de lo angelical y las gracias primeras. La xerifa fué, antes y después, la pesadumbre del xerif. El agua dulce siempre a él le dió sabor de acíbar.

Esta historia de amor, de la aldeanita guapa y el magnate atezado, sirvió entonces de comidilla a la gente sencilla del lugar, que halló en las peripecias del lance romancesco motivo para que los coros de sus muchachas cantarinas echaran sus coplas al aire alegre de los festejos y romerías, que es el modo inveterado de los rifeños de dejar pasar siempre prendido en la leyenda popular de sus canciones el suceso que un día impresionara más la vida sosegada de la aldea.

Me detuve en este caso supersticioso de la virtud atribuída al agua benéfica de Snada, por haber sido el mentado Xerif Naziri uno de los personajes de más relieve en el relato de nuestro cautiverio y haber servido también esta gracia del agua en nosotros mismos como tónico fortificante del ansia de vivir. Porque apenas

llegamos a la alcazaba, como primicia de la baraka de los nobles xerifes de la Zauia famosa, vino a nosotros una esclava con el cantarillo de agua —dijo de la noria grande de la huerta— y nos la ofreció de parte del místico y piadoso Sidi Hamido, entonces amo y señor del venerado santuario. Caso muy fuera de lo natural, pues lo genuino hubiera sido la taza de leche, ofrenda y saludo de bienvenida al viajero llegado, fuese de la calidad que fuese, rey o mendigo, esclavo o señor, pues era así el rito y la tradición de la Zauia. Pero fué el agua... porque el agua de la noria grande de los xerifes traía la promesa fortalecedora de la esperanza de vivir... Y, antes de enviar el cantarillo, Sidi Hamido había mojado sus labios en un sorbo, como para infundirle su baraka. Una baraka ya en sí mismo con una inmanencia de más de trescientos años en sus ascendientes uazanés...

Bebimos el agua con la avidez seca del cansancio y también por agradecer la bondadosa solicitud de la esclava, que nos miraba con el halago de su sonrisa humilde, llena de fe en la acción preservadora de su milagro...

Algún tiempo después, recién ocupado el Rif por la protección de las armas españolas, volví a Snada y me alojé en la casa solariega de los xerifes. Y una tarde azul y dorada de sol, reposando a la sombra apacible y fresca de la arboleda de su huerta, junto a la noria y los tabacales, me respondía Sidi Hamido, con un dejo de amargura irónica, dolido del poco aprecio que de su persona se le hacía:

—Ni esta agua de ahora tiene virtud de nada, ni es propicia al milagro, ni en la baraka de los xerifes hay potestad... Todo, a ras de tierra se quedó, por el pecado de los hombres, sin la gracia del cielo... Nuestra Zauia, refugio de místicos y santos, de desamparados y perseguidos, no se la mira más que como una hospedería de vagos y menesterosos...

—Entonces —le repliqué, bromeándole—, si ahora hubiese sido nuestro cautiverio, ¿no me hubieras mandado, como aquel día, el agua de tu noria?

—El agua de mi noria, ya, ni quita la sed.

.....

Llegados nosotros, al galope, desde el Zoco de Ruadí a la alcazaba, se nos aposentó, no hay que decirlo, en la triste ruindad de la cárcel. Ya los cautivos éramos sólo tres —Delbrel, el Hach Otman y yo—, que los cinco kabileños de Bokoía, prisioneros con nosotros, se habían quedado bajo la custodia de la kabila, para responder con sus vidas y haciendas de la violación que hicieron de la seguridad de su propia tierra...

La cárcel, un lóbrego cuartucho, no tenía más luz ni más respiro para el ahogo de su estrechez, que una puertecilla angosta, por lo que siempre manteníase abierta como una boca para respirar, sin que pudiera contarse con el aire claro de una aspillera rasgada en el muro, porque su hueco servía de repisa al pobre ajuar y era igual que un ojo cegado. Todos los tabucos de nuestro albergue durante el cautiverio fueron así de sórdidos y oprimidos, que para un prisionero en tierra de moros no había de ser mejor el trato al enemigo que en cualquier campo de concentración de la encumbrada y resplandeciente civilización europea. Nos lamentábamos de la estrechura ahogada de la mazmorra, sin saber que luego, naciones enteras de nuestro mundo cultísimo, se iban a convertir en todo mazmorra. Pero, metidos entonces en la lobreguez del encierro, y sin poder adivinar el progreso de la maldad humana, ésto no podía tampoco servirnos de consuelo.

Entró un soldado en nuestra prisión y colgó del saliente de una piedra el candil que había de alumbrarnos todas las noches con su tenue llamita temblorosa.

Otros soldados, huéspedes de nosotros mismos, tres o cuatro del turno cada vez, entraron y se acurrucaron a su manera, tanto para nuestra guarda como para compartir la desabrida pitanza si la hubiere.

De la Zauía de Sidi Hamido nos trajeron una estera nueva para que nos sirviera de lecho en el suelo raso.



UN COMLOT CONTRA EL ROGUI

¿Qué pudo moverle a ponerse tan a nuestro lado al viejo y formidable Aga Bel Kadi, señor de la alcazaba de Snada y kaid de kaides de todo el amplio y díscolo territorio rifeño de su bajalato, desde la ribera del Uringa a las ásperas montañas de Tamsaman? ¿Por qué tan encumbrado magnate de los dominios del Rogui venía él mismo a interponer toda la fuerza del poder real en defensa de unos míseros prisioneros cristianos? ¿Era, acaso, que tenía que mantener en todo instante el valimiento de su preponderancia, para sujetar a tribus tan indóciles que no sufrieron nunca el yugo de nadie? ¿Qué impulso providencial, milagroso, trajo a los kaides de Snada al Zoco del Had de Ruadi, a tiempo todavía de arrebatarlos de las garras de los kabileños de Bokoia?...

Delbrel era el único de nosotros que presentía —que percibía en su agudizado instinto de conservación— la razón posible de este inexplicable cúmulo de conjeturas en que se debatía nuestra lógica. Delbrel había sido —ya luego estuvo claro— la causa motivadora de aquella decisiva intervención de los grandes kaides de Bu Hamara en el trasiego de nuestras ajetreadas vidas en tribulación. Bu Hamara tenía ordenado a sus bajaes y kaides de todo el territorio la detención de Delbrel donde lo hallasen. Y, por su mal, vino a caer el cuitado, sin querer, en los dominios acorralados de Bel Kadi, sin probabilidad ninguna de escapar.

Estaba cogido y bien sujeto. Era ya un prisionero del rey y nadie más que el rey dispondría de su suerte; el servicio prestado era imponderable. La orden de su captura estaba ya cumplida. Por eso el viejo y sarmentoso Aga Bel Kadi sonreía de aquella manera irónica cuando cruzó su mirada con el atribulado Delbrel.

Bel Kadi le había conocido, allá por los años de 1893 al 94, en el campamento imperial de Muley Hasán, durante la grande expedición de este sultán a la región de Tafilet, y, desde entonces, no se olvidaron los antiguos amigos, que coincidieron después, al servicio del Roguí, en el campamento de Zeluán. Pero en esta enojosa ocasión las viejas relaciones no valían nada ante un decreto del rey.

¿Y qué culpas se le imputaban a Delbrel para que de este modo tan implacable se le persiguiera, pregonándolo, por todo el ámbito del dominio de los grandes kaídes? Aquella sonrisa malintencionada de Bel Kadi, moviendo a la vez la cabeza con un gesto de acusadora reconvención, ya nos revelaba que, si Delbrel se había librado de un tremendo peligro, vino a caer de pronto en otro de no menos riesgo. Y no se sabía cuál peor, si la amenaza de muerte por los kabileños o la muerte segura por la justicia del Roguí.

Ya luego estuvo todo claro: era una acusación que pesaba, no sólo sobre Delbrel, sino contra unos aventureros o negociantes al azar, de nombres hartos divulgados en la historia no muy clara ni muy limpia del mercado negro argelino. Pero no parece que Delbrel tuviese arte ni parte en el plan urdido por los otros para sorprender al Roguí, atraparlo y entregarlo a un gobierno extranjero, de acuerdo con el propio sultán, a cambio de explotaciones mineras en el Rif y concesiones de factorías en Mar Chica y en los mejores centros comerciales rifeños, principalmente en Taurirt, Axdir y Torres de Alcalá, abriendo esta gran ruta a los mercados del Uarga y de Fez.

Asegurábase en esta época de las maquinaciones extranjeras contra Bu Hamara, que la lancha motora en la que se le invitaba a embarcarse para navegar a lo largo de la costa rifeña, ya estaba anclada en Chafarinas, en espera de que se le aceptara la taimada cortesía a los mercaderes argelinos, cuyas iniciales de los tres más potentados pudieran ser B. M. y S. Porque las otras iniciales de los demás se me olvidaron. Era, pues, una turbia mescolanza de idiomas y banderas, que de todo había en la opulenta pandilla de los financieros.

Un hombre de la calidad de Bu Hamara, nacido y hecho en la lucha, y con las armas siempre en las manos, que vivía en la inquietud perenne de estar vendido a la traición en todas partes, no había de dejarse sorprender por esta ingenua trampa de embarcarse en una lancha rápida y con una gente desconocida y sospechosa.

Y descubierto el fraude moral de aquella empresa tan poco escrupulosa y aventada la taifa de la confabulación, no pudiendo Bu Hamara poner mano en los que intentaban cotizarle su vida en la bolsa de las grandes jugadas coloniales, arremetió furioso contra los que, en su propia corte, creía cómplices del complot, metiendo en el desafuero a Gabriel Delbrel, su jefe de Estado Mayor, que por entonces estaba ausente de Zeluán.

Hallóse Delbrel enredado de este modo en la trama de la querrela, tal vez por alguno que aprovechó su ausencia para complicarle, y sin que le valiera ninguna justificación, porque para esto no había más prueba que la palabra, y la palabra era un testimonio que para el Roguí no servía.

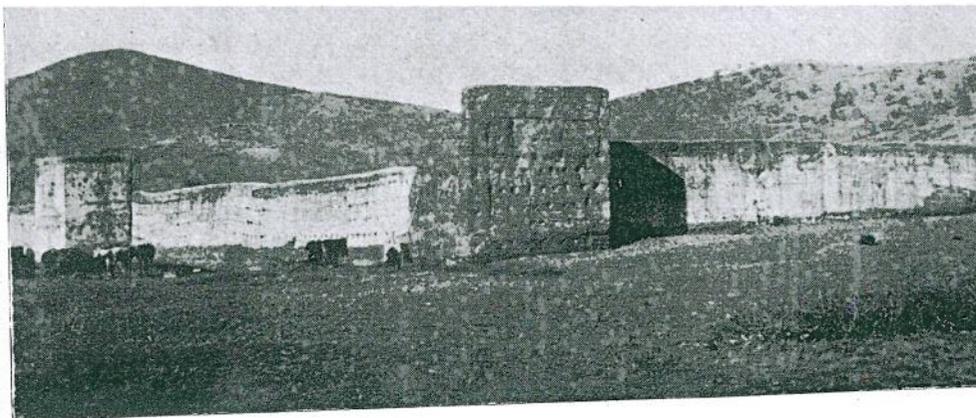
Echáronle encima también la culpa, sin que hubiera razón que lo demostrase, del incumplimiento de un contrato que se había convenido con el Roguí, y ya cobrado a buen precio, para abastecer al ejército de Zeluán de material de campaña y algún armamento,

sin que arribase nunca el buque fantasma de los proveedores belgas, agentes constantes del negocio...

Por eso el Aga Bel Kadi sonreía con aquel gesto irónico cuando contempló a Delbrel, cogido ya en su mano de hierro. Era la mejor presa que podía ofrecer al rey en su servicio. Y capturado en un rincón del Rif, donde nadie lo hubiera creído. Sí que fué imprudencia la de Delbrel echar su expedición por caminos todavía sujetos al dominio de Bu Hamara y entre gentes que lo sabían pregonado... Su tribulación era desesperada.

Llegamos a la alcazaba de Snada ya muy de noche y allí nos quedamos cautivos y bajo la salvaguardia de una guarnición no muy nutrida, pues la componían un grupo de jinetes, con mucho lujo en sus arreos y armas lucidas, y una mísera sección de soldados de a pie, casi sin armas y sin ropa.

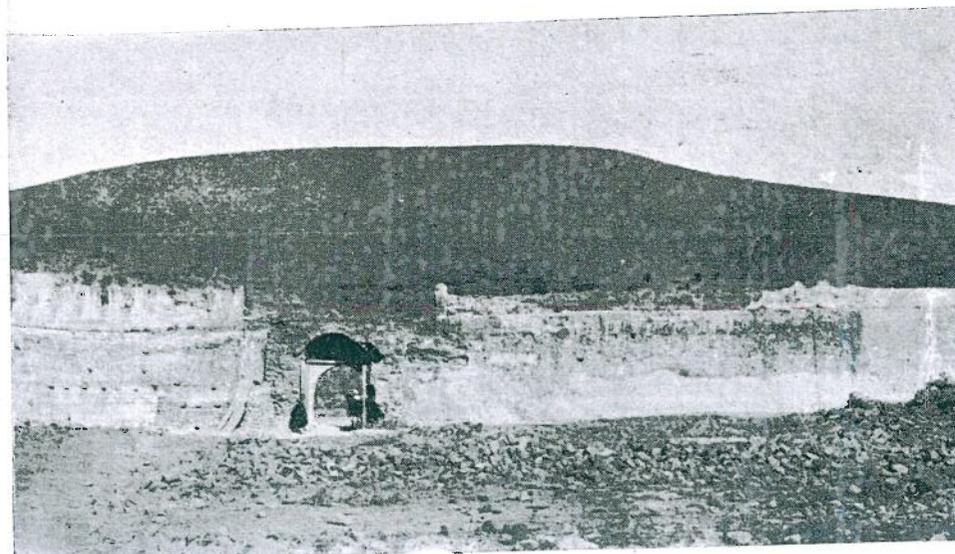
Pero toda la fuerza del poder real descansaba en la entereza formidable del Aga Bel Kadi, que se imponía con su vozarrón, hecho a mandar, gritando.



Torreones de la alcazaba de Snada, grande fortaleza construída dicen por Muley I allá por el siglo XVII, y donde tanta perdida historia fué de sultanes vencidos, cor turcos, prisioneros cristianos y morabitos milagrosos.



La puerta de la alcazaba, tal como hubo de ser en su principio militar, rota a carcomida de vejez sus murallas, sin la corona real de las almenas, ruina de otra arrogante, cuartel último de las tropas de Bu Hamara en el Rif.





Retrato que siempre se ha publicado como el de Bu Hamara, sin que en verdad pueda asegurarse que lo sea. Eran otros sus rasgos, de más delicada finura; su barba, no tan espesa y sí muy rala; el rostro cenceño; no corpulento ni robusto. No era como ese retrato cuando lo conoció el autor de este libro.

☆



Este sí es el propio retrato de Muley Mohammed «el Tuerto», primogénito del sultán Muley Hasán, y que se pasó casi toda su existencia preso en la mazmorra de Mequinez, para evitar que se alzara con la pretensión del reino. Su nombre y su personalidad sirvieron a Bu Hamara para suplantarle en su ambición y apropiarse lo que este príncipe quería y no podía.

☆

LA CARTA DEL SULTAN

Para un cautivo las horas se cuentan por eternidades, pero apenas habían pasado seis días y ya estaba en la alcazaba de Snada la respuesta a la carta que el Aga Bel Kadi envió al sultán —al sultán Bu Hamara— con la información de lo acaecido a «unos cristianos» en la alborotada kabila de Bokoia, suceso de mucha importancia para la política astuta del gobierno de Zeluán, por la calidad de los protagonistas europeos; el uno, Delbrel, jefe de Estado Mayor del Rogui, pregonado en los zocos y reclamado en todas partes por conspirador; el otro, yo, nada menos que un prisionero tan cotizable como el hijo del Gobernador militar de Alhucemas. Seis fechas, un emisario a caballo, desde Snada a Zeluán y regreso por el mismo camino apartado, y a través de un territorio insumiso al rigor de cualquier dominio, no era, en verdad, demasiado tiempo para tan larga y comprometida travesía. Salió de Snada un miércoles y estaba de vuelta el lunes siguiente, sin ningún percance. Cambió de cabalgadura —me explicó después el veloz mensajero— en cinco etapas de la ruta, en la que kaides adictos le facilitaban los medios necesarios para cada jornada. No creo que hubiera jinete en el mundo capaz de hacer esta penosa y arriesgada caminata con tanta brevedad. Y tuvo que llevar su caballo vertiginosamente, casi de un modo

furtivo, por las cumbres fragosas más que por los valles descubiertos, desviándose de los senderos vecinales y el tránsito de los zocos. Nosotros mismos, con la caballería del Xerif Naziri, hicimos después este recorrido, sólo de ida, en siete etapas. Y esta misma mehal'la, que vino enviada por Bu Hamara para conducirnos a Zeluán, tardó catorce días desde dicha alcazaba. Claro es que se detenía plácida y parsimoniosamente en cada sitio donde hallaba mansa acogida y abundante y sabrosa muna. De lo que se deduce que, en tierra de moros, la distancia no tenía entonces otra dimensión que la relativa a la urgencia del caso. Por eso al ceballo líbico, la mitología le ponía alas. Para volar o posarse en los lugares placenteros.

Pero una carta real, si vuela por los caminos en alas de un caballo, no es luego leída y cumplida tan pronto como quisiera el ansia desesperada del cautivo. Antes, la autoridad representativa del sultán lo ha de comunicar a las kabilas de su jurisdicción, convocándolas a un sitio de concurrencia habitual —el zoco, la mezquita o la alcazaba— para efectuar solemnemente la promulgación del documento con todo el rito y el vasallaje que exigen la letra y el sello de la majestad. Porque si el emisario —más rauda que Hermes o más embustero que Ulises— tardó tan poco tiempo en recorrer tan gran distancia, las tribus sí lo necesitaban para congregarse, por no ser su costumbre acudir con presteza al llamamiento del poder real, ya que siempre lo temen y lo rehuyen, porque nunca las citan para nada bueno. Las más distantes de Snada —Beni Ammart, Gueznaia y Beni Tuzin— enviaron antes sus delegaciones que las del contorno inmediato a la alcazaba, tal vez porque las confederaciones montañosas no sentían tanto recelo de las proclamas del Rogui, parapetadas en sus riscos inaccesibles y aisladas en su feroz independencia. Las de la montaña venían ahora nada más que a explorar y tantear las intenciones del escrito regio, pero sin idea ninguna de servirle.

Al fin, hoy lunes, primero de abril, se reunieron junto a la alcazaba de Snada los delegados de doce kabilas para su acto de presencia, de testimonio, en la ceremonia de la lectura, que es una de las funciones más transcendentales en la sociedad musulmana. Desde muy temprano oíamos ya, en torno a la fortaleza, el ajeteo de la muchedumbre viajera, ese sordo hervidero de la marea humana. Barahunda de la reata y algarabía de la turba. Y así, ensordecida toda la mañana con el bullicio del gentío, hasta la hora canónica de la oración del medio día, que es el momento tradicional aquí para estas solemnidades xerifianas.

La señal del principio de la ceremonia fué —para nosotros, alejados y metidos en lo recóndito de la mazmorra— un silencio enmudecido, como si el espacio y la tierra, de pronto, se hubieran quedado sin el aliento de una voz siquiera, sin una palpitación de alma viviente. Y en aquella oquedad de vacío infinito, de inexistencia, repentinamente, en el aire callado y sin asomo de vida, resonó un hondo murmullo de salmodia, con el sonsonete del rezo llano, todas las voces enfervorizadas de la muchedumbre al unísono del tono lastimero de su plegaria, que es esa imploración revelada en las siete jaculatorias de la primera sura coránica, como una súplica de inspiración al buen criterio siete veces.

Cumplida esta inexcusable práctica de la rogativa inicial de toda suma obra musulmana, otra vez volvió a quedarse en silencio la multitud, en una profunda y expectante pausa, esperando, absorta, la lectura de la carta real. Que lo hizo una voz campañuda y solemne, poniendo en cada palabra, como una reverencia, el empaque declamatorio de un texto sagrado. Y el sello, con los lemas reales, lo besaría llevándolo de la frente a los labios.

Y entonces, el clamor sugestionado de la concurrencia rasgó en los aires el cristal dorado de la tarde y nos clavó ese grito ritual, litúrgico y ceremonioso, de exaltación de la vida y la gloria de «nuestro señor».

Cumplidos con este homenaje cortesano todos los requisitos espectaculares que exigía la lectura del decreto real, disolvióse la asamblea de las delegaciones kabileñas, esparcidas otra vez por los senderos innumerables de sus cuatro rumbos en la montaña, más a prisa que vino, como ahuyentada y aventada por el miedo que les inspiraba aquel papel, cuya letra casi ninguno entendía... Porque, allí, era otro el idioma, muy distinto del escrito en la norma oficial. Si algo comprendieron, después de muchas explicaciones de los unos a los otros, fué, en síntesis, que los prisioneros tenían que permanecer en la alcazaba hasta la llegada de una mehal'la que, en camino ya y al mando del Naziri, traía, de orden del sultán, la resolución definitiva.

¡La carta, tanto tiempo esperada, en días inacabables de angustia, con este ansia desesperada del cautivo, no era más que una vana fórmula dilatoria para apaciguar los ánimos soliviantados de la kabila, sin que aludiese para nada a nuestra posible redención! ¡Y otra vez a esperar, después de la carta, a las tropas que venían!...

Al fin, a los cinco días de estar contando las horas eternas, llegó la mehal'la de caballería del sultán Bu Hamara. Pero tampoco esto era la libertad.

Y así empezó nuestro cautiverio.



LA ALCAZABA VACIA

Los castillos de España, que casi han dado nombre a España, todos tienen su historia embellecida con una leyenda. Cada uno en su grandeza o en su poderío de fortificación militar, representa un período glorioso de la vida española o del predominio supremo de las dinastías feudales. Cada torre o cada baluarte, cada matacán o cada almena, la estancia o el claustro, la poterna o el foso, la muralla o el revellín; todo en el castillo guarda el asombro de una tradición para el juglar que cantó la epopeya o para el cronista que vivió el episodio. ¡Castillos de Pedraza, de la Mota, de Coca, de Escalona, de Manzanares, de Turégano, de Peñafiel!... ¡Cuánto se recuerda aún de ellos en la velada lugareña, reviviendo cada noche su evocación en los labios temblorosos de esos viejecitos que no acaban de morir para que la historia no acabe nunca! Porque las piedras hablan; pero nadie como ellos saben lo que dicen. De unos a otros va el relato y cada vez la fantasía le adornó con la gracia de una leyenda nueva. Las piedras hablan y no las entienden más que, algunas veces, los arqueólogos, y siempre los pastores y los labriegos.

También Marruecos tiene sus castillos. Se llaman alcazabas. Son recintos enormes, de tipo generalmente cuadrangular, reciamente amurallados y con flanqueos de macizos baluartes. Algunas

tienen otro más imponente aspecto de fortificaciones poderosas, circunvaladas, que abarcan un pueblo entero, como la de Xauen. Pero, casi todas, son grandes cuadriláteros cerrados por anchos murallones de argamasa, de una misma altura, coronados de almenas y protegidos por robustos bastiones y hondos fosos, como la de Zeluán, la de Snada... Están estratégicamente colocadas en las líneas de invasión, en los lugares defensivos de la frontera o en el puesto dominante de los territorios levantiscos. Cumplían bien su misión militar. Pero no tienen el resplandor de una historia bizarra ni el encanto seductor de una leyenda. Mejor dicho, si lo hubieron, que nadie lo sabe, no quedó en la memoria huella ninguna de su pasado heroico. Ni en la orgullosa verdad ni en la bella mentira. Ni en lo vivido ni en lo soñado. Nada. Un silencio de casa sin vida. Un cuerpo sin alma o una calavera vacía. Como si el furor de la guerra se lo hubiera llevado todo, borrándolo para siempre.

La edad histórica de una alcazaba empieza y termina en cada instante de la existencia de un sultán, y cada instante es una fecha fugaz que desaparece sin dejar un rastro. Casi todas las alcazabas fueron construídas en tiempos de Muley Ismael, dice la gente. Por lo mismo que dice que casi todas las fortificaciones de estilo europeo fueron levantadas en Marruecos por los portugueses. Es la más simple expresión de un tópico que todo lo explica de la misma manera. Las construyó Muley Ismael... y nada más. Ahí comienza y acaba el sencillo compendio de la tradición. Porque a la gente no le importa lo que pudiera haber sido antes, en otra época que no ha vivido, lo que ahora no es más que los cuatro paredones de una ruina. Y lo que aquí pudo pasar, ya no le interesa. ¡Qué saben las ruinas ni qué pueden decir!

Pero a mí sí me importan algunas alcazabas. La de Snada, la de Zeluán, sí viven en mi recuerdo con la intensidad de las emociones perdurables. Cada una es como un soplo de historia en un

miserio cautivo. Menos que un soplo, menos que un átomo. Porque la muerte pendía entonces de un hilo.

Gobernaba las tribus rifeñas occidentales el aga Bel Kadi, negro y viejo kaid de las mehal-las de los legítimos sultanes, y ahora, a la postre de la lealtad bien probada, venido a servidor del último rebelde. Era un bajá a la usanza tradicional, enérgico y duro, inflexible y arisco. Se le temía y se le odiaba. Los kabileños de aquel territorio, humildes y atemorizados, lo miraban con miedo y lo sufrían resignadamente. Este era el gobernador de la alcazaba de Snada, en nombre del que se había proclamado sultán Muley Mohammed. Y así era el hombre, rudo y terco, que había de ampararnos en su alcazaba, residencia de la representación imperial, donde ejercía su cargo en medio de kabilas hostiles y sin más fuerza de tropa y armas que un jalifa, un escribiente, una desarrapada mejaznía de veinte soldados, sin equipo ninguno y una sección de caballería. Pero, por encima de sus escasos atributos de gobierno y mando, su voluntad indomable.

Pasaban los días, los días, quieto el tiempo en lo impasible de su eternidad, sin dejar una huella en la mansedumbre de su indiferencia. Nada importaba nada. Se había anunciado a las kabilas el envío de una mehal-la de Zeluán para decidir nuestra suerte, y nuestra suerte no querían las kabilas que se le escapase. Y allí se estaban en torno a la alcazaba los más intransigentes, con el fusil al brazo en acecho de la presa, acurrucados, encapuchados en sus yilabas raídas, silenciosos, inmóviles, como piedras entre las piedras. Y la mehal-la no llegaba ni los kabileños levantaban el cerco. Cada vez tenía que ser otro el pretexto inventado para justificar la tardanza. Y ya se agotaban las razones de unos y el sosiego de otros. Hasta que, al fin, un día...

Todo el caserío de Snada se engalanó con el bullicio de las mujeres en las azoteas y la alegría triunfal de los gritos. Por el

cauce pedregoso del río seco se desbordó el raudal de colores y resplandores de uno de los escuadrones más lucidos de la caballería roguista. Mandaba los jinetes el fastuoso xerif El Fádel El Naziri, ministro y general del ejército de Bu Hamara. Jamás hubo tropa en Marruecos de tanto lujo y vanidad como la caballería del Rogui. Cada jinete era un brillante conjunto de riqueza y belleza, de garbo y gallardía. Sus ropas y sus armas eran de una ostentación imponderable. Cada uno parecía un rey mago. Y como los caballos sabían del caballero, también se ufanaban en el frenesí del galope, al aire los jaeces de oro y de seda, cubiertos de espuma y de reflejos, en el torbellino de una nube, con las alas abiertas. ¡Qué jinetes del Rogui!

La misma tarde entró a mirarnos el opulento xerif Naziri. A mirarnos, que otra cosa no debía hacer entonces tan alto dignatario de la soberana corte imperial. El xerif, negro y corpulento, vestido con la suntuosa magnificencia de su alcurnia, todo pompa y brillo, discordaba en aquella oscura pobreza de nuestra cárcel. Nos miró largo rato, posando su mirada en uno y otro sin curiosidad, y se marchó sin despegar los labios. Desde su altura no podía hablar a los cautivos, que no eran nada.

Nos habían anunciado que el xerif y su mehal-la venían a redimirnos, y así fué el alborozo de la libertad tanto tiempo esperada. Por eso quisimos adivinar un asomo de promesa en la mirada impasible del xerif. Aquella tarde la caballería corrió la pólvora, y creíamos nosotros que era en celebración de la buena fortuna. Después, un almuédano cantó y llamó a la oración del magreb, y los soldados se acogieron a su campamento, quedando el valle sumido en el silencio angustioso de una quietud abandonada. Los kabileños tenían miedo y nosotros también. Por donde pasaba la tropa del Rogui quedaba siempre una desolación de tierra quemada.

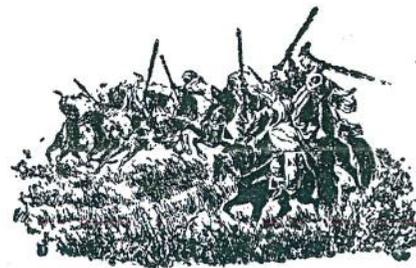
Y antes de que viniera la noche, cuando aún se rezaba en la zauía, entró en nuestro tugurio un altanero caíd de la Mehal-la y, con agrias voces, nos ordenó que saliésemos los tres, uno a uno.

El primero, el moro, el Hach Otman. Fuera, junto a la puerta, un herrero, mugriento de tizne y hollín, pernicorto, torvo y malcarado, clavó en el suelo su yunque, y...

Se oyeron los golpes del martillo cerrando las argollas de los grillos de hierro. Después, Delbrel tendió sus piernas y sufrió la misma injuria, del mismo modo. Luego, yo. Grillos de hierro y cadena, como signo indeleble de nuestra condición de cautivos. Ahora sí que era verdad.

.....
.....

Pasaron los años. Un día, de tantos días de nuestra Africa, volví a la alcazaba con Gregorio Corrochano. Estaba solitaria y vacía. Las casucas se habían caído, desmoronándose en un montoncillo de ruina. No quedaba nada de nada. El interventor del territorio, un oficial jovencito, se acercó, sin conocernos, creyéndonos viajeros de paso o turistas, y nos quiso enseñar amablemente la alcazaba. «Por aquí pasaron —nos dijo— las últimas tropas de Bu Hamara. Y cuentan que aquí estuvo cautivo un español...».



UN EPISODIO DE ROMANCE BRAVO

Una noche furiosa de tempestad, azotada de viento y de lluvia, con esa violencia tan horrísona de los temporales en la abierta y descarnada costa de Alhucemas, y cuya fuerza, batiendo en el acantilado, a veces parecía bambolear desde su fondo el viejo y carcomido peñasco de la isla, uno de los centinelas de la plaza, el de custodia sobre la muralla del presidio, en la Batería del Horno, sintió allí mismo, bajo su garita, el leve grito de un lamento en el aire, como el del instinto ante la muerte, y un golpe recio y duro de algo, como un cuerpo pesado, caído al mar. Miró a lo hondo del hervidero oscuro y fulgurante de las aguas, y no vió nada; no oyó tampoco ni otra voz ni otro ruido de seres humanos. Disparó su fusil a las sombras y lanzó luego su alerta a la guardia en acecho. Pronto, desde todo el baluarte de la Batería, veinte fusiles rompieron su fuego sobre el fantasma negro y plateado de las olas. Veinte latigazos rasgaron los aires y volvieron a crujir y a resonar veinte veces en las oquedades de los despeñaderos rotos...

A la diana del amanecer, como todos los días, el teniente ayudante pasó lista al presidio. Y al llegar, en la retahila de nombres y apodos de la relación a un tal Joaquín Ibáñez, no hubo voz que respondiera su «presente». Se le llamó otra vez, y el

mismo. Miró y escudriñó con insistencia, sin acertar cuáles pudieran ser, entre todos iguales, los cautivos cristianos. Y al fin nos conoció por las argollas de hierro. Tampoco en «el moro Joaquín» podía descubrirse a un español bajo el disfraz de su apariencia. Todo en él era cabal de un auténtico tipo rifeño. Su cara, su gesto, su ademán; la barba, recortada al estilo morisco; el turbante, enrollado con desgaire; la yilaba, corta, caída de un hombro, y bordada de colorines en el pecho; su gumía, al costado... Era un rifeño. Pero un rifeño sin palabra, porque no aprendió su lengua.

Venía «el moro Joaquín» por su propio impulso a ofrecernos su servicio y acompañarnos en las jornadas de regreso a Zeluán. Traía también —nos lo dijo en el susurro de la confidencia— el encargo de avisarnos que la kabila de Beni Uriaguel tenía el propósito de cortarle el paso a la mehal-la del Naziri, si cruzaba por su territorio. La advertencia del intento era grave, porque la mehal-la iba a seguir precisamente esa ruta. Cortarle el paso quería decir atacarla, dispersar su caballería y arrebatarle los cautivos. El empeño era temerario y cualquiera que fuese su desenlace nos hubiera costado la vida. La consigna de Bu Hamara al Naziri había sido la de llevarnos a Zeluán vivos o muertos, pero llevarnos... Nos dijo asimismo que el kadi de Beni Uriaguel había enviado a su hijo Si Mohan (el mismo famoso Abdelkrim de la rebelión luego contra España) para que gestionase nuestra redención, valiéndose de la grande influencia religiosa de los xerifes uazanés de Snada. El jovenzuelo Si Mohan, estudiante entonces de la sabiduría coránica y alumno de lengua española en casa de Esteban de las Heras, el intérprete de Alhucemas, tenía ya fama por sus dotes de inteligencia y sagacidad. Era como el niño prodigio, el sabihondo de la cultura musulmana en Axdir. Nadie

hubiera podido pensar en esta ocasión que un muchacho tan tímido y pusilánime, tan encogido de ánimo, sin condición ninguna para las armas y el mando, llegara a convertirse después en el jefe tiránico de una tremenda revolución como la de Anual, alzándose frente a Europa como el fundador de una república independiente. Parece inconcebible que de una pavesa prendiera aquel incendio pavoroso. Ha sido, sin duda, el caso más contranatural de revelación de una energía latente, que nadie creía.

Nos dió, pues, consuelo la visita del «moro Joaquín», y nos puso asimismo en cuidado y tribulación por lo que pudiera ocurrir si la mehal-la del Naziri no cambiara su ruta. ¡Brava y buena gente la de Beni Uriaguel, que con sus armas y sus vidas iba a batirse de un modo temerario con las fuerzas del Rogui, por ofrecerle a España esta excesiva prueba de amistad al devolverle sus cautivos! Pero ya sabía el Naziri el intento de la kabila rebelde y osada, y había jurado que, al menor indicio de ataque, lo pagarían los prisioneros con la vida... ¿Y quién de nosotros habría de atreverse a pedirle al jefe soberbio de una mehal-la de Bu Hamara que no siguiera el camino normal ni cruzara por un territorio de su dominio? ¿No sería humillar el prestigio del rey y exponerse a su castigo?...

Pero Beni Uriaguel, cerril y obstinada, había cortado ya los caminos, por su suelo, de Snada a Zeluán. Las seis fracciones de la kabila valerosa, desde la playa a la montaña, desde Axdir a Yebel Hamam, estaban de acuerdo para cerrar con sus hombres todos los pasos posibles a la mehal-la. Dirigían la maniobra los jefes principales de la renombrada familia de los Jattabi, con el kadi Abdelkrim y los hijos de Mohamed El Meyahed a su frente.

El Meyahed —«el esforzado»— era el hombre más valiente de la kabila y se había ganado su reputación en la lucha feroz por el predominio.

Uno de los hijos de El Meyahed, Solimán El Jattabi, se había plantado, el primero, en mitad del camino. Era el mejor tirador de Axdir.



DONDE SE PROSIGUE EL ROMANCE DEL RENEGADO

La verdadera historia del suceso nadie la conocía; debiera hallarse, comida de polilla, en algún recóndito archivo de la justicia de Aragón, y, fuera de allí, nadie la sabía. Ni él mismo, nuestro «moro Joaquín» hablaba nunca de esa sombra en su vida. Se decía —lo decían en el presidio de Alhucemas— que expiaba el delito de haber matado a una mujer; una mujer, la suya o la ajena; esa figura siempre del drama de pasión; el arrebatado celoso y receloso de la fiera, que clavó en seguida su zarpa, su cuchillo; toda la sangre, un día, agolpada al cerebro; y el corazón vacío en un instante... También se insinuaba que el adversario, el rival en el amorío, esposo o seductor, burlador o engañado, había sido el vencido... ¡Qué importa! Todo en el drama bárbaro era instinto, naturaleza en llama viva, frenesí de la carne... Las almas, sin Dios, estaban en las sombras. Pero de aquel caos de la conciencia deshumanizada, con la mancha todavía de la sangre en las manos y el fantasma en los ojos, arrepentimiento de remordimiento, surge de pronto en el ser infamado el impulso de querer redimirse, de ennoblecerse por la virtud del sacrificio, por el valor del heroísmo. Y de un salto mortal se tira de cabeza a las aguas embravecidas y vence al mar.

Y ahí empieza la verdadera historia redimida. La otra, la del cuchillo y la majeza, quedó guardada para siempre en el recóndito archivo penitenciario. El renegado ha querido ser bueno. Igual que cuando era niño. Como se lo decía su madre en el arrullo de la cuna. Y de otro salto mortal se arrojó con los brazos abiertos a la playa rifeña de Axdir y se volvió moro. Colgó un rosario a su cuello como los darkauas, un rosario cristiano, disimulado, sin cruz y con un centenar de cuentas; rezó alguna vez en la mezquita lo que le enseñaron, sin entender lo que hacía, sólo para que le viesen; se hizo un hogar de familia rifeña, a su manera, acomodado a la nueva y penosa vida; acogióse con servilismo al patrocinio del kaid Si Bukar y apareció ya desde entonces, entre los rifeños, como un ibero igual, helicoso y osado. Estaba otra vez fuera de la ley cristiana y española, era una fiera libre en el campo, tenía un fusil en sus manos y se puso a buscar y a esperar la ocasión de valerle de algo a su España desde enfrente, como pudiera, a tiros si fuese necesario. Quería rescatarse por sí mismo. Y lo logró. Fué el primer caso, en realidad, de esa doctrina tan social, tan humana y tan española de la redención de la pena por el trabajo. Y un día, de tantos días esperados, le llegó su momento al renegado y convertido. La kabila de Beni Uriaguel, su kabila, iba a salirle al paso a la mehal'la roguista del Naziri para arrancarle a la fuerza los cautivos que conducía, y de ellos, el más estimable para el mérito del rescate, un hijo del gobernador militar de Alhucemas. En aquel tiempo, esta máxima autoridad significaba mucho en el prestigio de la influencia española en la tierra del moro. Y el haberle tomado un hijo prisionero tenía que causar una impresión de asombro y de miedo en las kabilas. El gobernador, mi buen padre, no perdió la serenidad y me dejó que corriese mi aventura sin complicar nada del valimiento de España en el Rif. Mi buen padre confiaba más en que Dios me trajese de su mano al retorno providencial.

Pero «el moro Joaquín», que vió propicia la inesperada coyuntura, tomó su fusil y su rosario, llenó su bolsa de cartuchos y colmó su talega de provisiones para nuestro regalo, recogió cartas para mí de los jefes de Beni Uriaguel, muy cariñosas y alentadoras, y, sin otra ayuda que la de su audacia, echóse a andar a ciegas hacia la alcazaba de Snada, desconociendo los caminos, por las veredas escabrosas de la serranía. Sabía a donde iba, pero no por dónde iba. Tampoco podía preguntar a la gente, porque Bokoia nos había sido hostil y no le hubieran dejado pasar. Rodeó y se extravió en la maraña de tantos senderos confundidos, esquivando los aduares y los zocos, sin acertar nunca con lo más cómodo y derecho. Y llegó. Le guiaba, como a los pastores, su estrella.

En la alcazaba —ya lo hemos dicho— solicitó que le dejaran incorporarse, como un soldado más, a la mehal'la expedicionaria del Naziri, por venir a nuestro lado y servirnos con su ánimo y su entereza, que las jornadas habían de ser duras y fatigosas, y áspero y temible el sendero. Y lo peor, la amenaza inminente de Beni Uriaguel, que nos esperaba ya, con sus fusiles apuntando, en los límites mismos de Bokoia, junto a las calas del Morro, en las escabrosidades del Guis y en el zoco de Beni Hedifa.

Pero ya el Naziri había cambiado la ruta natural de Snada, tanto por evitar el choque con fuerzas superiores a las suyas y en un terreno ingrato a la maniobra de la caballería, como por no comprometer en un vano alarde de temeridad la suerte de sus prisioneros. ¿Y si la kabila vencía y los arrebataba?... Su conducción a Zeluán era el motivo único de la expedición y no podía exponerse al incumplimiento de la orden del rey. Fué más en él la prudencia que la vacilación. Y allá tuvimos que ir, en un rodeo enorme, largo y penoso, por los caminos perdidos de la serranía, a través de Targuist, Zerkat, Beni Mezdui, Beni Ammart, Guez-unaia y Beni Tuzin, bajando de las estribaciones del Hamam

a la cuenca del Uarga en Tafraut, por alejarnos del acecho de Beni Uriaguel y rehuir el encuentro con sus belicosos. Muchos días de vagar sin rumbo por un territorio no muy adicto y receloso siempre de la presencia de las tropas roguistas, a cuya soldadesca se temía en todas partes por sus vandálicas exacciones y tropelías. Pero tampoco Beni Uriaguel podía azuzar a sus kabileños más allá de sus límites para que fuesen a provocar a la mehal'la en la tierra ajena. Y cruzamos al azar el suelo insumiso de los bereberes más díscolos y cerriles de la cordillera rifeña, salvando todos los riesgos de la senda al borde mismo de los precipicios; tropezando y cayendo en la espesura de los breñales; aguantando en las cumbres desiertas el azote del viento y la lluvia, el frío penetrante de las nubes, empapados nosotros de las nubes y la desolación de los cielos oscuros; la huraña esquivez de los aduares desconfiados; el rencor desdeñoso de las zauías cerradas; la hostilidad acosando en todas partes, detrás de cada piedra, en lo tortuoso de los barrancos, en la soledad de las cimas, en el desamparo de la llanura... Ibamos a merced de un enemigo oculto en cada sitio. Y la geografía de la montaña tan arisca como la geografía de los hombres. Todo fragoso, áspero, bravío, salvaje, la tierra y las almas.

En el terrible y angustiado trance fué «el moro Joaquín» el milagro de nuestra providencia; sostén en el paso de los despeñaderos, defensa en el peligro, alivio en el cansancio, aliento en el desaliento... Siempre sus brazos tendidos y su solicitud diligente, su fortaleza y su estoicismo a nuestro lado. Porque nosotros, derrotados y heridos, cautivos en tierra de moros, éramos sobre la bestia en la reata una carga miserable de dolor y de hiérro... La carne rota, los pies trabados de grilletes, la argolla al cuello. ¿Si «el moro Joaquín» no pone sus manos, cómo no caer en el derrumbadero de los precipicios? ¿Si el día del paso de la Cuesta del Kadi no sujeta a la bestia en el borde resbaladizo, no hubié-

ramos caído al fondo del barranco. ¿No curó las heridas y enjugó nuestra sangre?... Y sin caminata? ¿No curó las heridas y enjugó nuestra sangre?... Y sin desánimo, sin decaimiento, sin flaqueza; fuerte y valeroso, resuelto y decidido, alegre y confiado; porque le alentaba la ilusión de redimirse por el sacrificio. Y un día, después del ataque de los montañeses de Buerkebá, salvados del trance difícilísimo por la sutileza política del Naziri, cuando todos los gestos seguían torvos y todas las manos apretaban aún con furia los fusiles, él, nuestro «moro Joaquín», aragonés en cada momento de su vida, lanzó a los aires de la noche triste, con lo más brioso y valiente de su voz, el cantar de la jota...

Y fué, en el silencio de los campos desérticos, como la última oración de este día. El xerif Naziri, sonriendo, le arrojó unas monedas.



LA CUESTA DEL KADI

De todas las páginas de más angustia que aún palpitan de zozobra en el diario de nuestro cautiverio en el Rif, ninguna de tan penoso recuerdo como el tránsito por la serranía de Gueznaia, en el puerto difícilísimo de la Cuesta del Kadi, abierto en la cima misma de las escarpaduras del Azru. Porque había el peligro del paso escabroso al borde inclinado del terrible precipicio y, además, el riesgo aventurado de tener que cruzar un territorio que acababa de volver sus armas contra Bu Hamara, el pretendiente proclamado ya como sultán, frente a Abdelazis, en casi toda la región rifeña y aun más allá de la cuenca del Uarga. La Cuesta del Kadi ponía espanto en el ánimo de los caminantes, lo mismo por la inminencia del despeñadero que por la inseguridad de la kabila bandolera. ¡Gente arisca los montaraces de Gueznaia! En el camino habíamos ya dejado atrás algunas aldeas destruidas y quemadas por la desolación de la guerra; unos caseríos abandonados, solitarios, sin alma viviente; en una llanada, junto a los senderos del zoco, los rastros en el suelo de un campamento incendiado; había un silencio y una quietud de tierra vacía, desamparada, como si nadie hubiera vivido nunca allí; ni una columnilla de humo de una casa, ni la música dulce de un rebaño, ni esa voz lejana que siempre llama a alguien desde el

seno del monte; era una calma mansa, serena, inmóvil, casi muerta; parecía un país olvidado, dejado de la mano de Dios; un pedazo de luna sin vida... Todo eran señales de que allí mismo nos acechaba todavía, escondida, la guerra.

Ibamos sin camino, metidos en la sombra honda y fragosa de los barrancos, como huídos de nuestros mismos pasos; nadie sabía la senda segura ni el rodeo encubierto; nos llevaba el instinto, la huella de las propias pisadas de los que huyeron antes. Y de este modo, como una brillante serpiente retorcida en el monte, allá iba la magnífica mehal-la del xerif Naziri que nos conducía. Lenta y sinuosa, por lo más descarriado de los atajos, hundida siempre en el cauce tortuoso de las cañadas, en la espesura de los matorrales, en el laberinto de un vagar sin rumbo, receloso, indeciso, con el afán único de salir pronto de un lugar tan cercado de amenazas. Porque la consigna del rey era la de volver con suerte a Zeluán, desde Snada, y eludir un encuentro violento con las tribus...

Y aquellos fastuosos y jactanciosos jinetes de la caballería mejor de Bu Hamara, a pesar de la deslumbrante aureola de sus proezas militares, tenían que andar ahora extraviados por los vericuetos de la sierra escabrosa y salvaje, con tanto cuidado de la orden del rey como del riesgo de la propia vida. ¿Y qué habrían de poder tampoco contra unas tribus bárbaras, cerriles, insumisas a todos los poderes y que ya habían ahuyentado de su suelo a unas tropas de tanta pujanza como eran las del temible, negro y cojo, kaid Yilali? ¿No estaban allí mismo, en la tierra quemada, las marcas imborrables de la sarracina...?

Se nos iba el sol y teníamos que cruzar todavía el sendero angosto y resbaladizo de la Cuesta del Kadi, al borde del abismo. Ya nos había advertido Gabriel Delbrel, que lo pasó otras veces, la manera de prevenir y salvar el escollo. Había que dejar las riendas sueltas, para que la cabalgadura, instintivamente, afanzara

sus cascos en el surco mismo de los que pasaron; echar las piernas a la izquierda, de espaldas al precipicio, para arrojarse a la ladera si el animal vacilaba y caía. Porque, trabados los pies con grilletes, como nos llevaban en la reata, no podíamos tampoco montar a lo caballero, sino sentados y casi como al aire, mecidos sobre el balanceo de la albarda aduareña, sin pretal ni baticola... Y así, a merced de la cabalgadura desfrenada y sin apenas sujeción en el mísero arreo, que era un puro vaivén, allá nos metimos en fila por la senda arriesgada, sin mirar al fondo del despeñadero.

Nadie podría contar el tiempo ni medir el espacio en aquel trance apurado de la travesía, al filo mismo de la sima. Allí, un instante era un siglo; la voz se apagaba sin sonido, seca en la garganta; todo era miedo en los ojos cerrados; se percibía, en un encogimiento de todo el ser, la sensación de cada paso; arrancaban chispas de la piedra, al resbalar, los cascos de la bestia asustada; sueltas las bridas, ni sujetaban ni conducían; no había otro asidero posible que el instinto de conservación en el vértigo del vacío... Ibamos, en el aire, cogidos de los dedos de Dios.

—Un día —nos había contado Delbrel— cayó uno de nuestros jinetes al fondo y allí se quedó, sin que nadie sintiera su grito.

Ahora también, si alguno hubiese rodado al abismo, nadie tampoco hubiera sentido su grito.

Diríamos bien que la Cuesta del Kadi es una prueba del cielo para que sepamos estimar el valor de la vida, el precioso regalo de Dios.

Uno cayó y nadie escuchó su grito...

Pero si grande era el milagro de pasar y llegar, aun habíamos de sufrir la otra prueba del tropiezo con los kabileños, emboscados en algún sitio escondido de la montaña. No se les veía; pero la misma soledad del campo, su abandono, su silencio demostraba un designio de adversidad.

Avanzaba con recelo la caballería, pegada a la ladera su línea ondulada de serpiente. Deteníase, cautelosa, alguna vez, para avizorar el recortado horizonte de la sierra, para escuchar el eco humano en el murmullo verde de la algaba; se presentía la existencia invisible, la persecución de una sombra...

El poblado de Sidi Alí Buerkebá, allí cercano, desparramaba sus casitas alegres por el monte. Era la última hora de la tarde y todo estaba envuelto en una luz dorada. Encantaba a los ojos la belleza de tan dulce acuarela de un paisaje de paz. Y aquella quietud, aquel silencio, aquel silencio...

El xerif Naziri detuvo también su caballo. El xerif tenía fama de ser uno de los mejores jefes militares del ejército de Bu Hamara; pero esta vez era escasa su mehal'la para cruzar, a la fuerza, el país rebelde de la Gueznaia. Ordenó a unos jinetes que galoparan hacia la primera loma, una comba suave de la vertiente. La descubierta era tardía, a unos pasos de nosotros mismos...

Los soldados volvieron en seguida. Los kabileños, a centenares, agazapados en el suelo, cortaban ya el camino. No podíamos seguir, ni podíamos retroceder. No quedaba otro último remedio que la defensa, como fuera posible.

El xerif desmontó y preparó su fusil, poniendo a sus pies la alforja de los cartuchos.

Los kaides de la caballería dieron sus voces de mando y la mehal'la se dispersó en una abierta media luna. Todos los soldados echaron pie a tierra y se tendieron, resguardado cada uno en alguna defensa del terreno. Hubo un ruido metálico de cerrojos montando los fusiles ...

Nosotros, los cautivos —Gabriel Delbrel, el Hach Otman y yo—, en la confusión precipitada del instante angustioso, por desenfilarnos de la acción, ya que nada podíamos, nos acogimos

al ruín asilo de una humilde choza renegrada de humo, la herrería sin duda de la aldea, al cruce del camino.

Los kabileños salieron de su escondrijo y se deslizaron monte abajo, en una rabiosa embestida irracional. Eran fieras como hombres. Toda la vertiente se encrespó en un frenesí de armas y alaridos. Venían hacia la tropa ciegamente, a pecho descubierto, sin cuidado ninguno de la vida, como si entonces la vida tampoco valiera nada.

Algunos jinetes, los más temerarios o los más impulsivos, se echaron al galope monte arriba, al encuentro de la horda desenfrenada. Y los kabileños, tercos y audaces, ponían sus fusiles al pecho de los caballos y vociferaban como endemoniados, con rabia en la boca y odio en los ojos.

Volvían los soldados sus caballos y sonreían de aquella inconcebible obstinación de los montaraces, como si allí fuera de ellos la razón de la fuerza y no importara tampoco el juego de la muerte.

Al fin, Dios lo quiso, se escuchó la voz apacible y discreta del xerif. La mehal-la iba de paso y no pedía ni el asilo de derecho islámico al caminante ni la muna de ofrenda al soldado de la fe. Sólo querían reposar, porque la noche se nos cayó encima, la jornada había sido dura, la senda era angosta y grande la cansera...

El kaid de la tribu vino ante el xerif, con un cuchillo en la boca, y se arrodilló.

Es una fórmula tradicional de redimirse.

El xerif, sonriendo, comprensivo, le puso la mano sobre la cabeza. Era la gracia transfundida de su baraka.



LA ALCAZABA DE ZELUAN

La alcazaba de Zeluán fué mucho tiempo un ilusionado espejismo que deslumbraba nuestra imaginación. Sin verla, con los ojos cerrados, la adivinábamos tan ufana en la llanura, «como una piedra roja en un plato de oro». Rojizas sus murallas y sus torres, amarillo el polvo batido de su tierra. Desde lejos, al resplandor del sol, reverberaba, parecía traslúcida, como de cristal. Una joya caída en el suelo. Así nos decían que era. Así la cantaba el poema dulce y doliente del Garet, al son quejumbroso de la flauta de caña. Nos la figurábamos con un algo extraño de irrealidad, de ausencia, de lejanía. Parecía una fortaleza del desierto que la hubiera arrastrado el huracán, traída en una nube. Azotada por el viento seco de la arena, entre los rugidos de las bocas hambrientas de los barrancos, se había quedado allí, quieta, solitaria, abandonada, muerta de miedo, con el alma en pena de los castillos encantados. Dicen que la construyeron los idrisíes, esa errante dinastía de los santos xerifes infortunados, y así fué su tradición de olvidada, con el secreto de ellos mismos. Un historiador árabe la sitúa aun más lejana en el tiempo, y la pone entre «dos castillos del Garet», cuyo nombre no acierta a escribir. Alguien asegura que la reedificaron y modificaron otros sultanes más modernos, sobre las propias trazas siempre de una antigua

ciudadela española. No se sabe nada. Estaba tan cerca de Melilla y se la tenía por inasequible, escondida y perdida en la inescrutable geografía de lo misterioso. Era el castillo de irás y no volverás. Y no iba nadie.

Pero de pronto, con esas sorpresas alucinantes y temibles de la historia africana, un día se llenó la alcazaba con el estruendo y la locura victoriosa de un enorme ejército invasor. Venían también, como una inmensa riada desbordada, tras el incentivo del botín y la conquista, las tribus poderosas de Haiana, Tesul y Branes, con sus mejores guerreros, engreídos y envalentonados, que acababan de batir y humillar la arrogancia de las tropas imperiales en los campos mismos de Fez, ante la mirada espantada del sultán. Y en la vanguardia arrolladora de aquella incalculable muchedumbre en armas, la caballería roguista, al galope, con las banderas y las insignias del rey falso. Aquella tarde, como demostración evidente del dominio, se engalanaron todos los torreones de Zeluán con el trofeo horrible de cabezas colgadas... Porque el día siguiente, con su pomposa corte de xerifes y kaidés, dignatarios y servidores, el harem y la escolta montada de su guardia negra, llegaría, en su caballo blanco, el sultán Bu Hamara, el usurpador, y habría de proclamársele, como en Taza, con el nombre y los títulos del príncipe Muley Mohammed «el Tuerto», primogénito de Muley Hasán, muerto entonces o preso todavía en las mazmorras de Mekinez. Y en Zeluán, con toda la magnificencia de una corte imperial xerifiana, se estableció el señorío independiente y rival de Fez, como una disidencia dentro de la propia dinastía alauia. Que este era el carácter de la guerra facciosa, aunque Bu Hamara fuese un impostor y el príncipe real la sombra de un muerto. La historia de la alcazaba se nos ofrecía, de pronto, ante los ojos deslumbrados, como una realidad que empezábamos a vivir nosotros mismos. Era una historia abierta

que el destino ponía en nuestras manos. Ahora la aprenderíamos mejor. Para no olvidarla nunca.

Y a Zeluán tuvo que ir nuestra pobre reata de cautivos. Era a los pies del sultán donde había de dictarse la sentencia a los que ya estábamos condenados con el grillete y la cadena de la esclavitud, como los galeotes. Gabriel Delbrel, el Hach Otmán y yo, a lomos de bestias de carga, con más hierro que carne, rotos y agobiados, y con la dolida alma a cuestras, nos metimos como sombras desvanecidas en la algazara de la caballería, más desenfrenada que nunca por el regocijo y lucimiento de la despedida, bajo el arco de gritos de las mujeres de la aldea, y allá nos fuimos en la turbulencia de oro y de polvo de los jinetes del xerif Naziri, camino de Zeluán.

Si fué siempre difícil y peligroso echarse a la ventura de Dios por los senderos imposibles de la ignorada serranía rifeña, tan cerrada a la mirada del mundo, más había de serlo esta vez que teníamos que cruzar por el fondo de tribus indómitas y cerriles, soliviantadas entonces por la guerra, y a través de la inseguridad de un país bravío y en muchos lugares hóstil a la soberanía de Bu Hamara. Y con nosotros, un elemento de recelo y alarma como esta tropa de la rebeldía, que sembraba el terror a su paso con las brutalidades de las razias y la ferocidad de su tremenda lucha sin cuartel, todo pasado a sangre y fuego.

Abandonamos la alcazaba de Snada un día soñado, el día más bello y risueño de los albores de la primavera, todo recién abierto al milagro azul del amanecer, todo empapado de cielo en la hermosura frondosa de los campos, en la serenidad humilde de los huertecillos, en el resplandor blanco de la zauía, en la plenitud nueva y triunfal de la naturaleza renacida. El valle se llenaba de sol y el caserío rebozaba de barullo y de canciones, de ruido de música y de tornasoles de banderas al aire... Resurgía a su vida con la aurora este mundo pequeñito que cabía en una mano

y palpitaba como un corazón. Daba miedo de quedarse y pena de irse. Se agarraba el alma al paisaje entrañable de la pasión y el martirio, sin que se acabase de arrancar. Y lo que dejábamos en la alcazaba era la cárcel... Pero, ¿y el enigma de irás y no volverás?

Cruzamos, como Dios quiso, por todos esos lugares que la geografía andariega fué cubriendo después de nombres ignorados en el mapa vacío. El sendero no iba más allá de la aldea y el zoco. El paso se enredaba en la maraña de los matorrales y en el riscal de las breñas. El horizonte era siempre el filo de una montaña. Había en los barrancos un silencio de siglos, en las cumbres una soledad de infinito. El paisaje, para el asombro del misterio, tenía aroma y delicia de virginidad. Ver antes que nadie el secreto desnudo de la tierra revelada debió ser la alegría orgullosa de los descubridores. Pisar por primera vez un suelo donde nadie estuvo... ¡Qué se le deje al niño aventurero de entonces esta inocente ufanía de haber ido delante!

Cada vez se agriaba más el panorama escabroso de la cordillera. El otero, suave y redondo, se convertía en colina, con la cresta quebrada; el monte, áspero y fragoso, en tenebrosa serranía. Después de la tierra bonita y risueña de Targuist, lo erizado de Zarkat; luego, cansinamente, a las estribaciones áridas y empinadas de Beni Mesdui; los mil barrancos de Beni Ammart, cruzando las torrenteras despeñadas de los mil arroyos; remontar en la ruta más apurada y agotadora los desfiladeros pavorosos de Gueznaia; bajar, después, como descolgados de las cimas del águila, a lo apacible y dulce del campo de Metalza; la llanura en seguida de Beni Buyahi, solitaria y nómada, con desolación de desierto. Diez largas y penosas jornadas por lo más intrincado y salvaje de la cordillera rifeña, huídos y alejados de la amenaza de Beni Uriaguel, que pretendía cerrarnos el paso; acosados en muchos sitios por la agresividad de las kabilas insumisas; malde-

cidos en todas partes por el odio enconado de los que ya pagaron a la guerra su tributo de sangre...

Y, detrás de la llanura, Zeluán, la alcazaba.

El cuadro sugestionaba con la belleza bárbara y estrepitosa de las muchedumbres africanas. Sobre la policromía abigarrada de tantos vivos y radiantes colores revueltos, resaltaba la superación infinita de dos tonos únicos en aquel alborotado océano de inmensidad humana: lo blanco y lo rojo. Eran dos manchas cegadoras: la albura deslumbrante de los albornoces y la llama encendida de los birretes encarnados. Creían los ojos que miraban en la nieve las salpicaduras de miles y miles de goterones de sangre. Todo blanco y todo rojo en el mar desbordado ante la alcazaba, sobre el fondo corrido de la muralla con sus doce torres. En torno a la fortaleza, como cerrando su plaza de armas, la crestería cónica del campamento. La caballería, dos mil, tres mil jinetes vestidos con todas sus galas, formada en masa a la derecha. La tropa de infantería, una multitud desordenada, se apretujaba en la confusión del gentío kabileño, enardecida de furia y de gritos... ¡Magnífica escenografía, asombrosa, de una exótica representación imponderable, con ese encanto primitivo de la pompa oriental! Pretendía Bu Hamara, además del trono, rodearse de la suntuosa ostentación de aquella corte imaginada del Jalifato, gracia original de los omeyas; pero le faltaba en todo la elegancia, el señorío y la espiritualidad de Damasco. Aquí predominaba la rudeza montaraz de la kabila, con su instinto bravío de la guerra. Todo bello también, pero bárbaro...

Formaron en líneas desplegadas los jinetes del xerif Naziri, con más presumida arrogancia que nunca, como en las máximas solemnidades de una gran parada. Delante, lo menos lucido de aquella vanagloria del trofeo, nosotros, los cautivos, raídos y cargados de hierro.

Se abrió la masa confusa y apretada del gentío, dejando paso a la caballería. Todo el campamento fué un grito. Diez mil gargantas atronaron el aire con el mismo clamor. Bu Hamara estaba sentado en una butaca de terciopelo verde. En el atrio de la alcazaba, en un templete de madera recortada en arcos. Vestido de blanco, en su sitio solo, rodeado de veneración, como un dios en su hornacina.

El xerif Naziri se postró ante él en una rendida veneración. El sultán, silencioso, parecía abstraído, sin que a su graciosa majestad le impresionase la escena aparatosa. Al fin, vuelto a lo humano, preguntó al xerif el cumplimiento de la misión confiada al valor y a la inteligencia de sus dotes. Lo explicó el Naziri en un informe largo, lento y solemne. Su palabra —una voz en el desierto— resonaba en el vacío silencioso de la gente, toda oídos de curiosidad. Después señaló a nosotros...

Como si lo esperasen, tres corpulentos esclavos negros vinieron a nosotros y nos pusieron la tenaza de su mano en el hombro, para conducirnos —para arrojarnos— ante las sagradas plantas del sultán. Los tres caímos de rodillas, la frente en el suelo, como en adoración. Era un rito del protocolo de palacio. Bu Hamara nos contempló largo rato, fríamente. Nos habló, poco y despectivo. Movi6 una mano... Los tres esclavos nos clavaron otra vez la garra en el hombro. Nos pusieron de pie a la fuerza. El gentío, adivinando nuestra suerte, lanzó el alarido de su aclamación al sultán impasible. Nos llevaron a la cárcel, dentro de la alcazaba. Nuestro paso, entre la muchedumbre, fué la amargura del calvario.

La puerta de la cárcel era un agujero en la tierra, y abajo, en el antro horrible de un silo, en la guarida subterránea, un montón de carne apresada con hierros. Treinta, cuarenta miserables criaturas o cuarenta espectros yacían cogidos por una enorme cadena que les sujetaba las argollas al cuello...

Allí fuimos arrojados también, sin tiempo casi para agarrarnos a la tosca escalera hecha malamente de palos, con travesaños retorcidos y sueltos.

Abajo, en aquel seno de la muerte, había más hierro que carne, menos alma que vida.

Arriba, en el techo roto, un pedazo de cielo con la gloria del sol, nos miraba como un ojo azul.

Unos puñados de tierra, y la cárcel de Zeluán hubiera sido para siempre una tumba.

Quizá lo sería luego.



LA PLEGARIA DEL CAUTIVO

No es cosa nueva en las malas costumbres de los pueblos, ni menos exclusiva de moros, esta cruelísima manera de poner a los presos y cautivos en lugares soterranos, en socavones debajo de tierra, en mazmorras recónditas, que son a modo de silos, pozos o cisternas secas, sin más oreo ni luz que un agujero en el techo que servíale también de puerta única abierta en lo alto, por donde entraba para el dolor humano la gracia de Dios como una limosna. No parece sino que los antiguos habían conocido esta cárcel de Zeluán —tan mía—, porque sus descripciones de otros sitios de iguales castigos coinciden tan cabalmente con ella que tuvieranse por una misma cosa. «Son —dicen los que no vieron la del moro— estrechas y oscuras, con mucho de pena y desconsuelo, y por lo tenebrosas, hediondas y húmedas se deben excusar en lo posible, porque más parece suplicio que cárcel. Son simas muy hondas y secretas, y por una boca, que así será la del infierno, derrocaban los reos, y allí les daban la comida que ellos mismos hacían, y poco a poco se iban consumiendo, que era una muerte larga, en vida penosa y afligida...».

Tal vez fuese peor todavía la mazmorra de Zeluán. Las paredes terrosas de la negra caverna eran tan resacas, tan sedientas de aire limpio, que embebían la amargura fatigada del aliento

y el leve soplo caliente de la boca rota del techo, ahogando la respiración en aquel ambiente denso y pegajoso, con la angustia terrible del jadeo de los miserables, casi asfixiados por la argolla apretada al cuello... Pero más que el hierro oprimía la abrasada sequedad sin aire. Toda la cueva era un vaho turbio y caliginoso de calentura. Todo estaba impregnado de un humo sucio y agrio, con acidez de sudor y miseria, de humanidad y rebaño, que se agarraba como una ventosa a los pulmones enjutos y los quemaba. Y entre los jirones desvaídos de la nube, la caterva harapienta de los sin ventura, aherrojados a una misma cadena de anela, que pasaba por todas las argollas y se sujetaba a las anillas y a los eslabones por un candado grande como una mano cerrada, que quizá no se abriera nunca. Algunos tenían dos o tres collares, según el delito, si lo hubo, y con una pesadumbre tan abrumadora de hierro, que parecía irresistible a la fuerza humana. Otros llevaban asimismo los pies trabados con grilletes. Y todos, todos, el pesado candado al cuello, como un tremendo toisón de penitencia...

Los treinta, los cuarenta mártires, agobiados por la carga y la tortura, y apenas si con un resto de vida en la fiebre de los ojos y un suspiro de ahogo reseco en los labios, con la piel renegrida pegada a los huesos, hambrientos y casi desnudos, rotos y caídos, ardiendo en el frío helado de la muerte, ya no eran otra cosa que pingajos colgados de la argolla. De seres vivos no tenían más que eso, el fuego de los ojos, la agonía de la boca. Nos miraban con el ansia infinita y desesperada de querer morir o de no querer resucitar...

Se hacía imposible concebir cómo aquella enorme reata de encadenados, sin soltar el hierro, pudiera salir a dar al aire la miseria peor de su flaqueza humana, o cómo habrían de valerse allí mismo en el trance penoso, uncidos los desamparados a la misma cadena. No se puede decir, en verdad, que aquello era un

sitio dantesco, porque el infierno del poeta fué una mentira de la imaginación, un hermoso poema del suplicio; pero sin esta cruda y doliente realidad expiatoria, sin este durísimo tormento de las almas en la propia vida, ante los ojos mismos de la carne, que lo veían y no lo creían.

Aquí todo movía a crueldad y burla de sayones; las lágrimas se bebían su propia amargura; el hambre era carcoma que roía de sí misma; el consuelo era un látigo; no tenía el dolor otro alivio que la desesperación; a la queja replicaba la palabrota del fariseo, y a la rebeldía, más peso de hierro; tanto había en gemir como en blasfemar; no sabían otra cosa los labios que maldiciones, sin la dulzura nunca de rezar; la luz era siempre sombra; «vivir era morir viviendo»... El florentino no conocía la mazmorra de Zeluán.

El infierno —el de verdad en la tierra— abrió su boca de lobo y nos tragó como fardos que rodaban al fondo caliente de su abismo, sin que valiera de sostén la tosca y retorcida escalera de palo. Allí caímos con el peso y la pena de nuestro cautiverio. Ya seríamos tres más en la gavilla afrentosa atada a la cadena. Un morazo, bermejo y pecoso, con catadura de pirata, amo y verdugo de la cárcel, nos empujó con rudeza y desprecio, a la vez que vociferaba su injuria a cada uno.

Era este kaid de los que teníanse por más fantasiosos de toda la imponente y decorativa milicia palaciega. Pero se le aborrecía con un odio instintivo. Alto y forzado, en la plenitud de su brío y su tiranía, con el ceño áspero y villano de su mala ralea, la mirada rabiosa y la boca torcida, siempre el hierro y el látigo en su mano, inspiraba terror a los que caían bajo su yugo horrible. Se le tenía el mismo miedo que a las fieras... Pues este hombre, tan rudo y tan impío, que hablaba a gritos y mandaba a golpes, y del que se decía que jamás había perdonado, era el jefe supremo de todos los servicios del campamento real, los únicos instalados

dentro de la alcazaba. Y por eso estaba allí, en la cárcel, que figuraba también entre las dependencias del rey, tan ligada a la soberanía como el harem, que era otra cárcel, aunque vestida y disimulada con las galas preciosas de las cien doncellas. Sujetas con argollas de oro; pero argollas.

No lejos se hallaba el recinto inviolable del serrallo, el florido enjambre de las mujeres del sultán, con el misterio de su vida interior encerrado en grandes y lujosísimas tiendas de campaña, verdaderos palacios de telas y colores, todo rico y alegre, tapizado de terciopelos y damascos recamados de oro, alfombrados de suntuosas alcatifas de policromías orientales, y en la cima del mástil el resplandor de una esfera de cobre, como la insignia real. Cinco tiendas, como cinco castillos blancos, franjeados de recortadas cupulillas negras, componían esta deliciosa mansión, cercada por un alto vallado de lona, límite que ningún extraño podría profanar, ni con la mirada, bajo pena de muerte. Hogar frágil y movedizo, sutil y vano como la misma existencia del reino de Bu Hamara, improvisado en un instante de audacia y de fortuna, pero sin sustentación de fuerza y linaje para entrar en la Historia y fundar una dinastía con todos sus atributos, su bandera y su quitasol, la cárcel y el harem...

De allí venía a nuestra cueva la alegría lastimosa de guitarrillos y panderos, de risas y de retozos de juventud aprisionada, y el eco lánguido y dolido de esas canciones empapadas de melancolía, villancicos de niñas en corro, con el dejo mimoso y dulce, tan monótono y cansado, de su tonadilla, que más parecía de congoja que de júbilo. Dos existencias tan distintas y casi juntas. En una, vivir era soñar con los ojos abiertos; en la otra, «morir era acabar de morir»...

Pero había otra música, más cerca aún, más nuestra, que vendría a turbar la pobre ánima desalentada de los oprimidos cautivos, con la triste polifonía de su sonata de hierro. El terrible

kaid, desde arriba, desde la puerta del infierno, tan fácil de entrar como difícil de salir, daba al aire sus gritos de maldición y arrastraba un montón de cadenas, gozoso de la carga que iba a echarnos sobre la que ya sufríamos, y que era todo el peso de su única ley para los esclavos.

Los miserables de la reata, muertos de miedo, se apretujaron más todavía en la gavilla, como un enorme rosario de cabezas tronchadas sobre los collares.

Sin querer saberlo, pregunté a Gabriel Delbrel:

—¿Todo ese hierro...?

Me respondió, abatido, sin querer mirar:

—Para nosotros.

El Hach Otmán, impasible, con su resignación fatalista, comenzó su plegaria:

—¡Dios es clemente y misericordioso!



EL ENIGMA DEL SULTAN BU HAMARA

Un negrito esclavo se asomó a la boca abierta de la mazmorra, nos buscó en la sombra densa de la sima con las dos luces blancas de sus ojos radiantes y nos gritó, con la altanería de un paje del rey:

— ¡Dice sidna que suban los cristianos cautivos!

En el montón de hierro, de harapos y de carne, en tanta miseria humana, éramos dos los cristianos cautivos. Pero el hatajo ruín se removió en sus argollas y miró hacia arriba, al pedacito de cielo, con el ansia desesperada del que implora el milagro; también con el miedo irresistible a lo definitivo... ¡Habían salido tantos para acabar de morir un poco más allá!

Se asomó luego a la hondura lóbrega la cara bermeja y pecosa del corifeo, amo y tirano de la cárcel, y nos llamó con otro grito más imperativo:

— ¡Ah, de los nazarenos!... ¡arriba!

La reata de los miserables se encogió, asustada, entre sus andrajos y sus cadenas, como para hurtarse a la mirada inquisidora y temible del energúmeno. El rugido de su boca torcida era siempre una sentencia. Los desalentados se abatieron más. Era la piara apretujada y sobrecogida de espanto por el bramido de la fiera. El silencio se hizo frío en las almas. Un temblor de fiebre

sacudió los cuerpos ateridos y sonaron los hierros con su dulce tintineo de esquila. Parecía más manso ahora el rebaño.

Rasgó otra vez el aire sucio y caliente de la cueva el grito del sayón. Un aullido que cortaba como su gumía. Se sentía su hielo en la sangre. ¡Arriba! Pero... ¿cómo? La escalera, un toscó armazón vertical y movedizo, tenía mal emparejados los dos troncos rústicos de sus largueros y peor aún sus rudas traviesas, desviadas y desunidas, y todo de tan siniestra manera combinado que se nos hacía trabajoso el subirla, con el estorbo, además, de los grilletes en los pies y el mucho agobio de la cadena. Parecía también que tiraba de nosotros hacia abajo la ansiedad terrible de los que se quedaban; sentíamos en nuestra propia angustia la agonía de su alma en pena; la sugestión torturadora de aquellos ojos de fijeza estática, alucinante, de frialdad turbia, como miran los muertos...

Salimos del antro con la avidez frenética del sediento de aire y de luz. Y fué entonces una plenitud de la caricia del cielo en todo el ser, el goce infinito de la inmensidad, la embriaguez deslumbradora de respirar libre el aliento del sol... Toda la alegría de vivir era este afán de un instante, del último instante. Porque la realidad estaba a ras del suelo; no era nube sino tierra. Ibamos a la presencia del sultán, el déspota, cruel, implacable... Un tribunal inflexible sin apelación.

Nos guiaba el esclavito negro, con la vanidad ingenua de sus vistosos atavíos de colorines y el grave empaque de su sitio en la corte. Cruzamos junto al campamento imperial, dentro de la alcazaba. Un enjambre de esclavos y mejaznís se atareaba en las faenas de su servidumbre. Por las puertas abiertas de las grandes tiendas de campaña se descubría el interior de su magnificencia oriental, de sus espléndidos ajuares, tapices y galas suntuosas, bandejas y samovares de plata... Un mágico resplandor de colores de pavo real. Palacios nómadas, de un rey bárbaro, vagabundo..

Pero ante el rey no se puede ir esta vez con la ignominia del hierro. Es ya un homenaje de pleitesía lo que se le rinde. Vamos a una audiencia de gracia especial. Hay que quitar las cadenas a los galeotes. El negrito nos sonríe con la orgullosa misericordia del honor que nos hace, y nos detiene con su gesto expresivo, autoritario; quiere saber mandar. Porque allí —no lo habíamos visto— estaba el herrero con su yunque hincado en la tierra. Un Vulcano típico, renegrado, de fea catadura, con sus herramientas en la mano; tenía chispas de la fragua en los ojos... Y el martillo otra vez volvió a golpear para abrir las argollas. A golpear —¡como aquel día!— sobre el hierro en la misma carne... Pero esta vez parecíanos que dolían menos los golpes. Y era el hierro tan duro como entonces, y el martillo más duro todavía; pero también la carne era más dura, insensible, curtida en el dolor de todos los días, en el martirio de la esclavitud, en el ajetreo y la cansera de una caminata constante por lo más escabroso de la montaña, sin rumbo ni sendero, con la fatiga de los grilletes y el peso de la cadena... ¡Qué nos importaba el martillo si nos quitaba el hierro!

Sonreía el negrito con la ironía compasiva de su disimulo y batía su maza el herrero, impasible, con la indiferencia de quien cumple su oficio... Las argollas cedían poco a poco, como unos dientes que se resisten a soltar la presa.

Pero, de pronto, como allí mismo, a nuestro lado, se rompió en el claro azul de la tarde el grito lastimero de una agonía, el gemido insufrible de un desgarramiento del alma... Y fué después, temblando en el aire, un aullido humano, un rugido, trémulo y vibrante; luego, el sollozo doliente se hizo más apagado, más ahogado, más desfallecido; luego, se extinguió el estertor de un quejido angustiado, débil, sutil, desvanecido en un hilo de vida... Luego, nada. Nada.

Todos nos miramos absortos, sobrecogidos, con miedo de interrogar y saber.

El negrito, con su irónica sonrisa, impía, endurecido su ánimo tan niño en la ferocidad de la guerra, nos dijo con una indiferencia que helaba la sangre:

—¡Estarán matando a uno!

¡A uno!... Todos éramos lo mismo.

Crujían las cuerdas, silbando, con su chasquido de látigo, de un modo lento, acompasado, rítmico, escalofriante... ¡ziz! ¡zaz! ¡ziz! ¡zaz!...

Cuatro sayones sujetaban, inmovilizaban al mártir tendido en el suelo, su espalda desnuda; otros dos verdugos azotaban la carne macerada del infeliz, con saña, con brutalidad, arrancando pingajos sanguinolentos; un kaid contaba, monótono, uno a uno los trallazos... ¡cincuenta! ¡cincuenta y uno! ¡cincuenta y dos! ¡cincuenta y tres!... ¡No acababa nunca! Contaba ya trescientos y... ¡no acababa nunca!

No queríamos preguntar, no queríamos saber; pero alguien, mientras el herrero maldito nos quitaba los hierros a martillazos, nos refirió el suceso, trivial y liviano, como la historia allí de todos los días: era que azotaban a Maimón Mohatar, el intérprete de la Comandancia General de Melilla, por habersele sorprendido en el campamento sin autorización del sultán. Una imprudencia, tal vez; pero asimismo un pretexto para la represalia por los servicios del leal a España en la política de una guerra tan cerca de Melilla. ¡Pobre Maimón! Era uno de los más nobles caballeros del Rif, el mejor de los servidores de España, y esta amistad se le cobraba de ese modo. No murió entonces, pero allí fué el quebranto para siempre de su salud. Jamás volvió a ser el recio adalid de las armas de antes. Se fué acabando poco a poco, como una luz que se apaga. ¡Pobre Maimón! Yo no le olvido nunca.

Con la amargura de esta impresión tristísima fuimos a la presencia del sultán Bu Hamara. Servíanos de chambelán esta vez el kaid Yilali, ministro y general de la terrible caballería roguista.

Bu Hamara se hallaba a la salida de la alcazaba, junto a la puerta, sentado en su gran sillón señorial, en el templete de madera, el pabellón del rey, lugar tradicional de audiencia y justicia.

El kaid Yilali se inclinó en una profunda reverencia cortesana y se sentó en la alfombrita que extendieron los esclavos. Nosotros —Gabriel Delbrel y yo hicimos la obligada genuflexión, el rito de la zalema al sultán, la práctica indudable de la adoración al ser extraordinario...

Bu Hamara vestía de blanco, una blancura deslumbrante; guantes blancos también; un bastón de puño labrado, de plata, y un lapicero asimismo de plata... Todo blanco. En la vuelta de la capucha, sobre la frente, una llavecita de plata, talismán o reliquia. Era de una impasividad fría, como la nieve de su ropa. Todavía joven, en su plenitud, teñía su rostro pálido con un leve viso atezado, de sangre mestiza. Su voz se dulcificaba suavemente en un tono apagado, que casi se le oía. Parecía —se creía— un dios en su hornacina.

Preguntó a Delbrel lo sucedido en la odisea desde la alcazaba de Snada a la de Zeluán, y luego de enterarse de la travesía penosa de la mehal-la por el territorio inseguro de las kabilas rifeñas, no muy sumisas a su dura mano de sultán implacable, se quedó un momento pensativo y... sonrió. Había, tal vez, decidido en aquel mismo instante la represalia a la fuerza.

En su impavidez tan apacible, tan serena, se le adivinaba la energía indomable de un león. ¡Tenía una luz de fuego en los ojos!...

¿Quién era —pensábamos— aquel hombre enigmático y misterioso? ¿Era realmente el príncipe Mohammed, el primogénito del sultán Muley Hasán? ¿Era el audaz kabileño de Zarhún?...

De pronto, se me quedó mirando fijamente, con el brillo de sus ojos en mis ojos, y me dijo:

—¡Habla!



El capitán Don José Barbeta y los kaides de Beni Chicar Hammú B. Kadur y Tahar Ben Mizian. Era el capitán el elemento más valioso de influencia española en el campo moro de Melilla, donde contaba con la adhesión de los jefes principales de la región de Kelaia.



☆

El famoso xerif Naziri, el consejero de las minas D. Enrique MacPherson, Sidi Abdeselam (tío de Bu Hamara) y el kaid de Agamir (Beni Bui-frur) Laarbi Bel Hadi, en el campamento de Zeluán, donde se otorgaban las concesiones con el sello real de Bu Hamara.

☆



servicio de las armas inglesas y se convirtió en instructor de las tropas de Muley Hasán, y luego de las de los otros sultanes. Y el ministro El Menebhi, amigo íntimo de Bu Hamara en su juventud, cuando los dos eran aspirantes en la corte de Fez.

✱

El famoso aventurero «moro Joaquín» —Ibáñez Bellido—, con su primogénito rifeño. Se casó en Axdir con una mora y tuvo seis hijos. Se fué luego a Melilla, se casó con una cristiana y tuvo siete hijos. Sirvió utilísimamente en la expedición de los cautivos desde Snada a Zeluán y el Gobierno español, por ésto, le indultó de la pena que cumplía en la colonia penitenciaria de Alhucemas.



✱

Sidi Mohamed el Mokri, el ministro constante de la dinastía, al servicio de cinco sultanes ya, y negociador intransigente de casi

LA SOMBRA DE UN SULTAN ERRANTE

El pretendiente Bu Hamara, llamado entonces el sultán Muley Mohammed, hijo del sultán Muley Hasán, era realmente un ser enigmático, envuelto en el secreto indescifrable de su origen desconocido o callado; nadie sabía ni decía con evidencia su calidad ni su linaje, su ficción ni su argucia; se oscurecía su pasado y se desfiguraba su presencia; algunos le consideraban como el anunciado Mehedí, enviado providencial, por su aparición fantástica en un zoco de los Gaiatas; se ignoraba hasta su propio nombre... Todo era misterio y fábula, copla y romance, en torno al extraño personaje surgido de pronto en el seno mismo de la dinastía. Se titulaba Muley Mohammed, como el príncipe primogénito, encadenado todavía en una mazmorra de Mequinez, al que suplantaba en sus pretensiones al trono; mas su verdadero nombre era —los que se atrevían a decirlo— Yilali Ben Salem El Zarhuni El Iusfi, oriundo de esa región santa de los venerados xerifes idrisíes; pero los adversarios le satirizaban con el mote despectivo de «el tío de la burra», Bu Hamara, porque ésta había sido su primera cabalgadura de sultán. Como en tantas usurpaciones históricas, ahora también la invención era una sombra de leyenda que se desvanecía en la duda perenne; la incertidumbre de una dualidad de existencias igualmente confusas; pero con la singularidad esta vez de que la suplantación se hacía en un personaje todavía vivo, de presencia real y visible, fácil a la confrontación patente. No podía ser una impostura como el fantasma del sebastianismo, porque Muley Mohammed, el príncipe primogénito,

subsistía, era un testimonio infalible. Y, sin embargo, la audacia temeraria de un aventurero se atrevió a reemplazarle en su mismo ser y con sus propios atributos de la realeza. Las tribus le proclamaron como al hijo del rey, Muley Mohammed «El Tuerto», que así le decían al príncipe en la corte.

Su ánimo y su figura se desdecían asimismo en una pura contradicción: ni un hombre vulgar ni tampoco eminente, ni excepcional ni desdeñable; era también bondadoso y feroz, apacible y turbulento, humano y cruel; si corto y débil de cuerpo, imponderable de energía, que vibraba en él con la fuerza irresistible del instinto y de la voluntad; la púa acerada, clavada, de sus ojos, tenía la fijeza honda de la sugestión; dulce y suave, sigiloso y quedo de palabra, no parecía que fuese luego el mismo de elocuencia imperiosa, que excitaba y enloquecía a la muchedumbre y la arrastraba a la guerra y a la muerte por su causa perdida; ceremonioso y reposado era su gesto, blando y refinado su ademán, pero toda esta elegancia de señorío se convertía pronto en arrebató de furia, cuando la cólera del montaraz se le encendía en la sangre y... no se hartaba de sangre; tenía en sí el don inmutable de los dominadores. Parecía de verdad un rey, un rey bárbaro.

Para todos los suyos era realmente el príncipe Muley Mohammed, evadido de la mazmorra y elevado por su propio derecho al trono de su padre. Se le creía así porque todo en él rememoraba las cualidades del malaventurado prisionero. Su mismo alzamiento, en su nombre y con su título, era una prueba de lo legítimo de su razón. Para las tribus, candorosas y crédulas, no podía ser otro que el primogénito desfavorecido. Nadie había de atreverse tampoco a la usurpación de una persona real, existente todavía. Todas las circunstancias le eran favorables. Pero representaba, además, en aquel instante histórico del Imperio, el espíritu fanático de la intrasigencia nacionalista. La duda no era

posible en los que siguieron su bandera de la rebeldía. Muchos poderosos se pusieron a su lado. También ayudó a encumbrarle la impopularidad de Abdelaziz. Le fué sencillo subirse en una cosa tan caída.

Tal era el hombre, a grandes rasgos de crónica ligera, que teníamos delante de nuestros propios ojos, deslumbrados por la aureola famosa del héroe insuperable. Su historia había crecido tanto a fuerza de sus audacias militares y de sus triunfos inconcebibles, tenía ya su figura glorificada un relieve de tan exorbitante magnitud, se contaban tantos episodios novelescos de su vida y tantas acciones sorprendentes de su prodigiosidad, que yo, en verdad, le miraba también con la insistencia asombrada de lo increíble.

Y vacilaba mi duda en la misma inseguridad de lo que tenía delante. Era todavía un enigma en la historia turbia de entonces. Si suplantaba a la persona real del príncipe primogénito, ¿porqué no aparecía con sus armas el príncipe primogénito y lo desmentía? Si aun estaba el príncipe en la mazmorra, ¿porqué no se le mostraba atado a la cadena como el testimonio vivo de la usurpación...? Y si era con certeza el táleb humilde de la corte de Muley Hasán, el Yilali Zarhuni, ¿porqué medio Imperio le había proclamado como Muley Mohammed, hijo del rey? ¿Cómo fué posible que de una condición tan liviana, sin arte ni parte nunca en las armas, se elevase al sitio del héroe popular el oscuro letrado de la pluma de caña? ¿Fué por su propio impulso de convertirse en rey o por la fantasía visionaria de los impostores del mito...? ¿Se urdió todo en el fondo rebelde de la conciencia mora o hubo una mano extraña —europea— que empujó al ambicioso...?

Yo no sabía, no sabía, y pensaba, pensaba, mirándole a lo hondo, con el afán de descubrirle su secreto. Su secreto, que tenía pena de muerte.

Tanto el príncipe como el vasallo, cada uno con el misterio de su vida dentro, podían encarnar idénticamente el símbolo de la rebelión. Lo que el Imperio ansiaba en aquel instante abatido de su historia sombría, era esto, la sedición contra el rey vacilante, y el adalid no le importaba. Mejor, si era el príncipe prisionero, imagen romántica de la leyenda, de la pasión popular, y en quien se reflejaban —decían— las virtudes magníficas del padre.

Por eso, cuando en el zoco de los Gaiatas apareció aquel día, con el nombre del príncipe, el personaje incógnito, las tribus lo aclamaron y lo proclamaron.

Venía míseramente vestido, con ropas raídas y viejas, sin turbante, descalzo, montado en una burra, con aire triste todo en él de vagabundo, de pordiosero, desalentado, desvalido, sin amparo de nadie...

Pero de su misma pobreza sobresalía, como un destello, la distinción de su señorío, de su calidad, de su atractivo de caballero... No, no era un ser vulgar, uno de tantos en el zoco.

—¡Miradme! —gritó a la muchedumbre— ¡Yo soy Muley Mohammed, el hijo de Muley Hasán, desposeído de mi reino, huído ahora de la cárcel de mi hermano el sultán, sin caballo, sin ropa, sin esclavo y sin armas...!

El gentío, asombrado, le rodeó.

Y él hablaba, hablaba con la elocuencia arrebatada y emocionada del que refiere su propio infortunio.

Tenía el color cetrino, la palidez demacrada de los años de cárcel, la barba lacia y rala; mostraba también el defecto de un párpado trémulo... Su palabra era bella, altiva, sincera... Conocía las intrigas íntimas de la familia y de la casa real... Hablaba con el nombre de Dios en los labios... ¡Era el príncipe Mohammed! Y le proclamaron allí mismo, en aquel instante, como un enviado providencial, cuando empezaba otra vez la historia nueva.



LA ORACION EN LA ALCAZABA REAL

El negro Yilali, ministro, general de la caballería roguista y —*mul udu*— mayordomo del rey, ha concluido, meticulosamente acicalado, su lujoso atavío de gala. Ya cubre su monda cabeza el alto y picudo birrete rojo —el *felila*— bien ceñido por el turbante —*aimama*— de tersa y nítida albura, que ha constituido la labor más primorosa de su paje esclavo: en realidad una obra inimitable, perfilada y pulida con paciente esmero, sin que se le advierta ni un pliegue ni una arruga a la tela enrollada, como torneado el copete en un bloque de nieve; ya viste sobre el kaftán de rico paño azul, con vueltas de damasco grana, la finísima túnica —el *farayia*— de tul transparente; cruzada al pecho la doble bandolera del sable y la gumía, dos piezas preciosas de plata cincelada; también al costado, envuelto en tenue pañizuelo, el libro de devociones —«*El Jirat*»—, como un amuleto de preservación; a la cintura, la correa bordada de seda y oro, con hebilla de plata labrada; de los hombros colgada la blanca capa —el *sulham*— con su borlón airoso; calzado con las altas botas —el *temaga*— de tafilete repujado, con los enormes acicales bruñidos; y cubriendo el turbanté, como encapuchando la cabeza, la almalafa —el *lehaf*— de gasa tupida... Ya estaba el negro kaid con su atuendo soberbio para asistir a la ceremonia de la oración de la tarde en la alcazaba de Zeluán. Su apostura era de una

elegancia gallarda; cojeaba un poco, de un balazo en una pierna, pero aun eso le daba cierto aire de reverencia al andar. Todo en él era gentil, bizarro, cimbreño, con traza altiva de cortesano y militar.

Gustaba el kaid de rodearse de una ostentación suntuosa. Su tienda de campaña, en la que nos hallábamnos, parecía la mansión ilusionada de un mago de la maravilla. Toda ella resplandecía decorada de bellísimos damascos de rutilante policromía, como si estuviéramos dentro de una enorme naranja de colores, abiertos sus cascotes en el arco iris de la cúpula cónica; un ancho friso de raso carmesí, con la clásica ornamentación de arcadas en los entrepaños de tonos diversos, cubría de alegre vistosidad el testero redondo; divanes mullidos y amplios como lechos; alfombras espléndidas, de deslumbradora belleza oriental; cojines y almohadas de vivos tornasoles; bandejas y samovares relucientes; ataífores incrustados de nácar; un arcón de caoba, labrado con preciosas tracerías policromadas... Y de lo alto, colgado, como una estrella de oro, el farol monumental, con su complicada geometría de tantos cristales engarzados en la filigrana de cobre. En el magnífico escenario se lucía el kaid Yilali como un hermoso pavo real.

Todo este cúmulo de opulencia fastuosa no era más que una bárbara exhibición del botín de la guerra. Allí había seguramente mucho del ajuar cogido en el saqueo de los campamentos reales del otro sultán. También el acopio de tantas generosas ofrendas que, como disimulado rehén de garantía, enviaban los potentados de las ciudades para prevenir la represalia en el posible asalto de la horda. Igualmente engalanaban las regias estancias de los kaides las ricas donaciones de las kabilas, que buscaban lo más costoso del mercado para el agasajo a la soberanía. Y de este mismo lujo decorativo y suntuario se revestían las tiendas de los ministros y kaides, de los dignatarios y prebostes, que para todos

había en el exuberante despojo del Imperio. Para esto, para vivir en la magnificencia de una corte así, se hacía la guerra. Y el botín, más que la conquista, era el aliciente de la victoria.

Casi lo mismo, con idéntica gala que el kaid, vestía su jalifa, que ya le esperaba a la puerta de la tienda. Le saludó con la reverencial zalema de la cortesía musulmana — ¡*salam alicum ia sidi!*—, se cuadró militarmente, le entregó unas cartas abiertas, y... allá se fueron, soberbios, altivos, arrogantes, como dos fantasiosos paladines del soñado reino de Granada. Que así serían aquéllos también en el porte, en la prestancia, en la vanidad, en el señorío, en lo airoso y garboso de la compostura y la galanía. Todo igual, como entonces.

La animación y el bullicio crecen todavía más en el campamento. Se agranda el ancho círculo en el llano ante la alcabaza, empujado el gentío de soldados y kabileños por las no muy delicadas maneras de los mejaznís, armados de sus largos bastones autoritarios. Por todas partes cruzan apresurados los jalifas de los kaides y los esclavos de la casa real con las órdenes de los señores para la gran ceremonia; los negritos del sultán, como una loca bandada de pajarillos de colores, trasiegan veloces entre la multitud, con el decreto del amo en los labios; los jefes de la caballería, los más altaneros y vanidosos, ricamente vestidos al uso fantástico de los jinetes del rey, arrastran sus blancas y azules capas pluviales asomando las conteras plateadas de sus sables bajo el revuelo elegante de los albornoces; también se luce allí, con el pavoneo de su oronda figura grotesca, enano y rechoncho, como una bola blanca, sidi Alí, el bufón de la corte, pícaro de la chanza malintencionada, que hace alguna vez su pirueta a la muerte; envueltos en la gracia griega de sus alquiceles, los grandes kaides de Kelaía, con su señorío innato, resaltando entre todos...

Por entre las tiendas de campaña bulle la muchedumbre desbordada de los soldados, en su libre trajinar de fiesta, cubriéndolo todo con la mancha blanca y roja de su vestidura uniforme. Y entre el ruido y la gritería del enjambre humano, resuenan redobles de tambor y toques de corneta, que las bandas afinan para las marchas marciales de la formación. Y el ámbito del campamento se llena de alboroto y algazara, de entusiasmo arrebatado y febril, en uno de los más solemnes momentos de la vida en la guerra, con las armas siempre en las manos...

Pero, de pronto, el estruendo se desvanece y se apaga en un silencio tajante. El hermoso espectáculo del cuadro imponderable sorprende y admira. Ante la puerta de la alcazaba, formados en media luna, con los sables desenvainados y terciados al hombro, firmes, erguidos, rígidos, clavados en la tierra, con la vista al frente, están los jefes superiores de las tropas, con sus subalternos a la zaga, como una escolta de honor.

Y en este instante, como un fantasma blanco, aparece bajo el arco sombrío la majestad hierática del sultán Bu Hamara.

El ejército prorrumpe en un grito clamoroso de salutación, de veneración. Y su aguda resonancia se queda temblando en el aire como el alarido afilado de un clarín.

Y allá, en las lejanas barrancadas, vuelve a oírse el mismo grito, con miles de voces distintas: «¡Dios bendiga la vida de nuestro señor!».

* * *

Decíamos que, al aparecer el sultán Bu Hamara —como un resplandor blanco en el arco sombrío de la alcazaba de Zeluán—, doce mil voces le aclamaron con el grito simbólico del homenaje al rey. Era la forma característica de acatamiento —de culto— a la majestad. El mismo grito unísono, clamoroso, en todas las voces, como una sola voz. «¡Dios bendiga la vida de nuestro

Señor!»... Detúvose el sultán un instante, para satisfacer su propia vanidad en la contemplación de aquel cuadro imponente, y ocupó en seguida su sitio —su trono— en el templete del atrio. Unos esclavos colocaron a su derecha dos cofres tapizados de rojo, a manera de escritorios o bufetillos para los secretarios que habían de tomar cuenta y razón del trámite oficial de la audiencia pública. A los dos lados del sultán, en amplias filas señoriales, los magnates de la corte, los mayordomos palatinos, los ministros y los jefes de la tropa. Allí, con sus vistosos atuendos de gala, el kaid del Mexuar, Sidi Mohammed El Gaiati; el kaid Yilali; el kadí El Fádel Gomari; el kaid El Hachmi, jefe de la artillería; el kaid El Naziri; Muley El Kebir; El Hach Dris; Muley Ahmed El Susi; el administrador general, Sidi Abdelkrim (tío del sultán); Sidi Mohammed Ben Alí Ben Kásem; el Rahal Amin; y sus esclavos de confianza, como ayudantes de órdenes, los hermanos, negros, Farayi y Abilal. En la puerta de la alcazaba, como escolta de honor, la extravagante y llamativa guardia del rey.

El campamento se ha quedado sumido en un silencio como de soledad. Las doce mil voces parece que se desvanecieron en el aire. Nadie se atrevería a turbar con el más leve rumor este embeleso de honda emotividad, sin expresión posible. Todo el círculo inmenso de la curiosidad está ahora reflejado en un solo punto, como un encantamiento de los ojos. Toda la avidez está en los ojos. Hasta nosotros los cautivos, que no estamos cerca, nos habíamos calladamente impresionado por esta abstracción infinita del asombro. Todas las almas se hallan suspensas por un solo motivo. Como si el mundo se hubiera parado en este instante.

El kaid del Mexuar, pausadamente, con solemnidad en la palabra y elegancia en la reverencia, exclamó con voz sonora: «¡*Cal licum sidna! ¡Al'la izlahcum u irdaa alicum!*»... (Os dice nuestro señor: Dios os haga útiles y recibiréis su bendición).

Y el kaid, grave y campanudo, con una zalema al sultán: «¡*Al-lah ibarec amr sidna!*!». (Dios bendiga la vida, el reinado de nuestro señor).

Y luego el kaid Yilali, y el kaid Naziri, y el kaid Mohammed El Atabi, y todos los kaides hacen su reverencia y lo repiten en los distintos tonos de sus voces enfáticas y resonantes: «¡*Al-lah ibarec amr sidna!*...».

Y la clamorosa invocación se va sucediendo de boca en boca y llena todo el ámbito del campamento con su grito declamatorio.

Pero es también la hora de los que han hambre y sed de justicia, de los malaventurados que nunca serán hartos, porque la ley aquí no siempre es la razón. Hoy se presentó a la audiencia pública, el primero—como una inesperada aparición—, un humilde aduareño, roto y viejo, venido Dios sabe de qué escondida lejanía. Llegóse renqueando y gimiendo al centro de la plaza y allí se arrodilló y se quedó solo, con su desánimo y su ruindad, en medio del ancho ruedo del gentío, como una pobrecita cosa arrugada y vencida. Como un guñapo tirado en el suelo. «¡*Naama, sidi!*», gritó desde su desamparo y puso su frente en la tierra. «¡*Sarakna culchi!*»... (Oh, señor: nos lo robaron todo). ¡Se lo robaron todo: el mísero ajuar de la casa de barro, la vaca y las cabritas, la cebada del silo, el almiar; todo, todo!... Pero también, en el furor del rebato, en el saqueo de la tropa desenfrenada, se le llevaron, ¡como el mejor botín!, la nieta, "la hija de su hijo", casi una niña...

Causó asombro y sorpresa la querrela del viejo. Preguntó el kadi dónde fué el agravio y quiénes los culpables. Y respondió el cuitado con un gemido que le ahogaba:

—En Hauara, al lado allá del río.

—¿Y los acusados? —insistió el kadi.

—¡Vosotros!

Levantó un murmullo de estupor y perplejidad la osadía inaudita del temerario. Todas las miradas se clavaron en el sultán.

Y Bu Hamara, como siempre, siguió impassible. El kadi habló algo al oído del kaid del Mexuar. El kaid Yilali, sonriendo, dijo también unas palabras al kadi. Y el sultán dió una orden rápida al kadi. Del breve conciliábulo salió una voz altisonante, dura y rotunda, como la sentencia decisiva:

—¡Dice el sultán que tu nieta pudo ser reina, pero que te la devuelve!

Rió el gentío el desenlace insospechado de la escena, tanto por halagar a la justicia generosa del amo, que restituía la prenda ofendida, como por hacer mofa de la insolencia del viejecillo, que vino a pedir nada menos que una reina.

(Luego supimos que aquel pobre ser insignificante pertenecía a la familia del famoso kaid Hammada, de Beni Buzgu.)

Siguió a la audiencia lastimera del viejecito, tan conmovedora, las de otras humildes criaturas desamparadas, que traían sus penas y sus miserias a la plaza pública, como una confesión a gritos. Y acabada esta gracia democrática del rey, como ya era venido el momento de la última oración de la tarde, dió el kaid del Mexuar la orden al artillero para la salva de rigor:

—¡*Cal lec sidna! ¡Acuí, tabyí!*... (Dice nuestro señor: dispara artillero).

Y el cañón retumba. Después vibró el toque agudo de una corneta y redoblaron las bandas de tambores. Luego, la música atacó con brío una marcha que tenía el aire de la real española...

Y cuando fué el silencio en la quietud augusta del espacio resonó la voz melodiosa y cantarina del almuédano, en el rito primero de la oración.

Todo el ejército cayó de rodillas. El sultán también.

El vientecillo tibio de los campos en flor nos traía ya sus aromas pascuales.



EL BANQUETE A LA MUERTE

El viejecito que vino ayer a la audiencia del rey y escandalizó a la turba con su irreverente y arriesgada acusación, lanzada allí mismo a la cara de todos, ante el sultán, su corte, su gobierno y su tropa, le hemos visto ahora cruzar por el campamento como una doliente sombra homérica. Iba torpe y abatido, con paso inseguro y desmayado, pero con la frente alta, como ansioso de claridad, mirando al sol, como van los ciegos. Se apoyaba con ahinco en el hombro de una mocetona lozana y garrida, que me dijeron era su nieta, la heroína del drama; pero más que por ayudarse, parecía que el viejo se cogía a ella por sujetarla, por retenerla, por que no se la robaran otra vez. Contrastaba con lo mísero y raído del viejo, la ropa rica y galana de la joven, como reina que había sido; se tapaba y escondía ella, a modo de velo, con una futa kabileña, de festón de colores, y era ésta la única prenda que llevaba de campesina, que todo lo demás era de señorío y boato. Corrió a ellos un esclavo del kaid Yilali para decirles que vinieran, pues se les quería ofrecer medios para su traslado a la kabila, y le respondió el viejo:

—Dile, esclavo, a tu dueño, que ha sido muy alta reina la «hija de mi hijo» para que ahora sirva de recreo también a los ojos codiciosos de otro esclavo como tú. Dile, esclavo, a tu amo, que ya recibirá de su reina un regalo mejor para su avaricia...

Quedóse Yilali corrido y afrentado con la injuria del insolente cuando recibió el recado, y aunque quiso disimularlo con una sonrisa de lástima por la ruindad del viejo, se le apretaron las manos en una crispada contracción de rabia.

—Ese viejo —dijo— se ha jugado ya dos veces la cabeza... y la ha ganado por la gracia de su nieta y el favor del sultán; pero la hemos de ver colgada de esa puerta de la alcazaba, como estuvieron las de sus parientes...

Parecía, en verdad, inconcebible que se le hubieran tolerado al kabileño impertinente tan descomedidas audacias, cuando aun dolía el recuerdo de un inconsciente zagalón que había pagado con su vida el haber llamado «rogui» al sultán. El agravio de una sola palabra. Alguien lo contó o lo inventó, y aquí mismo fué el sacrificio. Le afeitaron cabeza y cara con un mal cuchillo sin filo, que le desolló en carne viva; le montaron atado a una burra —«bu hamara»— y le pasearon por el campamento, precedido el terrible cortejo de tambores y cornetas, como un pregón de feria; todas las manos fueron en él con sus golpes y todos los ultrajes le martirizaron; acabó su ánima desfallecida cuando las carnes eran pingajos con los huesos rotos, sin que diera tiempo de llegar al sitio del suplicio... Cuentan que la desventurada madre le siguió en el drama de su agonía, con el dolor a gritos, sin conmover a nadie.

Pero esta vez, al viejo, le valía el patrocinio de la nieta, que había sido una preciosa gala del harem. Además —lo disculpaba y se disculpaba el Yilali—, era ciego. ¡Ciego! Tenía que ser ciego. Por eso a la temeridad se le dice ceguera. Y en un lugar donde los ciegos se hacían con un hierro candente.

Pasado el lance, volvióse todo risa el comentario de la terquedad del ciego, que a mí me pareció, cuando le vi alejarse, apoyado en el hombro de la galana, una estampa de Edipo.

Pero la burla era sólo por desvanecer el mal sabor que nos dejó el agravio del viejo, que llamó esclavo al negro Yilali, porque esclavo había sido de Muley Arafa, tío del sultán Abdelaziz; pero todos sentíamos dentro el escozor de la contrariedad; yo, la inquietud también por la vida del ciego, a merced entonces de un ímpetu del vengativo. Porque Yilali, con su resentimiento enconado, seguía mirando con fijeza rencorosa el sendero por donde se iban...

Sacó entonces Delbrel a colación, como queriendo desviar las malas ideas, el recuerdo tristísimo de aquel otro amorío de Bu Hamara, que tuvo por desenlace el drama terrible de la alcazaba de Taxerfit. Lo refería Delbrel recargando sus tintas sombrías, con la intención de apaciguar al kaid y traerle a la memoria el escarmiento de aquel infortunio, que costó la vida a los mejores del ejército del Pretendiente. Y tan honda y sensible fué la impresión evocadora, que el kaid se exaltó en una tempestad de improperios y juró que aun no había sido bastante la represalia. Y como allí estaba con nosotros el kaid Ben Xel'lal, que en la contienda de aquel día había perdido a su padre y que él mismo se había salvado de la matanza sin saber cómo, removiésele el ánimo y miró al cielo para pedirle todos los anatemas del castigo para la traición. Y unos y otros, como si tuvieran todavía ante los ojos el cuadro apocalíptico, reanudaron la historia de aquel día, que ellos habían vivido en el mismo instante...

Lo contaban así: Para fortalecer y asegurar la adhesión del famoso kaid Hummada, de Beni Buzgu, casi soberano de todas las tribus del Angad, había conseguido Bu Hamara que el poderoso cacique le concediera, como preciosa prenda de garantía, una de sus hijas, la más linda y gentil, como regalo de rey. Acompañó a la bonita y tímida novia su propia madre, la llamada Lal'la Fatma, última favorita del viejo kaid, seguida de un lucido cortejo

de esclavos, con armas y caballos, y una larga reata de mulos cargados de pomposos regalos y espléndidos ajuares nupciales. El altanero Hummada, con todo el prestigio de sus años y de sus gestas de guerra, abatió su orgullo y vino a la zaga de la florida comitiva de su hija, plantando su tienda, como huésped de honor, junto a la mehal-la de Salah Xarradi, el imponente gran visir. Eran tan costosas las fianzas —los rehenes— del seguro, que no podrían ofrecerse mayores pruebas de sumisión y acatamiento. Ya era demasiado vasallaje para un kaid de tan grande predominio como lo era este señor feudal de Taxerfit, árbitro a su antojo de todas las tribus del Angad y del amalato del Aiun. Y, sin embargo, todavía pareció poco. Aun había de exigírsele al viejo otra entrañable prenda de fidelidad, a costa casi del honor.

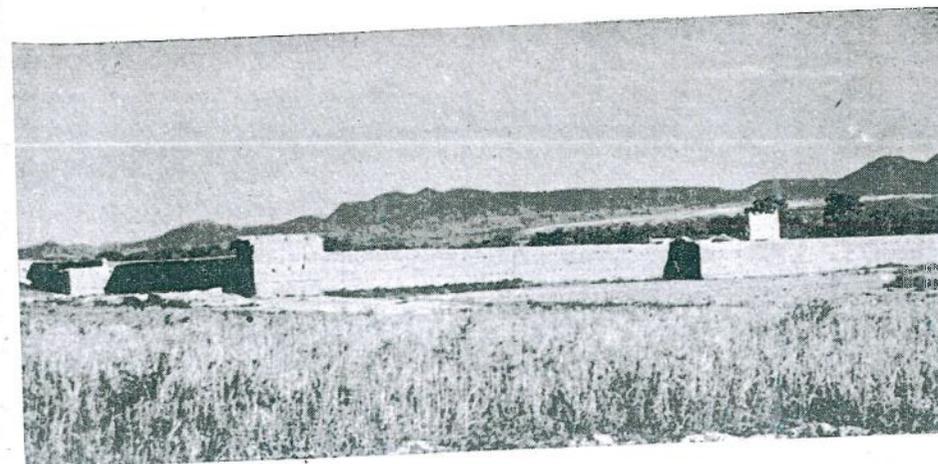
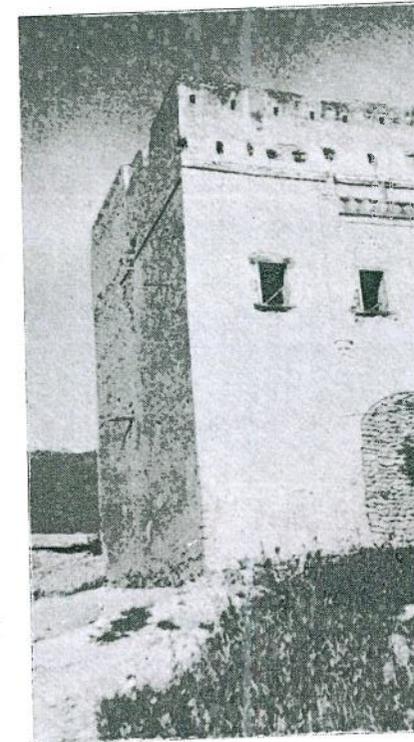
Toda esa caterva de aduladores y serviles que siempre anda al retortero de los que tienen los dones del poder, aconsejó a Bu Hamara que, para afianzar más inviolablemente la alianza de Hummada, le pidiera en matrimonio a su nieta, la hija de su primogénito Mohamed, que era —le decían— de una belleza sorprendente. De este modo, el hijo —que había de suceder a su padre en el kaidato— quedaba también sujeto, por el vínculo familiar, a la obediencia de la sumisión. En verdad, era dulce y sabrosa esta fruta del cercado ajeno, si bien no eran las gracias de la juventud y la belleza lo que más influían para el desposorio, sino la intención —la mala intención política— de poner en las manos del faccioso al gran cacicazgo de Taxerfit. Pero la codiciada pretendida no era ya gracia en la porfía del negocio, porque estaba recién desposada con un sobrino del mismo Hummada y hubiera sido un desafuero despojar de su propio bien a quien tenía todo el derecho legítimo de sus esponsales. Tendría que violar el rey la ley, como el rey David con la mujer de Urías. Agraviada en su honor la familia, rechazó con dignidad la pretensión innoble. Sintióse desairada la corte del Rogui, y a unos y a otros de los dignatarios



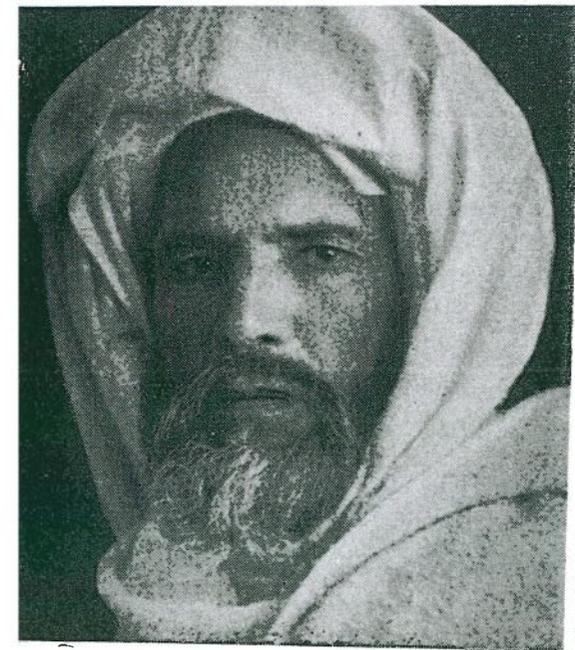
☆

La torre de la mansión del viejo Hummada, en cuya estancia alta fué el episodio más dramático de la matanza de los kaidés, a mansalva y sin posible defensa.

Bu Hamara, enfurecidas por el bárbaro instinto devastador y el arrebató frenético de incendio y el saqueo.



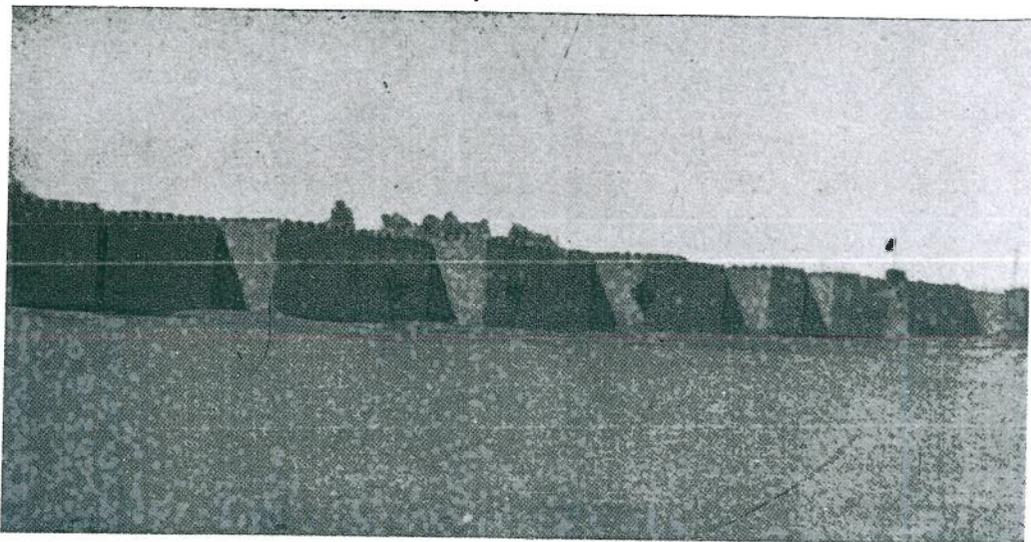
La plaza de Taxerfit. escenario inolvidable de la tremenda tragedia a



El kaid Ben Xel'lal, hijo del gran kaid Ahnida, que fueron poderosos auxiliares del reinado de Bu Hamara.

El kaid Mizian, que puso su influencia y sus armas en apoyo de la rebelión de Bu Hamara.

✱



La alcazaba de Zeluán, después de la retirada del ejército de Bu Hamara, quedó así de desierta y desvalida cuando había sido corte y campamento real.

vino a instigarles un tal llamado Abdel-lah El Kerkeri, para que mantuvieran la solicitud de la novia, ofrenda al rey y garantía del vasallaje. De por qué este celestineo en torno a la malquerida, pudiera explicarlo la repulsa que también sufriera antes por la misma novia el desdeñado Kerkeri, que por ser pariente tan cercano del Hummada se creía con más derecho a la novia que el otro preferido. Y esta desazón, reconcomiéndole el alma, fué lo que le hizo tomar ahora con creces su desquite.

Volvieron desairados los altos personajes de la solicitud y enfurecióse Bu Hamara. Arrasaría la kabila, destruiría la alcazaba, amontonaría las cabezas en el campamento, vendería las mujeres —a ella también— en los zocos...

Se aterrorizaron los de Beni Buzgu. Para ellos, una mujer, aunque fuese de la más elevada alcurnia, no valía tanto, no debía costar tanto... Y cedieron. Es decir, intentaban pagar con lo que no era de ellos, sino de un hombre solo. El sacrificio no tendría precio.

Ajustóse de nuevo la alianza entre los dos personajes de esta historia carnal y cruel. Fué la audiencia secreta y nadie supo las condiciones de la concordia fingida. Pero al día siguiente partió el kaid Hummada para su alcazaba en compañía de veinticinco magnates de la corte y una bizarra escolta de la mejor caballería del Rogui. Iba delante, sombrío y cabizbajo, el viejo Hummada, con un reducido grupo de jinetes de su gum; detrás, caracoleando sus corceles briosos y cimbreños, los sesenta caballos del escuadrón real. Y en el tropel del lujo y la arrogancia, el gran visir Salah Xarradi; Abdeselam Xargui, kaid del Mexuar; el gran kaid Ahmida Ben Xel'lal y su hijo Mohamed, jalifa de Beni Buifru; el kaid Mizian, padre del general español; el temible Burrahai; los kaides de Tesul, Hauara, Kelaia, Beni Isnasen, Angad, Gaiata... Los personajes más relumbrantes del ejército y la corte, con armas y

banderas, tropa lucida y la caravana de veinte mulas con la carga suntuosa de los regalos nupciales.

A las cuatro de la tarde, a las dos horas de su salida del campamento real, llegaron a la alcazaba de Taxerfit, la casa feudal y solariega del viejo Hummada. La jornada, si no muy larga, había sido harto penosa, en pleno mes de agosto, por una ancha campiña abrasada de sol, y los viajeros, kaides y soldados tenían ganas de descanso y frescos, bien acomodados en la plácida y obsequiosa hospitalidad del opulento señorío de Taxerfit.

Fué entonces un estallido alocado, frenético, de voces y cantares, de clamores y gritos de mujeres, de música de panderos, tambores y gaitas. Estruendo desaforado de la casa jubilosa, en diversión y regocijo de promesa de boda real. ¡Buena cena y gran festejo anunciaba la noche —la noche de San Bartolomé— a los huéspedes del castillo maldito!

La cortesía proverbial acomodó con solicitud y gentileza a los magníficos kaides de la embajada casamentera. A unos, en los salones principales de la propia mansión de Hummada, por distinción a la categoría de los personajes; a otros, en los aposentos de los mismos familiares; algunos, los más amigos, en la casa inmediata, cuyo dueño era el kaid Fettoma, hermano del viejo; los soldados, alojados en el caserío vecino, en grupos diversos; los caballos, trabados, en el recinto; las armas, según la costumbre tradicional, depositadas en los cuartos de guardia, en el zaguán de la alcazaba... Todo diseminado, disperso, aislado, con intención aviesa; pero todo normal, a la usanza del país. Estaba tan disimulada, tan escondida la traición, que no la vió nadie. El anfitrión, como siempre, no se hallaba con los invitados. El kaid Hummada montaba su fusil.

Y después de rezar todos en común la oración del axá, en el instante mismo de empezar a servir la cena, serían las diez de la noche, cayeron sobre los confiados comensales, en todas partes,

a una vez y a una consigna, los familiares y servidores de Hummada, y, a tiros y a golpes de gumía, con ferocidad implacable...

Delbrel y el kaid Yilali lo contaban todavía con espanto, quitándose las palabras uno al otro, con un temblor emocionado en la voz, sin querer acordarse del cuadro pavoroso, que ellos vieron después. Ben Xel'lal, silencioso, entristecido, bajó la cabeza y parecía que iba a llorar.

Murieron en la terrible confabulación, indefensos y desprevenidos, apretujados, como un rebaño, en la estrechez de los aposentos, acribillados a balazos y cuchilladas, el gran visir Salah; el kaid del Mexuar, Xargui; Ben Xel'lal (padre); Embarek Ben Alí, de Hauara; El Achbafi, de Beni Isnasen; El Mahiaui El Isnasni; Taher Ben Tuiher; Dennun El Ialoui; Al'lal de los Bu Rima; Kaddur Amar, los jefes del Angad y de Gaiata... ¡Diecinueve, los mejores kaides!

Los sesenta soldados de la escolta, sin armas y sin caballos, huyeron a la desbandada, desparramados, cada uno por un atajo, escondidos en la confusión de la noche...

El Kerkeri, el intrigante de la boda exigida, fué degollado —decía Ben Xel'lal— «como una oveja»...

El padre de Ben Xel'lal, el famoso kaid Ahmida, tenía diecisiete heridas de gumía.

El kaid Mizian se salvó de la sarracina porque le avisó a tiempo un amigo. El célebre Burrahai se descolgó por una ventana. El hijo del kaid Ahmida se defendió con su pistola. Otros, apagadas las luces, lograron huir.

El viejo Hummada, al retirarse con los suyos, los que pudieron escapar en la precipitación de la fuga, incendió la alcazaba. Quedaron allí, de sus familiares, un hijo muerto y otros dos hijos, niños cautivos.

Pero, después, la represión fué espantosa.

Bu Hamara cumplió su amenaza: arrasó la kabila de Beni Buzgu; colgó de las murallas de la alcazaba doscientas cabezas, vendió las mujeres en los zocos y regaló un centenar a sus kaides y soldados...

Pero se quedó sin novia.

La tragedia griega es mentira, porque es invención.

La tragedia de Taxerfit no tiene comparación con ninguna, porque ha sido verdad. Y todavía queda el rastro de la sangre y el fuego en la alcazaba.

El relato nos sumió a todos en un silencio angustioso. Cada uno recordaba un nombre, un amigo... Todo lo mejor se fué en este episodio de la guerra, que nadie olvidó en Beni Buzgu.

.....
.....

Pero turbó nuestro instante sentimental un esclavo que se acercó y dejó en el suelo un envoltorio de ropas de mujer.

—El ciego de ayer —dijo— lo entregó a un soldado, para el kaid Yilali.

Eran los vestidos de su nieta, que fué reina unos días.

El kaid Yilali, furioso por la inaudita insolencia provocativa, ordenó que corriera en su busca un grupo de jinetes.



UNA PAGINA ROTA

El sultán Bu Hamara, endiosado en su magnífico sillón verde como en un trono, resguardado de la ávida curiosidad del campamento en el templete del atrio de la alcazaba, dedicaba allí todos los días unas horas a la ostentación de su fingido oficio de rey, ornado de toda la gala y lucimiento de la ceremonia ritual, a la manera primitiva, tal como lo había visto a los propios sultanes en la corte de Fez. Era el lugar de despacho con los altos dignatarios y los grandes kaides, de audiencias y recepciones, de justicia y de apelación... Allí eran también las maquinaciones de la guerra y el mangoneo del feudo, la trapacería de la política y la sacaliña de las gabelas, yugo de barbarie y uñas de rapacidad... Plenitud en una misma mano de todos los poderes de la tiranía. Pero sin pluma ni papel, sin formulismo de Gobierno, sin código ni registros, sin ministerios ni secretarías, sino al modo más simple, liso y llano de lo rudimentario, que esto era lo que se llamaba entonces en Marruecos un Estado imperial.

Miles de tiendas de campaña, jaimas y chozas, barracas y tenderetes, baratillos de géneros revueltos y cafetines de música y algazara, un enjambre confuso y abigarrado, una multitud pintoresca de todos los colores y todas las castas, una población enorme de arrabales dispersos, como un inmenso mar alborotado

y ruidoso, desbordado en torno a la alcazaba de Zeluán, cuartel general de la insignia del rey. Un ejército de turbamulta, y a sus pasos la caterva ambulante de aventureros, tahures, traficantes y mendigos, hervidero de gente malandrina, aluvión de la resaca humana, fondo turbio de esta desmesurada metrópoli de lienzos y tablas, de cañas y sacos, de latas y esteras... Junto al lujo oriental de las mehal-las reales, la miserable pobretería de la taifa vagabunda. Todo a merced de la guerra, al trasiego de la vida errante, sin arraigo en ningún sitio. Caravana sin rumbo, que no sabía nunca el camino y el sino de su estrella el día siguiente.

—Mira mi campamento —me dijo el sultán—. Tengo cuatro mil caballos y diez mil soldados. A mi voz acudirán pronto las kabilas con cuarenta mil hombres para sus harcas...

Su tono quedo y suave, impasible, tenía ahora un leve dejillo de íntima vanidad. Nos señaló con su mano enguantada la extensión imponderable de su cuartel real. Y se quedó un instante ensimismado, recreándose él mismo en la contemplación de la propia fuerza creada. Había entonces en sus ojos una llama devoradora de ambición. La mano crispada parecía la garra de la fiera. Era la garra de la fiera. Todo lo demás en él, su palabra, su sonrisa, su parsimonia, tenía la delicadeza elegante de un apacible señorío. Parecía de verdad un rey.

—Acércate —me dijo—. Quiero decirte...

Se interrumpió y miró al kaid Yilali y a Gabriel Delbrel, presentes en la audiencia que pudiéramos llamar de la conciliación. Los dos se levantaron, separándose unos pasos, de manera discreta.

Yo me acerqué al Pretendiente.

—Ya has visto —continuó— el ejército de que dispongo para vencer a Abdelaziz. He estado a las puertas de Fez y no quise entrar... —titubeó un instante— porque no estaba seguro de los Ait Yusi, al lado allá del Sebú; pero a su jefe lo tengo encadenado aquí en la mazmorra. Había además en Fez muchos

partidarios del Hafid y yo no tenía municiones para sostener combates largos. Ahora también me falta artillería para la gran campaña que preparo. Tengo armas, caballos, tropas, magníficos jefes militares, poderosos kaides adictos, kabilas con sus harcas, elementos valiosísimos para la guerra... pero me faltan cañones. ¡Y España no quiere ayudarme!

Su lamentación tuvo ahora el tono duro de un reproche. Miró hacia Melilla con acritud, casi con amenaza. Yo temí que se perturbaran las buenas relaciones mantenidas y comenzaran las agresiones y la guerra. Una guerra entonces contra los cristianos, en aquel momento de Marruecos, tendría la solidaridad fanática de muchas tribus. Y, lo que era peor, un pretexto para la política europea...

—¿Y cómo España —le pregunté— podría ayudarnos?

—Con inteligencia de buena voluntad. He llamado varias veces al capitán Barbeta —el mejor que tenéis— para hablarle de esto mismo y no sé por qué no lo dejan venir. Yo siento una gran simpatía por España y me desagrada esa obstinación de Melilla en no tratarme como me merezco. Yo soy un sultán, con más poder que ningún otro sultán tuvo nunca, con más dominio en más tierra que ninguno... Y, sin embargo, Melilla me dice «el Rogui».

Dijo «el Rogui» con rabiosa ironía, en un grito que se le escapó. El kaid Yilali y Delbrel miraron, espantados, sin comprender que resonara, allí mismo, el temible epíteto, en sus propios labios. Era una palabra que quemaba, que mataba. Repetirla costaba la vida. Había costado muchas vidas. Yo me estremecí y tuve miedo de nuestra suerte en sus manos. Tuve miedo también de tantas cosas que pudieran malograrse...

Después afirmó, con una rotundidad categórica, como una palabra de rey:

—Dile al general de Melilla, al que considero de los más insignes de vuestro ejército y para el que guardo el más sincero homenaje de mi corazón, que, si unimos nuestras manos, el porvenir de Marruecos se abrirá a una era feliz de resurgimiento y prosperidades para todos. Comprendo que a España le pertenece, por su afortunada vecindad, por su tierra en nuestra misma tierra y por su historia, que es nuestra propia historia, el puesto de honor a nuestro lado en el Imperio. En buena armonía con nosotros, Melilla y Ceuta, en un régimen de comprensiva transigencia, deben salir de sus limitaciones estrechas y fundir sus intereses comunes con mi reino... El Rif debe estar bajo vuestra influencia.

... ..
... ..
(Cortemos aquí el relato, que conviene enlazarlo antes con otro pedacito de historia vivida y casi olvidada. Esta conversación con Bu Hamara fué transmitida al comandante general de Melilla y exactamente igual al político español don Miguel Villanueva, ex ministro liberal, parlamentario ilustre y tratadista especializado del problema de Africa. Y el señor Villanueva se lo comunicó en seguida al Gobierno, que escrupulosamente, celoso de su posición internacional, al margen de todo, no prestó oídos a la demanda.

Y un día —el 19 de mayo de 1914— al discutir en el Congreso el problema español de Africa, dijo así el infortunado don Melquides Alvarez: "Quisiera que discutiéramos y determináramos en la Cámara la responsabilidad de los Gobiernos, y estoy seguro de que me va a ayudar el señor Villanueva, que es africanista excepcional, muy conocedor de la materia. ¿No es verdad, señor Villanueva, que si el Gobierno no hubiese desamparado a "el Rogui" hubiéramos podido penetrar por todo el Rif sin disparar un solo tiro? (El señor Villanueva: "Yo lo creo así".) Coinciden nuestras opiniones en este punto. "El Rogui", por su prestigio

y por su bravura, dominando siempre a las kabilas, era como el centinela avanzado de España que aseguraba la paz en aquellos territorios"... Así lo dijo el señor Alvarez y lo confirmó el señor Villanueva en el Congreso. Pero nosotros lo habíamos dicho antes, cuando aun no era preciso hablar de responsabilidad por la incomprensión de los Gobiernos de turno).

... ..
... ..
Bu Hamara, sin hablar, con solo la expresión de sus ojos, me indicó que me acercase más. Me tomó de la mano, caso insólito, y exclamó, mordiendo las palabras:

—¡Melilla no me comprende! ¡Si Melilla supiera lo que vale mi reinado!...

No recuerdo ya lo que me dijo después. ¡Ha pasado tanto tiempo!

Y la página que sigue del Diario está rota.



UNA PAGINA INTERCALADA

Un negrito esclavo del sultán, rica y galanamente vestido de colorines radiantes, asomó su cabeza de angelote de ébano vivo, nos saludó con la picardía retozona de sus ojos felinos y abrió en la risa blanca de su boca encendida la gracia candorosa de una zalamería:

—La tarde bendita sea con vosotros.

Y su voz tan dulce y mimosa era también un halago, una caricia. Hizo todavía, por más finura, una reverencia en el rendibú y nos dijo con el tonillo lisonjero de su cantinela:

—Dice sidna que espera vuestra visita ahora mismo.

Se inclinó otra vez, repitió un donaire y corrió como un puñado de colores que se llevara el viento.

Gustaba el sultán de estas audiencias ajenas a lo protocolario, no sólo por conocer aires de fuera, impresiones de los que tenían más relación con el ambiente europeo —de cuya atmósfera él había de respirar—, sino también por valerse de nuestros medios para que le llevásemos al exterior las pretensiones de su conveniencia. Sobre todo, a Bu Hamara le importaba mucho atraerse el interés de España, después de haber perdido —por lo que fuese— la ayuda que hasta entonces le había prestado otra nación para encumbrarle. El pretendiente a un trono —y a un

trono al que se tendían tantas manos extrañas— ha menester siempre y en todos los sitios el concurso externo, que aquí, y en este instante, tenía el nombre específico de una acción española. Me decía Delbrel, que M. Agustín Bernard, el autor de tantos libros interesantes acerca de Marruecos, encargado de una misión por M. Jonnart, Gobernador General de Argelia, había afirmado en un informe oficial, redactado en Fez y a presencia de los acontecimientos que se precipitaban: «Todo el mundo está de acuerdo hoy en creer que la política de colaboración con el sultán es la única capaz de dar algún resultado, y no parece posible ni aun formular otro programa que pueda oponerse a éste. Pero quien dice colaboración con el sultán, no dice precisamente colaboración con Muley Abdelaziz. Si place a los marroquíes cambiar de soberano, es asunto que a ellos interesa y no a nosotros...».

Indicaba claramente M. Bernard que el sultán, elegido por el pueblo y preferido de Francia, era Muley Mohammed, el Bu Hamara de mi historia. Es decir, que el mensajero de M. Jonnart proponía que se acabase de tirar —él solo se estaba cayendo— a Muley Abdelaziz.

Pero a Bu Hamara le convenía entonces —por lo que fuese— la conexión con España. Para esto nos llamaba el sultán.

Se hallaba sentado, como casi siempre, en su *siuan*, nuestro «zaguán», que era como el vestíbulo de su campamento cortesano. Vestido de blanco, al modo regio, su bastón con el báculo de plata, el lapicero jugando entre sus dedos, su rostro verdoso pálido, su rala barba negra, su mirada defectuosa, con uno de los párpados caídos... Débil, sutil, ténue como una pavesa, con la voz fina, suave, apagada, no parecía encarnar la fortaleza de una fiera. ¡Qué endeble todo en él y qué llama en su ánima ardiendo! ¡Qué ráfaga de pronto en sus ojos bravíos!

Hicimos nuestra cortesana reverencia, que esto no lo dispensaba nunca el señor, y nos acercamos con el recelo siempre de no saber lo que pudiera venir de la contrariedad impulsiva de su modo de ser tan irritable. Quedóse tan indiferente que parecía no habernos visto, tal vez para que nos fuera menos vejatoria la mansedumbre de la pleitesía, y acabó de dar unas instrucciones a su gran visir, que le escuchaba con la atención de quien ha de cumplirlo todo al pie de la letra. Apartáronse los grandes kaidés Abdelkrim y Yilali, uniéndoseles Delbrel, que por no ser español tenía que estar ajeno a una inclinación nueva hacia la política española, y me dispuse a escuchar al sultán con el interés que merecía para mi patria la ocasión tan afortunada que se le ofrecía de intervenir, por sus fronteras, en Marruecos, como Francia, por las suyas, lo hacía de manera tan clara y tan expeditiva. Y escuché al sultán.

Me dijo, no sin cierta satisfacción por el tono de mundanería que le iba dando a su corte, que había recibido las visitas de Madame Du Gast, la viajera francesa; de los ingenieros franceses de la compañía minera; de Don Manuel Becerra, ingeniero español; del «tiniente» Barbeta; de Vallescá, presidente de la Cámara de Comercio de Melilla; de Manolo Ferrer, el erudito de nuestra política africanista; de Don Miguel Villanueva, ex ministro liberal...

—Francia me envía sus ingenieros —añadió— para la explotación de las minas rifeñas... y luego me cañonea con las baterías de Abdelaziz, que mandan sus propios oficiales franceses...

(Se refería entonces a los oficiales Mougín y Bensedira, instructores de artillería en las mehal-las imperiales).

—El Rif no ha sido nunca de nadie —decíame con orgullo—. Jamás hubo sultán que pudiera imponerle tributos ni cobrárselos; es un país bravo y libre, que no aguantó el dominio de ninguna soberanía; cada kabileño, con un puñado de fusiles, era un rey;

cada kabila, un reino... Pues ese Rif, tan indomable, está ya en mi mano; tú has visto con tus propios ojos cómo hasta el extremo más remoto, más allá de Snada, llega la autoridad de mis bajaes; se me resiste un poco Beni Uriaguel, pero la tengo cercada por mis adictos de la cordillera; son mías Temsaman, Beni Tuzin, Gueznaia, Beni Ammart... Toda la riqueza minera del Rif van a explotarla en grande los españoles; ellos me van a estudiar también el trazado de los caminos mejores para el comercio; quiero que se abran puertos en Axdir, en Bades y en Mar Chica... Toda la corriente comercial de las cuencas del Muluya, del Inauen, del Uarga, afluirán a los mercados abundantes y pacíficos del Rif; el bienestar y la paz del Rif permitirán mi campaña rápida para someter el Imperio todo. Yo tengo mis tropas pronto en la orilla del Sebú...

Se interrumpió en sus sueños imperiales, me miró fijamente, como penetrando el pensamiento, y me preguntó tajante:

—¿Pero quiere España de verdad emprender conmigo una acción intensa? ¿Le interesa de verdad la adhesión pacífica del Rif? ¿Comprende España de verdad lo que significaría mi entrada en Fez...?

Vamos a intercalar en este Diario del cautivo una página oportuna. Porque desde esta lejanía del tiempo hecho historia ya, el hombre sensato de la reflexión pudiera muy bien mirar atrás y hacer sobre su experiencia un cálculo racional de posibilidades. No sabrá adivinar con evidencia lo que hubiera podido ser para España la adhesión y el servilismo del Rogui, porque la política no es un experimento de laboratorio que permita comprobar sus reacciones y contingencias según la combinación de su formulario empírico; la política es azar y riesgo, es acción y destreza, temeridad y arrojo...

Pero el filósofo de la historia, el hombre práctico de las realidades positivas, sí ha podido sentir en su propia carne viva la serie de calamidades que originó la retirada de Bu Hamara de Zeluán y el abandono del Rif. Lo que costó la indecisión, España lo sabe.

Se fué Bu Hamara y en su sitio apareció una diplomacia huraña y vestida a la europea, cicatera y discutidora, que recortó lo que quiso en su mapa, tomó lo mejor de arriba y dejó lo peor de abajo, amañando una geografía como si la tierra fuera suya...

No sabemos dónde hubiéramos ido con el Rogui, pero sí hemos visto donde nos quedamos. Zeluán, donde el Rogui no está, es una frontera todavía.



EL MENSAJERO SIN DESTINO

Después de nuestra visita esta tarde al sultán, invertida casi toda en discurrir ilusionadamente sobre una posible o imposible relación política de España con este nuevo y flamante reino, incrustado a la fuerza en la entraña misma del Imperio, hemos tenido que ir a escucharle al gran visir iguales argumentos, porque quiso Bu Hamara que su primer ministro nos insistiera más todavía en las líneas generales de la pretendida reciprocidad. La tienda del gran visir, en el campamento del cuartel real, era la más cercana a la alcazaba, como una honrosa deferencia a la jerarquía. Y si no la más suntuosa, porque los grandes jefes militares decoraron las suyas con el espléndido acopio del botín, sí encantaba los ojos por la sencilla y natural elegancia de su atuendo, alegre, vistoso y confortable; el lujo era discreto y delicado, sin ostentación; había riqueza y belleza, pero sin abundancia exagerada. Se veía que era la tienda de un señor. En lo alto del mástil resplandecían dos grandes esferas doradas, tal vez como insignia.

Desempeñaba el cargo de gran visir —el titular había sido muerto, como ya dijimos, en aquella terrible emboscada de Taxerfit— el kaid del Mexuar, Sidi Mohammed El Gaiati, oriundo de la famosa tribu donde fué la fantástica aparición del jinete en la burra. Y aunque era hombre más de las armas que de la

política, no hacía mal papel en su puesto eminente, que ejercía con prestancia y dignidad, sin que pudiera desvanecer del todo sus ribetes de campesino astuto y encumbrado; pero su palabra era amable y expresiva, fino su ingenio y juicioso su modo de ser y de pensar; y además... era el gran visir. No estaba solo en su tienda, pues le acompañaba otro sesudo personaje de la corte, el amin Abdelkrim, a quien en lo íntimo de la opinión se le tenía por tío del sultán, sin que nadie se atreviese a decirlo. Este Abdelkrim, prudente y moderado, era el freno de la revolución; a él acudían con sus cuitas los que habían necesidad de un apoyo seguro; las tribus, en la discordia, le hallaban siempre como apacible intercesor; administraba la renta de aduanas con ponderación, sin cargar demasiado la mano en el rigor del tributo; era bueno y sencillo; se le quería y se le respetaba; y sobre todo... era el tío del sultán. Un esclavo se aplicaba al rito ceremonioso de hacer el té, con toda la prosopopeya solemne de un formulismo casi de consagración. Pero el esclavo era allí como un elemento simple de la ornamentación; una esfinge negra sin realidad; un ser ajeno a todo, indiferente, sin mirar ni escuchar, abstraído en su culto de hacer el té.

Se nos acogió con la afabilidad exquisita de esta cortesía de los moros señores; ya no parecíamos el mísero cautivo cristiano de las cadenas; nos enviaba el sultán a la visita y éramos los huéspedes de la casa real. Tenían que ser amables y corteses; además, estaban ahora en ocupación de señores. Ni yo era ya el cautivo ni ellos los tiranos. Ibamos a hablar, como buenos amigos, en el seno delicioso de aquella mansión. Ellos tenían la palabra del sultán; yo, ni mi misma palabra. Pero no se perdía nada con hablar.

Y hablamos. Mejor dicho, habló el gran visir, pues yo no tenía plan que exponer ni compromiso que estipular; yo no era un plenipotenciario para ofrecer ni convenir; tampoco mi

juventud podía atreverse a mucha obligación; mi pluma, una pluma en mano española, nada valía entonces si no servía a un partido político cualquiera, y mi pluma era mía y no de nadie; se me consideraba, quizá, por mi condición de hijo del Gobernador militar de Alhucemas, que allí sonaba a eminentísima calidad de grande influencia; en fin, yo podría ser un mero intermediario inesperado, un portador de garantía para la demanda; yo no podía ser allí otra cosa. Y me dispuse a entender con mi mayor atención, todo ojos, todo oídos.

Repitióme el gran visir lo mismo que el sultán, porque sabía bien su pensamiento: que todo el territorio fronterizo a nuestras plazas estuviese bajo el dominio efectivo de un poder fuerte, de un sultán —como Muley Mohammed— que fuese capaz de someterlo a su obediencia, de asegurar en el país las transacciones mercantiles de toda índole y facilitar la explotación de tantas riquezas naturales sin la intromisión de ninguna otra influencia extranjera como las que apremiaban al vacilante Abdelaziz... Las minas del Uixán tenían ya su compañía española constituida; en Alhucemas, lo mismo, se había presentado un proyecto para la fundación de una gran factoría comercial en tierra firme...

(Yo recordaba, oyéndole, aquella línea imaginaria que una hábil mano española trazó, para un convenio, en 1902, en un mapa roto y sin usar que se ha perdido: una línea que iba del Muluya al Sebú y luego pasaba también por Beni Metir, por el río Mesun y por los caminos de Uxda y Taza...).

Repitióme, asimismo, que ya no era la de ellos una disputa con las armas de dos soberanías frente a frente, sino la triple discordia de tres sultanes proclamados que habían dividido el Imperio en tres jirones: aquí, en Zeluán, Muley Mohammed, nuestro rey; en Fez, acosado, acorralado, Muley Abdelaziz; en Marraquech, con sus grandes kaides del Atlas, Muley Hafid...

Pero la revolución triunfante —aseguraba— era la de ellos, la del fantástico príncipe aparecido en Gaiata, jinete en su burra.

(Yo recordaba, oyéndole, que una gran potencia europea apoyaba a Hafid; otra, aconsejaba y sostenía a Abdelaziz, y... ninguna, ya, favorecía a Bu Hamara. Y Bu Hamara dominaba precisamente un territorio fronterizo a España. Inglaterra se entendía ya con Francia y Francia iba a entenderse con Alemania. Y todo este complejo de diplomacia y de intriga, todo este desbarajuste, comprometido en una hipoteca —hipoteca le decían— que seguramente habría de pagar luego España, porque España, a un lado, como extraña al problema, no se entendía con nadie).

Repitióme después, lo mismo que el sultán, que la ayuda urgente la necesitaban, más que de otra cosa de municiones, de las que carecían casi en absoluto. España debía apoyarles, porque ellos significaban para nosotros la unidad común de intereses, ya que los otros sultanes estaban manejados por la astucia extranjera...

(Yo recordaba, oyéndole, que nuestra política exterior, amodorrada todavía, insensible a las palpitaciones vitales de la intervención europea en Marruecos, no entendía entonces lo que podría valerle a España una acción rápida y decisiva, colocándose de un salto en el sitio que le correspondía con más derecho que nadie. Porque de todos modos tendríamos que venir, tarde y con mengua, y aun arrastrados por los que venían delante).

Escuchaba el sesudo y discreto Abdelkrim, sin decir palabra, como si no hubiera allí más voz ni más idea que las del sultán; pero, en este momento, de repente, cortóle al ministro la ilación, y, encarándose, me dijo:

—Yo he tenido muchas ocasiones de escuchar a Melilla y puedo aventurar mi opinión de que nunca llegaremos a un acuerdo...

(Yo recordaba, oyéndole, que estaba España en Melilla hacía más de cuatro siglos y jamás sintió el impulso de avanzar

su paso siquiera hasta la Posada del Cabo Moreno, unos metros más allá de los viejos límites. ¡Cuatro siglos quieta, mirando sus centinelas el campo desde las garitas, aguantando los sitios y las agresiones, y en los ratos de paz comprando los huevos y la leña que quisieran llevarle los kabileños a su plaza!...).

Hablaban ellos y exponían sus dudas, sin que yo pudiera en verdad contradecirles, porque su incertidumbre era también la mía. Si ellos recelaban de la indolencia de nuestra política africana, más temíala yo, que conocía la insensibilidad pasmosa de aquellos cuatro siglos quietos en las mismas murallas...

Yo, tan poquita cosa, sería esta vez el mensajero de una imploración por servir a mi España; pero, ¿quién me entendería? ¿Quién tendría fuerza y razón para romper y saltar una frontera de cuatro siglos...?



LA VERDAD QUE HA DE SER HISTORIA

Cuando Bu Hamara montó en su burra y se echó a cabalgar por los caminos aventurados de la conquista en busca del reino, aún la política española no había abierto sus ojos a las inquietudes de fuera y se mantenía reconcentrada en sí misma, indiferente, casi insensible a cuanto en torno de Africa se fraguaba entonces en el mundo. La política española no tenía pretensiones de ninguna clase en el panorama internacional, ni tampoco quería comprometerse en ninguna responsabilidad de índole exterior. No le importaba nada la rivalidad de nadie por la supremacía de la influencia o el dominio en Marruecos. Se conformaba con tener la historia más famosa de Orán, Túnez y Argel, y seguir de centinela todavía, sin apenas tierra que pisar en sus cinco plazas fronterizas, tan bien ganadas. Africa no era, pues, un elemento vivo de la acción española, ni siquiera una preocupación de nuestros estadistas. Africa parecía ya una historia inmóvil, hecha de piedra.

La opinión pública española, en un clima social deprimido por los reveses coloniales, tampoco quería saber nada de cómo se removía el avispero de Marruecos. Los periódicos publicaban las informaciones de Fez con «las últimas noticias de la guerra del Rogui», y la gente no acababa de enterarse de quién era aquel misterioso pretendiente sublevado contra el sultán, ni dónde nació

la intriga que provocaba la sedición. Se decía el rebelde hermano de Abdelaziz y representaba a las mil maravillas la suplantación, porque en el Imperio todos le creían. La contienda resonó pronto a las mismas puertas de la capital xerifiana y era ya la anarquía una hoguera que amenazaba devorar al reino. Europa, alarmada, recelando la inmediata intervención de alguna potencia mediadora, tuvo miedo a las derivaciones del conflicto y se promovió en sus cancillerías un revuelo de despachos cifrados y una desbandada de emisarios en pesquisa de la confabulación. Y como si el Rogui hubiese ido delante, en la descubierta, para abrir el camino militar a la intervención armada, y detrás otro impulso extraño siguiéndole los pasos, casi al mismo tiempo que la rebelión encendía su reguero de pólvora desde la frontera argelina a las vecindades de Fez, una inusitada actividad política —política extranjera— agitaba en el fondo todas las influencias rivales del Imperio. Y fué entonces también la más audaz y arriesgada maniobra diplomática que nunca pudiera imaginarse ni tampoco inspirarla mejor el espíritu maquiavélico de la oportunidad. Y todo era conjunción en el mismo plan único del pensamiento colonial francés. Porque si Hanotaux representaba en el Ministerio de Negocios Extranjeros la expansión en Africa sin limitaciones y al soslayo de Inglaterra y su «statu quo» en el Mediterráneo, pero sí en coordinación con los intereses de Italia y España en el mismo mar y en el mismo suelo, Delcassé, que le sustituyó, significaba la política contraria en el sentido europeo, pero idéntica en la forma de conseguir del propio modo, con el incentivo de la acción africana, la supremacía francesa en el ámbito internacional, creando al mismo tiempo su Imperio.

Y fué en esta ocasión también, en el preciso momento de las resoluciones decisivas, cuando el Quai d'Orsay vino a llamar a la puerta de la Embajada española en París y le ofreció a León y Castillo, nuestro gran embajador primado, la buena inteligencia

de un pacto secreto para compartir los riesgos y la responsabilidad en la tentativa de intervenir en Marruecos, como acababa de llegar a otro acuerdo secreto con Italia para asegurarle el derecho de preferencia sobre Trípoli, contra el reconocimiento de la preponderancia francesa en Marruecos.

Y llamaba a esta puerta española, en su propio París, no por prurito colonial de agregar socios a la comandita, sino porque tenía cerrada la puerta inglesa desde el incidente de Fashoda y necesitaba del prestigio de nuestra influencia histórica en el Imperio, de nuestra posición insustituible en la zona africana y costera del Mediterráneo y de la cooperación de nuestro ejército en el territorio compartido. Esta era la clave del Tratado secreto de 1902. Concebido a espaldas de Inglaterra, como el de Italia se planteó sin conocimiento de la Triple Alianza.

Las peripecias en España del alborotado convenio se sacaron a la disputa de la plaza pública, y cada uno de los bandos políticos del turno en el poder —si subían los liberales bajaban los conservadores— cruzaron sus plumas en los diarios del partido inculpándose mutuamente de la renuncia a firmarlo. Porque ni el uno ni el otro —si lo negociaron o consintieron— se atrevieron al fin a sancionarlo. «Si el tratado hubiese llegado a firmarse —decía un jefe de Gobierno— yo no hubiese dormido un día tranquilo en mi vida». Porque parecía una tan grave responsabilidad que si al uno le quitaba el sueño al otro le daba pesadilla. Y era mejor, bien cerradas las puertas a la política exterior, quitarse de preocupaciones internacionales y echarse a dormir a pierna suelta, que era el «statu quo», es decir, morir viviendo.

Pero como todo lo relativo a Marruecos aparecía en esa época relacionado de algún modo con la aventura militar de Bu Hamara, cuya presencia con las armas era el estímulo justificativo de todas las negociaciones diplomáticas iniciadas por Francia, también nos interesa conocer, al cabo de la historia,

qué hubo de realidad en aquellas peligrosas complicaciones que asustaban a todos los partidos de la política española. Ya dijimos porqué se desdeñaron los servicios del Rogui; pero el párrafo de esta carta oficial del señor Maura —1909— al Comandante General de Melilla, leída en nuestro Parlamento, es un testimonio que aun más lo ratifica: «Ignoro —decía— cuál será en lo venidero la conducta del Rogui, la fortuna de las empresas que acometa, la índole de sus conexiones con Francia o con agentes e intereses franceses y el campo de operaciones donde siga actuando; no miro esas eventualidades con indiferencia; pero en todo caso nos resultaría menos provechoso haber hecho con él causa común». Que fué la decisión definitiva, sin intento de ninguna clase por utilizar de alguna manera o en algún momento de dificultad en nuestra campaña, el concurso armado de esta considerable fuerza de choque. Y así tuvimos que ir a pecho descubierto.

Ya se nos explicó de esta manera porqué se nos dejó sin el Rogui en la estacada; pero, ¿qué otras razones pudieron aducir nuestros políticos para desbaratar el Tratado secreto de 1902?

Líbrenos Dios de andar a la greña —como Tomás Borrás— con deudos, adeptos y favorecidos de los malaventurados mediadores que no se decidieron a firmar, lo mismo los de la casta liberal que los del linaje conservador, que unos y otros nos dejaron sin convenio y sin zona; pero la historia, si ha de ser historia, tiene que ser como quería nuestro Balmes.



LA POLITICA EUROPEA EN TORNO A BU HAMARA

En el debate parlamentario que hemos traído al retortero de estas crónicas y del que fué principio y fundamento de discusión el mal nacido Tratado de 1902, no quedó un prohombre de la política española sin consumir su parte de razón en el turno de la dualidad reglamentaria, cada cual a su modo, según el lado que ocupara en la responsabilidad del pleito perdido. Los de mejor posición, los liberales, que negociaron y pactaron; en postura equívoca, los conservadores, por su incumplimiento. Y todos, con el mismo cuento de la exclusión de Inglaterra.

Porque si bien Romanones —liberal, del partido concertante— dijo en aquella ocasión de la polémica «que no quería hacer ninguna clase de consideraciones sobre las causas por las que no se firmase el Tratado», no se quedó sin decir «que Francia había cometido un error y tenía que pagarlo, porque se había olvidado de Inglaterra, y, por eso, no se le dió la firma».

Del mismo modo lo repitió Maura —conservador, del partido que denunció el convenio—, al explicarlo así: «La causa por la que el Gobierno conservador rehusó la firma de aquel Tratado, consistió, principalmente, en aquello que había llamado «vías de agua» el señor Silvela; en haberse concertado y preparado a espaldas de Inglaterra»...

Pero, ¿de verdad, de verdad fué este prurito de cortesía reverencial, de miramiento protocolario, de adúladora sumisión, en fin, lo que movió a todo un Gobierno del partido más influyente y representativo de la alta política española a renunciar a una posición ventajosa en Marruecos y en el ámbito internacional también, por una simple delicadeza diplomática?

Dos años después negoció y firmó Inglaterra con Francia un Convenio sobre Marruecos, sin la presencia de España; al año siguiente entró Francia en conversaciones con España, preparatorias de lo de Algeciras, sin contárselo tampoco a los ingleses; a los dos años vino Inglaterra, con su rey, a la entrevista de Cartagena y comprometió a España en un acuerdo de gran trascendencia, a espaldas de Francia; y a los cuatro años se entendió Francia con Alemania para allanar sus dificultades en la cuestión marroquí, sin participación ajena.

Se negociaba, se pactaba... y, luego, si había interés, se lo comunicaban a las demás potencias. Que es lo que hubieran debido hacer los negociadores de 1902. Firmar... y después guardar el secreto o decírselo al mundo.

Pero, ¿de verdad, de verdad no conocía Inglaterra las negociaciones y el convenio? La historia, si ha de ser historia, ya puede decir, porque lo sabe, que, al tiempo mismo de pactar los franceses con nuestros diplomáticos, mantenían trato sobre Marruecos, en Londres, el primer secretario de Estado británico, lord Lansdowne, y el embajador francés M. Cambon; y en París, M. Delcassé, ministro de Negocios Extranjeros, y sir Monson, embajador inglés.

Y, por si Inglaterra no hubiera conocido alguna interioridad del curso de las negociaciones, un diplomático indiscreto se lo contó al oído...

Inglaterra lo sabía, y no hizo ninguna reconvencción, porque, indudablemente ya había obtenido las garantías previas —«las

garantías completas del consentimiento» las llamaba el duque de Almodóvar— de que su interés por Tánger y el Mediterráneo quedaba asegurado. Lo demás, no le importaba entonces, como no le importó después, en 1904, al reconocerle a Francia su acción libre en Marruecos, sin fronteras.

Tampoco Francia —lo confesó Romanones— «nos disputaba entonces más o menos extensión territorial, hasta el punto de que nos fué fácil, sin gran esfuerzo, que llegase a reconocernos el dominio hasta Fez, casi el sueño de Cánovas: desde el Estrecho hasta el Atlas».

Pero que no fué Inglaterra un obstáculo para la firma del Tratado por el partido liberal, entonces en el Gobierno, lo confirmó años después uno de los autores y actores de aquellas tan discutidas estipulaciones, agostadas en flor. Nos referimos al señor Pérez Caballero, que, en otro debate parlamentario en torno al mismo enredo de la firma, nos lo aclaró más todavía, explicándolo así: «El mismo día en que yo, modesto subsecretario de Estado, recibía la orden de enviar a París la plenipotencia para que la pudiese firmar el señor León y Castillo, ocurrió una crisis política y sucedió al partido liberal el partido conservador; a Sagasta, Silvela, y al duque de Almodóvar, Abarzuza»...

El mismo día en que iban a mandar a París la plenipotencia ocurrió la crisis... ¡Siempre el sino de España de perderlo todo por un día, en un instante!...

No fueron, pues, los liberales, sino los conservadores los que denunciaron lo pactado y se negaron a firmar. ¿Por recelo a la actitud de Inglaterra? El embajador francés, Cambon, revelaba de este modo la desconfianza de Silvela por el poco apoyo que Francia le prometía: «Ustedes los franceses —le decía Silvela— no deben de olvidar que, en caso de dificultades con la Gran

Bretaña, España estaría considerablemente más expuesta a la venganza inglesa que Francia. En este momento, el ministro de Guerra inglés se halla visitando con detenimiento la plaza de Gibraltar: Inglaterra se da perfecta cuenta de la debilidad de aquella plaza, y Algeciras le preocupa y probablemente le tienta...».

Y el embajador francés insistía de este modo para esclarecer la sospecha española: ... «creyendo el Gobierno de Madrid expuestas las Canarias, las Baleares y Algeciras a una tentativa inglesa, busca en cambio la «entente» con la Gran Bretaña»...

¡Hasta Algeciras entraba en el miedo a las represalias!

Porque Inglaterra, «para contrarrestar las conversaciones franco-españolas —se creía entonces en las cancillerías extranjeras— había hecho al Gabinete de Madrid algunas proposiciones de «entente», y que el núcleo de estas propuestas consistiría acaso en la cesión a España del protectorado sobre todo Marruecos, a cambio de que Inglaterra obtuviese una zona de protectorado en torno a Gibraltar y estaciones de aprovisionamiento para la Flota en las Canarias y en las Baleares»...

¡Protectorado por protectorado, zona por zona, Marruecos por Algeciras!

¡Y, caso histórico, no se comprometía nada en la «entente» que no fuese de España, hasta un pedazo de su propia tierra, de su misma carne!...

¡Claro que así no había modo de firmar el tratado de 1902!

Pero que no digan, los que lo dijeron, que se había pactado a espaldas de nadie.

A espaldas de nosotros mismos, sí. Porque el señor Silvela tuvo que recomendar al embajador francés «que no dijese nada

de las conversaciones sobre Marruecos a nuestro ministro de Estado, porque luego se lo contaba todo a los ingleses»...

Sobre este desbarajuste de la política internacional hubo un juicio certero, el de la gran reina doña María Cristina, que España, para escarmiento, no debiera olvidar en su historia: «El señor Silvela es muy débil, el señor Abarzuza un tanto anglómano y nuestro embajador en Londres, señor Mandas, no es lo que los ingleses llaman «quick»...»

¡Qué podría esperar Bu Hamara de esta política!



EL ATAVISMO HISTORICO DE NO QUERER ANDAR

Ya tenemos ante nosotros ese espacio y ese tiempo que a la historia se le pide para que exponga su juicio sin que la pasión o el deslumbramiento del hecho inmediato lo desvirtúe o lo desfigure. Ya corrieron muchos años y estamos muy lejos de los hombres que fueron y de los episodios que pasaron. No existen ya Bu Hamara, ni Abdelaziz, ni Muley Mohamed, ni El Hafid; los principales personajes del Imperio han desaparecido; los políticos y los diplomáticos europeos que atolondraron el mundo con las complicaciones amenazadoras del problema africano tampoco están; lo que subsistió de lo convenido en Algeciras es tan poca cosa que no vale la pena de acordarse; quedan perennes los sacrificios que no se pueden negar, no se olvidarán tampoco los nombres de los que cayeron en la empresa de la pacificación civilizadora; se archivaron en las cancillerías como reliquias viejas los protocolos inservibles, de los que nadie hizo caso; lo que entonces se publicó en las crónicas se lo llevó el viento; ya no hay casi nada, nada de lo que fué... En fin, ha pasado el tiempo, esto es todo. Nuestras vidas son los ríos...

Podemos mirar serenamente, razonablemente, la historia que se vuelve a vivir, que esto es el recuerdo, la supervivencia; pero no podemos especular con la hipótesis de lo que hubiera sido si

nuestra acción se hubiera realizado de otro modo. El experimento no puede ser como en un laboratorio, porque no todo es biología y biodinámica, sino también son fórmulas humanas de la inteligencia, la audacia y la suerte, que son virtudes imponderables de la conquista. Pero sí se nos dejará hacer la consideración de que los efectos no hubieran podido nunca ser más desastrosos de lo que fueron.

Si la política española se hubiese atrevido a intervenir de alguna manera en los planes ambiciosos de Bu Hamara, es posible, casi seguro, que, a pesar de la época y de las circunstancias adversas, la acción colonial no hubiera sufrido tan sangrientos y costosos tropezones, desde su mismo principio. Pero a la osadía de la autodeterminación le faltó también el elemento esencial, que era el hombre, el predestinado, que tenía que saltar por encima de los convencionalismos que la política y la diplomacia de los otros aventaban para extraviarnos. Y como había de ser hombre de armas y de cualidades excepcionales el que emprendiese la actividad expeditiva, yo repaso ahora el Anuario de aquel tiempo y no hallo nombre que pudiera acomodarse bien a la empresa difícil y arriesgada. Todos eran o muy jóvenes o desconocidos todavía en los afanes africanos. En este instante, al lector y a mí, se nos vienen a las mientes nombres que después han llenado de fama y orgullo nuestros anales de Africa, pero entonces aun no lo eran... Yo recuerdo el gesto, de sorpresa y de enojo, del general Marina, comandante general de Melilla, cuando le notifiqué aquel día la solicitud de Bu Hamara en demanda de que se le proporcionaran municiones para sus tropas, no para combatir al sultán, cuyo dominio era nulo en muchísimos kilómetros a la redonda, sino para mantener sumisas y pacíficas las regiones de Kelaia y el Rif, el Uarga y el Muluya, Uxda y Taza...

Todo lo que había de dignidad y bizarría en aquel gran caballero español que era el general Marina, se le asomó a los ojos

en un relumbrón de desagrado. La discreta y respetuosa pretensión del rebelde le dolió como un agravio. Yo admiré la noble actitud del general insigne, que me pareció de una hidalguía insuperable; pero comprendí al mismo tiempo que no era todavía decisivo y terminante, allí, en aquel momento, el impulso que convenía a la expansión española.

Y no era la prudencia y la honestidad del general lo que paralizaba la acción extensiva de nuestra influencia a nuestro dominio. No era el hombre obstinado; era el hecho inexorable. Había allí un atavismo que no podía deshacerse de pronto, que nos sujetaba al suelo, que nos clavaba en la tierra, sin saber dar un paso más allá del recinto amurallado de la fortaleza. Los límites de nuestro campo no estaban señalados con esas frágiles indicaciones usuales de todas las fronteras: hitos, jalones, pilares o metas que marcan los confines de la propiedad o la soberanía. No; aquí la divisoria, sólida, maciza, estaba patente e incommovible por una línea sucesiva y enlazada de fuertes, de castillos, con sus fosos y sus puentes levadizos... Como resolución firme del que no piensa salir ni avanzar nunca.

Así estaba España en Melilla, quieta, hacía más de cuatro siglos, desde los tiempos de los descubrimientos de América, es decir, cuando los conquistadores ganaban para España la inmensidad del Océano y toda la grandeza de un nuevo mundo, instituyendo el mayor Imperio colonial de la tierra. Y una nación que andaba por la geografía universal a tan gigantescas zancadas, no supo dar un paso en Melilla, cuando entonces el orbe parecía chico para los pies de España.

La posada del «Cabo Moreno» estaba a unos metros de los límites de la plaza, dentro del campo neutral. Pero el llegar a ella y beber allí un vaso de té con los guardianes que tenía el sultán, se consideraba una temeridad que merecía sanción, porque lo teníamos prohibido. El Gurugú, a unos siete kilómetros, era la mon-

taña que dominaba y amenazaba a la plaza, y, sin embargo, su tremenda orografía era conocida sólo por el alcance de los gemelos, porque ningún español lo había pisado nunca. El artículo 6 del Convenio de 31 de julio de 1866 prohibía a los habitantes de Melilla internarse en el Rif.

Un día, el teniente Barbeta, en compañía de Delbrel, se aventura en el misterio del campo impenetrable y llega a Taza; otra vez, el teniente coronel Alvarez Cabrera y el capitán Cogolludo realizan una excursión al interior, llegando hasta Sidi Musa, a diecinueve kilómetros de Uxda; luego, Barbeta el teniente Redondo y Delbrel llegan a la ensenada del Kol'la, en la península de Tres Forcas... Y todo esto en un período de tres años, desde 1904 a 1907. Pero esta audacia de nuestros primeros exploradores causa en Melilla una enorme sensación. Hasta que regresan los temerarios, todos los ojos del alma en vilo no se apartan de las rutas posibles del retorno. En la Comandancia General casi se arrepienten de haber accedido a la peligrosa imprudencia, cohibidos por el terrible concepto de la responsabilidad... Pero el estupor máximo llega a lo inaudito en todo el ámbito de la preocupación de Melilla, cuando se divulga la noticia inconcebible de que yo, casi un niño, he saltado de la plaza de Alhucemas al campo rifeño y me he metido en lo más ignoto y temible del país impenetrable, donde jamás ningún cristiano había pisado...

Esto puede explicar aquel ceño severo del general Marina al recibirnos, a Delbrel y a mí, a la vuelta de nuestra expedición al Rif, contrariado sin duda por los riesgos que corrimos y por el compromiso a la vez en que pusimos su tolerancia de dejarnos andar... Para el Gobierno de Madrid fué asimismo una enojosa sorpresa nuestra incursión a la serranía rifeña y a la cuenca del Uarga, porque entonces todo le sonaba a complicación del Acta de Algeciras, que aun tenía fresca la tinta de su rúbrica y su sello.

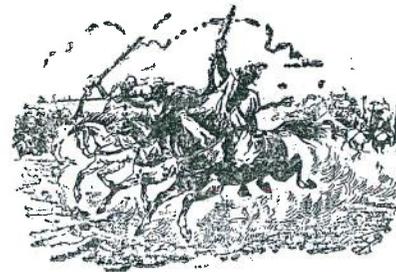
Todo lo africano repercutía en el seno de la política española como un trastorno que podía turbar la sosegada despreocupación de no tener conflictos coloniales, que habían sido la mala sombra de nuestra historia de renunciaciones. Harto hicieron —decían nuestros estadistas— con haber salido de lindes afueras y haber removido en Algeciras el «statu quo» de Marruecos... Una cosa tan sencilla como la aventura de Delbrel y mía, de saltar a la costa de enfrente y echar a andar hasta el Uarga, significaba en los medios oficiales una imprudencia inaudita, motivo posible de complicaciones internacionales...

La ocupación española de Restinga y Cabo de Agua fueron entonces operaciones esporádicas, de afortunadas circunstancias, con Bu Hamara en Zeluán, y debidas al acierto insuperable del coronel Larrea, jefe del Estado Mayor de Melilla en esa época, prestigiosísimo estratega y habilísimo político de la acción expansiva.

Pero nuestra política exterior —de aislamiento reconcentrado— era en ese tiempo opuesta a toda intervención en Africa, aunque fuese pacífica y favorable. Era tal vez que se asustaba todavía del fantasma de los desastres coloniales. Y por este atavismo histórico, cuando tuvimos que andar, llegamos tarde.

Bu Hamara tuvo que abandonar Zeluán.

Y, en seguida, allí mismo, las kabilas se levantaron contra España.



UN DEBATE PARLAMENTARIO SOBRE EL ROGUI

Cuando en un memorable debate sobre Marruecos en la Cámara española, el señor Villanueva —ex ministro liberal, político de alta significación y parlamentario de anchos vuelos— corroboraba la suposición del jefe reformista, de que «si el Gobierno del señor Maura no hubiese desamparado a Bu Hamara hubiéramos podido penetrar en el Rif sin disparar un tiro», su asentimiento no era una argucia de la polémica de oposición, sino que aseveraba el sentir de una idea muy generalizada de la opinión española.

Insistió aun más en su conjetura el jefe reformista, citando algunos casos: «Gracias al Rogui —decía— habíamos podido ocupar sin dificultad la Restinga, Mar Chica y Cabo de Agua, se trabajaba en las regiones mineras, se recorría pacíficamente la región de Kelaia, había respeto y tranquilidad para los españoles, se estaba creando un verdadero centro comercial, adonde acudían las caravanas del interior para aprovisionarse en nuestras factorías. Pero al Gobierno del señor Maura se le ocurrió un día cambiar aquella política y... aquello fué la expulsión del Rogui de Zeluán, y con la expulsión la muerte del Rogui por orden del sultán... Y al mismo tiempo que esto ocurría, todas aquellas kabilas que se mantenían en sumisión se levantaron contra España y nos

hicieron sentir dolorosamente su hostilidad en la Segunda Caseta, en Sidi Musa y en el barranco del Lobo»...

Pero esto mismo lo explicaba el señor Maura de otro modo: «Muy puesto en razón hallo que desearan ver a Bu Hamara apoyado por nosotros, más o menos declaradamente, aquellos interesados que para sus empresas, muy laudables y merecedoras de nuestra simpatía, tenían logrado o adquirido el beneplácito o el concurso activo de aquél. Pero el Gobierno no debía olvidar, ni olvidó, que todo el ulterior e indefinido porvenir de la política española en el Rif habría sido contrariado por su base primordial, si procurásemos las inmediatas ventajas que del Rogui se podían obtener durante algún plazo, a expensas de las buenas relaciones con los perennes moradores de la comarca y de la lealtad y solidaridad de nuestro comportamiento con Muley Hafid, con quien necesitamos mantener más complejas y trascendentales relaciones, guardando fidelidad a los vínculos internacionales que dimanan del Acta de Algeciras».

Eran párrafos éstos de una carta que el señor Maura leyó aquella tarde en el Congreso y que había dirigido al general Marina, comandante general de Melilla, algunos días después de haber abandonado Bu Hamara la alcazaba de Zeluán, a principios de diciembre de 1908. Quería dar ánimos el señor Maura a la zozobra del general, que hallábase preocupadísimo por la incierta situación de cuidado que creaba de pronto la ausencia del Rogui en el territorio de Kelaia, haciéndole reflexivas consideraciones acerca de la conveniencia mejor de mantener «buenas relaciones con los moradores de la comarca», de «lealtad y solidaridad con Muley Hafid» y de «fidelidad a los vínculos internacionales del Acta de Algeciras», compensando con estos piadosos razonamientos de consolación lo que pudiera contrariarnos esa desventaja de la retirada del Rogui.

Pero no siempre los hechos se suceden tal como las predicciones lo quisieran. Cuando el señor Maura leía su carta en el Parlamento, todo había ocurrido ya de distinta manera. Las tribus de Kelaia, sueltas del poder que las sujetaba, se lanzaron sobre las explotaciones mineras, destrozaron el ferrocarril y mataron a los obreros; empezó aquel mismo día una guerra tremenda contra España en el propio territorio que fué dominio de Bu Hamara; Muley Hafid, a quien se prometía lealtad y solidaridad, se mostró adversario encarnizado de España durante todo su reinado, abdicando antes de tolerar los protectorados; nuestra embajada extraordinaria, enviada a Fez a rendir pleitesía, tuvo que volver sin que el Hafid la escuchara siquiera; los vínculos internacionales del Acta de Algeciras, desvinculados, no obligaban ya a nadie...

Un historiador español —Becker— afirma que la actitud de España en esta ocasión «fué correctísima, acaso demasiado correcta», porque luego «se correspondió» de esa torpe manera a la conducta observada por España, de absoluta neutralidad, en el caso del Rogui»...

Y un parlamentario español —Llorens— aseguró esto mismo en el famoso debate sobre Marruecos, es decir, «que se cometió un gravísimo error al no hacer amigo nuestro al Rogui»...

Otros parlamentarios atestiguaron que no era un caso nuevo en nuestra política africana esta oportunidad de valerse de los servicios de un gran jefe moro para lograr un interés de España, citando la influencia favorable del xerif Raisuni en la ocupación de Larache y Alcázar, y la adhesión luego del emir Abdelmálek, que murió por España...

Hoy hubieran podido aducir otros nombres de leales servidores de nuestra acción pacificadora, como Abdelkáder, Uafi El Bakali, Solimán El Jattabi, El Melali...

Pero de la intervención del señor Maura en aquel debate famoso, quedó vibrando en el aire la acerada dialéctica del insigne parlamentario, que decía siempre lo que quería decir sin decirlo, y que en tal coyuntura empleó todo el aticismo refinado de su oratoria persuasiva, apuntando con sagacidad a las empresas mineras que instigaban y solicitaban los apoyos al Rogui.

Pero el Rogui no significaba sólo para España una cuestión minera sino un elemento valioso de penetración en los territorios de nuestra ineludible influencia; ni tampoco eran exclusivamente españoles los intereses mineros ya comprometidos, sino también franceses, que ya empezaron sus obras de explotación con la anuencia manifiesta de su propio Gobierno. Y esto fué el escollo y el tropiezo. Porque al tener que suspenderse los trabajos por la hostilidad de las tribus kelaias, hubo movimiento de tropas francesas hacia la cuenca del Muluya, y ya no era posible que las tropas españolas se quedasen quietas en sus límites de Melilla, porque si había una bandera francesa clavada en el monte Afra, también había una bandera española en el monte Uixan.

El problema se extendió en seguida a todos los órdenes de la economía. «La plétora de vida que había antes de los sucesos en las minas de Beni Bu Ifrur —decía «El Telegrama del Rif», de Melilla, hase trocado en paralización y muerte. Los comerciantes no venden; las caravanas no concurren al mercado, temerosas de la anarquía que reina en el Rif; centenares de obreros huelgan en nuestra plaza y hasta las obras urbanas sufren las consecuencias del malestar general. De seguir esta crisis, quebrarán los comerciantes, buscarán otros aires los negociantes hebreos y emigrarán los obreros. Lo que aquí se dilucida no es sólo la garantía de los trabajos de dos empresas, sino la protección de muchos intereses creados que tienen derecho a que se les proteja». Este cuadro desolador que describe el órgano oficioso de Melilla, inmediatamente después de la retirada del Rogui de la alcazaba

de Zeluán, era una dolorosa realidad tan en carne viva que no podía ser desmentida de ningún modo ni suavizada con ninguna disculpa. Porque a Bu Hamara no le sustituyó nadie en el dominio del Rif, que volvió a la turbulencia de siempre, sin orden ni poderes de ninguna clase, en una bárbara independencia de sangre.

Y, mientras la acción francesa seguía apresuradamente la invasión desde la frontera oranesa, ya señaladas en el plano las flechas de los objetivos del avance: Berkan, Uxda, Sidi Mel'lul, Taurirt, Guercif, Mesun, Taza... Y, subiendo al Norte, hacia los límites del territorio de nuestra influencia, el Garet, el Guerruao, Ain Zora... El cerco de Melilla, sin caminos ya al interior.

El Gobierno de Madrid, soliviantado por la precipitación y la gravedad de los acontecimientos, puso en acelerada actividad todos los medios políticos y diplomáticos que le permitían las circunstancias, en aquella hora crítica de tanto tiempo perdido...

Y, al fin, en un respiro de su angustiosa tribulación, pudo dirigir al general Marina este telegrama de consuelo: «Gobierno de S. M. trató del asunto con Francia, quedando en que no cruzarán el Muluya en esa región las fuerzas francesas». El despacho llevaba la fecha del 31 de mayo de 1909. Hacía cinco meses que Bu Hamara no estaba allí.

Y el 9 de julio, en las vertientes del Gurugú, empezó la guerra y España se rompió la crisma en los barrancos. Una costosa guerra de pacificación que duró hasta el año 1925, fecha gloriosa del desembarco de Alhucemas. Y la paz. La paz de Primo de Rivera.

El Sultán no estuvo jamás presente en este dominio del Rif. Ni el Acta de Algeciras nos sirvió para nada.



LOS PASOS PERDIDOS DEL SULTAN ERRANTE

Al final de nuestras duras y fatigosas jornadas por tierra de moros, bueno será que nos paremos un instante a meditar cómo se fueron desvaneciendo, poco a poco, en el desvío y la desmemoria de la gente, todas las figuras principales de aquel formidable cuadro histórico, deslumbrante y sombrío en la bárbara belleza de la guerra, donde fué corte y campamento, riña y torneo el reino improvisado de un rebelde, intruso en la dinastía, que se alzó frente a su rey y tambaleó durante siete años el trono del Imperio. Pero todo pasó y se perdió en el olvido; hombres y hazañas, dominios y señoríos, fantasías y opulencias, banderas y trofeos... No quedó nada de nada. Ni un rastro en la vida de los que perduraron, ni un recuerdo siquiera de los que cayeron. Como si hubiera sido mentira la historia y un sueño la realidad viva de sus personajes imponderables. Porque, ¿dónde paró aquel reinado fugaz, rudo y fastuoso, tan lucido de vanagloria, tan ancho y lleno ya de villas y tierras? De aquel ejército poderoso que llevó sus armas a las puertas mismas de Fez, ¿qué se hizo? ¿Qué de tantos y tantos kaïdes arrogantes y de sus empresas fabulosas? ¿Qué de los magnates, ulemas y xerifes de su cortejo? La grandeza, pompa y boato de sus campamentos reales, ¿dónde acabó? El propio Bu Hamara, sultán de medio

reino, invencible por el milagro de lo invulnerable, ¿qué suerte tuvo? Su palacio, su tesoro y sus mujeres, ¿dónde fueron?...

Vamos a seguirle los pasos a nuestro sultán, que ya va camino de su desventura. En este preciso momento de nuestra narración, se inicia su retirada del Rif, porque todo se le empezó a derrumbar. Ha sido vencida en Beni Uriaguel su mejor mehal-la de caballería, la mandada por el kaid Yilali, que es también el más intrépido de sus grandes capitanes, y ha tenido asimismo que abandonar la alcazaba de Zeluán, donde asentó cinco años su corte y sus cuarteles reales. Para dejar la fortaleza sin que las kabilas lo acechen, ha desmantelado la alcazaba y ha incendiado todo lo inservible de su campamento, ocultando su marcha en la humareda de la hoguera. ¿Qué camino seguirá, ahora que la suerte se le muestra adversa? La política colonial española —de algún modo hay que decirle— no se decidió a prestarle la ayuda que nos había pedido, encastillada —Melilla es un castillo— en su criterio irrevocable de la neutralidad caballeresca. Parecía entonces una monstruosidad favorecer un interés extraño —que era también nuestro interés— más allá de los límites de la plaza. Al otro lado de la muralla, nada debía importarnos nada. Pero a los pocos meses las kabilas, alborotadas y sin freno, se rebelaban contra España. Lo que nos costó dominar a Kelaia nunca podrá olvidarse. Lo que la política no supo aprovechar, las armas, como siempre, lo enmendaron. Desde esta lejanía de tiempo, con tanto espacio en la cuenta, ya puede apreciarse con claridad dónde estuvo la incomprensión y dónde las previsiones.

Pero ya tampoco se halla Abdelaziz en Fez. Ha tenido que abandonarlo para refugiarse en Rabat, cerca de un puerto, a donde le llevaron los consejos franceses, con su tutela rezagada. Y a Rabat, en aquellos momentos de angustia y zozobra, se nos va entonces un embajador nuestro —Llavería— con las más inútiles reiteraciones sobre lo de Melilla y el homenaje inoportuno

de un collar pomposo —nada menos que el de Carlos III—, que le cuelga al atribulado sultán, en aquella ocasión aflagada, y que parecía otro dogal más que se le echaba al cuello. Ni pudo el sultán escucharle a nuestro embajador lo de Melilla ni nuestro embajador pudo servirle de nada en el trance apurado. El sultán preparaba sus tropas —¡sus tropas!— para ir sobre Marraquech, donde ya se había proclamado su hermano Hafid, y no estaba para embajadas.

España, pues, se quedó neutral en la contienda de Bu Hamara, y Francia se quedó lo mismo en la crisis vacilante de Abdelaziz. Nosotros, no sé si nos arrepentimos luego de la equivocación, que pagamos tan cara; pero sí los franceses de su desacierto, que hubieron de purgar después con demasía en las exigencias alemanas.

Y resonó entonces la lamentación compungida en la Cámara francesa, por boca de su parlamentario Jules Delafosse: «En vez de favorecer los esfuerzos de Abdelaziz, de ayudarle en la medida que nos fuera posible, nos hemos quedado neutrales, y esta neutralidad es la que ha hecho al Hafid sultán de Marruecos, y este sultán ha llevado al trono el odio ardiente y fanático que nos había demostrado cuando no era más que un pretendiente».

También en el Parlamento español se alzó la voz indignada del ex ministro Villanueva: «Francia tenía en su mano la carta de Abdelaziz; ha jugado y la ha perdido. Porque Francia lo abandonó, como nosotros abandonamos a Bu Hamara. Y, ahora, Bu Hamara triunfa cuando no van bien las negociaciones francesas de Regnault con el Hafid, y pierde y se retira cuando son satisfactorias para Francia... Si la política española hubiera cumplido su deber, no estaría Bu Hamara a las puertas de Fez para obligar al Hafid a caer en los brazos de Francia»...

La historia de Bu Hamara y de los dos sultanes, Abdelaziz y Hafid, está urdida en la misma trama de la política internacional de su época y no puede desligarse del panorama universal de la Europa de entonces.

Marruecos concentraba en sí toda la confabulación europea; era el motivo que servía de pretexto para la discordia diplomática. Y Bu Hamara, en el juego de la gran intriga, era de uno; Abdelaziz, de otro; y el Hafid, de otro. Cada potencia se procuraba su sultán. Y mientras España, fuera del litigio, con presencia en Africa, pero sin sentirse en Africa, contemplaba, impasible, el despojo. Es un viejo error de muchos años. Y en la política internacional los errores tienen difícil enmienda después; se han de prevenir antes; es decir, se tienen que evitar.

Bu Hamara, como todo entonces parecía derrumbársele, abandonó Zeluán y se echó a andar, sin saberlo, hacia su desventura. ¿Qué camino escoger, dónde sentar, de nuevo, sus reales; cuáles habían de ser los objetivos posibles del plan improvisado en el azar de la guerra? Bu Hamara se echó a andar sin saber a dónde. Por lo pronto, cruzar el Muluya, poner una línea defensiva, infranqueable, en su retaguardia; una resistencia inmediata que contuviera a Kelaia, hostil ahora por su retirada de Zeluán; después, acercarse otra vez a su punto de partida, es decir, al territorio de influencia francesa; luego, conseguida la cooperación, emprender decididamente la marcha a Fez, por las mismas etapas triunfales de sus campañas pasadas: alcazaba del Aiun; cruce del río Za por Taurirt; alcazaba de Mesun; Taza, ganada de nuevo en son resonante de conquista; desarrollo de unas operaciones admirables de acoso y cerco de Fez, con sus ejes tácticos de maniobras en las tribus poderosas de Xeraga, Haiana y Beni Uarain, avanzadas sus tropas hasta las aguas del Inauen y el Sebú. Una campaña, rápida y certera, que parecía guiada por el arte de una estrategia europea.

Va a marchas forzadas Bu Hamara, porque las potencias, a instigación de Alemania, acaban de reconocer al proclamado Hafid y ya está en Fez el embajador de Francia, Regnault, con la intención de recuperar lo que se pueda del negocio perdido. Pero, en realidad, es Bu Hamara el encargado de recuperarlo con sus fuerzas. «Porque el triunfo de Muley Hafid —se gritaba en la Cámara francesa— era «una solución alemana», y así había sido interpretado por todos, no sólo en Marruecos, sino en Europa». Y a ver en lo que quedaba aquello, para no estar ausentes del todo, allá se fueron a Fez nuestro embajador Merry del Val y, detrás, el embajador inglés, Lister.

La ofensiva de Bu Hamara marcaba el diapasón de las negociaciones.

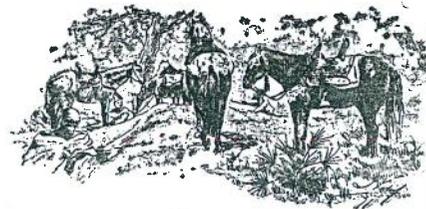
Y se lamentaba, así, a voces, en su Parlamento, un diputado francés: «¡No comprendo por qué fenómeno de imprevisión o de flaqueza, teniendo en nuestras manos una solución francesa, vamos a dejar las vías abiertas a una solución alemana!».

Pero la fatalidad de los hechos era incontrastable.

«Es una preocupación grave —añadía reflexivamente, compungidamente, el parlamentario francés—, infinitamente grave, porque la cuestión marroquí no se limita a Marruecos, sino que sobrepasa el cuadro geográfico en que ella se mueve...».

Y era, fuera de Marruecos, donde se temía todo.

Y Bu Hamara, por esto, abandonado a su mala suerte, siguió el camino de su desventura.



LA PENA DE NO PODER LLORAR

Ayer, al salir de la alcazaba para una visita a los amigos del campamento, apenas si fijamos la atención en un hombre que, a la puerta de una de las tiendas cárceles, estaba echado de bruces en el suelo, con la cabeza hundida en los brazos cruzados. Era como un montón revuelto de la yilaba y las ropas. Parecía, por lo quieto y desmayado, que dormía o reposaba de alguna rendida caminata; pero, aquí, en un campamento, no es de reparar en un hombre tumbado en tierra, dormido o muerto. ¡Dormían tantos así, para siempre!

Pero hoy, al pasar otra vez por este sitio, hemos encontrado al mismo hombre —el mismo montón de ropa tendido a lo largo en el suelo— que parecía más inmóvil, más inerte aún, flojo y desmadejado, como sin vida ya. Seguía echado de bruces, la cabeza hundida entre los brazos. No se le advertía siquiera la fatiga de la respiración. Asomaban entre los trapos sus grandes pies, renegridos, cubiertos de una costra resquebrajada de tierra de muchos caminos; parecían unos pies de barro; los pies siempre andando, errantes, de la humilde pobreza; daban lástima el verlos tan curtidos del polvo ardiente de la senda infinita, en busca del pan de cada día; por los vericuetos de la sierra, bajando a los zocos; por la veredita escondida del aduar, el día

de la boda, señalando sus huellas, delante, a la novia florida; detrás, alguna vez, del cuerpo amado que volvía a la tierra; en la angustiada y espantada huída, otra vez, del furor de la guerra perdida; quizá de un heroísmo temerario, salvaje, que le llevaron al filo mismo de la muerte... ¡Qué vida habrían dejado atrás en tantos caminos, estos pies andariegos, sin reposo ni meta! ¡Qué jornadas de la historia reciente habrían marcado los rastros de sangre de su paso acosado! ¡Qué fué de su alegría de andar! Nos daban lástima y miedo, porque no sabíamos de su suerte ni de su desventura, si ya no volverían más al sendero, si se quedaron quietos, rígidos, para siempre...

Su cabeza, también sucia de polvo, con el típico mechón de pelo desgredado, tenía la traza de haber sido arrastrada o sujeta con violencia al suelo. Era un pobre ser, sin duda, castigado, martirizado. Sus manos, crispadas, agarrotadas aún, apretaban puñados de tierra. Se agarraron sus manos al suelo en la última desesperación...

Quisimos preguntar al kaid de la cárcel, aquel terrible sayón, greñudo, pelirrojo y bermejo; pero imponía lo desagradable de su fea y fiera catadura. Y el corifeo, cuando nos escuchó, rompió a reír de un modo sarcástico y cruel. No, no era un muerto el tumbado en la tierra, ni tenía por qué morir... Le dió con el pie, brutalmente, para sacarle de su letargo. Y el infeliz zarandeado, se tambaleó como un odre huero, y se quedó otra vez quieto, entumecido, con la cabeza como clavada entre los brazos.

Y entonces, en este instante inolvidable, imperecedero, fué la visión espantosa de lo inconcebible. El fariseo agarró la cabeza del mísero por su crespada melena y la alzó en una sacudida violenta para mostrarnos la cara torturada del mártir. Una cara sin ojos. Sus cuencas, vacías, sumidas, rênegradas, achicharradas, eran como dos carbones hundidos; la lesión tremenda del hierro candente lo había devorado todo; un ancho cerco rojizo, amoratado,

fruncía y arrugaba la piel del borde hueco; la carne del rostro, contraída por una mueca horrible, por un gesto desencajado de dolor o de locura, era una masa desfigurada y tumefacta; un verdugón acardenalado le cruzaba la mejilla, porque el hierro ardiente, por la mano torpe y aturdida del cegador, dejó allí también su marca de fuego.

Pero... ¡aquellos pequeños volcanes de sus ojos, los dos boquetes negros, carbonizados, que nos querían mirar desde el abismo sin luz! ¡Aquellas órbitas sin ojos, vacías para siempre, que buscaban, ansiosas, por el sonido de la voz, un poco de misericordia! ¡Qué angustia desesperada la del pobre ser martirizado, que ayer empapó los ojos en la claridad gloriosa del sol y hoy se le cerraron en la sombra infinita!... Mirando al ciego, ¡con qué afán abríamos nosotros los ojos a la alegría resplandeciente del cielo, tan hermoso en su divinidad azul! Era el egoísmo —¡perdón, Dios mío!— del avaro que aún conservaba su tesoro...

Pero... ¿por qué esta crueldad del castigo implacable? ¿Qué culpa humana puede haber que alcance en la justicia de los hombres esta pena feroz...?

El delito —nos lo contaba el kaid de la cárcel, con una indignación tan iracunda, que aun le parecía poco el escarmiento— había sido nada menos que contra la persona sagrada del sultán, el amo y señor. Aquel miserable —lo decía el kaid mirando con rabia al desfallecido tirado en el suelo— era uno de los tres que se habían atrevido a decir, disputando con otros kabileños:

—¿Que Bu Hamara entrará en Fez y será el sultán proclamado...? ¡Quisiéramos verlo!

La denuncia de esta insolencia inaudita llegó pronto al sultán. Siempre hay un esbirro que escuche. Y Bu Hamara, que no había

perdonado nunca, les llamó a su presencia. Ir ante el sultán, era siempre tener por seguro una sentencia irremisible. Los tres reos —los tres condenados ya— abatidos bajo la mirada fulminante del tirano, cayeron de rodillas, la frente en el suelo...

—No queréis verme entrar en Fez —les dijo— y no lo veréis...

No añadió más. Hizo una leve seña con la mano enguantada, y los sayones se llevaron otra vez, arrastrando, a los tres, casi muertos de miedo.

La sentencia estaba en aquellas palabras del sultán, «no lo veréis», y los verdugos la habían entendido. Era una pena corriente en la ley bárbara de esta justicia del rey, sin código ni tribunal, y nadie se soliviantaba aquí por su aplicación. Tenían que quemarle los ojos a los tres...

—¿Habéis visto al sultán? —les preguntaron.

Los tres, espantados, temblorosos, sumisos, como animales en el sacrificio, afirmaron que «lo habían visto».

El verdugo, insensible, insistió cruel:

—Pues es lo último que vieron vuestros ojos.

El kaid de la cárcel, que nos refería el episodio, miró al caído en el suelo y comentó:

—Este se quedó aquí y así lleva tres días, echado en la tierra, quieto, silencioso, sin quejarse, sin comer... De los otros, uno se murió de terror, antes de que le aplicasen el hierro candente, y su cabeza, cortada, fué colgada ayer en la Posada del Cabo Moreno (en los límites de Melilla); al otro, se lo llevaron a su aduar los familiares...

Nuestro pobre allí caído sin misericordia, sufría sin duda la somnolencia, el sopor, el agotamiento de la sensibilidad por la acción aniquiladora de la terrible quemadura. Pero, por su

desgracia, no moriría. Volvería otra vez a no parar de andar con aquellos pies que parecían de barro... Le esperaban todos los caminos interminables de la humilde pobreza.

... ..
... ..
Pasaron los años. Y un día, de esos días que el azar juega a lo inesperado con la suerte de cada uno, al cruzar el general Berenguer, conde de Xauen, con su cuartel general, por Sidi Heddi, cuando las operaciones pacificadoras de Beni Aros, se le acercaron algunos de aquellos pordioseros de la zauia famosa y...

¿Sería posible? Volvimos a mirar con avidez y sorpresa al grupo desarrapado de los fieles del santo vagabundo y mendigo, y allí, roto y decaído, lento y vacilante, vimos al ciego de Zeluán. Sus órbitas se le habían cubierto de carne, como si nunca hubiera tenido ojos, y le cruzaba la mejilla el ramalazo de la cicatriz...

El general paró su caballo y dejó que se le acercaran los pobres de la cofradía harapienta; habló con ellos, bondadoso y compasivo; escuchó las minucias de sus peticiones, con paciencia; y ordenó, al fin, que se les distribuyesen algunos generosos donativos..

El ciego seguía quieto, silencioso, en medio del tropel de aquella miseria pintoresca. Y cuando el intérprete llegó a él con su limosna, le dijo el ciego de Zeluán:

—Díle al general que cuánto siento que no pueda ver que estoy llorando.



EL RIF EN EL MAPA DE NADIE

El xerif El Fádel El Naziri ocupaba en la corte del sultán Bu Hamara un elevado cargo representativo, especialmente instituido para él y dignificado con una de esas estrambóticas denominaciones tan usuales en la alta servidumbre xerifiana. Un puesto palatino, no nuevo en la casa real de los sultanes, pero más de carácter honorífico que de verdadero ejercicio práctico: *Mul Esseyada*, que significa llanamente «el encargado del tapiz», en el sentido litúrgico del tapiz sobre el que reza el rey sus oraciones. Podríamos decir que es un título tradicional, sin función ninguna. Como las otras dignidades palaciegas: *Mul Udu*, «encargado de las abluciones rituales»; *Mul el Mehafa*, «encargado del palanquín»; *Mul el Frach*, «encargado del ajuar de palacio»; *Mul Atei*, «encargado del servicio de té»; *Mul el Medal u el Mezrak*, «encargado del parasol y las lanzas»... Todos estos menesteres simbólicos, de vanidosa presunción, tienen en la corte categoría de ministro. Algo así, como en otras cortes, el grefier, el copero, los mayordomos, los sumilleres, los camerlangos, los caballeros, los monteros... Nada y todo. Como aquí, en la corte del sultán. Pero esta misma opulencia de cargos honoríficos sin efectividad ninguna, es lo que daba esplendor a la pompa imperial. Todo este ornato era del rey. Una majestad sustentada por estas alegorías triviales. Porque los poderes positivos de la

realidad sagrada estaban exclusivamente en la mano de hierro. El xerif Naziri era, pues, uno de estos personajes imponderables que enaltecían con la fatuidad de su título paradójico la vanagloria cortesana. En realidad, un palatino sin oficio ni beneficio.

Pero el xerif Naziri, por xerif —y xerif de aparatosa apariencia—, llevaba en sí mismo, por su propia jerarquía en la sociedad musulmana, una representación eminente. Y, en consideración a su alcurnia, ejercía un alto puesto militar. Y como además tenía cualidades excelentes de hábil político y de astuto componedor, el xerif Naziri era el mediador afortunado en todos los momentos difíciles de la suerte adversa. Una especie de diplomático mitigatorio, al estilo moruno, como no lo hay en ninguna cancillería. Por eso fué desde Zeluán a la alcazaba de Snada, mandando una mehal-la, a recogerlos y conducirnos a la presencia del sultán, a nosotros los tan desamparados cautivos de Bocoya. Porque había que atravesar un país enteramente hostil a Bu Hamara, sin otra fuerza que una centena de caballos y una espada rebelde. Y, sólo por su destreza en lances apurados, pudo ser esta aventura milagrosa de cruzar a fondo el territorio insumiso y salir con bien de las mismas garras de la muerte.

También tenía el xerif Naziri apostura y gallardía de gran kaid. Corpulento y ágil, señoril y presumido, se distinguía por la elegancia y lujo de su compostura, por sus maneras corteses, por la suavidad y delicadeza de su palabra, siempre comedida, siempre amable. Su orgullo era su prestantia; natural su atractivo. Reunía en sus cualidades todo lo que ha de menester el perfecto cortesano moro; pero el xerif también desdoblaba su carácter en jefe militar, de grado eminente, y en esto sí que aparecía transfigurado; entonces su orgullo era soberbia y sus modos violentos; su afabilidad se volvía rudeza y tajante su palabra. A nosotros, los cautivos, nos cargó de grillos y cadenas «con muchísimo respeto».

Pero era, sobre todo, el diplomático de la corte. Y en este sentido actuó con positiva eficacia. En él dejó el sultán Bu Hamara el negocio de las minas. ¡Las minas de Marruecos! ¡Cuántas mentiras especuladas, cuántas quimeras concebidas y qué de sueños desvanecidos! Por las minas, por el señuelo de las minas, se convirtieron algunos pactos internacionales en verdadera disputa de mercaderes. Y así quedaron de recortados los mapas y de conculcados los derechos. Porque no había monte rifeño donde no existiera la ilusión de una mina de plata. Se hablaba siempre de Yebel Haman como de un macizo de plata. Y por arrebatarse unos a otros tantos tesoros en el misterio de la tierra desconocida —¡el mito de El Dorado en todas partes!— se llegó a injusticias tremendas. Las minas habían de ser, pues, el caudal tributario que sostuviera las costosas obligaciones del reino: su venta y su explotación tenían que producir para mantener la guerra y el esplendor de este medio Imperio; era un negocio fabuloso que venía oportunamente a buenas manos rapaces; para algo más que para combatir cruzó Bu Hamara el Muluya y estableció su campamento en Zeluán...

No tardaron en presentarse, detrás de sus mehal-las, los agentes mineros. Porque si había minas, lo más natural era que las explotasen los mineros. Acudían de las más diversas nacionalidades. Los primeros, naturalmente, los franceses; también los belgas, con los catálogos de su bélico material; los últimos, naturalmente, los españoles. Los franceses y los belgas, de consuno, fundaron en seguida, como base de operaciones explotadoras, una factoría comercial en Mar Chica, a la que llamaron «Mohamedía», en homenaje al propio nombre del sultán; pero la factoría —que se engalanaba muchas veces con las banderas francesas y belgas, lo que producía frecuentes y enérgicas reclamaciones de Melilla— tuvo mal fin, porque acabó destruída a cañonazos por el buque imperial xerifiano «El Turqui», enviado por el Gobierno de Fez.

de su dominio. Era el árbitro de las exportaciones de aquella próspera riqueza del almendro ribereño, cuyo delicioso fruto, por su sabor dulceamargo, tanto se estimaba en la repostería inglesa. Y las mercancías de su importación transitaban igual por todos los caminos a los zocos, abasteciéndolos de cuanto hubiere menester la apetencia y la costumbre del moro. Era, en fin, un comerciante de altos vuelos, casi un plutócrata en la kabila, con prestigio y preponderancia; su nombre y su influencia en los medios mercantiles y políticos de dentro y de fuera, en todo el ámbito relativo a la actividad de Marruecos, y precisamente en la época de más viva y más movida intromisión europea. Porque había entonces también el ensueño quimérico de las minas, la ambición de las minas, cuando en cada monte se creía la existencia de un rico venero inagotable y lo pretendía la intriga internacional tirando y encumbrando sultanes...

Yamín Pinto, de naturaleza ibérica o berberisca, era de origen sefardita, como tantos de este nombre que dieron fama y cultura a la sagaz y sutil sabiduría hispano portuguesa de todos los tiempos. Tenía dos hermanos, Isaac y Abraham, emprendedores, como él, ligados de distintas maneras al negocio y a la política de Marruecos. Y así, mientras Yamín gozaba de positivo valimiento en las tribus ribereñas y gomaras, Isaac mantenía su influjo en la corte de los sultanes, a los que sirvió siempre de consejero y mediador en las complicaciones constantes de los incidentes extranjeros. Era como un plenipotenciario sin poderes. Es decir, con el poder soberano de su talento y su habilidad. ¡Cuántos cautivos hallaron su redención por la gracia intercesora de Isaac Pinto! ¡Cómo alivió la suerte de los cristianos caídos en manos de la piratería rifeña! ¡Qué mediación la suya, tan humanitaria, cuando la campaña de Buxta el Bagdadi contra la kabila de Bokoia! ¡Cuántas veces fué árbitro afortunado en las decisiones diplomáticas de los sultanes...!

Pero los hermanos Pinto alcanzan su máxima importancia en el momento más crítico de la disputa internacional sobre Marruecos. Han sido ya publicadas entonces las Declaraciones franco-inglesa y franco-española de 1904, y se ha descubierto, indiscretamente, por «Le Temps», la existencia de un Tratado secreto hispano-francés firmado el mismo año. Y Alemania, soliviantada, pone en pie su política exterior, y, de repente, se presenta en Tánger, a caballo, el emperador Guillermo, y hace su declaración famosa, que responde a las Declaraciones de los otros. Alemania misma, como continuidad de su acto, provoca —con una aparente petición del sultán— la Conferencia de Algeciras. Y en el Acta, tan traída y tan llevada, se estampan, en su preámbulo, las palabras exactas del emperador en Tánger y se incluye un artículo, el 112, que afecta directamente al interés de una preocupación alemana: se determinarán, en un firmán xerifiano, las condiciones de concesión y explotación de las minas, inspirado en las vigentes legislaciones extranjeras. Podríamos decir, sin equivocarnos, que lo dictaron los hermanos Mannesmann, representantes, en este aspecto, de Alemania. Pero al lado de los hermanos Mannesmann estaban también los hermanos Pinto, con un interés legítimamente español.

En torno a este pugilato de preponderancias, se formaron cuatro importantes grupos financieros, que cercaron al sultán con sus ofrecimientos y sus pretensiones: «Unión de Minas Marroquíes», «Hermanos Mannesmann» (con la firma Figueroa), «Compañía Española de Minas del Rif» y «Compañía Norte Africana». En la «Unión de Minas Marroquíes» figuraban elementos franceses, alemanes, ingleses, españoles, italianos, belgas... Casi todos los de Algeciras. Pero las compañías menores, con capital y con influencia, desbarataron pronto este enorme conglomerado ficticio, que no reunió dinero ni tenía buena concordia. Y en Fez, frente a los cuatro grupos principales, estaba M. Porché,

ingeniero de Muley Hafid, encargado de dictar las normas para el firmán xerifiano pedido en Algeciras.

Era entonces el período más crítico de España en Marruecos, aislada en el mundo, sola en sus fronteras, sin alianzas con nadie, sin reciprocidades diplomáticas equivalentes, rehusada de todas las cancillerías... Porque, si estuvo en Algeciras, fué de la mano de Francia, de su lazarillo; pero sin saber a dónde iba ni para qué iba. Y, después de Algeciras, siguió sin saber a qué había ido, si no le guardaron un sitio internacional.

Pero uno, dos tres, políticos españoles; y uno, dos, tres financieros españoles, sin protección oficial, animados de un alto espíritu de reivindicaciones nacionales, se aventuraron a fundar intereses en Marruecos, a crear un estado de derecho legítimo, una posición de España en el antagonismo de las demás potencias. Ellos, con su visión de la actividad del mundo y de la pasividad española, empujaron nuestra política hacia un destino histórico que nadie creía ni veía... Y en este afán les sirvió lealmente la experiencia y el conocimiento de los hermanos Pinto, tan españoles como ellos.

Pero había entonces también algo más fuerte que la política de avenencia internacional, algo más poderoso que las influencias en Marruecos: el presentimiento de la guerra europea, que ya barruntaba el conflicto inmediato, inevitable y fatal.

Yo conocí a los hermanos Pinto en la isla de Alhucemas, de la que era mi buen padre su Gobernador militar, y durante un viaje de estudio que, en compañía de Gabriel Delbrel, hacía el ex ministro liberal señor Villanueva, consejero africanista del grupo Mannesmann-Figueroa. Venía Villanueva como huésped de honor de Isaac «el Grande», en su precioso yate «Quetzab». En la bahía de Alhucemas, como una feria aquel día, se hallaban, empavesados, con toda la alegría de sus banderas sueltas, los otros buques de su Casa armadora: «Jaime Pinto», «Lady Love» y

«Miguelito». Hicimos una excursión por las costas, desembarcamos en el Morro, donde nos esperaban los principales jefes indígenas de Bokoia, y llegamos andando hasta dar vista a las playas de Iuxdain y Busicur, donde algunos años después iba a ser el glorioso desembarco de nuestro Ejército en Africa. Siempre se pensó en que los dos frentes costeros del Morro habían de ser una base española. Y lo han sido.

Pero yo le debo una gratitud especial a Yamín Pinto, porque fué luego nuestro mejor amparo en los días más dolientes de nuestro cautiverio. Suya era la mano pródiga que, escondida, nos colmaba de cariñosos cuidados, aliviando y consolando nuestra miserable vida en lo ruin de la mazmorra, comprando al kaid de la alcazaba la inclinación de su misericordia...

Yamín Pinto nos dió el pan para no morir; pero nos dió otra cosa que valía tanto: la esperanza.

Yamín Pinto, que estuvo en Berlín, París, Ginebra, Madrid, en los días más críticos del mundo, volvióse otra vez —cargado de años y de recuerdos, arrastrando un poco los pies— a la sombra amorosa de sus sinagogas de Tetuán, a rezar y a soñar. Porque a él mismo, desde esta lejanía del tiempo, todo debe parecerle un sueño. Un sueño con realidad vivida en la historia.



LO QUE COSTO UNA IMPOSTURA

Esta noche nos visitó en nuestra tienda del campamento de Zeluán, Mohammed Rahmani, jalifa del aga Bel Kadi, bajá de la alcazaba de Snada, y nos distrajo de otras preocupaciones con el recuerdo de tantas ocurrencias sufridas en las fatigosas y apuradas jornadas de nuestro tránsito por la cordillera rifeña. Vino desde allá con nosotros para acompañarnos y aliviarnos en lo posible las penalidades y riesgos del éxodo aventurado, y mañana marchará a su alcazaba, al lado del bárbaro negro Bel Kadi, viejo gigantón de más de ochenta años, que había sido «bujarí» de Muley Hasán y luego gobernador de la importantísima alcazaba de Sidi Mel'luc, que entregó a Bu Hamara sin resistencia. Este sincero y efusivo Rahmani es hombre jovial y parlero, que sabe mejor que nadie la historia íntima de la revolución roguista y gusta de referirla con una crudeza imprudente. No es, por tanto, un convencido de la legitimidad de Bu Hamara, y, si se juega en la guerra la vida por su causa, lo hace con la despreocupación del que ya echó su suerte a la ventura. Vino a la guerra por batir a las armas de Abdelaziz, del que no guardaba, no sabemos por qué, muy buena memoria.

Nos contó, una vez más, la epopeya inconcebible de este sultán intruso, que él había conocido al servicio del príncipe primogénito, Muley Mohammed, el desposeído. Todo lo aclaraba

y lo explicaba Rahmani con una certeza evidente, de histórica verdad, descubierto el misterio de la suplantación por su testimonio exacto, como un hecho realmente vivido.

Bu Hamara... Pero, a pesar de todos los esclarecimientos de su enigma, ¿qué don sobrenatural era el de este ser insólito, que se había convertido, de pronto, por su propio impulso, en un sultán efectivo, con todos los poderes del mando y todos los atributos de la realeza? Nosotros mirábamos su ejército, acampado junto a la alcazaba, la arrogancia de su caballería, el lujo deslumbrante de sus kaïdes, el boato fastuoso de su corte, los símbolos imperiales de la soberanía: el quitasol, los lanceros, los caballos del «gada», los bastoneros, los mosqueadores, los esclavos... Mirábamos su caballo blanco, ricamente enjaezado de verde y oro, con guarniciones bordadas (que era el propio caballo de Abdelaziz, ganado en un combate); sabíamos sus resonantes victorias, que le pusieron a las puertas de Fez, donde no quiso entrar. Conocíamos las cualidades eminentes de su carácter, su energía fiera, su valor indómito, su ánimo infatigable y su audacia temeraria... También su inteligencia, sus dotes de mando, su índole creadora... Pero, ¿bastaba ésto para que sólo un hombre, por sí mismo, se elevara a un trono, formara un ejército, venciera en las batallas, hiciera huir a un rey y le conquistara la mitad del reino?...

Rahmani sonreía irónicamente y lo explicaba... Lo explicaba a su modo, como tal vez hubiera tenido que ocurrir. Delbrel, que era francés, no lo desmentía. El itinerario de Bu Hamara, desde Uxda, por El Aiun y Mesun, a Gaiata, donde fué proclamado, señalaba ya una línea —una flecha— de influencia extraña. La rapidez y la facilidad con que le acogieron las tribus —las primeras, las poderosas de Tesul, Branes y Haiana— también es el indicio de un plan previsto. La pronta formación de su ejército tampoco podía ser fortuita... Había el hombre, pero le dieron la fuerza.

Y cuando le faltó este apoyo ajeno —de quién fuese—, se vino abajo el trono improvisado. Supo ser rey —un rey de Marruecos—, pero, ¿quién le hizo rey?

Todo el primer campo de maniobras estratégicas de Bu Hamara —Uxda, las llanuras del Angad; los montes de Beni Snasen; las cuencas del Muluya, el Za, el Mesun y el Inauen; las rutas de Taza y Fez— era una zona de declarada influencia argelina, precisamente de territorios que no estuvieron casi nunca sometidos a la autoridad del sultán. Desde el principio del siglo se había exteriorizado el desasosiego de la diplomacia europea en torno a la inquietud de Marruecos. Francia había iniciado ya un movimiento de avance en el Sur argelino, sirviendo de puntos de invasión Figui, Colom, Bechar e Igli. Un ministro de Abdelaziz apareció en escena y firmó, en París —el 20 de julio de 1901—, el famoso Protocolo que reconocía la influencia francesa en la extensión fronteriza de dos triángulos: uno, Uxda-Taurirt-Berguent y, otro, el comprendido por los ríos Zurfana y Guir. Italia declaró a Francia que no tenía miras sobre esa zona de influencia argelina. Inglaterra llegó también a un acuerdo «respecto a cuestiones coloniales». El embajador español en París estableció contacto con el ministro francés de Asuntos Extranjeros (¡aquel tratado *non natus!*)...

Y, cuando la diplomacia europea no hacía más que hablar y perder el tiempo, sin concretar en ninguna fórmula práctica la conciliación de tantos intereses enfrentados... aparece en Gaiata, en el otoño de 1902, un pretendiente al trono de Marruecos, con el nombre de Muley Mohammed y el título de príncipe primogénito, hijo del sultán Muley Hasán.

Fué, sin duda, la respuesta conminatoria a las maquinaciones diplomáticas de Abdelaziz, que intentaba negociar la suerte del

Imperio a costa de Europa, comprometiendo a unas potencias y enzarzando a otras. ¿No había enviado el sultán a su ministro El Menebhi, en embajada extraordinaria, a Berlín y Londres? Pues aquí, en su propio Imperio, se le presentaba otro embajador extraordinario, que venía, con las credenciales de sus armas, a disputarle la soberanía... El golpe fué certero.

Se aseguraba entonces —lo dicen los historiadores— que Bu Hamara reunió un ejército de 40.000 infantes y 30.000 caballos; las tropas del sultán —lo aseguró una crónica— sumaban enfrente 18.000 caballos y 14.000 hombres de infantería.

Y como el sultán estaba, evidentemente, en condiciones inferiores de fuerzas y carecía de medios económicos para emprender una campaña de verdad, quiso contratar un empréstito en Inglaterra; pero se interpuso la Banca francesa y lo negociaron París y Amsterdam, hipotecando las Aduanas marroquíes. La pugna, en todo, era manifiesta en el ambiente de Marruecos. Pero, como compensación, la industria belga proporcionó armamento a Bu Hamara.

Francia, al cabo, consiguió entenderse con Inglaterra, y se llegó a la famosa Declaración referente a Egipto y Marruecos; luego, Francia se concertó con España, señalándose nuestras zonas de influencia y las garantías exigidas.

Pero, de pronto, vino otro golpe certero: la visita del emperador Guillermo a Tánger.

Y, a los tres meses justos, los primeros pasos para la Conferencia de Algeciras.

Y, como rodando ya todo por el precipicio, la rebelión de Casablanca, el alzamiento de Muley Hafid, la ocupación de Uxda, la inquietud de Fez, la disputa de los príncipes en la discordia de la dinastía...

—Todo esto —decía el jalifa Rahmani— lo ha provocado la irrupción de nuestro rey con las armas en el Imperio.

—Pues proclamemos a nuestro rey en Fez —dijo la voz en la sombra de una figura aparecida en la puerta de nuestra tienda.

Era el negro Yilali, que dejó fijas las dos chispas blancas de sus ojos en el rostro demudado del jalifa Rahmani.

—Nuestro rey —tartamudeó Rahmani, casi sin saber lo que decir— es la vida del Imperio...

—O la muerte —afirmó como una sentencia el kaid Yilali.



LA ESTRELLA QUE MIRABA A LOS HOMBRES

No quisiera escribir esta página, pero tampoco así lograría olvidarla, borrarla del pasado, porque es imposible arrancarle al recuerdo ni ese poco de vida. No recordar, no es haber dejado de vivir, de sufrir. Es inútil huir del fantasma que está en nosotros mismos; su sombra es nuestra angustia de lo que no puede dejar de haber sido; la persecución en el alma de la idea inmutable; el dolor metafísico de lo que fué agonía y no acaba nunca de ser tristeza. En el Diario de un cautivo, por muy buena intención que se ponga en moderar lo agrio y penoso de la historia cruel, todo tiene que dejar una huella dolorida de infinita amargura; no puede haber en su desaliento un remanso de paz; ni en su pena el resplandor de una alegría; ni en su desamparo el alivio de una misericordia; en el cautiverio todo es avidez, monotonía, desolación; el alma está perdida en un desierto de sombras; la fe es una llamita trémula, que se enciende y se apaga; se siente la mirada de Dios... Todo lo demás es siempre lo mismo, no acabar de morir. Nada importa nada. El estoicismo —el heroísmo— es entonces un rencor que endurece los sentimientos. Lo que otros padezcan será como sentir menos nuestro mismo dolor, no sufrir tanto; el mal ajeno parece que sirve de lenitivo a nuestra propia lástima; no es impiedad, es consolación. El egoísmo de las fieras que se despedazan.

Por eso esta tarde aborrecíamos de todo igual, de la mansedumbre de la reata en la cadena y de la complacencia de los vencedores en lo más ruin del triunfo. ¡Cuánta vileza humana!

Fué el estruendo de repente en el campamento, como una explosión súbita de todos los gritos de una multitud enardecida; un clamor frenético que turbó en aquel instante la solemnidad de la oración, el último rezo de la tarde; el alarido agudo y canoro de las moras trinaba en el aire como relinchos de celo; el hervidero alborotado del gentío se desbordaba, sordo y revuelto, como el mar... Las descargas de fusilería de los jinetes que venían delante corriendo la pólvora, con los caballos desbocados, anunciaron la proximidad de la mehal-la victoriosa. Fué aquello, de pronto, una tempestad de alegría, con todo el fragor de la tempestad. Pero una alegría a la que había que tenerle miedo.

Estábamos ya en nuestra tienda, en el campamento real, dentro de la alcazaba. Y como había sido así el júbilo estrepitoso a nuestra llegada, días antes, era indudable que toda aquella algarabía vocinglera saludaba, ahora también, el arribo triunfal de otra mehal-la que volvía del combate, cargada de honra y provecho. Luciría la fanfarria de haber vencido, arrasando y dejando el país como tierra quemada; traería los despojos del saqueo y la gavilla humana en la cadena... El espectáculo, a pesar de su ferocidad o por ella misma, tenía que ser de una inconcebible belleza bárbara. Pero hubiera necesitado la plenitud del sol para el asombro de los ojos en la visión aterradora; porque así habrán de venir los caballos del Apocalipsis que bajen del cielo para el castigo... Y no había sol; las sombras azules y doradas de este ocaso sereno y dulce de primavera, desvanecían en el último resplandor de la tarde las formas sin contorno, los colores sin luz. Todo era vago en la penumbra, impreciso y borroso en la neblina del anochecer. Corrimos también nosotros a presenciar el imponente desfile de la tropa enloquecida, fanatizada en el

paroxismo de la victoria por las aclamaciones delirantes de la muchedumbre y la propia embriaguez de la sangre. Pero, al llegar a la puerta de la alcazaba, ya estaba el sultán sentado en su templete, como una divinidad en su retablo, y no pudimos salir. Nadie se hubiera atrevido a pasar ante el rey ni a romper tampoco la solemnidad de aquel magnífico grupo de altas dignidades de la corte, kaides y palatinos, que formaban la doble fila de la gala real. Nos quedamos quietos, que allí, tras ellos, se podía contemplar en toda su inhumana grandeza el acontecimiento imponderable.

Ya habían pasado los jinetes que venían corriendo la pólvora, como un blanco huracán que lo arrollaba todo, a galope tendido, ciego, impetuoso, hostigado por el estrépito de la carrera, la gritería y las detonaciones; después, atropellándose, con los caballos encabritados, cubiertos de sudor y de espuma, la caballería del gum de Bu Amama, mandada por el propio hijo del famoso rebelde argelino del Mograr. ¡La caballería de Bu Amama! Su nombre ya era en la guerra el espanto. Venían, en el torbellino de polvo, jinetes del Angad, de Zeccara, de Buzegú y de las llanuras inmensas de Beni Guil, del corazón del desierto.

(Bu Amama —que quiere decir «el del turbante», por lo desmesurado que lo usaba— era el brazo más potente de la fuerza del Rogui. Se le llamaba «el viejo morabito», tanto por su aspecto severo y venerable como por su edad, que ya rozaba los setenta años. Su influencia poderosa se extendía sobre un enorme territorio, que alcanzaba desde las montañas de Beni Snasen a las remotas tribus del Figuig, de donde era oriundo. Tenía su prestigio tradicional el doble abolengo de la casta y de la religión, dos fanatismos iguales, pues descendía de una familia famosísima de morabitos y guerreros, santos y rebeldes. Se le veneraba como a un ser prodigioso, que llevaba en sí mismo el milagro y la fuerza. Ni había sido nunca vencido ni jamás nadie le menguara su feudo. Y por ésto, por la propia razón de ser de sus privilegios, era el

adversario implacable de la dominación colonial de Argelia, habiendo causado en ocasiones históricas daños tremendos al imperio de Francia. Recordábamos entonces cómo pasó a cuchillo a la misión francesa del coronel Flatters, que exploraba los caminos posibles al Sudán; el episodio de la muerte del teniente Weinbrenner, motivo de otra insurrección argelina; la derrota de la columna del coronel Innocenti; el asalto a las instalaciones francesas en Saidía...

Una guerra movediza como las arenas de sus desiertos, porque los caballos de Bu Amama no estaban nunca en el mismo sitio, sin que jamás pudieran alcanzarles las manos de Francia. Esta caballería —uno de sus más bravos gum— desfilaba ahora ante nuestros ojos, que no creían lo que miraban.)

Seguía otra confusa masa de jinetes de Kelaia, que, por su aspecto quebrantado y roto, con los albornoces y jaiques terciados en los arzones, despechugados, tiznados y sucios de sangre y tierra, debieron combatir en la vanguardia, quizá ellos solos; no parecían los fantasiosos de otras veces, arrogantes y vociferadores, que asombraban con sus espectaculares juegos en el galope frenético; bridas sueltas y las armas en alto; ahora, no; venían cansados, extenuados, muchos con sus heridas al aire; pero en cada grupa y en cada arzón una prenda cualquiera del saqueo, desde lo más rico a lo que de nada servía; algo, por traer un despojo de la razia, una señal orgullosa de que estuvo la mano en el fuego. Y como trofeo para el rey, un tropel de banderas de todos colores, arrebatadas sin respeto ninguno a los santuarios y las zauias de la tierra ganada y vencida.

Después, entre esos mismos caballos, como un oleaje que los envolvía, la caterva inmensa de la infantería regular, una revuelta confusión de masas blancas y pardas, de lujo y harapos, albornoces y yilabas, soldados y kabileños, harcas y centurias, leva de aventureros y rufianes, bandoleros que se jugaban la vida por el

asalto y el botín, por el prurito de la pelea y la rapiña, de morir y matar. Una riada humana, inagotable, desbordada, arrolladora, con el jolgorio de sus cantos de guerra y la algarabía de sus aullidos feroces. Y todo este huracán impulsado por el soplo de un ser tan delicado, tan débil, tan señoril como Bu Hamara.

Y cuando pasaron los últimos rezagados de esta turbulenta columna de la horda —los inválidos, los viejos, los perdioseros y las aves de rapiña, los que llevaban a cuestas los enseres inverosímiles del saqueo—, se quedó un rato hincado del tumulto este llano de la plaza de armas, y fué entonces como una calma también para la pobre ánima en vilo...

Y hubo de ser grande la espera, porque lo que faltaba en el regodeo de la turba, allá se vislumbraba y no acababa de llegar, entre la humareda rojiza de las teas y los hachones ardiendo lentamente, al paso cansino de la piara humana, la gavilla encadenada de los prisioneros, en una procesión fantasmagórica de espectros vivos. En tres cadenas distintas, sujetos por la argolla al cuello y la argolla a la cadena, venían las tres reatas al suplicio; todo el montón, un centenar; alguno, desfallecido o muerto, seguía colgando del collar de hierro, y lo arrastraban como los jabegotes el copo; iban casi desnudos, o con las ropas a jirones; otros, empapados de sangre, con las heridas abiertas o vendadas con guiñapos; rendidos, jadeantes, con el ansia de la agonía en los ojos... Y el mísero rebaño continuaba mansamente su calvario, paso a paso, con el chirriar y el tintineo escalofriante de sus hierros, hasta acercarse y caer a los pies del sultán. Era un enjambre de cabezas enmarañadas sobre el rímero de trapos. Algunas, casi todas, irían de trofeo a colgarse de las almenas de las alcazabas.

Una voz enérgica y potente —la de Azuz El Gaiati, kaid de la mehal-la vencedora— quiso acallar con su grito la turbulencia del gentío, y se apagó, sin que nadie le oyese, en el ruido del alboroto. Entonces, las cornetas, en destemplados y agudísimos

toques de atención, impusieron silencio. El kaid Azuz explicó, a voces, la victoria alcanzada sobre las tropas imperiales de Abdelaziz, en el alto Muluya, al lado allá del río; el asalto al campamento y el botín y los prisioneros cogidos... El Gaiati había vencido esta vez a un Buxta Bagdadi.

Y cuando, a un gesto del sultán, se llevaron a rastras de sus cadenas las tres sartas de este mezquino despojo, vinieron los kaidés y le presentaron a Bu Hamara el regalo más atractivo de la conquista: las mujeres.

Que mañana serán pasto sabroso del harém real, del campamento y del zoco.

Más tarde, llegaron los acemileros, con sus recuas cargadas de cabezas, el último trofeo de sangre tomado a los imperiales del Bagdadi en el mismo campo de batalla, y las colocaron a las plantas del rey.

En la nube densa de la noche cerrada, todo era más triste, más desolador.

En el cielo, la primera y única estrella —la mirada de Dios— lo había visto todo.



MAIMON MOHATAR

Esta noche, antes de retirarnos a nuestro descanso sin sosiego, hemos ido Delbrel, el Hach Otman y yo a visitar a Maimón Mohatar, gravemente postrado, con las carnes desgarradas y las túrdigas de piel a trizas, todo él una pura congoja, una doliente lástima, después de la cruel y brutal flagelación del terrible castigo del látigo infamante, que es aquí una de las aplicaciones naturales de esta dura ley, sin justicia, de Bu Hamara. Los cientos de trallazos que le asestaron los sayones le habían dejado tan molido, tan exánime, que casi le teníamos por irremisiblemente acabado. Y allá íbamos los tres con el consuelo de nuestro propio desconsuelo a mitigar un poco el desaliento del pobre Mohatar. Los tres éramos aquí, en el campamento de Zeluán, como el vínculo español de una solidaridad de circunstancia. Porque Delbrel, francés; el fakih Otman, moro, y yo, español, habíamos empezado y acabado la aventura bajo el patrocinio oficial de España. Y Mohatar era también aquí, como enviado de la autoridad suprema de Melilla, un pedacito de España, roto y humillado.

Su tienda se hallaba al lado mismo de la boca negra de la cárcel, de la horrible mazmorra donde se consumían las almas en pena de los condenados, cogidos por el cuello a las argollas, en aquel hondo infierno de la sima, sin aire y sin luz, enterrados en vida. Y salía del antro tenebroso, en el vaho reseco de su

aliento, como un jadeo de angustia, un estertor de agonía... Tal vez, por esta sensación de tortura, nos parecía más sombrío, más tétrico, el cuadro desolador en que desfallecía Mohatar; bajo el cono de lona, a la tenue llama estremecida de una vela, con sus siluetas negras y agigantadas temblando en las paredes, todo tenía allí simulaciones fantasmales; y entre tantos enseres colgados o tirados, prendas y bártulos, armas y arneses, complejidad de cosas revueltas en el hogar errante de un soldado, allí, como una sombra de su propia sombra, estaba echado de bruces Mohatar, en un ruin camastro, sin poder apenas moverse por las desgarraduras de la carne lacerada, pálido, desencajado, tiritando de sudor y de frío, con calentura y pasmo de muerte. Nos miró desde el fondo morado de sus ojos hundidos, ansiosamente, como si en aquel trance fuésemos nosotros su última esperanza de resucitar, de no dejarle morir. No podía hablar, pero con un balbuceo que parecía su postrer aliento, nos dijo:

—Que les enseñen mi cuerpo...

Uno de los cancerberos le desarropó y dejó desnuda su carne azotada. Todo era una pura masa sanguinolenta, negra, deshecha, con cortaduras y verdugones. Daba horror, y no quisimos mirarle.

Mohatar había sufrido la pena en su máximo rigor. Dos verdugos, uno a cada lado de su cuerpo tendido, que oprimían contra el suelo otros cuatro sayones, le habían flagelado implacablemente, con esos horrendos látigos de cuero trenzado y mojado que se ciñen a las carnes como pulpos, arrancando las túrdigas, mientras el kaid, impasible, con su monótono sonsonete, no paró de contar ni a los trescientos... Sin duda se le quería matar, sin tener que decir que se le había matado.

Alguien nos había dicho, pretendiendo justificar o disculpar la inconcebible alevosía, que había sido un error de los centinelas de la alcazaba, que viéndole vagar y husmear por las cercanías del sitio del rey, le creyeron un espía o un esbirro de los imperiales

de Fez; pero que ya el sultán —Bu Hamara— escribió al general Marina lamentando el sensible desafuero en persona tan querida para él, y prometiéndole el castigo inexorable de los transgresores, que a espaldas de su autoridad soberana cometieron el crimen. Y los transgresores eran, quizá, estos mismos fariseos, guardianes de la cárcel, que nos miraban ahora con su aire compungido de conmiseración, como ajenos al drama que les salpicó de sangre.

Nos pidió Mohatar, al saber que al día siguiente nos iríamos a Melilla, que no le dejáramos allí, muriéndose poco a poco, sin este asomo siquiera de protección española, que de nada habría ya de servirle. Y otra vez se sumió en su desmayo, con un hálito apenas de vida, que se le percibía cuando suspiraba sin quejarse. Los fariseos, con la insensibilidad curtida en lo cotidiano, sin remordimiento a la vista del mártir moribundo, fueron saliendo solapadamente, por dejarnos solos en aquella tribulación y también porque no les mirásemos, desnuda, la conciencia.

Mohatar era allí la imagen doliente del deber cumplido; su sacrificio patentizaba la proeza más generosa del valor humano; era un héroe, con toda la calidad moral del héroe; pero más fuerte aún que el temerario, porque su hombría era serenidad, resignación, confianza en sí mismo, y no impulso ciego, arrebatado loco; por eso, entre tantos valientes que se jugaban allí la vida cada día, él era como un suave y dulce resplandor de la virtud heroica; por nosotros, aun conociendo el riesgo en la celada, vino al campamento de Zeluán a traernos el mensaje del general Marina; y cayó en las manos traidoras que le acechaban, por hacerle pagar ahora, de una vez, al precio sagrado de la vida, el rencor que se le tenía, el aborrecimiento a un adversario de su influencia y categoría al lado de España. Mohatar debería ser para todos el símbolo de los leales. A nuestro entender, uno de los mejores, y hemos conocido a los mejores.

El Hach Otman, sentado a la cabecera del mísero, le pasaba la mano por la frente, por el sudor helado de la frente, con el mimo de una leve caricia, igual que a un niño al que quisiera aliviarle su desconsuelo, con delicadas ternuras. El Hach Otman, que tenía el sentimiento religioso transfundido en su ser, le cogía a veces la mano entre sus manos y le musitaba trozos de poemas y oraciones, como si le arrullase para adormecerle; ahora le recitaba, con el sonecillo cadencioso de su canto llano, en voz queda, quedita, musical, la kasida fervorosa del Busairi:

—El manto del Profeta —«el burda»— te cubrirá, Mohatar. Escúchame...

Mohatar, con una llamita de ironía en los ojos tristes, dijo:

—Si antes me hubiera cubierto...

El Hach siguió la salmodia del poema glorificado, como la cantinela rumorosa de la nana:

*”¿Por qué, si dices que cesen de llorar,
siguen tus ojos llorando?
Las lágrimas que corren por tu cara
van mezcladas con sangre.
¿Es que no reparáis en mi tristeza?
Todo el que busca amparo en el Profeta
tiene la fortaleza de su amparo.
¡Oh, mi Dios! Realiza mi esperanza,
que tengo la paciencia de esperarla.”*

Quería el Hach consolar, y se desconsolaba, llorando, como el poeta, la propia kasida, derramada, gota a gota, de su corazón. Era viejo y sensible; por eso le corrían las lágrimas por las arrugas de la piel, por sus grandes barbas, grises y enmarañadas como las de un morabito del desierto. Y no pudo seguir. Hundió más la cabeza en su capucha y se quedó abismado, sin rezar ni cantar.

Para nosotros, también el poema El Burda era el recuerdo de aquellos días inciertos de la alcazaba de Snada, cuando lo entonaban a voces los tolbas de la zauia de Sidi Hamido, para aprenderlo de los labios del santo.

Delbrel, de recio temple, bien curtido en los azares de la guerra del Rogui, parecía, asimismo, hondamente impresionado. Se moría nuestro amigo. Y moría por nosotros. Quiso entonces reanimarle con la ilusión de una esperanza:

—Mañana, Mohatar —le dijo—, vendrás con nosotros a Melilla... como sea.

Mohatar, desconfiado, volvió a mí el afán de sus ojos, en una imploración angustiada:

—Pídeselo tú a...

Iba a decir Bu Hamara y se le ahogó la palabra en la vacilación. El haberlo dicho le hubiese costado la poca vida que tenía. Pero también se resistía a decir «Muley Mohammed» o «el sultán», porque, para él, todo esto era mentira.

Tomé la mano de Mohatar y se lo prometí con una firmeza que parecía un juramento:

—Mañana, a la hora que sea, iré con mi súplica al sultán en nombre —y se me llenó la boca de alegría—, en nombre de España.

Yo, español, el único español con voz allí, podía hacerlo, debía de hacerlo. Porque entonces, pedir, sería también acusar. Bu Hamara tendría que escucharme. ¡Lo que hace quitarle a un español la argolla del cuello! Ya podía implorar, sin humillarme, sin poner, como antes, mi frente en el suelo.

Pero la escena, toda la intensidad emocionante de la escena, se turbó de pronto. Porque entraba un grupo de kaides de Kelaia, los arrogantes señores de la guerra, deslumbrantes de magnificencia, que querían informarse del caso de Mohatar y ofrecerle la confianza en sus garantías. Con ellos, como el más

encumbrado, venía el Chadly, el famoso guerrero de Mazuza, de los más valientes kaidés de Bu Hamara. ¡Bravo tipo en la historia de la revolución!

Todo el florido halago de la delicadeza mora fué prodigado por la cortesía de estos grandes magnates de las armas. Dieron la mano a Mohatar, que no los miró siquiera, hicieron a Dios los votos rituales de las bendiciones sobre la suerte del caído, y se fueron con la gentileza genuina de estos gallardos varones, que parecen oriundos antiguos de la Grecia. El Chadly nos prometió que vendría mañana con nosotros a Melilla. Era una seguridad de que iríamos.

La tienda de campaña de Mohatar, desde fuera, transparentada débilmente, parecía un farol grande que se iba apagando, apagando...



LOS HEROES QUE NADIE HA CONOCIDO

Esta última mañana de nuestro aventurado paso por la belicosa y confiada corte de Zeluán —la alcazaba reina de la Castilla berberisca, Kelaia, «la de los castillos»— ha tenido para nosotros el halago de una lisonjera cortesía del kaid Yilali, de ese bravo paladín de las armas reales, tan enaltecido con el título palatino de «Mul Udu», el camarlengo de las abluciones. Gran gentileza la del gran señor, el jinete constante de las espuelas de plata. Ha sido como una sonrisa del cielo en lo pavoroso de la tempestad; una nube negra que se rasga y nos deja ver un pedacito radiante de lo azul; un destello de sol; un beso de Dios en sus resplandores... Para el cautivo todo es advertencia de signos providenciales; en lo trivial mira siempre la gracia del milagro; cada indicio de suerte tiene en su ilusión un sentido sobrenatural; su propia vida, en cada instante, es una evidencia de la maravilla de existir... Por eso, este agasajo en la mesa mañanera del kaid, nos ha parecido una señal de buen augurio; es como el regocijo de la despedida, la alegría primera de la redención. ¡La redención de los cautivos! ¡Cuántos, antes que nosotros, no pudieron sentir rotas sus cadenas! ¡Cuántos ojos no volvieron a ver los ojos donde se miraban! ¡Cuántas vidas caídas en nuestro mismo camino!... Pero la mañana es fresca y luminosa, relumbrante de

sol, con airecillo florido de primavera; la montaña engalanó sus cumbres con el nimbo del cielo, agarrados los nubarrones todavía a los picos de piedra; de la llanura desierta, ancha y redonda como el mar, llega el aliento hondo y lejano de la tierra empapada de lluvia; todo el paisaje está sumido en la transparencia verde y húmeda de una dulce claridad de cristal; en la limpia pureza de los aires azules todo tiene el amoroso bruñido del agua; olía a campo, a yerba y a flor; se sentía la tierna palpitación germinadora en el seno mismo de la naturaleza, como si la vida entonces renaciera de nuevo... ¡Y daban unas ganas de vivir!

El agasajo era en la propia tienda del kaid, en este suntuoso palacio de telas preciosas, ligero y movedizo como una nave. Aquí todo parece tocado con la varita de las hadas, para el hechizo de los ojos, para embeleso de la contemplación. El cautivo, tendido en una nube, quisiera creer que todo lo pasado fué mentira, que siempre ha sido esta deliciosa placidez de lo bello, sin la agonía de la mazmorra, sin el suplicio de la cadena. Tres esclavos, vestidos con la rica y vistosa galanía de la tradición oriental, nos sirven, a la usanza rumbosa de las casas señoriales, el festín clásico de la inmoderación. Por la cocina se conoce al prócer, dicen. Y es en la mesa donde estos grandes señores lucen también su opulencia. Pero el kaid no está. Preguntamos, y un esclavo, sonriendo y guiñando, nos quiere decir «que se ha ido a pegar tiros». Que ha salido otra vez con su caballería a la guerra. Este kaik Yilali es el jinete sin reposo. Jamás se adormece, en el blando y muelle sosiego de su palacio encantado. Por el fuego encendido a balazos, no cambió nunca este otro ardor de la vida en lo más precioso y goloso de su alegría joven. Y dicen que era el kaid que más codiciable y exquisito botín traía siempre en el trofeo de la conquista. Se ha ido a la guerra y no ha querido privarse de esta delicada satisfacción de festejarnos con una compensación de manjares. Como si quisiera endulzar la amargura del

cautiverio con las mieles doradas de la cortesanía proverbial. Un rasgo de desagravio elegante. Sin que la ausencia del kaid se advierta en la galantería del obsequio. La servidumbre cumple bien la voluntad del señor. Todo es agrado, abundancia y zalamería mimosa de esclavo negro. Preguntamos hacia dónde será la guerra, y los tres criados, con su ancha risa blanca y roja, señalan los horizontes lejanos del Muluya.

—Volverá el kaid —dicen— como siempre, con una buena presa de todo lo arrasado en el campo, y, además, con caballos, prisioneros, armas y...

Iban a decir «mujeres», pero un gesto brusco del Hach Otman les cortó la voz en la risotada.

Sí. También traerá mujeres en la turba de los prisioneros. Campesinas arrebatadas por sorpresa en la desbandada, viejas y doncellas huídas del hogar destruído, madres y esposas desgajadas del vínculo sagrado... Un enjambre de seres irredentos, muertas las almas, que caerán luego en la sima sombría de ese mundo sin nombre, sin estado civil, sin derecho humano, donde las vidas tienen la misma condición que la piara...

Uno de los esclavos quiso suavizar con una sátira lo innoble de la felonía:

—Alguna cautiva —dijo— tuvo suerte, como Lal-la Fatma, la mujer del famoso magnate Hummada, de Taxerfit, que cayó en el harem del kaid del Mexuar...

Otro esclavo alegó, asimismo:

—El señor me cedió una esclavita del Baxa Ben Sennah, tomada en el asalto a la alcazaba de Farjana, y ahora es mi esposa feliz...

—¡Guerriers de la guerre, sainte, au combat! —exclamó desde la puerta de la tienda un grito alegre y chancero.

Entró, impetuoso, un joven, vestido al estilo militar de los kaides del sultán, y, con los brazos abiertos, se fué hacia Delbrel y lo estrechó con efusiva cordialidad:

—¡Vive la France!...

Y, después, dirigiéndose a mí, me tendió las manos, y añadió, con una gentil reverencia:

—¡Vive l'Espagne!

Era un muchacho francés, periodista, simpático y charlador, metido ahora, con su audacia impulsiva, en esta arriesgada aventura del Rogui. No entendí bien su nombre, que parecióme algo así como Collet. Yo no conocía su pluma profesional ni recordaba su firma, pero él sí aparentaba una absoluta confianza en su misión y, sobre todo, la vanidad pueril de mostrarse ante nosotros con su atuendo bizarro y su sitio en la corte del rey. Era antiguo conocido de Delbrel y enredóse con su amigo en una animadísima conversación, contándose cada uno su propia odisea. Y acabada la charla y la visita, fuese con la misma alborotada jovialidad, arrastrando su capa blanca.

—¡Hasta la vista! ¡Oh, guerriers de la guerre sainte, au combat! —nos gritó, vuelto a nosotros desde la puerta y con un brazo en alto.

(Hasta la vista... ¡y no volveríamos a verle nunca! Dos años después, durante el asalto de las tropas de Muley Hafid al campamento último del Rogui, en Beni Mestara, cayó para siempre. En lo más desesperado de la defensa, el joven Collet fué arrebatado de su caballo por un kaid de la mehal-la de Bu Auda, que le mató a mansalva, quizá por saberle europeo, y le cortó luego la cabeza. Y su cabeza, en una lanza, entró al día siguiente en Fez, en el cortejo terrible de los despojos, entre cientos de cabezas clavadas... ¡Con qué angustia entonces temblaría en el aire su grito de desesperación, que nadie escuchaba: ¡guerriers de la guerre sainte!...).

Pero, según la costumbre del país, al olor del convite y al asidero de la despedida, vinieron a la visita y al cumplido otros muchos amigos de la ocasión y la casualidad. Cada uno traía su cuento y su demanda. Y todos la pretensión de alguna gracia española por la merced de sus servicios, por los que prestaron y los que pudieran prestar.

Ahora entró Blondin, con un grupo de tipos raros y curiosos de la fauna aventurera del campamento. Decíase hijo del célebre funámbulo francés Carlos Blondín, aquel intrépido equilibrista que cruzó el Niágara, con los ojos vendados, sobre una cuerda, a cincuenta metros por encima de la catarata, ante cincuenta mil espectadores. Era aquí director de la banda de música militar y parecía contento de su suerte. Pero... él no sentía vocación militar ni quería jugarse la vida tan pronto al azar de un lance cualquiera de esta guerra sin descanso; por eso, tampoco se subiría nunca a la cuerda del padre; él era un artista musical, sensible, que no podía ver aquel horror de la matanza... Pero, a pesar de todo —de su miedo— él estaba contento del cargo que ejercía, porque...

—¡Si vieran con qué orgullo —nos dijo— dirijo mi banda cuando toca la marcha real española en los honores al sultán! ¡Los sonos de nuestro himno nacional, tan lejos de España, para que todo un ejército como éste incline sus banderas, rinda sus armas y dispare sus cañones!... ¡Es como si todo se hiciera en honra de España!... Porque yo —dijo con magnífica sencillez— soy español, nací español...

¡Seres extraordinarios éstos que así embellecen la vida con su heroísmo callado y sufrido, sin que nadie les mire, sin que nadie lo sepa!...

—Yo también soy español —dijo, compugidamente, casi sin atreverse a decirlo, un niño, camarada de Blondin—. Mi padre es militar, el teniente coronel Don Santiago Barrios, del Regi-

miento de Melilla, núm. 1. Somos cinco hermanos, yo el menor, tengo doce años... Mi padre me reclama, porque soy menor de edad; pero el sultán dice que soy libre, que hago lo que quiero...

El muchacho tenía ganas de llorar, y no quería llorar, viéndose tan orgullosamente vestido de moro, con su kaftán azul, su cinturón dorado, su gumía de plata y su gran capa blanca, con su borlón de seda. El había venido a la guerra.

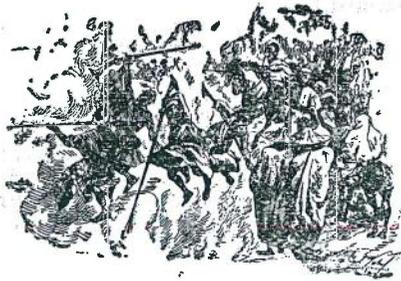
(Este pequeño rebelde —tan ibérico— ya llevaba en su ser el impulso ciego de la aventura: después se fué a la guerra griego-turca del año 12; luego a la guerra europea del 14, embarcado en un transporte; estuvo en la ocupación de Anual y en la retirada del 21 en Melilla; hoy, todavía, no sabiéndose estar quieto, encerrado, en una oficina de la Intervención de Villa Sanjurjo, se va muchos días, solo, a dar zancadas por los campos rifeños, como si le empujara el afán de, andando, conquistar el mundo.)

Intenté convencerle, conmoviéndole aun más su sensibilidad a flor de carne, para que viniera con nosotros a Melilla...

—Tu madre —le dije— te esperará todos los días. Ella temerá que la muerte sea el final de esta aventura, como siempre...

—¡No tengo madre, mi madre ya murió!

Y rompió a llorar con el desconsuelo de un niño, como un niño que era.



UN BATURRO EN LA ESCENA DE UN REY

La mañana de nuestra última despedida —ya nos habíamos despedido dos veces— inmediatamente después del cumplido y gentil agasajo en la tienda del kaid Yilali, nos llamó el sultán. Accedía a nuestro ruego de que nos permitiera saludarle antes de partir y separarnos quizá para siempre. Esta era la cortesía del pretexto; pero en realidad lo que pretendíamos era asegurarnos de que dejaría marchar con nosotros a Gabriel Delbrel, que había sido su jefe de Estado Mayor, y cuya situación no parecía aún satisfactoriamente dilucidada con entera franqueza. Había entre ellos una vieja deuda no acabada de ajustar todavía, ni perdonada ni explicada siquiera. En nuestras entrevistas, jamás el sultán hizo alusión a lo pasado, como si no se acordase ya del motivo que los separó; pero, en su mirada, al hablar con Delbrel, se le advertía siempre un trasluz de ironía, una insistencia penetrante de maligna intención, la astucia en los ojos de la fiera que acecha, retozando, para devorar... Y Delbrel no se confiaba demasiado; iba inquieto, receloso, atemorizado. Conocía a Bu Hamara, su dureza y su inflexibilidad, que no perdonaba nunca. Me cogió la mano y me suplicó:

—No dejes que separe tu suerte de la mía; si no me deja marchar, no te vayas tú tampoco; temo que Muley Mohammed —él le llamaba siempre así— quiera castigarme...

Se le ahogó la palabra en la garganta, trémulo, acongojado :

—Y su castigo para mí —dijo, sin voz, junto a mi oído, para que no le oyese nadie— sería la muerte en la boca del cañón, amarrado a la boca del cañón, como hizo con otros, como amenazaba que haría con los kaídes desleales, y él sospecha que yo no le fuí leal...

Me causó asombro la inesperada confianza, porque nunca me había dicho nada referente a este resentimiento en sus relaciones con Bu Hamara, al que yo le creía siempre ligado por el afecto de su antiguo servicio. Pero recordaba yo entonces, a vueltas con la conjetura, que el aga Bel Kadi, gobernador de la alcazaba de Snada, había mostrado un indisimulable alborozo el día de nuestra llegada a su presencia, diciéndole a Delbrel, con una sonrisa maliciosa, «que ya no podría soltarle hasta dejarlo en las manos del sultán»...

—El sultán se ha de alegrar mucho de verte —le dijo, con una reticencia que yo no supe explicarme en aquella dramática ocasión, preocupado entonces más en salvar la vida que en sutilezas de ironía.

Y como la incidencia, por lo repentina, no dejaba lugar a reflexión, lo que hubiéramos de imaginar para salir del apuro había de ser también impremeditado y temerario. Yo, en el arrebató de la precipitación, le propuse esta locura :

—¿Y si huyéramos a caballo?...

Delbrel, con la prudencia del riesgo, asustado, me contestó súbito :

—¡Imposible!

En verdad, era imposible. No podríamos salir del campamento ni llegar a Melilla sin tropas que nos guardasen el camino. Solo el intentarlo nos hubiera costado un escarmiento terrible. Apretados así en la garra del destino, sin luz en la tiniebla, nos confiamos a lo providencial de la suerte de cada uno. Hasta el

mismo instinto de vivir se desfallecía ya en el miedo a vivir. El abatimiento me insensibilizaba en una resignación fatalista. Cada uno tendría su sino. Porque todo estaba ya marcado por la señal de Dios. Pero, en cada destello de fe, yo esperaba el milagro. Delbrel no esperaba nada.

Qué drama habría latente en las almas tenebrosas de aquellos dos hombres, Bu Hamara y Delbrel, yo no lo sabía. Pero en este mismo instante, cuando todo parecía acabado con tan buena estrella, esta mortal congoja de Delbrel descubre de repente el tremendo desasosiego en que le tenía la incertidumbre de su situación. ¿Qué rencor guardaba el sultán en su corazón, que tanto temía la angustiada zozobra de Delbrel? ¿Qué yerro fué el suyo que no se lo perdonaba el sultán? ¿Cómo reaccionaría en este último momento la enigmática actitud de Bu Hamara?...

No; no era una sorpresa esta decisión del sultán, que desde el primer día la esperaba Delbrel; anoche dió su orden Bu Hamara al gran visir de que preparase mi viaje a Melilla, pero sin mi compañero... Y al final del agasajo del kaid Yilali, esta misma mañana, uno de los esclavos se lo dijo a Delbrel, con la reserva de un secreto...

Sin querer andar, con lentitud remisa, porque cada paso no sabíamos a qué nos acercaba, íbamos muertos de miedo a la presencia del sultán. Yo, por Delbrel; Delbrel, por su vida.

En el corto trayecto nos encontramos al kaid Mohammed Rahmani, el jefe de la guarnición de Snada. Me cogió la mano y, mirando compasivamente a Delbrel, me dijo, lastimero, suplicante, porque fué siempre nuestro amigo :

—Pídele a sidna, de rodillas, que lo perdone...

A pesar de ser aún la media mañana, el sultán se hallaba en su tienda de audiencia y despacho, en su «suan», cercano al campamento real, dentro de la alcazaba. Las grandes tiendas del harem y de los servicios reales asomaban por encima del recinto

cerrado, del «afrag» o alfanegue de nuestras crónicas medievales, y lucía, en lo alto, las enormes bolas doradas, insignias allí de la majestad. Era el cerco inviolable, sólo abierto al paso del amo, de las esclavas y de los eunucos. Cuando el sultán se hallaba en su «siuan», el campamento real se quedaba silencioso, como vacío; ni una voz, ni un ruido de nada; veinte mujeres y diez esclavas enmudecidas, sin un respiro de vida siquiera en la dorada y regalada clausura de su palacio, de su cárcel; una risa, un grito, un cantar de ellas oído en la visita hubiera sido una profanación de la dignidad del rey. Como si —al escuchar— violasen el misterio inmaculado de lo más íntimo y guardado de su casa, su tesoro de carne.

Hicimos nuestra reverencia, sin que Bu Hamara nos dispensara, como otras veces, de la genuflexión. Yo, luego, me puse en pie; Delbrel se quedó de rodillas.

Nos miró fijamente, muy adentro, moviendo, pensativo, la cabeza, como si reflexionara todavía su postrera resolución. Hizo un ademán con su mano enguantada, para que se le acercara nuestro criado, Joaquín «el moro», que, respetuoso, cohibido, no se atrevía a dar un paso.

—¿Es este el Islami que te acompaña? —me preguntó.

—Sí, mi señor; el Islami, ya un puro musulmán, formó su familia rifeña y vive en Axdir, donde todos le quieren. Ahora te pide permiso para seguir conmigo a Melilla y volver después a su casa.

—¿A España? —insinuó, intencionado.

—No, mi señor, a Axdir, donde tiene ya todo lo suyo.

El «moro Joaquín», sin comprender el árabe, no sabiendo tampoco qué hacer, cayó de rodillas ante el sultán y le besó la mano. Pero todo de una manera tan apresurada, tan torpe, que Bu Hamara estuvo a punto de romper a reír. ¡Bendita y alabada rusticidad del aragonés, que hizo desfruncir el ceño severo del

tirano. Cuántas veces por un motivo trivial tornóse en dulzura la rigidez inflexible de un corazón implacable!...

Clavó el sultán sus ojos dominadores en «el moro Joaquín» y le preguntó de pronto, para que no vacilara:

—¿Quieres quedarte en mi ejército como kaid de mía? Te daré cien hombres, doscientos, que tú podrás elegir. Ganarás en la guerra lo que no ganarás toda la vida trabajando en tu oficio... Te daré caballo y... ¿tienes armas?

—Mi fusil y mi cuchillo —y, al decir «mi cuchillo», puso en la expresión el orgullo jactancioso del que ofrece un arma invencible.

—¿Te quedarás conmigo? —le apremió.

Vaciló, titubeó Joaquín, sin atreverse a rechazarlo, por el miedo que infundía la majestad de Bu Hamara.

—Señor —dije, por excusar la indecisión de mi criado—, el Islami desea volver ahora conmigo; después, vendrá a tu servicio, porque está acostumbrado a la pelea.

—Sé que eres valiente —le dijo al Islami.

Y luego, repentinamente, le preguntó, mirando de solayo a Delbrel:

—¿Te atreverías a matar a un hombre?

—Si tiene las mismas armas que yo para defenderse, sí.

Le agradó a Bu Hamara la respuesta noble del aragonés. Y le dijo:

—En mis dominios eres libre y, desde ahora, kaid de mía.

Sin saber el rústico cómo se había de mostrar a un rey la gratitud, echóse otra vez a sus pies y le tomó la mano, besándosela con insistencia; pero del mismo modo atolondrado y grotesco de antes, que nos movió a risa, descomponiendo la gravedad del sultán.

Como ausente seguía Delbrel, sumido en la atribulación de su zozobra, ajeno a todo lo que no fuera su nombre en los labios

del rey. Y fué entonces, en este momento tan temido, cuando le nombró, diciéndole «mohandís». Porque en el ejército de Bu Hamara todos le decían a Delbrel «mohandís», que significa «el ingeniero», como un renombre de cultura europea.

—«Mohandís» —le dijo el sultán, dejando caer las palabras lentamente, con suavidad fría, como cortadas por un filo—, ha llegado el instante de que me ocupe de ti. Ni yo ni tú hemos olvidado. Pero tú sabes también cuál es mi condena a los desleales...

Sí, todos lo sabíamos; era la muerte amarrado a la boca del cañón. El condenado desaparecía hecho piltrafas.

Fué entonces Delbrel la imagen alocada de la desesperación. Imponía su terror. Nos daba miedo.

El rostro cetrino de Bu Hamara se tornó de lividez verdosa.

—No temas —le dijo—. Quería verte así, culpable. Tu humillación, tu cobardía es tu castigo. ¡Vete con el cristiano a Melilla!



AQUELLOS DIAS EN LA CORTE DE FEZ

Mientras Bu Hamara desplegaba todas sus fuerzas para el acoso y cerco de Fez y le echaba encima el furioso aluvión de las hordas bárbaras, ¿qué ocurría dentro de las murallas de la despavorida capital del Imperio? Por lo pronto, tres embajadores —el francés, el español y el inglés— atosigaban al sultán Hafid con sus reclamaciones. El francés —Regnault— resumía sus demandas en dos puntos primordiales: restablecimiento de la seguridad en el Imperio y reconocimiento de los gastos hechos por Francia en las operaciones militares de la Chauía. El español —Merry del Val— pretendía negociar una mera cuestión de límites y de garantías en los límites. Y el inglés —Lister—, que llegó el último, y con encargo de mediador, expuso una cuestión previa antes de pactar: el pago de lo que el Majzen les debía al ex ministro Menebhi y al instructor MacLean. Pero, en realidad, ¿era esto lo que interesaba entonces a los tres intempestivos embajadores? Hoy, que ya todo se ha convertido en historia, sí podemos decirlo: los tres embajadores fueron a Fez a plantearle al Hafid un problema sin solución. Porque los tres, cándidamente, le invocaron la substantividad de los acuerdos de Algeciras, como una posición más efectiva de derecho internacional, casi una conminación, cuando los tres debieran haber sabido que en una de las cláusulas fundamentales del acta de su proclamación había

hecho constar que no reconocía en absoluto nada de lo convenido y consignado por las naciones en Algeciras, cuyo documento no llevaba la firma de ningún plenipotenciario marroquí. Y a los tres embajadores contestó el Hafid, no siempre con muy buenas formas, y muchas por medio de sus secretarios, rechazando en bloque las proposiciones presentadas.

El francés, por congraciarse mostrándose amigo del alemán, aludió a la Declaración franco-germana recién firmada entonces, y el sultán, sonriendo despectivamente, le respondió:

—Esa Declaración es un hecho sin duda favorable a Europa, y yo me congratulo; pero, en lo que a mí personalmente concierne, la considero innecesaria. Mi soberanía y la independencia de mi reino es cosa mía y no de nadie. No es preciso que nadie me lo reconozca.

Y al inglés le dijo:

—Me extraña que pidáis nada para el Menebhi por ser protegido inglés, porque si era inglés, ¿cómo fué ministro de un sultán de Marruecos?

Y al español:

—Me habláis de límites y... soy yo, precisamente, quien os quiere hablar de límites.

En este punto conviene detenerse y hacer alguna consideración. Cada época, cada momento tiene su modo, su forma y su lenguaje adecuado a cada paso. No era tiempo de exigir ni de ofrecer, de discutir ni de pactar. El Hafid, altanero y rudo, desatento y resabiado, no era fácil de aguantar ni de amansar. Faltó entonces a los tres diplomáticos sutileza y adaptación. En realidad, allí no había nada que hacer. El lenguaje para *entenderse* no era tampoco el árabe sino el alemán. Fracasaron, pues, los tres embajadores y regresaron —decía uno de los órganos del partido colonial francés— «sans avoir obtenu de Moulay Hafid un acquiescement

définitif a l'ensemble des propositions que lui ont été soumises...» Y añadía la mencionada publicación: «Cette mauvaise volonté ne visait du reste par particulièrement la France ou son représentant. La mission espagnole n'a pas obtenu plus résultants; elle s'est, de plus, heurtée a une attitude presque offensante de la part de Moulay Hafid»...

Bu Hamara, fuera, con sus armas, atemperaba la ofensiva al ritmo de las negociaciones francesas. Porque empujar entonces al sultán en Fez era como llamar a las puertas mismas de Berlín. Y eso, entonces, significaba una provocación. Había que ir con prudencia. Bu Hamara, testafarro de una política, estaba condenado al sacrificio.

Pero, pasaba algo más en la corte improvisada del Hafid? Sí; que ya estaban en torno al sultán los agentes de las grandes compañías mineras, negociando por su cuenta y riesgo, sin hacer mucho caso de la diplomacia melindrosa. Para esto, no invocaba nadie las estipulaciones de Algeciras. Porque si bien era cierto que en el Acta se había consignado —el célebre artículo 112— que «un firmán xerifiano determinaría las condiciones de concesión y explotación de las minas», también era verdad que los secretarios de palacio habían manifestado, descaradamente, a los embajadores, «que el sultán consideraba inexistentes las cláusulas del Acta de Algeciras relativas a las explotaciones mineras y anunciaban que el firmán —de distinta manera a como lo entendía la diplomacia de Algeciras— se otorgaría en pleno dominio a la casa Mannesmann y a las demás empresas ya constituídas... Los mineros, con la dádiva y el compromiso de la participación, negociaron esta vez con más provecho que los diplomáticos de la deslucida tríada lastimera.

¿Pasaba algo más en la desapacible corte del Hafid? En el propio seno de la familia imperial la desavenencia era terrible. Muley El Kebir, hermano del sultán y séptimo hijo de Muley

Hasán, se había ido al campo en rebeldía y alzaba en el Sur a las tribus —Beni Metir, Beni Meguild y Zemmur— contra el Hafid proclamado; otro hermano, Muley Erzin, hijo de la misma madre del primogénito Mohammed, alentaba en Mequinez su partido para proclamarse. Había, pues, en ese momento, cinco hermanos y un pretendiente intruso disputándose el trono, despedazado en la discordia.

Al desdichado príncipe Mohammed que se hallaba preso en las mazmorras de Mequinez, desde el comienzo del reinado de Abdelaziz, lo trajeron a Fez y lo exhibían públicamente para que se viera palpable la impostura de Bu Hamara, que se atribuía la personalidad de este hermano del rey, cuyo nombre y título estaba usurpando.

Otro gran personaje, el xerif Kitani, que representaba en Fez el partido ortodoxo de los ulemas y los xerifes, estaba preso y encadenado por orden del Hafid, con estupefacción de los medios religiosos y universitarios del Imperio, por considerarse al xerif —que era nieto del fundador de la Cofradía— como jefe supremo de las zauías kitanías, dispersas por todo Marruecos.

La madre del príncipe Muley El Kebir, sultana del harén de Muley Hasán, está igualmente encarcelada, como represalia por la rebelión de su hijo.

Y asimismo se halla en las mazmorras y con la cadena al cuello, Ben Solimán, gran visir de Abdelaziz.

La corte entera, la caterva cesante y aventada de la lista real, el disperso enjambre de los palacios, la turba intrigante y compleja de los harenes, las ramas enmarañadas de la dinastía, todo esto que era la entraña palpitante de la casa imperial se revolvía rencorosa contra el Hafid, en una conspiración unánime y violenta.

Y el Hafid, cruel y despótico, acorralado, acosado como una fiera, se defendía a dentelladas, a zarpazos, como una fiera...

Además, el Hafid necesitaba dinero para la guerra y la usura internacional le reclamaba la liquidación de las deudas exteriores del Imperio, que sumaban muchos millones de moneda extranjera. Cargó, pues, el Hafid los impuestos a las espaldas de las tribus, y las tribus, soliviantadas por tantas rebeldías a la vez, se resistieron a pagar. No les era posible sufragar las exacciones de cinco sultanes —sin contar la avaricia de los grandes y pequeños kaides— que devoraban el Imperio.

Era propicio el momento histórico para que Bu Hamara, victorioso en todo el frente de la guerra, hubiera entrado en Fez, proclamándose rey.

Pero no pudo romper las amarras que le sujetaban. Y...



LA DERROTA POSTRERA DE BU HAMARA

De pronto, como por las artes diabólicas de un maleficio, todo se le derrumbó a Bu Hamara. La vanguardia de sus tropas, que metía ya los pies en las turbias aguas del Sebú, las mismas aguas que regaban los jardines imperiales de Fez, tuvo que retirarse con precipitación de todo el frente, porque las tribus aliadas, precisamente las que apoyaban en su propio terreno la ofensiva contra el Hafid, hicieron defección en el momento decisivo del asalto, sin que se supiera —todavía no se ha dicho— la causa de la desbandada. Las tribus huídas, las que abandonaron el campo en lo más crítico de la refriega y en el sitio básico de la irrupción, fueron las poderosas de Beni Uarain y Cheraga, y con ellas una gran parte de los Branes, Tesul y Haiana, que habían sostenido desde el principio el asedio con una firmeza inquebrantable. Era una cuña mortal que Bu Hamara había clavado en Fez, con sus flancos bien defendidos en el Inauen y el Sebú. La campaña parecía dirigida por un Estado Mayor europeo. Si hubiera que hacer otra vez el ataque con el mismo fin, así se haría. Nunca las operaciones de Bu Hamara tuvieron esta continuidad de movimiento, persistente en el mismo objetivo. La victoria, pues, parecía asegurada por la superioridad estratégica de los puntos vitales dominados. Y, sin embargo...

En el otro frente, en el Sur, el príncipe Muley El Kebir, hermano del sultán soberano, también repentinamente vió cómo se le desmoronaban las fuerzas de la sublevación y se le pasaban al bando contrario las mismas kabilas que lo proclamaron, sin poder sujetarlas ni con la promesa del expolio del reino. ¡Aquellos belicosos de Zemmur, sus fanáticos, que venían sobre Fez como un huracán, con el estandarte verde empapado de sangre! ¡Aquellos indomables de Beni Metir, que tremolaban las banderas sagradas del santuario de Zarhun! ¡Los de Beni Meguild, cantando sus himnos en los propios oídos, aturcidos, de la capital asustada!... Todos, de pronto, en un inesperado decaimiento de su exaltación frenética, abatieron las insignias del príncipe rebelde y se volvieron a sus tierras, dejándole a merced del hermano inclemente. Fué como una inmensa hoguera que se apaga en seguida con el agua de un vaso. Otro derrumbamiento estrepitoso de la conjura familiar contra el rey proclamado a la fuerza. Todo se iba cayendo poco a poco...

El kaid Yilali, el lugarteniente de Bu Hamara, que desde el Arba de Tissa vino a meter sus caballos en el Sebú, arrasando la campiña de Fez, tuvo que retirarse precipitadamente también, acosado por las mehal-las hafiditas de los kaides El Mahbub y Bu Auda, sus enemigos feroces. Cruzó el Uarga y abrió camino a los restos de las fuerzas de Bu Hamara, que se replegaban asimismo hacia Beni Zerual, buscando la defensa montañosa de Yebala.

Bu Hamara tenía en estos momentos su campamento real en Betem, a unos sesenta kilómetros de la capital. Le quedaban cuatro cañones, tres mil soldados regulares y algunos pocos contingentes de Tesul, Haiana y Beni Zerual.

El grueso de las tropas del Hafid se había concentrado en Sefrú, para partir en dos la zona rebelde y evitar la conjunción posible de Bu Hamara y El Kebir en un mismo campo de operaciones. También aquí la previsión táctica parecía evidenciar

una maniôba típicamente europea. Sin duda no eran mineros todos los que entonces se encontraban en Fez; o eran mineros que entendían lo mismo de remover la tierra por debajo que por encima...

Bu Hamara levantó su campo y emprendió la retirada a la ventura, rastreando las huellas mismas del Yilali, con la intención de rehacer en un sólo grupo móvil sus fuerzas dispersas. Penosamente, con el enemigo asomado a casi todos los puntos del horizonte, batido de cerca por las propias tribus que le abandonaban, llegó a una colina, meta milagrosa del camino en aquella jornada, y allí fijó su apoyo para el repliegue desordenado de su ejército, que traía a rastras la enorme impedimenta de su campamento real. Era la colina una ventajosa posición, culminante y defensiva; pero un escalón para seguir, no para quedarse. Emplazó su batería en la cumbre, para batir más campo, y desplegó su infantería por las laderas, en líneas agazapadas. La caballería, amontonada, se resguardó en el barranco, en acecho de su célebre carga en media luna. La colina iba a convertirse en un castillo para la resistencia improvisada, con su bandera en lo alto; pero la colina no tenía más protección que la concentrada en ella misma y no podía aguantar el ímpetu arrollador de la caballería xerifiana. Lo sabía bien Bu Hamara, hecho gran capitán en siete años de combatir en campo raso, sin ninguna defensa de fortificación. Pero allí tenía que pararse para una tregua, para un respiro en el acoso de la persecución, con sus tropas agotadas de desaliento y de cansancio. Era un medio de hacerse fuerte sin serlo.

Envió una parte de su harén y de los bagajes con los hombres de Zemmur que le quedaban fieles, sólo un puñado de guerrilleros de confianza, y... ni llegó el precioso convoy a su destino ni volvió

a saberse nada de lo que ocurriera. Todo aquello se desvaneció para siempre en lo desconocido como una nube en la ráfaga del huracán.

El fuego de los cañones imperiales, certeramente dirigido por los instructores argelinos, quiero decir franceses, desmontó a las primeras andanadas las piezas de la colina. Y la colina, desmantelado su castillo de tierra, desbaratado su frente de combate, ya no serviría ni para sostén de la retirada fugitiva.

Bu Hamara, impertérrito en aquella tremenda confusión del desastre, con la entereza de siempre, fríamente, serenamente, ordenó el repliegue de la mehal-la, abandonando el campamento y la impedimenta abrumadora. Empuñaba el revólver para mandar, para matar, porque era en su mano como el cetro del rey. Y le obedecían las tropas todavía, sujetas a su disciplina de hierro y sangre, porque no tenían a dónde huir. El fuego de la artillería enemiga, devastador, seguía batiendo, implacablemente, toda la ladera del frente desamparado. Los proyectiles rompían la tierra en torno a Bu Hamara, en el cerco de su sitio de mando. Cayeron muertos, junto a él, sus dos esclavos, que eran como sus lebreles sumisos. Y allí mismo, cuando iba a marchar el convoy con el grupo que quedaba del harén real, otra explosión arrebató en su torbellino de hierro y polvo lo más amado y galano, gracia y dulzura del tesoro del rey, sus dos sultanas favoritas: la hija del famoso kaid Hummada de Taxerfit y una berberisca del Zarhun, casi una niña en su albura nupcial, regalo y halago de su propia tierra y de su misma casta. Bu Hamara, más pálido, más cetrino, miró con impasibilidad el montoncito de carne y de harapos en el suelo, y se alejó al galope, seguido del tropel alocado de su caballería, sin cuidarse de lo que quedaba de su ejército desperdigado por el campo. Como si ya no tuviera nada que defender allí.

El campamento, arrasado, envuelto en llamas y en humo, quedó abierto y a merced de las mehal-las desenfrenadas del Bagdadi. Fué el asalto como un oleaje furioso que todo lo arrollaba. Duró el saqueo muchas horas de horror. Y el botín, a pesar de la devastación, aún sació la victoria fácil de los imperiales. Pero no se hartó nunca la matanza.

Al día siguiente, una larga reata encadenada de prisioneros iba camino de Fez. En otra recua interminable, las cargas rebosantes de cabezas cortadas, trofeo luego en las puertas y en las almenas de la gloriosa capital.

Bu Hamara, a uñas de caballo, pudo llegar con sus jinetes a Beni Mesara, más allá de las montañas de Beni Zerual.

Pero pronto se vió en la cercanía de las cumbres el ondear de las banderas del Bagdadi.

Bu Hamara envió las mujeres y el último bagaje de la corte a los santuarios de Uazán, refugio inviolable de los perseguidos.

El kaid Yilali, que protegía la retaguardia con su caballería, cayó gravemente herido en el Uarga, cerca de Fez el Bali, y lo llevaron en una mula a la casa del kaid Lahasen Ben Táher. Pero, desesperanzado, sintiéndose morir, y no queriendo caer vivo en manos de los enemigos, pidió que lo mataran, resistiéndose sus últimos leales; mas como insistiera encolerizado, uno de la región de Yebala le disparó un tiro en la frente. El fakih Reguiui se llevó el cadáver y lo enterró junto al santuario próximo. Que así murió el héroe afortunado de todas las campañas de la rebeldía, me lo contó en Tánger el esclavo Abilal.

El kaid Ben Xel'lal, que con un grupo de jinetes estaba en Taurirt, se refugió en la zauia de Sidi Hamed, allí mismo.

Los dos esclavos personales de Bu Hamara, los dos hermanos negros que conocí en Zeluán, el Farayi y el Abilal, huyeron cuando la desbandada y los capturaron en Haiana, cerca ya de

Fez, a donde iban a pedir clemencia al sultán, que se la concedió, por intercesión de su madre, que era también esclava de la casa real. Farayi está todavía al servicio de palacio en Rabat, y Abilal, que ha muerto, era kaid del Mexuar en la Mendubía de Tánger.

Y, sin tropas ya a su lado, Bu Hamara se amparó también en el morabito de Muley Amran.

No había de valerle, allí tampoco, el derecho de asilo.



LA NOCHE TRISTE DEL VENCIDO

El derecho de asilo, en Europa y en Marruecos, en todas partes, fué un inviolable principio de la ley natural, un privilegio humano, un fuero religioso. Pero... en tanto que al déspota no se le antoje atropellarlo. La historia cita multitud de casos en que la inmunidad fué acatada; pero también refiere otros muchos en los que la garantía de la hospitalidad no mereció ningún respeto. Los santuarios marroquíes, los morabitos de veneración idolátrica, las zauias de prerrogativas seculares, los santos patronos del lugar, la casa solariega de los xerifes, toda esa múltiple diversidad de lugares sagrados, esparcidos como una semilla bendita por toda la extensión del reino, era el refugio de los pecadores, de los huídos de la justicia, de los escapados del rigor de la tiranía... Un regazo de madre donde toda la defensa estaba en el nombre de Dios. Una mano abierta que detenía en el umbral la violencia del poderoso.

Así estuvieron siempre «los lugares sagrados a cubierto de las represalias», como manda el Korán. Los primeros en la historia del islamismo, el templo de la Caaba y la Mezquita del Profeta, la casa y el recinto para salvaguardia en la Meca de Abi Sufián y los suyos; después, en tierra de moros, Zarhun, Uazán, la zauía de Tit, Yebel Alam, Muley Idrís en Fez; la zauia de Snada...

Y ahora, en el valle de Muley Amran, el santuario que sirvió de asilo momentáneo al vencido y huído Bu Hamara. Pero esta vez el refugio no fué respetado tampoco. Era un simple derecho instituído por los de abajo para defenderse de los de arriba, sin más garantía que un imaginario límite geográfico, infranqueable a la fuerza, y el culto —el mito para el poderoso— no tenía consistencia en sí mismo para mantener la inviolabilidad. El santo patrono, dulcemente quieto en su tumba humilde, señalaba con una banderita blanca en la cúpula su sitio en el cielo; pero frente a ella se alzaban ya todas las banderas triunfales de las tropas del rey en la tierra. El santo, sin su milagro en el instante, no valía nada para la soldadesca del sultán. Y las mehal-las xerifianas, que llevaban siete años persiguiendo al Rogui, no habían de detenerse ahora, en esta fácil y propicia ocasión, ante el frágil recinto de un pobre santuario aislado en la llanura. Y arremetieron furiosas contra el santo y su ermita. La caballería del kaid Bu Auda, la primera, como un torbellino, cercó el refugio sagrado. Pero el ataque, inconcebible para el fervor religioso de los aldeanos, exasperó hondamente el sentimiento de su fanatismo, y todos, en aluvión, se precipitaron a defender y salvar de la injuria el santuario bendito de su tierra. Allí, en aquella casita tan inerme, estaba el lar de su patria. Nada más que aquéllo era su patria. Y por ella y por ello, iban a morir...

El kaid Bu Auda, prudente, más juicioso que sus soldados, ordenó la retirada de los jinetes. El tabor de su infantería, disperso por los caseríos en persecución de las tropas vencidas, siguió el acoso y captura de aquella turba ahuyentada por la hambrienta jauría, sin atender la llamada apremiante de las cornetas.

El santuario y su fuero parecían a salvo de la afrenta. Dentro, Bu Hamara, cuatro de sus esclavos fieles y una mujer —la última esposa a su lado— se consumían de ansiedad en la espera angustiada del milagro del santo. También los kabileños, engañados

por el doble juego de la maniobra falsa del kaid Bu Auda, apaciguaron su turbulencia y creyeron otra vez en la inmunidad del morabito. Y en aquella tregua esperanzada, se escuchó en el aire dorado y bendito de la tarde, como una imploración, la voz increpadora del rey prisionero, que invocaba con la ley en sus labios el sagrado derecho de asilo. Los aduareños, al conjuro de aquella elocuencia mística de Bu Hamara, que culminaba siempre arrebatadora en las situaciones emocionales de su vida azarosa, clamaron otra vez por la salvación del perseguido.

No era posible entonces que una simple competencia de jurisdicción —un derecho sin fuerza ante la fuerza— detuviera en aquel instante decisivo la acción ejecutiva de las armas imperiales. El sultán, el legítimo, poseía, confundidos en su realeza, el doble poder espiritual y temporal, humano y divino; era tan sumo sacerdote por la gracia de su naturaleza como rey absoluto por el designio de su dinastía; mandaba en las almas y en las vidas; era un dueño de todo. Y el pobrecito santo de Amran, tendido y quieto en su tumba, era también un pedazo del dominio del rey. El kaid Bu Auda no entendía de otro yugo que el del sultán, su señor y amo, Muley Hafid, hijo de Hasán, el soberano y proclamado en Fez. Emplazó la artillería en un altozano y...

El santuario, en la llanura, como un montoncito de cal en la anchura verde y ocre de la tierra, era un blanco tentador. La puntería no podía fallarle al artillero. Un estampido horrisono estremeció las entrañas del valle y un obús fué a estrellarse en la cúpula redonda de la ermita, haciéndola pedazos; otro obús, tan certero, espantó y aventó el tumulto de los campesinos, que huyeron a la desbandada, acribillados por la metralla arrasadora de la artillería...

Bu Hamara, arrojado fuera por la terrible explosión sobre ellos mismos, cayó exánime ante la puerta rota. Junto a él, de rodillas, cogida a sus ropas, la mujer, joven y bella, horrorizada por el dramatismo de la escena espantosa, gritaba enloquecida. Los cuatro leales, en la ruina del santuario, entre los escombros, yacían despedazados.

Era la tarde del domingo día 5 de Xaabán de 1327 de la hégira, es decir, el 22 de Agosto de 1909.

Un soldado —se llamaba El Aaxi, oriundo de la Chauía— se precipitó sobre el cuerpo caído del Rogui y lo levantó en vilo, poniéndolo en pie. Luego, para reanimarle, a empellones, brutalmente, le hizo andar. Otro soldado —no recuerdo su nombre— le arrebató de un manotazo las llaves que llevaba colgadas al cuello. Otro le quitó el anillo con la cifra real...

Y en el frenesí de la locura victoriosa, todas las manos de la soldadesca cruel fueron sobre el vencido y le despojaron, a tirones, de sus armas, de sus ropas, de cuanto le quedara de su abatida dignidad real, golpeándole con saña, con ferocidad de fieras, como fieras... Le hubieran despedazado a no ser por la intervención valerosa del kaid Nayim quien con un arrogante gesto de brava hombría se puso delante de su cuerpo.

Amarrado por las muñecas y con el cabo de la cuerda enrollado al torso, iba el prisionero camino de la tienda del kaid, empujado por la horda, en medio de la guardia armada, entre el vocerío insultante de los sayones que tiraban de él como de la res al matadero. Le habían dejado por todo vestido los zaragüelles moriscos; las carnes, abrasadas de sol, le relucían de sudor y de verdugones; jadeaba, cansino, como una vida agotada; los ojos desorbitados por el estupor, miraban con desvarío, febriles, sin ver lo que miraban; desfallecido, tropezó y

cayó; pero siguieron tirando de la cuerda, arrastrándolo, hasta dejarlo junto a los cañones, que representaban las insignias del rey.

Y lo dejaron allí, ante la gran tienda del kaid, como un desperdicio humano, acurrucado en el suelo, inconsciente, mirando atónito, los ojos espantados, temblando y aterido de frío. Tenía siempre la cabeza apoyada en los puños ligados, porque debía pesarle como de plomo, por el hervor de la calentura.

Y empezó el acopio de los trofeos bárbaros y sangrientos de la victoria; los prisioneros, a centenares, cogidos por la argolla al cuello, enhebrados en la cadena; las mujeres, en trailla, cogidas a los rebeldes en la cacería de la tropa; el raudal de cabezas cortadas... Todo el tropel humano se iba amontonando en torno a Bu Hamara, para que siguiera reinando también sobre los despojos miserables de la derrota. Y los soldados desfilaron y arrojaban ante los cañones las cabezas cortadas, que iban formando un rímero enorme... A cada soldado, por la que traían, le daban un puñado de monedas de plata.

Aquella noche —la noche triste de tantos episodios históricos— nadie durmió en el campamento, celebrando el gran triunfo del Hafid con un jolgorio estrepitoso de músicas y canciones, danzas y desenfrenos, al resplandor fantasmagórico de las hogueras del vivac, y donde se exhibía como el más incitante recreo de la diversión, el revuelto hatajo de las cautivas, desgredadas, desgarradas las ropas, casi desnudas, temblorosas de espanto, que al precio atractivo de la carne se tasaban y vendían. «¡Al'lah inzor Muley El Hafid!». ¡La victoria de Dios por nuestro señor el Hafid!... Fué el grito de toda la noche.

Y Bu Hamara, en medio de su horrible cortejo de cabezas cortadas y de prisioneros colgados de la cadena, todo lo que quedaba de su esplendor desvanecido, era el único que dormía, soñando, quizá, con los ojos abiertos, inmutables, fijos en este horror del infierno en la tierra.

Mañana, encerrado en una jaula de hierro, lo llevarán a Fez.



LA FIERA ENJAULADA

Toda la noche memorable de la victoria en Beni Mesara, la noche triunfal de los imperiales del Hafid, el campamento de los cuatro tabores del Bagdadi, junto a las ruinas del santuario de Muléy Amran, celebró la captura del Rogui con una alegría frenética, delirante, exacerbada más aún por la presencia del rey vencido y cautivo, amarrado allí a la cureña de un cañón, en medio del cerco quejumbroso de los prisioneros encollerados y del rimero sangriento de cabezas cortadas... Era aquella, en verdad, una alegría cruel, sádica, de ensañamiento, de encarnizamiento inhumano. La efusión de sangre, derramada a borbotones, a raudales, los enardecía, los enloquecía. La sangre significaba todavía para ellos, en lo oscuro de sus conciencias embrionarias el rito sagrado de un culto antiguo, de una idolatría que por atavismo perduraba, con la misma fe en el sacrificio de la res propiciatoria que en la práctica cruenta de sus cofradías martirizantes. La sangre era la embriaguez del instinto. Por eso, desenfrenadas las almas primitivas en su aberración ingénita, con el ramalazo de sangre en los ojos, la tropa turbulenta convirtió el campamento de Beni Mesara en una ruidosa y satánica orgía de endemoniados. Cada soldado sentía en su reflejo interno el orgullo de morir o matar por el rey partidario; cada uno se tenía por el héroe descomunal que había vencido a un rey; y

el rey, todo un tremendo rey bárbaro, proclamado a la manera tradicional y con los atributos reales del dominio en sus manos, estaba allí, despojado de sus armas y de su ropa, tirado en el suelo, amarrado como un perro al hierro de un cañón. Tenían que humillarlo, escarnecerlo, para entender bien que habían abatido su grandeza, su realeza. Ellos, que tenían que bajar el rostro hasta el suelo para reverenciar, para adorar a otro rey tan rey como el caído... Al enemigo, al prisionero, para que la victoria sea triunfo, no tienen más remedio que ultrajarlo siempre, cautivo o muerto y muchas veces después de muerto.

Había corrido caudalosa la sangre en esta dura jornada, la más desesperada y decisiva de toda la contienda, y los soldados del Hafid, ahitos de sangre, fanatizados por la sangre, adeptos en su mayoría a las dos hermandades, aisauas y hamachas, que hacen de ella adoración y la derraman de sí mismos, de su propia carne, en la más cruenta exhibición expiatoria que pueda concebirse, se precipitaron con furor a sus violentas danzas rituales. Todo el campamento fué pronto una zarabanda inmensa que atronó el sosiego asustado de la noche azul, divinizada de claridad de estrellas, con la música bárbara de los tambores, las salmodias tristes de los cantos litúrgicos y el grito angustiado, constante, de la invocación fatigosa: ¡Al-lah! ¡Al-lah! ¡Al-lah!... Y parecía que la tierra temblaba estremecida al son terrible de los enormes atabales, como si toda ella fuese un tambor colosal. Todo, en el espacio, lo ahogaba el redoble avasallador. ¡Tam-tam! ¡Tam-tam! ¡Tam-tam!... Y así toda la noche plenaria, la noche sin fin, con aquel grito de miserere clavado en el aire, como un lamento de los agonizantes ¡Al-lah! ¡Al-lah! ¡Al-lah!...

Amanecía. Era plenitud de agosto y el vallecillo de Muley Amran aparecía envuelto en el vaho ardiente de la tierra reseca. Una bocanada de aire tórrido, denso, caliginoso, traía del lado de levante, de Beni Zerual y Fez el Bali, la humareda de los

caseros incendiados. Aun ardía más la soflama de la canícula con aquel rescoldo inmenso de las alquerías y las sementeras quemadas. El calor, del cielo y de la tierra, lo agobiaba todo con su aliento de horno. Por el horizonte quebrado de la sierra de Xeraga, las sombras lívidas de la aurora se desvanecían ya en la dorada transparencia de lo azul, con su lucero en la cumbre. Y, detrás, el primer resplandor del ascua de oro. Pero el campamento, que lentamente se había ido sumiendo en la quietud silenciosa y desfallecida de su enorme cansancio agotador, ahora dormía intensamente, profundamente, extenuado, aniquilado por el esfuerzo sobrehumano de su noche infernal, rendido y caído en un sopor de calentura, un letargo de piedra. Nadie podría decir que hubiera alma viviente en aquel reposo tan callado, en aquella calma de vida inmóvil. Hasta de los poblados vecinos se había ido replegando la gente a la montaña, temerosa de que despertara la fiera otra vez. Ni los kaïdes —los cuatro grandes kaïdes de los cuatro tabores— daban señal siquiera de existencia. Tampoco los vivanderos encendieron sus lumbres ni montaron sus tenderetes. El campamento seguía tan echado en su sueño, tan insensible en su abatimiento, que no parecía que temiese ninguna amenaza de la guerra. Y, sin embargo, en aquellos montes de Haiana, que desde allí mismo se veían, estaban los restos huídos del último ejército de Bu Hamara. En el Arba de Tisa y en las zauías de los xerifes de la casa sagrada se refugiaron los contingentes dispersos, con sus grandes kaïdes, Bu Rahai, el hijo de Ben Xel'lal, las familias de los principales jefes de Kelaia, las mujeres aún retenidas del harem real...

Sonaron las cornetas con los trinos alegres de su diana despabiladora... y su llamada se perdió sin eco en el sueño impasible. Después del combate sin tregua y del continuo avance por entre los riscos de la montaña, aun tuvo la tropa que sacar energías de su ardor fanático para la tremenda jarana litúrgica

de toda una noche de danza y en vela. Y, ahora, era imposible que el ejército pudiera moverse con la diligencia que la guerra exigía. La corneta no era entonces tampoco una voz de mando en la disciplina de la milicia mora. Ni la disciplina tenía el rigor de la ordenanza europea. La organización del ejército xerifiano, tan simple y rudimentaria era, tan nula su instrucción, que no podía amoldarse a los métodos de ninguna fuerza armada del mundo. La mehal-la constituía una mesnada de guerrilleros, al mando supremo y absoluto de un jefe de prestigio, de alcurnia; pero su maniobra en campaña no obedecía a ningún principio de táctica militar; hacía la guerra a su manera, libre y sueltamente, destacando el valor individual de cada uno, acomodándose a la lucha según las peripecias del combate. Y al llegar el momento del asalto y el saqueo, cada montaraz, por sí solo, sin obediencia a nadie, se convertía en un bandolero. Es bien cierto que la mehal-la que venció al Rogui llevaba como instructores a suboficiales de la misión militar francesa; pero allí, entonces, que se supiera, no tenían otra consideración, en el mando de tropas, que ésa, la de meros instructores, para adiestrar en el manejo de los cañones y dirigir la acción del tiro. Y el tiro sí que dió bien en el blanco...

Pero lo que no logró la corneta ni el modo brutal de los kaídes y almocádenes, lo consiguió, de repente, la sola voz, un grito dominante, imperativo, de Bu Auda, el gran kaid. No fué preciso que lo repitiera. Su orden, una palabra fulminante, puso en pie a todo el ejército. Pero esto no era disciplina sino terror. La desobediencia costaba muchas veces la vida. Y el campamento, precipitadamente, levantó sus reales. Sobre la marcha, lo primero, el convoy de los bagajes y la impedimenta; después, la caravana de los prisioneros, en el sartal de la cadena.

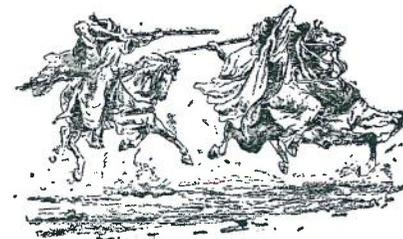
Bu Hamara, acurrucado ante la tienda de Bu Auda, maniatado al cañón, parecía un montoncito de ropa tirado en el suelo. Una mano compasiva, para cubrirlo, para librarlo de la curiosidad

sarcástica, cruel, de la vileza humana, le había echado encima un áspero sulhán de lana blanca. Pero se le veía, bajo la capucha torcida, el fulgor calenturiento de los ojos sin miedo. Era la fortaleza de la roca en medio de la tempestad.

Bu Auda —que por montar siempre en yegua así le decían— galopaba, arrogante, pasando revista a las filas de la columna en marcha, seguido de lo más galano de su caballería, Luego vino a pararse, frenando con ímpetu, junto a Bu Hamara. Lo miró con desprecio, y dió una orden, una de sus voces terribles. Acudieron unos soldados y le pusieron al rey cautivo un collar de hierro, pasándole por las argollas la cadena, que después le enrollaron al cuerpo. Así, como un fardo, subiéndolo en vilo, le montaron en una mula. Y allá se fué la triste caravana por los desviados caminos de Fez, bajando a la cuenca retorcida del río Sebú, frontera de la capital.

Pero avanzaba el día, la jornada era larga y fatigosa y no habría tiempo de hacer la entrada triunfal que preparaba el Hafid. La columna, ya anochecido, acampó a la vista de Fez, en la campiña de los Ulad Yamaa, donde un grupo de soldados del sultán tenían, en espera del Rogui, la jaula de hierro. No era la primera vez que a un prisionero de fama y calidad se le resguardaba en esta forma de los ultrajes del populacho en el desfile del trofeo. Y en la jaula, a empujones, como un montón de cadenas y trapo, cayó el vencido.

Bu Auda cerró el candado de la reja y se guardó la llave.



DONDE SE PROSIGUE EL RELATO DEL DRAMA

Los aires clamorosos de las victorias resonantes del Hafid sobre las huestes huídas y acorraladas de Bu Hamara, llevaron a Fez la confusión y la inquietud. Todas sus capas sociales se estremecieron ante el sesgo inesperado de la guerra. Cada una sintió en sí misma las consecuencias del suceso adverso. Los xerifes, enemigos rencorosos del Hafid, tuvieron miedo de que el triunfo diera suelta al encono que siempre les tuvo, porque nunca fueron ellos muy sumisos a la dinastía; la alta sociedad de la alcurnia y la opulencia, como le detestaba por el menoscabo que le hizo de sus privilegios, reconcentrose más en su despego; los dignatarios y los magnates del poder absoluto, desposeídos y avasallados por los grandes kaïdes del Sus, que ocupaban ahora sus mismos ministerios, temieron aún más la represalia; tampoco los príncipes de su linaje, sus propios hermanos, hostiles casi todos por el pugilato del reino, podían sentirse muy seguros ante el avenate de la tiranía; lo mismo el pueblo, la turba densa y oscura, la masa fanática y alucinada de los desvalidos, que odiaba al sultán cruel y había puesto en Bu Hamara las ilusiones de su redención; y hasta en los harenes reales, en el seno familiar de todas las ramas de la estirpe en discordia, la victoria del sultán se tuvo por un presagio de graves pesadumbres... A Muley Hafid no le quería nadie. Infundía miedo y aversión, hasta en los

suyos. No querían tampoco a Abdelaziz, porque le juzgaron pervertido a lo europeo, a lo infiel, fascinado por una civilización rival e inversa a la de los creyentes... A pesar de haber desposeído Muley Hafid a su hermano por esta razón de su herejía y haberse arrogado la misión de restaurar los inmutables principios islámicos, nadie le quería. Porque él, por su innata condición violenta y para evidenciar también ante su pueblo lo auténtico de su puritanismo, rebasó todos los excesos de la intolerancia y la crueldad, llegando sus demasías a producir el horror de Europa. Y como, además, era avaricioso y extremadamente pantagruélico, para sostener sus alardes de opulencia y presunción tuvo que imponer abrumadoras cargas fiscales, sobre las que ya esquilaban al país, y exigir a los kaídes tributos exorbitantes de la miseria de las tribus. Por esto tampoco le querían.

El idolatrado del pueblo era Muley Mohammed, «el Tuerto», el primogénito de Muley Hasán, que, desde el advenimiento de Abdelaziz, había estado aherrojado en las mazmorras de Mequíniz y ahora se hallaba, lo mismo, en las prisiones de Fez, bien a la mano del sultán, para vigilarlo de cerca. Este príncipe de los alauíes —al decir de la gente— había sido despojado de la soberanía, no por voluntad del rey, su padre, sino por la intriga palaciega del ministro Ba Ahmed y de la sultana Raquia, «la turca», como le decían en la corte, por su origen circasiano. Un príncipe —según el juicio popular— adornado por todas las virtudes culminantes del hombre bueno, justiciero y piadoso; un noble caballero a la manera de su padre y de su hermano carnal Muley Erzín. Se le reverenciaba además por cierta gracia intercesora y milagrosa de que la superstición del vulgo le consideraba imbuído. Porque nada hay que gane tanto en la estima de esta ingenua credulidad como el prodigio en lo humano. Y si la sugestión fanática del ser prodigioso se exalta todavía más con el misterio de su vida —distinta para unos y para otros, por

su doble personalidad, rey en el campo con el dicterio del «Tuerto» o metido en la mazmorra con la cadena al cuello— entonces su aureola de santidad casi se diviniza y se hace milagro de martirio. Y esto era en Fez, a los ojos visionarios del pueblo, el primogénito de Hasán.

Muley Hafid no lo sabía o quiso comprobarlo. También se arriesgó a la tentativa de convencer a la gente, con una realidad palpable, de que Muley Mohammed no era el Rogui, de que el príncipe no era el rebelde de la guerra. Y un viernes, fiesta de gala en la mezquita, el sultán llevó a su hermano, junto a él, a caballo enjaezado a lo real, con palafreneros, como otro igual a su alcurnia en la fastuosa comitiva regia. Fué temeraria la prueba; porque el gentío, ávido de curiosidad y expectación, ante la presencia increíble del príncipe en el desfile de la majestad, prorrumpió en aclamaciones de júbilo y en expresiones efusivas de veneración, como jamás lo hiciera a sultán ninguno. Parecía que el sultán lo era allí el príncipe ex carcelado. Los ojos de la multitud, asombrados de la sorpresa, extasiados en la aparición, lo acariciaban con el amoroso embelesco del culto a un santo; iban a él las manos suplicantes de los ilusionados con el milagro de su baraka; los más enardecidos ponían su fe en el beso a sus ropas; otros, los más tímidos o los más humildes, tocaban los estribos y los jaeces del caballo... Todo el tránsito, desde el palacio al santuario de Muley Idrís, lo alborotó la muchedumbre con sus manifestaciones extremosas —y provocativas— de homenaje y acatamiento al príncipe despojado.

Torcía su boca rabiosa el sultán, despechado de ira por el desaire a su realeza, y le dolía como un remordimiento aquella sonrisa triste con que le miraba, angustiado, su hermano. La ceremonia ritual de la oración tuvo ya para el cortejo la desazón

mortificante de lo despacible de la escena. La inquietud temblaba en las almas. Se temía la reacción vengativa del sultán, terrible en sus ímpetus de furor.

El episodio, desdichadamente histórico, acabó de la manera siniestra que todos temían. Volvió el sultán a su palacio con el designio irrefrenable de matar y volvió a su mazmorra, con sus cadenas otra vez, el príncipe sin culpa.

La imaginación popular, excitada por el paroxismo de su asombro ante aquella exhibición inconcebible del primogénito en el drama, contemplado, manoseado y aclamado tan de cerca y en su propia realidad ostensible, dió nuevos vuelos a la leyenda del personaje fantástico.

Era verdaderamente Muley Mohammed; su identidad estaba bien probada; lo habían visto con sus propios ojos y lo habían tenido en sus mismas manos; pero... ¿por qué no acababan de mostrar en Fez al otro, al impostor, al que decían el Rogui y Bu Hamara?

Se equivocó Muley Hafid en su ensayo. Porque, además, entendió claramente que, en su reino, nadie le quería.

Tantas adversidades, en el ambiente díscolo y enconado de la capital, crearon un estado de inquietud alarmante. El sultán, acosado por todas las confabulaciones del odio, empezó a zarpazos, a ciegas con las sombras de su fatalidad. El primero que tenía que desaparecer, su hermano. Sin otro juicio que el de su rencor, le condenó a muerte. Los ulemas, el kadi, el visir, los dignatarios de la corte, ante la sentencia terrible, corrieron a llevar al Hafid un dictamen impeditivo del fallo afrentoso. No se podía quitar la vida a una criatura descendiente del Profeta y de lo más egregio de la dinastía. Tampoco debería morir antes que el Rogui. Si el príncipe significaba un peligro para el Estado, que siguiera en la mazmorra, donde su vida se consumiría, se apagaría, en el secreto tenebroso de las almas en pena...

Ya habían caído —al decir de la gente—, por el veneno, la flagelación o el suplicio, el gran xerif Kitani, de la poderosa cofradía, que se había alzado amenazador y profético contra el reinado del sultán aborrecido, usurpador del trono por la violencia; Ben Solimán, el visir de Abdelaziz, al que no se perdonó que sirviera con lealtad a su rey, y cuyo cadáver —según la hablilla del vulgo— había sido desenterrado unos días después de su inhumación y profanado no se sabía por quién; otra víctima del furor enloquecido fué la madre de Muley El Kebir, por castigar en ella, muerta a cordelazos, la rebeldía del hijo en la montaña; Abbás El Fasi, jalifa del visir, también muerto de una manera repentina...

¿Cómo no había de morir Bu Hamara, metido ya en la jaula de hierro?



YA ESTA EN FEZ BU HAMARA EN SU TRONO DE HIERRO

Con la solemnidad hierática, majestuosa y severa que a tan orondos y vanidosos personajes exigían las circunstancias del lugar y el momento, se reunieron en Fez los ulemas, convocados al consejo supremo por el sultán, para determinar en última instancia la condena del Rogui. No eran ellos, en verdad, los que habían de decidir la suerte postrera del prisionero en la jaula, que estaba ya decretada por el libre albedrío del Hafid, omnímodo soberano en la plenitud de las atribuciones de su tiranía; pero no debía prescindirse de esta práctica, que era en el reino una pueril satisfacción a la vanagloria de la justicia. El sultán representaba los dos poderes en la tierra: jefe temporal del Imperio y jefe espiritual de los creyentes; podía matar —y mataba— sin sentencia ni dictamen de nadie. Los ulemas —su nombre lo dice— eran los sabios, los doctores de la ley, los exégetas de la jurisprudencia, los conocedores de la esencia de los textos dogmáticos, ellos, en fin, poseían la sublime ciencia del derecho, de origen divino. No podían equivocarse; pero no podían tampoco contradecir la decisión del sultán. No era posible una competencia contenciosa. En este equilibrio había de sostenerse la habilidad de su sabiduría. Era otro de los más notables méritos de su

ingeniosa ciencia de vivir. Por eso se decían ellos mismos «muy doctos». Tenían que servir a la ley y al sultán; cumplir su deber y sustentar la vida.

Eran seis, con el kadi, los convocados esta vez. Los seis parecían inclinados, por simpatía de afinidad, en favor de Bu Hamara. Porque no en vano Bu Hamara había pertenecido a la misma clase letrada. Uno, como ellos, de los «ulema yelib», que significa de los más ilustres; había figurado también en la pléyade famosa de los alfaquíes de Muley Omar, hijo del sultán Hasán, cuando el príncipe fué jalifa de su padre en Fez. Todos habían conocido a Bu Hamara en la corte y apreciaban sus conocimientos dogmáticos, la elocuencia de su palabra, la brillantez de sus letras, y, ahora, el valor de su heroísmo en el campo y la audacia de sus ambiciones. Pero se lo callaban, porque en el oído del sultán todo se afilaba como una cuchilla. Lo más que aventuraban era que había sido rebelde al Imperio, pero no al Islam. Sedicioso, pero no hereje ni cismático. Fué una evasiva paradógica, porque implicaba su expresa culpabilidad, como rebelde, como sedicioso. Y, por esto, ya estaba condenado.

—Pero, ¿y los prisioneros? —preguntó el sultán.

—A muerte —dijo el kadi.

—Pero, ¿qué muerte?

Vacilaron los sesudos ulemas. Uno, el más juicioso o el más satánico, interpuso con refinada suavidad esta proposición:

—Si de muerte há de ser la senténcia de los prisioneros, la sensibilidad melindrosa de Europa, que no aparta sus ojos en estos momentos del Imperio, se excitará y provocará intervenciones molestas de la diplomacia, como hizo ya por un centenar de cabezas que se se colgaron de las murallas de las alcazabas. Creo —añadió— que será mejor que no mueran.

—¡Que no mueran! —interrumpió irritado el sultán.

El docto varón, impasible, blando y suave, siguió:



Muley Hafid

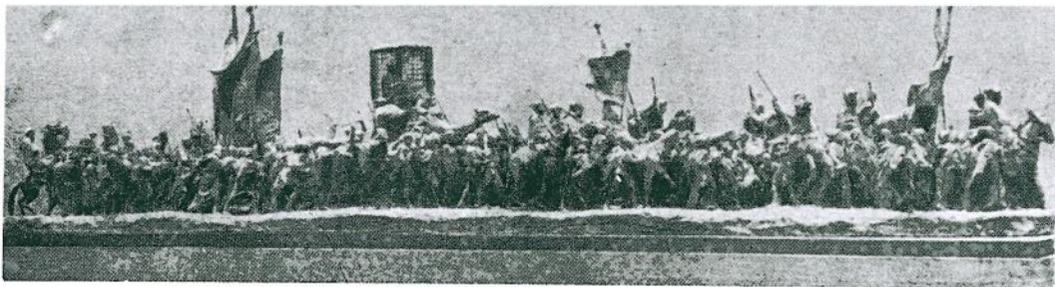


Muley Iusef

En esta desamparada figura de sultán quedó la realeza imperial de Abdela-zis, cuando tuvo que abandonar Fez y refugiarse en Casablanca, de donde sale ahora, ya sin reino, para su postrera residencia en el retiro de Tánger.



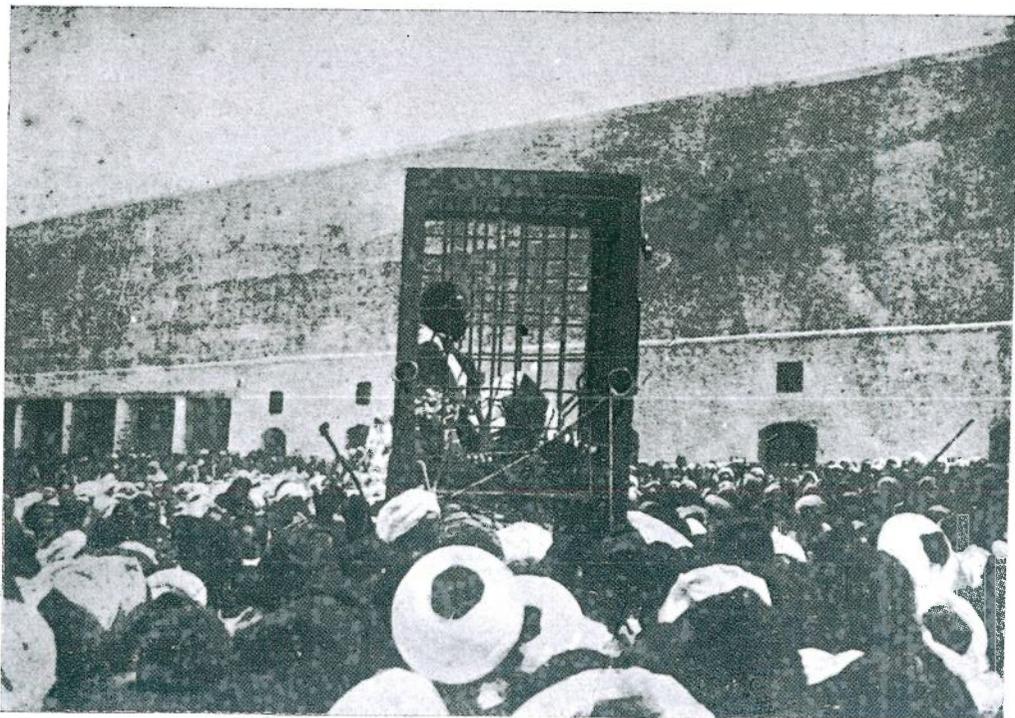
Ya el servid
hace reve
le saluda con
banza ritua
primer día d
dicación y
instante la
nía quedó
de ese ami
no era na



Un grupo escultórico que reproduce exactamente la llegada a Fez de la mehal-la que conducía, en la jaula, sobre un camello, al derrotado Bu Hamara. Así fué y así será siempre el cuadro africano de un vencido igual. No lo pasó mejor Yugurta en el desfile del triunfo romano.

☆

Metido en la jaula entró así Bu Hamara en la gran plaza del Mexuar de Fez, aporreado y ultrajado por la muchedumbre mora. Está envuelto en telas desgarradas y en un albornoz negro que le cubre en parte la cabeza, dándole ese aspecto desastrado de un ser grotesco. (La fotografía la obtuvo en ese momento histórico el cónsul italiano señor Malmusi).



—...que no mueran de repente, sino mutilados, un pie, una mano, o en diagonal una mano y un pie, según su culpa o su categoría.

Otro erudito jurista, adulador y servil, rememoró, como inspirado de pronto, un precedente definitivo:

—Un excelso sultán de la dinastía, Muley Ismael, ¡Dios lo acoja! —y aquí el insinuante casuista inclinó, reverente, la cabeza— mandó cortar la mano derecha y el pie izquierdo a un rebelde, en su misma presencia... Y el rebelde...

Titubeó un momento y, al fin, añadió, de una manera dulce, inefable:

—...era su propio hijo, el príncipe Muley Mohammed.

Los ulemas, ante la evocación atrevida, no sabiendo qué hacer, se mesaban sus barbas espesas, hundiendo los dedos, acariciadamente, en la maraña sedosa, con la avaricia de sus dos manos, de sus dos manos todavía enteras, finas y pulidas...

El sultán, indiferente, cumplido ya el requisito de la consulta y el dictamen jurídico, lo demás no le importaba. El conocía mejor que nadie —era un gran letrado— la historia de su reino y los poderes de un sultán. Precisamente el vocablo viene de una raíz que vale tanto como «fuerza», «rudeza», «dureza». La justicia, como el sultán, tenía que ser así, rigurosa, inflexible, implacable. Estos ulemas fueron de los mismos que hallaron razones bastantes para suscribir el acta de proclamación del Hafid, desposeyendo del reino al hermano. Su ciencia del derecho lo abarcaba todo.

El sultán mandó levantar una plataforma de mampostería en la gran explanada del Mexuar, en Bab el Buyat, para colocar encima y poder exhibir a Bu Hamara, como una fiera, al populacho. Allí mismo se oían los rugidos de las otras fieras de la *menagerie* del parque real, también enjauladas...

Muley Hafid lo había organizado todo para la entrada espectacular del prisionero; personalmente había cuidado los

menores detalles de la imponente escenografía, imposible de igualar en ningún sitio del mundo; porque allí eran idénticos los personajes de la alta edad media, perennes en la inmovilidad del tiempo, en la quietud de su existencia estática, proyectadas sus sombras blancas, fantasmales, sobre el mismo fondo monumental de entonces, ante la masa grandiosa de las rojizas murallas almenadas, de los enormes torreones rotos, de los arcos carcomidos de las portadas... Todo, en la maravilla de la decoración, viejo, ruinoso, de otra historia lejana, y, sin embargo, con magnificencia deslumbradora de novedad, con el orgullo persistente de un poder inmenso. Era todo, en el panorama inmutable de la tradición, lo mismo que será siempre inerte. El cuadro que habían visto, con semejantes figuras, igual ornamentación y los propios colores, todos los mismos ojos asombrados de la misma historia que fué.

Sobraba espacio para el personaje principal del drama, cautivo en su jaula de fiera rabiosa; pero no había sitio bastante para la muchedumbre que había de asistir al regocijo nacional. Porque nadie quería perderse el espectáculo inconcebible de esta transfiguración de Bu Hamara en el príncipe Mohammed, del héroe fantástico de la epopeya popular en el miserable cautivo de las cadenas... Y todo iba a ser, como traído de la mano de Dios, a la vista de la gente, en presencia de los que inventaron y de los que creyeron. Pero llegó el gran día del fin. La escena, como preparada para un rey vencido, tenía la grandiosidad aparatosa de los fastos históricos; cada personaje, en su puesto; junto a los muros colaterales del enorme ámbito cercado, en la preferencia, los altos cargos palatinos y los dignatarios majzenianos, formados en hileras, como manda el protocolo; también en lugar destacado los magnates y kaïdes del ejército, y con más prestancia que ninguno, superior a todos en arrogancia, como un ídolo temible, el formidable Buxta el Bagdadi, verdadero forjador de la victoria; a la entrada, las bandas de trompetas y tambores; dos mil soldados,

con sus casacas rojas, para la escolta de honor; en lo más visible, los estandartes reales... Y arrinconado y contra las paredes, la masa densa y revuelta del populacho, el inmenso gentío ávido de la emoción instintiva del drama...

El sultán, desde su pabellón azul, en el vestíbulo de la gradería, que era el típico zaguán de las recepciones, iba a presenciar el excepcional acontecimiento sin que le mirasen. Quería ver, a sus anchas, a sangre fría, desde su escondite, el imponente espectáculo de la llegada triunfal de la mehal-la victoriosa con el trofeo a cuestras de su enemigo encarnizado; gozarse, a solas con su odio, de la humillación que sufriría el orgullo de un hombre, casi rey, metido en la jaula...

Un clamor de gritería infernal, de demonios furiosos, de una multitud cruel y enardecida, anunció la presencia de la mehal-la victoriosa. Y sus cuatro tabores, a la vez, en descargas cerradas, hicieron los honores guerreros a la soberanía del sultán, señor de la vida y la muerte.

Cruzó las calles de Fez, entre la tropa, el cansino camello con la pesadumbre tremenda de la jaula, mal asentada en el duro albardón, bamboleada a los vaivenes del paso tardo de la bestia, como una campana con su badajo humano. Y así iba tan mecido y batido el pobre Bu Hamara, que, si no acabó entonces, siendo como era de débil contextura, poco ánimo debiera ya quedarle.

Y, al fin del tránsito doloroso, entró la jaula, con su cortejo armado, en el Mexuar.

Un silencio anhelante apagó las voces de la multitud, fanatizada por la presencia del reo fabuloso.

Aun tardó el Hafid una hora en salir de su mirador y mostrarse a su corte y a su pueblo, con esa característica timidez, embarazosa y ruborosa, de los sultanes. Entonces, al aparecer, fué el estrépito ensordecedor de las bandas militares, que batieron

ambiciosa soberbia de Yilali Zarhuni, favorito de Omar, cuando este turbulento emir fué jalifa en Fez de Muley Hasán y pretendió alzarse con el reino de su propio padre. Tenía el Rogui la faz desencajada, mustia y cenceña, más renegrada aún por la solanera de muchos meses de campaña continua, expuesto ahora tres días a la inclemencia africana del cielo de agosto; la cabeza, descubierta y enmarañada como un abisinio; le relucían de calentura los ojos, muy abiertos, con el furor de un odio infinito; temblaba de frío bajo la candela del sol; la boca contraída, con una espumita en los labios resecos, y enseñando los dientes blancos, muy blancos y felinos, apretados con rabia de morder... No, no había sólo en aquel ovillo de harapos un cuerpo tenue y macilento que se debatía en su propia flaqueza de la carne, sino que allí vibraba con la enorme energía vital de un alma ferozmente indomable, imposible de humillar, toda la bárbara entereza de un rey africano.

Volvióse el Hafid otra vez a su contemplación, extasiado y absorto, sin llegar a explicarse aquella transfiguración inconcebible de un ser que había conocido de distinta manera en otro tiempo.

Y le habló. Por las reacciones de su espíritu martirizado descubriría el secreto de su identidad.

Este diálogo, que se le escapó a la historia, fué escuchado únicamente por el kaid del Mexuar y el jefe de la guardia negra; pero ellos, por su condición de guardadores inquebrantables del secreto de estado, no lo contaron nunca. Además tenían que callarlo porque la dignidad real no salió bien parada de la disputa rencorosa. (A mí me lo contó, en Tetuán, años después, aquel magnífico palaciego que fué Sidi Mustafa Ben Iaix, hijo de Idris. Y, luego, de unos en otros, por los mentideros de la ciudad, en esa crónica viva y charlatana de los cafetines morunos, donde el rumor inverosímil halla siempre la seguridad del testimonio infalible, se fué divulgando esta vez con verdad absoluta lo que se dijeron los dos terribles adversarios).

—Ya estás en Fez, Bu Hamara —le dijo el sultán, recalcando, sarcástico y mortificante, el epíteto injurioso—. Ya estás en Fez. Has tardado siete años en entrar. Y has entrado no precisamente como querías...

—Menos tardarás tú en salir, en huir de Fez... y no precisamente como quieras —replicóle el Rogui, con una fijeza tan penetrante en la mirada que parecía de sugestión. Porque en sus ojos, decían, estaba el maleficio, la fascinación, toda la fuerza subyugadora de sus poderes mágicos.

Muley Hafid hizo por esquivar el influjo dañino de aquellas pupilas de fuego que le dominaban ya con su energía y le dijo, mordiendo la palabra, como un insulto, como una maldición:

—¡Rogui!

Sintió el trallazo en su orgullo Bu Hamara, que no en vano había sido rey, y se incorporó con una rabia de fiera herida:

—Un «rogui» al que le tienes miedo todavía —le respondió con arrogancia, como si en él fuese un timbre de realeza la ignominia del «rogui».

El sultán, enfurecido, le espetó a borbotones, cruel, avieso, silvándole el rugido entre los dientes:

—¿Sabes cómo vas a morir?

—Lo mismo que tus hermanos —le respondió fríamente Bu Hamara.

Miró el Hafid a su kaid del Mexuar y le hizo un gesto de convencida seguridad; también su kaid movió afirmativa la cabeza, asintiendo a lo que pensaba su señor; era sin duda ninguna Bu Hamara. No había en todo el ámbito del Imperio otro que fuese capaz de tan insolente altivez. Era, en su miseria, como un rey en un trono, en su trono de hierro. Es decir, era Bu Hamara.

Volvióle el Hafid las espaldas con desprecio, pero con la hiel de su reconcomio por lo desairado y vejatorio del momento, y retiróse a la gradería de su pabellón para contemplar desde más

alto toda la magnitud de su triunfo y recrearse en el terror sumiso que en el pueblo tenía que causar el escarmiento espantoso de los prisioneros. Porque su seguridad en el reino necesitaba tanto de la desaparición de Bu Hamara como de la mansedumbre resignada de sus vassallos. Al uno le tenía ya metido en la jaula de hierro, esperando la muerte, los otros, acobardados, tendrían que doblegarse a su tiranía. Por las circunstancias de su advenimiento, Muley Hafid no podía ser más que un rey de terror.

Y otra vez atronaron el aire ardoroso de la tarde inclemente las enloquecidas aclamaciones de la muchedumbre, siempre fanatizada por la sugestión en esencia y presencia de la realeza divinizada. El sultán, por sus mismos atributos imaginarios, infundía la gracia prodigiosa de la baraca, que era el milagro, como una lluvia, de la bendición. Y los humildes, magnetizados, se echaron al suelo para conmooverle y endulzarle el corazón con su arrastramiento; y las mujeres excitaban el frenesí con el trinar vibrante de sus alaridos, como relinchos de celo en aquel bestial arrebatado de los instintos bravíos; y las bandas de tambores y cornetas—veinte tambores y veinte cornetas— rompieron a sonar a una vez con el estrépito horrisono de una catarata ensordecedora...

La blanca solemnidad de los cortesanos —como mecida suavemente por las brisas del jardín real, se dobló por la cintura en una rendida y elegante reverencia, diciéndole a la majestad que pasaba: «¡Al-lah bendiga la vida de nuestro señor!»... Nuestro señor, que iba precisamente en aquel momento a vitalizar su vida preciosa con la savia humana de tanta sangre...

Y entonces los estandartes reales se abatieron y ondearon luego a lo alto como un llamear encendido de colores, relucientes de sol.

Toda la estremecida belleza del cuadro imponderable se entenebrecía con la angustia infinita de esta desolación de la inclemencia, de la crueldad de las almas vacías.

El sultán anunció cuatro días de fiestas populares para celebrar la victoria.

Los negros de la guardia levantaron otra vez en peso la jaula de hierro y la llevaron a la prisión del palacio.

Mañana, en el mismo sitio y con los mismos personajes, será sentenciado el suplicio de los prisioneros.

El sol de agosto, con todo su fuego, era nieve en las almas.



CON LA MISMA SOLEMNIDAD QUE LOS ALMOHADES

Dicen que esta fantástica espectacularidad de las ceremonias reales en la corte de Fez, toda la engalanada ostentación de la majestad en la exhibición pública de los sultanes, no es más que un reflejo desvanecido, un destello apenas de la grandiosidad aparatosa de los almohades. Asimismo, que el protocolo cortesano en las funciones rituales de la realeza, el culto ostensible al sultán, la severa y reverente etiqueta palatina, ya no es sino un mero trasunto de aquella imponente suntuosidad de los almohades. Pero lo que aun reste del esplendor de antaño, sea de gracia ingénita o de herencia venerada, vestigio histórico o norma original, lo que todavía cautiva y seduce al asombro de la contemplación imponderable, es ese conjunto maravilloso, sin orden ni concierto, de tantos elementos decorativos en una sorprendente confusión de colores y formas, en toda su bárbara opulencia descomunal. Y, sin embargo, no reverbera la magnificencia oriental ni el lujo deslumbrante en la ornamentación del cuadro sugestivo, ni se lucen casacas doradas, ni sombreros de plumas, ni rutilantes condecoraciones, ni preseas, ni bandas, ni collares, nada, en fin, de todo ese detonante oropel tan imprescindible para la encarnación de la jerarquía europea. Aquí, en el estupendo escenario, todo es extremadamente sobrio, ingenuo y sencillo; intensamente blanco, de resplandeciente nitidez, en

el señorío imperial; de viva policromía en lo abigarrado de la plebe haraposa; desgarbado y rudimentario en la soldadesca; fulgurante en el flamear tornasolado de las banderas de las cofradías y los estandartes reales... Para el encanto y estupefacción de los ojos no hay atractivo igual en el viejo retablo de la maravilla de Fez, en este instante de un día memorable de regocijo en la corte: colores empapados de luz y luces embebidas de cielo, el sol abrasándolo todo en su plenitud encendida, la ciudad relumbrante en su resplandor de nieve, un reflejo dorado y rojizo en las murallas y en los torreones que cierran, en lo azul, la escenografía monumental... Las murallas y los torreones, tan carcomidos y desmoronados, como si le hubieran arrancado la piel y estuvieran en carne viva, sangrando todavía, palpitantes... En las almenas, sobre el arco de la puerta del Mahroc, en cada pico de los muros reales, colgaban ya las cabezas de centenares de prisioneros, los últimos cogidos...

El sentido reverencial de la fortaleza es el mismo en todas las ciudades de Marruecos. Son ciudades hechas para la guerra, metidas en un cerco apretado de murallas, con sus puertas cerradas de noche; las casas, con paredes macizas, sin huecos al exterior, aspilleradas como castillos; el adorno más reiterado en la decoración de sus edificios es el festón de almenas... Marruecos es un pueblo que vive en una perenne Edad media. Como si los almohades no se hubieran ido...

Todo el lujo en el Imperio lo lleva y lo luce el caballo. Es el único ornamento vivo de la sociedad que ostenta en sí, recargada, la magnificencia fastuosa de la realeza oriental. De oro y plata, terciopelo y brocado, damasco y guadamecí, cordones, alamares y borlas de seda componen las guarniciones, gualdrapas y jaeces del caballo. No hay al aire libre otro alarde tan pavoneado de su atuendo como este orgullo del caballo. Es, sin duda, una huella indeleble, una reliquia arqueológica de un culto antiguo.

Como los caballos consagrados al Sol. A veces, como en el séquito regio, el caballo, sin jinete, con sus arreos más ricos y vistosos, es portador del amuleto más reverenciado de la fidelidad al rey. Es como si el caballo llevara entonces otra insignia imperial.

El escenario y los personajes son hoy los mismos de ayer. Mejor diríamos que este escenario y estos personajes son iguales en todas las épocas, idénticamente los mismos, como si estuvieran quietos, estáticos, vivos e inmutables en el tiempo, sin edad ni futuro. Ya está el sultán, receloso y huraño, casi escondido en su pabellón; los camarlangos de palacio, los esclavos y los pajes, sumisos y serviles, pendientes del gesto del señor; los visires y los figurones del reino, en su sitio; los grandes kaïdes de la milicia, con sus sables desenvainados, firmes, cuadrados, en una sola fila, con arrogancia de campeadores; la tropa, tan estrafalaria, con sus uniformes arbitrarios y sus armas distintas, en tropel, sin formación ninguna; el pueblo, la masa revuelta del gentío, en un montón, empujado contra las murallas; la jaula de hierro, con su fiera humana, en mitad del espectáculo estrepitoso; el rebaño de los prisioneros, junto a la jaula del que fué su rey.. Todo lo mismo que ayer. Igual que siempre. Como si la historia se hubiera inmovilizado en el instante peor de su vida y no supiera andar al paso del mundo.

El Hafid no quiso acercarse hoy al cautivo enjaulado. Pero sí el jefe de la guardia negra, que metió el brazo entre los hierros y de un voleo con el puño le obligó a Bu Hamara a levantar la cabeza para que mirase al sultán, que era el único modo de que lo reverenciara. Y Bu Hamara, resentido por los malos tratos de sus tres antiguas heridas de guerra, desfallecido y agotado por los tremendos sufrimientos, con el dolor y la vergüenza continua de los ultrajes y oprobios que soportaba de la multitud enfurecida, apenas si tenía ya un poco de resistencia para sentir. Era casi sobrenatural su fortaleza humana en el martirio. Y no podía más.

Pero hoy el personaje principal del espectáculo no es Bu Hamara, sino el hatajo tembloroso de los prisioneros. Habría en la reata unos doscientos, bien uncidos y sujetos entre bayonetas y gummies. Todos los ojos de la muchedumbre, con el ansia y la curiosidad de la sentencia inevitable, iban de un lado al otro de la manada angustiada de los miserables a la blanca majestad del Hafid, aparecido entonces en el vestíbulo del escenario real como la sombra pavorosa de la venganza. Y otra vez fueron sobre la egregia estirpe, como una lluvia de gritos, los clamores en la boca contraída de la multitud, con sus bendiciones y exaltaciones de idolatría y de miedo, pero con el odio latiendo en el corazón; y otra vez las genuflexiones solemnes de los cortesanos y la voz hueca y campanuda del corifeo del Mexuar aclamando la victoria del rey. Todo lo mismo que ayer. Pero más cobardía y más rencor en las almas.

El sultán, con su imponente severidad, imperturbable, echó atrás la capucha de su yilaba y mostró al aire libre su recia cabeza de testarudo, cubierta con el gorro rojo de los palatinos. Fué un ademán expresivo, casi involuntario, de arrogancia retadora. Quería dominar, subyugar, a fuerza de ser duro, cruel, implacable. Apretaba la mandíbula furioso y le relucía en los ojos una chispa siniestra. Por su mano, en aquel instante, él mismo hubiese matado. Parecía sentir aborrecimiento de todo, de su pueblo indomable, de la rebeldía contumaz, de los prisioneros despreciables, de la hostilidad europea que le acechaba, con sus cónsules, al lado allá de estas mismas murallas...

Fríamente hizo un gesto al kaid de la tropa guardiana de los prisioneros, que esperaba la orden. El kaid extendió el brazo y separó de la caterva amontonada, a granel, una treintena de condenados. Después, por saber si interpretó bien el designio,

interrogó con la mirada al sultán. Y el Hafid, luego de tantear con la vista la cuantía del rebaño humano, le indicó, con los dedos de una mano en alto:

—Agrega cinco.

El kaid, a manotazos, arrebató de la trailla acorralada cinco víctimas más para el suplicio. Y otra vez, ávidamente, miró al amo de la pobre ralea cautiva:

—Agrega dos —respondióle el sultán.

De otro zarpazo arrebató a dos más.

Pero aún no estaba saciada la vileza del sayón. Tiró de otro mísero y lo arrojó, como un guiñapo, ante el sultán:

—Este —le dijo— era el jefe de la banda de cornetas...

El Hafid se pasó un dedo por la boca, como un cuchillo.

Todos lo entendieron: que se la rasgaran, de oreja a oreja, para que no volviese a tocar el himno a ningún Rogui...

Empujó a otro:

Este, que se llama Bu Yamaa Ben Yilali, era el portaestandarte de Bu Hamara.

—Que le corten la mano derecha —dijo el Hafid, sencillamente, con una irónica sonrisa.

Luego, acabada la ceremonia judiciaria, el montón de los prisioneros escogidos así, al azar, fué llevado a la explanada de la Puerta del Mahroc, lugar del suplicio.

Una gran caldera humeaba la pez hirviente para el cauterio de las mutilaciones.

Un gentío inmenso iba a presenciar el final del drama terrible.

Los que queden de los que lo vieron tendrán que contarle lo mismo que yo.



UNA ESTAMPA EN EL ALBUM

El lector que haya seguido conmigo, de mi mano y con mis pasos, y por tantos agrios senderos desapacibles, el relato vivido de esta historia sufrida, habrá de sorprenderse, sin duda, del salto que vamos a dar, desde donde quedamos, a otro episodio más avanzado del suceso, dejando, como en olvido, el final de aquel trance terrible de los prisioneros condenados al martirio. Dejemos la caldera hirviente de pez, preparada para el cauterio de las mutilaciones; dejemos, asimismo, a los verdugos carniceros con sus herramientas de matarifes, listas en la mano para cercenar; dejemos, también, envuelto en el humazo denso de la hoguera, el gran escenario de Bab el Maharoc, la célebre «puerta de los holocaustos», lugar propiciatorio de tantos sacrificios en carne humana; dejemos a la multitud frenética y fanática, con su gritería y su bullicio de feria, ansiosa de presenciar, a sangre fría, el tormento de la reata miserable... Dejemos la visión dantesca de este cuadro, que no es ahora el momento de rememorar tribulaciones cuando todo es festejo y regocijo, y vamos a enlazar el hilo de la crónica fiel con otras ocurrencias de la misma historia.

Fué la tarde siguiente a la llegada de Bu Hamara a la corte de Fez. Más que las penalidades y vejaciones sufridas desde que cayó en manos de la soldadesca en el santuario de Beni Mesara; más que el cansancio agotador de tan largas jornadas con el peso

de las cadenas; más que la inanición y el desaliento, lo que le rendía a Bu Hamara era la propia flaqueza de su cuerpo, resentido todavía de las tres viejas heridas de la guerra, exacerbadas por el tremendo bamboleo de la jaula de hierro en que vino metido, cargada sobre la giba de un camello. Zarandeóse tanto la débil fragilidad de su ser en aquel balanceo incesante, como de una campana, que toda la energía prodigiosa de su ánimo férreo se le desmoronó de pronto. Y el desfallecimiento de la carne y el letargo del alma dejáronle como sin vida, sumido en un angustioso sopor de agonía.

Se asustaron sus guardianes y temieron que el sultán les culpara de haberse excedido en el mal trato, llevados por su afán del mejor servicio a la justicia del rey. Porque esto, sin apelación, habría de costarles todo el peso de la cólera soberana, temible en sus arrebatos. Y no sabiendo qué hacer, en el aturdimiento le manoseaban para reanimarle; le empaparon en agua de azahar a fuerza de aspersiones; le prodigaban las más dulces palabras de consuelo, como un lenitivo a la congoja; le hicieron tragar sorbos de té, de leche agria, de zumos aromáticos...

Todo en vano. Porque Bu Hamara, insensible, no reaccionaba con ningún estimulante. Parecía muerto. Una palidez cadavérica le demudaba el rostro, un sudor helado se le cuajaba en la piel, un leve estertor le jadeaba en el pecho...

Los guardianes, atribulados, empavorecidos, corrieron a demandar auxilio para el moribundo, y también para ellos mismos, intimidados por el miedo al rey. Acudió Embarec, jefe de la milicia negra de palacio, vinieron igualmente desolados los servidores de la casa real. Todos eran a la vez por infundir sus propias ansias de vida en el mísero desfallecido que se moría.

Y en aquel momento de desalentada zozobra, inesperadamente, como traído por un sino fatal, apareció allí mismo, en los umbrales, la blanca figura de Muley Hafid, fantasma de su propia

blancura. Derramó su mirada enconada, recelosa, por la estancia sombría y la clavó, sondeadora, en cada uno de los consternados personajes de la escena imponente. Detuvo luego la llama furiosa de sus ojos en el cautivo desmayado y lo miró sin piedad, pero con penetrante ahinco, como si quisiera adivinar en su abatimiento la culpa de los otros. Y dió en seguida rotundo, apremiante, dos órdenes a los esclavos: que avisaran al médico de la misión militar francesa y que se presentaran a toda prisa los kaídes de la mehal-la capturadora del Rogui, sobre todo Bu Auda, el que la mandaba. Iba a cobrarse en ellos la vida que se le escapaba del prisionero. Porque —y esto era su rabia, que maldito si le importaba una vida más o menos— temía quedarse sin saber la historia íntima de la sublevación de Bu Hamara, que habría de ser la razón poderosa que pudiera esgrimir contra la política y la acción impertinente de Europa, tan metida —tan entremetida— entonces en los asuntos interiores del Estado. Si el Rogui se muriese —y en ese instante era lo que más inminente parecía— a la tierra se llevaba el secreto del origen y el impulso de su rebelión. Unos momentos de su vida valían en aquella ocasión como el más alto interés de la política del Imperio.

Me decía después Idrís Ben Iaix que, en su largo tiempo de funcionario palatino, jamás había visto a un sultán en tal extremo de enfurecida indignación. Lo creyó capaz de arrancarle la vida a los culpables por su propia mano. Parecía fuera de juicio. El carácter de Muley Hafid —me decía— no se aplacaba con nada en sus ímpetus de fiereza. Porque era eso, una fiera.

No se sabe por qué remedio heroico de la medicina europea o qué bebedizo le diera la curandería supersticiosa, el caso fué que por su virtud el prisionero recobró poco a poco el aliento y volvióle a su ser la vida que se le escapaba. Abrió los ojos Bu Hamara y deslizó su vista en torno a lo que se le aparecía como todo nuevo en su resurrección, sin que acabase de entender lo

que pasó ni dónde estaba. Calmóse, asimismo, el sultán y se acercó a su cautivo, con una sonrisa tan forzada que le hacía más cruel su gesto despiadado. El genio implacable del Hafid no podía disimular el encono frente a su adversario. Pero, a pesar de su rudeza, se inclinó y le puso una mano en el hombro, diciéndole el saludo de la fraternidad musulmana: «¡esselam alicum!». Hizo luego un ademán, que todos comprendieron, y se quedó a solas con el Rogui. Pero los dos esclavos de su confianza, como dos centinelas, fieles custodios de la vida del rey, se mantuvieron firmes junto a la puerta, con la mano en la empuñadura de las afiladas gumías y la mirada atenta a cualquier gesto del señor. Porque si Bu Hamara parecía inerte y sin vigor ninguno, todos le tenían por mágico prodigioso y en posesión de las más diabólicas artes del maleficio, capaz allí mismo de aniquilar, en un instante, con sólo su vista, al propio rey.

Lo que hablaran, nadie lo pudo decir después; pero, como la soberbia del sultán se excitó ante la terquedad insolente del cautivo, su vocerío sí lo escucharon los que estaban fuera. Y le gritaba el sultán, queriendo devorarlo con los ojos:

—¡Si no me respondes a lo que te pregunto, te echaré vivo a los leones!

Y dicen los que lo supieron, que Bu Hamara, con toda la energía imponderable de un valor sobrehumano, tuvo las palabras más despectivas para la arrogancia del rey. Y que el rey, iracundo, fuera de sí, le lanzó la terrible sentencia:

—¡Morirás en la boca de los leones!

Y dicen que Bu Hamara, con su voz tenue y cortante como un cuchillo, le pronosticó:

—Y tú morirás en la boca de la gente.

Años después me contaba el Hach Abilal que aquella profecía se había cumplido, porque el sultán Muley Hafid tuvo que abandonar el trono antes de los tres años, expulsado por las acusaciones de todas las lenguas sueltas del Imperio. Acabó, como le dijo el vaticinio, en la boca de la gente.

El Hach Abilal había sido el esclavo más querido de Bu Hamara y después el favorito de la alta servidumbre del Hafid, llegando a ser kaid Mexuar de la Mendubía de Tánger.



LO QUE NO HICIERON LAS FIERAS

Entonces Fez, muerto Bu Hamara, cuidó sólo de disimular y redimirse de cuantas culpas de lenidad y «colaboracionismo» —lo hubo en todos los tiempos, en circunstancias semejantes— pudiera acusarle la intolerancia de un déspota rencoroso como el Hafid. Se encogió Fez en su solapada mansedumbre, pasiva y defensiva, y procuró olvidarse del suceso, como si la formidable historia vivida hubiese sido un sueño sin nunca despertar. Por eso no quiso enterarse del último episodio. Ni tampoco Europa llegó a saber el final de aquel drama que le salpicaba de sangre. Los corresponsales tangerinos lo contaron a sus periódicos como se lo contaban de Fez, y la fantasía se desbordó por el mundo armando su revuelo. Tánger era entonces el punto central del planeta para la difusión universal de las palpitaciones del Imperio. Tánger era como un sismógrafo que avisaba las grandes conmociones africanas. Y el hilo telegráfico iba señalando la línea vibratoria —las oscilaciones de la gravedad— en la política europea. Dos corresponsales officiosos y astutos —Harris y Leclerc— orientaban y desorientaban a la opinión mundial con el tendencioso sentido de sus comunicados, cada uno desde el puesto de mando de los objetivos en pugna. Muchas veces marcaban el paso a la diplomacia, que aparentaba dejarse llevar por la sensación del acontecimiento.

Tánger, para las cancillerías, era el oráculo del Delfos. El mismo, que repetía lo que le dictaba el que estaba detrás...

Y así fué también todo lo urdido en torno a Bu Hamara. Y cuando Bu Hamara acabó, como ya no servía su ficción para nada en la política internacional, el último instante de su vida y de su muerte tuvo apenas un eco apagado en la curiosidad europea, que se desvaneció pronto en la indiferencia mundana de los que volvían del veraneo. La diplomacia se encogió de hombros también y ya no añadió nada a la nota —su famosa nota colectiva— ni respondió nada tampoco a la réplica contundente del Hafid, «de que lo había matado porque le dió la gana». Algún escritor francés y colonista utilizó «la muerte del Rogui» para un título novelesco; otro le quiso dar aires de relato verídico; sirvió luego de romance al cancionero popular; lo volvió leyenda el narrador del zoco; fué copla de las muchachas en la fiesta del aduar; se refería en las caravanas al paso del camello; lo contaban los viejos todas las noches... Después, insensiblemente, ni esto siquiera. Pronto se iba olvidando, porque pronto otra sorpresa precipitaba lo inesperado del Imperio. Nunca como entonces la historia de Marruecos, cada día, en un soplo, se la llevaba el vendabal de la contienda... Y se le iba con la historia la vida, sin sentir, como esos ríos que no llegan siquiera al mar, bebidos por la tierra.

Pero en la sombra más escondida del Imperio se mantenía acérrimo, con un fanatismo sectario, el culto fidelísimo de los grandes kaides a su glorificado sultán Muley Mohammed, como le reverenciaban llamándole así, porque ellos jamás podían decirle «Bu Hamara» ni «Rogui», que en sus labios hubiera sonado a profanación o perjurio. Y en ellos sobrevivía el héroe y su epopeya de los siete años con toda la ciega veneración de una idolatría. Ellos no podían dejar en el misterio tenebroso de un crimen vulgar la muerte de su rey. Les faltaba por desgarrar la

última sombra en que lo envolvieron. En Fez contaban con partidarios en la misma casa real, en la servidumbre del harén, en las filas de la guardia negra, en los altos cargos de la corte, hasta en los propios familiares del sultán... En ese ambiente recatado, soterrado, callado como una tumba. Ellos se acercaban cautelosos, y sonsacaban a los que encubrían la verdad. De este mismo modo se ha tenido que hacer muchas veces la historia en el mundo. Precisamente esa historia que está en los labios y no se escribe.

Muley Hafid no se decidía, no se atrevía, mejor dicho, a matar a Bu Hamara. Le atemorizaba el infortunio fatal que pudiera venirle de su maleficio. El mágico, el hechicero, tiene todavía en la superstición del moro casi existencia de dogma. Y Bu Hamara apareció siempre en la imaginación popular como un nigromántico estupendo que les llenaba de asombro. Su fama de mago y de adivino era aun mayor que la de su intrepidez y audacia de guerrero. Era, sin duda, un héroe nacional; pero era también un ser portentoso, con dotes sobrenaturales. Una vida casi con potencia de milagro, iluminada por un don de Dios. Poner mano en ella podría costarle caro. Y Muley Hafid le tenía miedo. No se aventuraba a matarlo. Tal vez su propósito fuese dejarle en la mazmorra como una demostración palpable y perenne de que lo tenía allí, en sus manos, preso y vencido, y exhibirlo como un testimonio vivo cuando le conviniese, tal como hizo con su propio hermano Mohammed, el príncipe tuerto.

Pero había de por medio una complicación internacional que volvía el asunto de otro modo. Bu Hamara representaba, por el pecado original de su impulsión a la rebeldía, una política determinada en Marruecos, la de la intervención, en pugna con otra que tendía a la internacionalización, ya patente desde la Conferencia de Algeciras. Era entonces Alemania, que sujetaba los pasos de Francia y le suprimía elementos de dominación.

España continuaba al margen de la discordia, sin arte ni parte, quieta en sus cinco plazas de soberanía. Inglaterra lo miraba todo, como siempre, metida en el Mediterráneo...

Y unos y otros, sin ponerle las manos, mataron al Rogui.

Bien es verdad que el Rogui, por su propia flaqueza, el trasiego en la jaula y los sufrimientos del cautiverio, se moría, se moría sin que le valiera para salvarse, en aquel trance de muerte, un tan vano y tan huero paliativo como la nota colectiva del Cuerpo Consular. La nota, por una equivocada referencia de su texto, que le anticiparon los agentes al Hafid, precipitó, sin duda, la sentencia.

Yacía el Rogui en su celda, tirado en el suelo, sin aliento de vida, desfallecido de alma y de cuerpo, resignado a morir. Aislado del mundo tantos días, sin saber nada de nada, sin una palabra de lástima o consuelo, sin nadie al lado que le aliviara su desamparo, se había resignado a morir. El fatalismo lo llevaba en la sangre. Por eso, cuando entró Embarek y se le quedó mirando con aquella dureza sin misericordia, como de quien mira por última vez a un enemigo mortal, comprendió que era llegada la última hora de su sino...

—No puedo andar —le dijo, para que no creyese que era miedo.

Embarek llamó a dos esclavos.

Lo levantaron en sus brazos con la ligereza de lo que no vale ni pesa nada. Uno se lo echó a la espalda, como un saco con el despojo humano.

Salieron al patio de la «menagerie». Los leones olfatearon la carne y la pidieron con sus rugidos.

Lo dejaron en el suelo, como un guñapo de ropa rota y sucia.

Bu Hamara lo miraba todo con pasividad y lentitud, como si quisiera adivinar —¡el adivino!— su suerte postrera.

Embarek, secamente, con la prisa del que quiere acabar, le espetó, rudo, cruel:

—¡Vas a morir porque lo manda sidna!

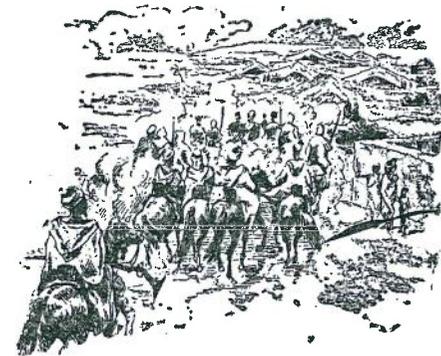
No respondió nada Bu Hamara. Musitó la fórmula de la profesión de fe...

Y al concluir la última palabra, Embarek, jefe de la guardia negra, le disparó su revólver en la nuca, no en la frente, donde estuvo la señal del rey.

Después, para cumplir toda la sentencia, le cortaron la cabeza, antes de que acabara de morir.

Después, el miserable cuerpecillo del ajusticiado se lo arrojaron a las fieras. Y las fieras, tan repulsivo estaba, no lo comieron.

Después, los cónsules estaban leyendo la nota al sultán...



LA CABEZA DEL ROGUI

El sultán Muley Hafid, hostigado por la ingerencia, cada vez más insoportable, de los agentes políticos y de las representaciones consulares europeas, fué a refugiarse en Dar Debibag, casa de campo y recreo, especie de cantón solitario, inabordable, a dos kilómetros de su palacio de Fez. Una mehal-la, la más fantástica, extendía el círculo de su campamento en torno a la bien guardada posesión real, que en tales tiempos de turbulencias dinásticas y de insurrección de pretendientes no era posible que un sultán dejara de protegerse en cada sitio con una fuerte guarnición de tropa bien armada, que sirviérale de reverencia y de custodia. La artillería de esta gruesa columna fué emplazada frente a la puerta de la casona invulnerable, como un homenaje también de alto honor a la presencia del rey, porque los cañones, en la época heroica del Imperio, representaban lo que otro cualquiera de los atributos de la majestad. El cañón, como todos los símbolos de fuerzas casi sobrenaturales, tenía en la idea del moro un sentido de baraka, de bendición intercesora. Citaremos un caso —mi caso— ocurrido precisamente el día mismo de nuestra llegada a Zeluán con la mehal-la del xerif Naziri. Temía, y no sin razón, Gabriel Delbrel, mi compañero en la aventura entonces, que Bu Hamara le castigara rigurosamente por no recuerdo qué sospechas de desconfianza, de aquel tiempo en que le sirvió como jefe de

Estado Mayor, y me pidió, con la angustia en su alma, que, apenas llegáramos a la alcazaba y a la presencia real, yo me abrazara a un cañón y no me separase hasta que Muley Mohammed, el Pretendiente, me concediera su libertad y la garantía de su vida, tan en peligro entonces, y que yo tenía que pedir y lograr de esta manera tan extravagante. Que era, en verdad, una similitud del derecho de asilo. Una forma supersticiosa del indulto. En realidad, nada y todo. En este caso una vida.

Pero hasta su retiro apacible y deleitoso de Dar Debibag persiguió a Muley Hafid la oficiosidad impertinente de la diplomacia europea. Hasta allí —cercado ameno del harén— le llegó la exigencia enojosa de la nota consular, misión inútil de una diplomacia torpe que no acertaba a ganar el asenso del monarca intratable. El cuerpo acreditado le había solicitado una audiencia para la entrega solemne y en corporación del documento conminatorio, y el sultán, ya avisado de la pretensión diplomática, le tenía preparada una sorpresa imposible de concebir.

Europa estaba horrorizada por los suplicios y atrocidades cometidas en Fez con los prisioneros del ejército de Bu Hamara. ¡Aquellos terribles carniceros verdugos que cercenaban, como podían, a corte de cuchillo, las manos y los pies de la pobre reata en cautiverio! ¡Aquella caldera hirviente de pez, donde metían para cauterizar los muñones de los miembros mutilados! ¡Aquella enorme ristra de cabezas cortadas!... Todo el horror del cuadro espantoso de Bab el Mahroc había estremecido la conciencia de Europa con su visión de barbarie y allí iban los encargados de misión a llevar al sultán la nota hiperestésica de la sensibilidad exaltada. Marruecos no podía ya desembarazarse de Europa. Había metido la diplomacia sus narices en el seno mismo del Imperio y ya no había manera de librarse de la intromisión pegajosa. Debemos advertir que ya estamos en pleno septiembre de 1909. Es decir, que la diplomacia europea lleva nueve años

de componendas, tratados, conferencias y declaraciones en torno a Marruecos, y se ha llegado ya al extremo crucial de las rivalidades. Alemania ha ganado tiempo e influencia y es consejera al oído del sultán; un triunvirato de tres grandes kaïdes, Glauï, Aïsa y Metugui, sostiene la ficción del Estado; han fracasado en Fez, sin remedio posible, las embajadas francesa y española, de Regnault y Merry del Val; el famoso corresponsal inglés, Mr. Harris, fué expulsado de Fez, conminado por el sultán; el Mokri llevó a París una misión de avenencia, porque los jinetes franceses ya galopan por la Chauïa y por el Sur oranés hasta Figuig, Colomb Bechar y Bu Denib, y avanzan por Uxda, ya ocupada, y por Casablanca, en dominio triunfal...

El príncipe de Bulow razonaba entonces su política en Marruecos de este modo: «Nuestros métodos no han sido siempre los mismos, pero el objetivo no ha cambiado jamás. Los tiempos y las circunstancias varían perpetuamente, y en política el método importa menos que el resultado práctico». Y con esta teoría, ganó en Marruecos más influencia que nadie.

En este ambiente de tan revueltos aires internacionales iba a presentarle a Muley Hafid su carta de reconvencción el Cuerpo Consular acreditado. Por eso, en Dar Debibag, todo era hoy movimiento y ajeteo de servidumbre, como de preparativos para una acelerada recepción. Se habían levantado dos grandes y suntuosas tiendas imperiales en la explanada, entre la puerta de la residencia y la batería de honor. Una de ellas, más espléndida, para el sultán; la otra, grata y mullida, para servir como antesala a los diplomáticos en su larga y fatigosa espera. Era el día 10 de septiembre, a las once de la mañana, y el sol caía a plomo derretido, quemando la tierra.

El sultán, instalado en su tienda, huraño y desabrido, demora el momento de la entrevista perdiendo el tiempo en asuntos pueriles y vulgares. A veces, sale un esclavo y se pone a otear el

camino de Fez, como al acecho de alguien que ha de llegar. La servidumbre, pendiente de cada gesto malhumorado del señor, atemorizada, no le quitaba ojos de encima. El señor se impacientaba cada vez más.

Entretanto, en la otra tienda, se consumía de calor la representación diplomática de las grandes potencias.

Al fin, la embajada —tres cónsules y un protocolo— fué llamada a la presencia de la majestad imperial.

Con tres ceremoniosas reverencias dió comienzo la escena. El sultán pasó la mirada sobre cada uno de los cumplimenteros y con un leve ademán indicó que esperaba la razón del mensaje. El cónsul francés, como decano, dió lectura a la reprensión del alto Cuerpo diplomático de Tánger por los suplicios bárbaros de que fueron víctimas los prisioneros de Bu Hamara, y las potencias solicitaban del sultán que hiciera desaparecer del Imperio esas costumbres brutales, que ofendían los sentimientos de la civilización...

La nota fué sencillamente una fórmula para salir del compromiso ante el mundo y despenarse del propio remordimiento. Un modo de aplacar el mal humor de Europa por las intemperancias del sultán. Es decir, en una palabra, ese remedio piadoso que se recomienda para las anginas de pecho, de «no hacer nada como si se hiciera». En resumen, un papel mojado, o como decían los franceses *un chiffon de papier*. Un *chiffon*, un guñapo. Como tantos otros papeles, con ínfulas de protocolo, que se escribieron, se rompieron y se tiraron.

La nota parecía inspirada con despreocupación y redactada con desdén. Vamos a reproducirla en sus mismos términos y en su propia lengua, para que no pierda el sabor que tuviese. Decía :

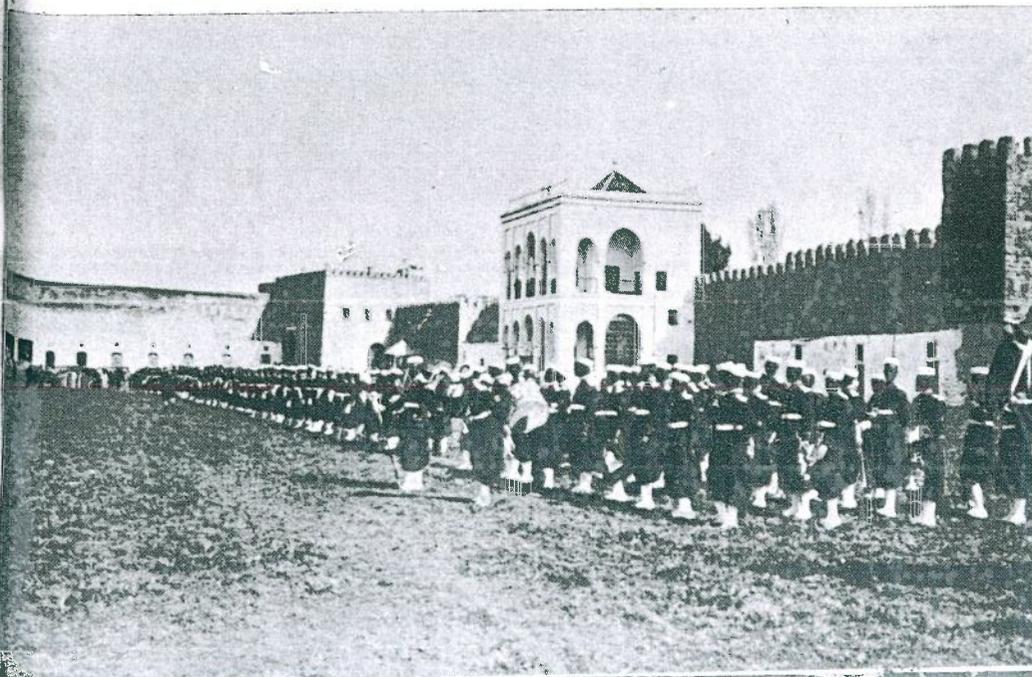
Note collective. Le Corps Diplomatique s'est ému des supplices infligés récemment á Fez á des prisonniers il a décidé d'appeler

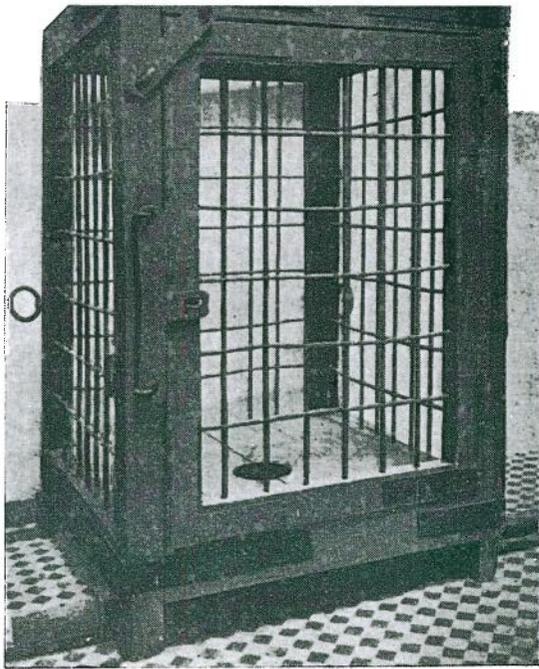


El famoso Buxta El Egdadi, temil las mehal-las xerifianas, que prepar paña última contra Bu Hamara. Sirvi sultanes y no fué otra cosa en su l que un guerrero incansable.

☆

La gran plaza del Mexuar, de Fe Guardia del sultán vestida hoy a la En el pabellón de la derecha se situa Hafid para mirarlo todo sin que l Desde ahí presenció la entrada de Bu en la jaula y la colocación de ésta er de la explanada, ante sus vent palacete.

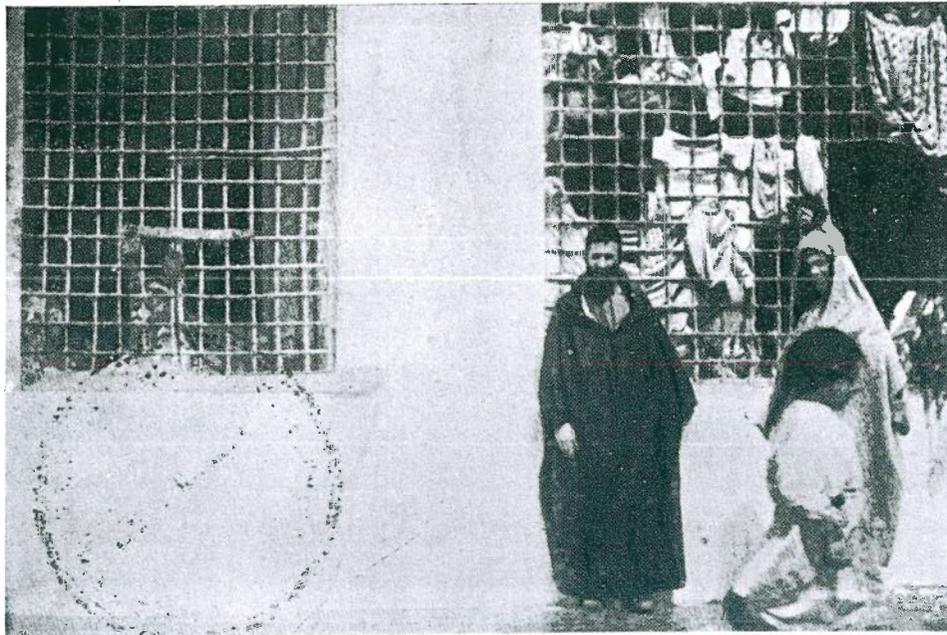




Esta es la jaula donde metieron a Bu Hamara, no sólo para mayor seguridad, sino para que no lo destrozaran a zarpazos las multitudes enfurecidas. Así lo veían y no lo mataban. Era también el único medio de que la soldadesca no le acabase a golpes. Todavía se enseña esta jaula en el Museo de Fez y quiere ser allí como una juiciosa advertencia a discolos y ambiciosos, porque ni fué el primer rebelde que estuvo en una jaula ni será el último.



En la rebelión de Fez, los desamparados de protección acudían al seguro bien amurallado del Mexuar y el sultán les cedía las jaulas vacías de las fieras. Ahí está, al lado, la de los leones, que no quisieron la carne macilenta de Bu Hamara.



respectueusement l'attention de Sa Majesté Chérifienne sur la réprobation que ces procédés ont provoqué dans le monde civilisé.

Le Corps Diplomatique exprime le vœu que Sa Majesté Chérifienne veuille bien prendre l'engagement formel de reconcer á des pratiques depuis longtemps tombées en désuétude au Maroc et condamnées par les lois de l'humanité et qu'Elle interdise toute torture, tout châtement produisant des mutilations ou la mort lente.

Le Corps Diplomatique est persuadé que S. M. Chérifienne voudra bien, en édictant ces mesures, s'associer au désir manifesté par les Puissances dans l'intérêt supérieur de la civilisation.

Terminó su lectura, trémula y solemne, Mr. Gaillard, representante de Francia y decano del cuerpo consular de Fez, y alzó la vista para mirar al sultán, que seguía pernicioso sobre la ancha y mullida colchoneta blanca, cosquilleándose con la mano los dedos de un pie, y con la mirada también fija, escrutadora, hosca, clavada en cada uno de los personajes de la tremenda historia de un día.

Se hallaban presentes, según la referencia oficial, con el Hafid, su gran visir el Glauí y Aisa Ben Omar, su teórico ministro de Asuntos Exteriores, como titulaba pomposamente Europa al que firmaba las comunicaciones —simples cartas políticas— al estilo de la diplomacia del país.

Por la parte europea asistían, con M. Gaillard, el Dr. Probst, por Alemania; Mr. Loehr, por Austria-Hungría; el señor Cortés, por España, y Mr. Mac Leod, por Inglaterra y Portugal. Esta nutrida concurrencia no concordaba con el número de tres cónsules y un protocolo que dió entonces la referencia de los informadores. Es decir, que eliminaron a dos de donde había cinco.

Muley Hafid no entendió, naturalmente, ni una palabra de lo que leyó el decano. Pero aquella altisonante alusión al «interés supremo de la Civilización», sí le escoció al sultán como un

eauterio. Era un léxico que siempre le sonaba igual en las exhortaciones de las embajadas y en los textos usuales de la diplomacia. Con esa frase se estaba haciendo la invasión del Imperio y se le exigía la europeización. Con esa misma frase se había derrumbado a Abdelaziz. No podía escucharla Muley Hafid con paciencia.

Tradujo un intérprete el mensaje declamatorio, y, como advirtiera el Hafid, en contra de lo apercibido por sus consejeros, que la nota ni insinuaba siquiera lo de la exculpación de Bu Hamara —que ya estaba sin cabeza—, lo achacó a lenidad europea, y ya tranquilo, se retrepó perniabierto en su soberana colchoneta, que era su trono, y muy ufano y jactancioso, provocativo y retador, contempló sonriente, irónico, la claudicación de Europa, que allí, aturrullada ante él, doblada la cintura para el rendibú a su insolente majestad.

Pidió el decano al sultán que le diese alguna respuesta a la nota para informar de su resultado a la diplomacia de Tánger, y bien se explayó el Hafid en la réplica que no esperaban.

Muley Hafid, con suavidad mordiente, tragándose las bilis, rechazó la queja, liviana y timorata, del Cuerpo diplomático de Tánger. «Los prisioneros —les dijo— tomaron por árbitro de su suerte las prescripciones de la ley islámica y se les aplicó, con el rigor que merecían sus culpas, la ley del talión, formulada en nuestro código fundamental, principios que yo ni nadie podríamos transgredir ante la mirada de los musulmanes... Todos los países del mundo castigan los crímenes de la rebeldía, y que se mire cuál es menos severo, si el nuestro cortando una mano o el de los otros quitando la vida plena...».

Fué largo el discurso del sultán, que era hábil legista y dogmático consumado, y cuyo mismo texto fué luego transmitido a la representación de las potencias en Tánger, y hasta publicado con aires de polémica en algún diario tangerino...

Y en este preciso instante entró el jefe de la guardia negra y le dijo al sultán algo al oído...

El rostro de Muley Hafid, tan duro siempre de expresión, se transfiguró, contraído en una mueca de cruel alegría.

Y les dijo a los cónsules, secamente, con el tono altanero y rotundo del que da por terminada la audiencia:

—Bu Hamara ha muerto esta misma mañana. Podéis comunicarlo así a todas las potencias.

Y así era, efectivamente. El jefe de la guardia negra había traído del palacio de Fez y dejado en la otra tienda, en un envoltorio de saco, la cabeza del Rogui.



LA CRONICA QUE TODAVIA NO SE HA ESCRITO

La muerte del Rogui causó en Fez una tremenda impresión. Fué de asombro y zozobra para las clases opulentas de la aristocracia feudal, desafecta y conspiradora, que nunca había reconocido de buen grado la proclamación del Hafid; dignatarios y próceres, magnates de la casta y el privilegio, jefes de la sangre y la estirpe, potestades del ejército, esclavos de la casa real, favoritos de la llave y el sello; todo este bien acomodado apogeo de la cumbre dorada se echó a temblar muerto de miedo, con las almas en vilo. Ellos temían por sus cargos y honores, regalías y privanzas, fueros e inmunidades, censos y prebendas... Todo lo que absorbían del zumo del Imperio. Porque el sultán —se propalaba en los zocos y en los mentideros de la corte— iba a ajustarle las cuentas al reino. Y en el saldo podrían liquidarse muchas vidas y haciendas.

También en los orondos y apacibles visires del consejo imperial, el suplicio del Rogui produjo alarma y estupor, ya que esperaban en seguida la represalia europea por la pertinacia en las torturas culminadas ya en esta última condena, que parecía una provocación. Y no era la ocasión oportuna —1909— para darle a Europa otro pretexto de intervención. Las potencias —Francia, Inglaterra, España y Alemania— habían pactado ya sus convenios sobre lo esencial de la política africana. Y lo esencial no era nada más

que esto: autorización para invadir, a costa los unos de los otros; tolerancia, a cambio de transacciones; un Acta con doce firmas; intervención de las aduanas para garantía del empréstito de sesenta y dos millones; embajadas de acá para allá y de allá para acá; un Banco del Estado constituido sin dinero del Estado; un anticipo ya de diez millones... Y donde se pisaba no se quitaba el pie. Estaba justificado el miedo de los visires del consejo.

De espanto fué, asimismo, el efecto que había de producir en la masa, cándida y simplista del pueblo llano, la muerte de un ser al que tenían por sobrenatural y dotado de todos los poderes mágicos de lo maravilloso. Se refería, entre tantos testimonios de su omnipotencia, que había vaticinado a El Menebhi, cuando estaban los dos en la misma cárcel, que llegaría a ser visir de Abdelaziz y poderoso favorito del Imperio, y todo fué luego así, tal como lo dijo, porque el Menebhi fué uno de los más influyentes personajes de la corte. Se contaba también que, entonces, y allí mismo, en la mazmorra, el Rogui pronosticó, cuando nadie lo creía, que él subiría más alto que El Menebhi, porque sería proclamado sultán. Y así fué. Y, como el portento más asombroso de lo sobrenatural, se citaba su evasión de esa cárcel, sin que nadie lo viera... Por esto era incomprensible que Bu Hamara se dejase coger y se dejase matar. El que lo consiguió tendría poderes superiores a los suyos. En las manos brutales del Hafid se desvaneció el fantasma como una nube, como una sombra. El Hafid era la fuerza de la destrucción. Con la cabeza del Rogui se había derrumbado una epopeya, pero también una idolatría.

Y al límite extremo llegó la estupefacción del Cuerpo Consular acreditado, que hubo de aguantar, allí mismo, cuando acababa de leerle al soberano la nota europea de protesta, que, ante sus propios ojos, casi a sus pies, le echasen, rodando, la cabeza del ajusticiado...

Y el sultán... el sultán se quedó con la nota en la mano, sin entenderla en francés, y lleno de rabia por aquella intrusión impertinente de la diplomacia extranjera, y precisamente cuando se consideraba, con la victoria y con la sumisión aterrorizada del Imperio, más seguro que nunca en su reino.

Todo Fez estaba acobardado. Se replegó sobre sí mismo y enmudeció, sin atreverse a descubrir su terrible zozobra. La inmensa capital, angustiada, se sumió todavía más en lo más reconcentrado de su desvalimiento, y esperó, agazapada, que se apaciguara la furia del sultán, ahito de sangre...

Las cien mil almas de Fez eran llamas temblorosas que podían apagarse con un soplo. Nunca la opulenta villa imperial tuvo el ánimo tan en vilo por el miedo al rey. Aquella cabeza cortada y tirada a la cara de Europa no era sólo el remate de una contienda vencida, sino el comienzo, otra vez, de un régimen de tiranía sin freno ninguno, sin la resistencia de una rebelión como la de Bu Hamara. Y esto era el miedo de Fez.

La vida de la corte, en este instante, se diluía en un sigilo de silencio de tumba. Siempre los asuntos del palacio imperial fueron inviolables, como cosa sagrada, para la curiosidad de la gente. El Mexuar, en lo íntimo y familiar de su recinto, era un misterio que nadie se hubiese atrevido a violentarlo. De tradición secular, el pueblo se mantenía ajeno a todo lo relativo a la casa real. Era un secreto que jamás salía a la calle. Por eso, en esta ocasión, retraída y cohibida la ciudad, nadie sabía nada tampoco de la muerte del Rogui. Era un arcano que guardaban dos o tres personajes de la corte y unos cuantos esclavos de la servidumbre. Y en el seno reducido de esta confianza recatada ninguno hubiera podido hablar. Todos, los de puertas adentro del palacio, parecían ignorar el trance último de aquel ser fabuloso que desapareció en la propia sombra del rey muerto. Y en la calle, el suceso, como otro cualquiera de la crónica vulgar y sin historiador, se

desvanecía consumido por la indiferencia pasiva de la costumbre. La gente no quería saber nada y Fez estaba muerto de miedo.

Se había visto, sí, ante el mundo, rodar la cabeza del Rogui en aquel mediodía, devorado de sol, en Dar Dehibag, el palacio de recreo del sultán. Se sabía también que Embarek, el jefe de la guardia negra, había llevado al Hafid el mensaje y el trofeo... Pero nada más.

Ni Mr. Gaillard, cónsul de Francia y decano del Cuerpo Consular acreditado, podría decir más. Y tenía que informar a su Gobierno y al Cuerpo diplomático de Tánger.

Los otros cónsules y agentes consulares, aun sabían menos.

Pero Bu Hamara se quedó sin cabeza y los leones de la *ménagerie* del sultán se relamieron las fauces, sin llegar a devorar.

Y la crónica, allí mismo, nadie la escribía...



Y DESPUES...

Hemos seguido en pos y en torno de Bu Hamara a través de todo el ancho campo de sus contiendas militares, desde la raya oranesa, de donde salió con su aventura, hasta el escondido vallecillo de Beni Mesara, donde fué el último episodio de la lucha, en un período que abarca siete años, los más turbulentos y confusos del principio del siglo. Hemos procurado contarle los pasos por el mapa de su dominio real, que cruzó tantas veces al son victorioso de sus charangas o al precipitado tropel de la retirada, y hemos intentado también desentrañar el secreto de su fantástica aparición, caballero en su burra, un día de zoco, invocando una orden de Dios contra la mancillada majestad del Imperio. Hemos llegado con sus armas triunfales hasta las mismas puertas de Fez, haciendo temblar de espanto a la dinastía, y hemos vuelto con sus mehal'las a los campos de Zeluán, corte y cuartel de su reino, su base más firme de operaciones en el Rif, donde estuvo tan a punto la ocasión de cambiar el rumbo histórico de tantas cosas en Marruecos. Le hemos acompañado en el trance dramático de la derrota postrera y estuvimos junto a él cuando le llegó la hora de morir, viéndole acabar. Todas las vicisitudes de su vida que yo conocí, quedaron anotadas en el Diario de mi cautiverio, vividas y sufridas muchas de ellas en la misma aventura de sus tropas y sus propias banderas,

en las caminatas errantes por la serranía rebelde, en la tristeza miserable de las mazmorras, en las horas plácidas del campamento, en las ceremonias suntuosas de la corte...

Bu Hamara no es ya un enigma histórico. Todo cuanto aparecía como misterioso y oscuro en torno a lo sorprendente de su encumbramiento repentino, a su doble personalidad promiscuía y a su dominio inconcebible de medio reino, todo quedó ya aventado a los aires de la curiosidad ansiosa. También se desvaneció como en un soplo la leyenda de la fantasía popular, que lo concebía a la manera de un ser prodigioso que todo lo podía con la gracia del milagro y la maravilla, invulnerable a todas las armas de la guerra, nigromante y hechicero, invencible y exterminador... Porque fué herido tres veces en su lucha; no supo salvarse de la derrota; lo metieron en la jaula como a una fiera y acabó sus días con pena y sin gloria... Tal como tenía que sucederle a cualquier mortal con su mismo sino.

También pasaron como ráfagas de historia los otros sultanes de la contienda, Abdelaziz y Hafid. Los dos —los tres— murieron sin reino, perdido por la culpa de ellos mismos. Y si la dinastía se salvó entonces, fué porque Europa la cogió en su mano y la alzó de entre las ruinas, dándole los medios de que subsistiera, ya que por el desdoro en que había caído no la quería nadie, ni sus propios príncipes, ni los xerifes, ni los ulemas, ni los morabitos, ni las zauias, ni tampoco el pueblo, de por sí propenso a las deslealtades y los aborrecimientos terribles. Se desbarataba el Imperio —nunca Marruecos se llamó a sí mismo Imperio— y se precipitaba en la más pavorosa anarquía social, marcado ya su sino con la fatalidad de la declinación histórica. Y fué la intervención europea —la convención diplomática de Europa— la que, del caos turbulento, compuso un Estado nuevo. Le señaló sus límites, que no se conocían, porque la idea de frontera, como nosotros la concebimos, es extraña a las concepciones musulmanas; dió al sultán su sobe-

ranía, que era precaria, sólo reconocida parcialmente por las cuatro tribus majzenianas, que no eran más; estableció la autoridad real en todo el territorio, constituida antes por solo tres jalfatos, con jurisdicción absoluta en Fez, Marraquech y Tafilet, y apoyada en tres grandes kaides, tan tornadizos como el Glauí, el Gondufi y el Metugüi; centralizó los ministerios del gobierno, que no tenían capital fijo, errantes siempre, nómadas como el Majzen; regularizó los imperfectos órganos administrativos, confirmando carácter de funcionarios públicos a los que no eran entonces sino meros servidores personales del sultán; instituyó la enseñanza sobre los principios de la cultura moderna, con cauces universitarios, convirtiendo lo rudimentario de la estera en aulas de magisterio eminente, llenas de sol y de sabiduría; levantó hospitales, que no los había; construyó grandes puertos, modernos aeródromos, pantanos colosales, magníficas carreteras y extensa red de ferrocarriles; labró los campos yermos y desarrolló la agricultura, tan mísera; afloró la riqueza minera; creó industrias y alzó fábricas; abrió al comercio espléndidos horizontes mundiales; la electricidad y el motor impulsaron a las grandes empresas; la alcabala se hizo hacienda y fué ciencia la economía...

Y en esta imponderable tarea ingente de la colonización civilizadora, también diósele a la nación su forma social de derecho político, con unidad constitutiva de territorio, autoridad y poderes, aglomerando en su colectividad refundida los grupos humanos de diversidad racial, tan opuestos por naturaleza a toda mezcla de centralización, renaciendo a su vez el Estado con personalidad jurídica, sus plenos organismos reformados y sus magníficos atributos reales. Y al sultán, para más solemnizarle en su corte de Fez, se le asentó en un trono dorado, con sillón y dosel, todo tan contrario a los usos tradicionales de la realeza profética fundada en el desierto. Y para que todo esto fuera posible, la intervención europea tuvo que imponer en Marruecos, a fuerza

de enormes sacrificios de armas y caudales, la seguridad de la paz, una paz laboriosa y fecunda, tal que nunca conociera.

Pero como en el afán de civilizar hubo tal vez celeridad excesiva, desconcertando el orden natural de las etapas, se originó un desequilibrio entre la actividad progresiva de la colonización y la lenta y rezagada evolución del país —de su estado social—, incapaz de saltar, de un empujón, desde la postración inerte de su decadencia a la cumbre de una espléndida civilización tan extraña a su modo de ser y a su manera de sentir. Por eso, quizá, ha sido esta tremenda desproporción que se advierte en las consecuencias.

Dicen que, no hace mucho tiempo, un publicista inglés, de muy sonado renombre tanto en las letras como en la política colonial, y que había conocido muy a fondo el Marruecos anterior a los protectorados, al volver y hallar, después de cuarenta años de acción civilizadora, esta desconcertante falta de proporción entre la imponente obra del protectorado europeo y el escaso progreso de lo propiamente nacional, asombrado de que todo lo que contemplaba era ajeno al país, hubo de espetarle al sultán, en ocasión de una visita que le hizo en su palacio de Rabat:

—Y tú ¿qué has hecho?

No había hecho nada. Tampoco hubiera podido hacerlo. El protectorado era un ejercicio de creaciones eminentemente europeas, de modos y formas esenciales de civilización occidental, sin nada en ello que pudiese revelar la evolución del país —de lo humano del país— en el sentido del alto nivel de cultura que, de su contacto, esperaban los cándidos ideólogos. Porque todo estaba también en contraposición: las ideas religiosas y morales, sus instituciones innatas, la existencia ancestral de su vida, sus normas sociales, el concepto distinto de la libertad, el sentimiento de la independencia restringido a la tribu, las costumbres y los usos, el pensamiento y el raciocinio, la idiosincrasia inmutable y el peso

de los siglos perennes... El país no conoció nunca la rueda, sigue labrando la tierra con el mismo arado que conocieron los romanos y se viste todavía de la misma manera que lo vieron los fenicios. Así son los hechos. Y no hay forma de protectorado que cambie todo esto en cuarenta años.

Marruecos, sin haber podido poner nada de sí mismo en la soberbia obra del protectorado, sigue como estaba en su primer instante de la iniciación europea.

¿Para qué, para qué, Señor, tanto furor y fervor en nuestras discusiones y porfías con la diplomacia del mundo por aquellos tratados históricos que ni entonces ni después iban a servir para nada?

¿No será preciso volver a empezar, algún día, y preparar otra Conferencia de Algeciras?

¿Quién será el Bu Hamara de ese día?



INDICE

	Págs.
Preámbulo	9
El primer surco del camino en el mar	13
Partiendo el pan con los piratas	17
La oración de la noche	21
Otra vez la sombra del Bagdadi	25
El mapa de Delbrel	29
El agua del santo	33
La primera sombra en el camino	37
La noche sin estrellas	41
La terapéutica rifeña	45
Una sentencia inapelable	53
Como venía la muerte tan callando	57
La bandera azul del milagro	63
Las vidas rescatadas	67
El agua viva de los santos de Snada	71
Un complot contra el Rogui	77
La carta del sultán	81
La alcazaba vacía	85
Un episodio de romance bravo	91
Donde se prosigue el romance del renegado	97
La cuesta del kadi	103
La alcazaba de Zeluán	109
La plegaria del cautivo	117
El enigma del sultán Bu Hamara	123
La sombra de un sultán errante	129

	<u>PÁGS.</u>
La oración en la alcazaba real	133
El banquete a la muerte	141
Una página rota	149
Una página intercalada	155
El mensajero sin destino	161
La verdad que ha de ser historia	167
La política europea en torno a Bu Hamara	171
El atavismo histórico de no querer andar	177
Un debate parlamentario sobre el Rogui	183
Los pasos perdidos del sultán errante	189
La pena de no poder llorar	195
El Rif en el mapa de nadie	201
Yamín Pinto	205
Lo que costó una impostura	211
La estrella que miraba a los hombres	217
Maimón Mohatar	223
Los héroes que nadie ha conocido	229
Un baturro en la escena de un rey	235
Aquellos días en la corte de Fez	241
La derrota postrera de Bu Hamara	247
La noche triste del vencido	253
La fiera enjaulada	259
Donde prosigue el relato del drama	265
Ya está en Fez Bu Hamara en su trono de hierro	271
La desolación de la inclemencia	277
Con la misma solemnidad que los almohades	283
Una estampa en el album	289
Lo que no hicieron las fieras	295
La cabeza del Rogui	301
La crónica que todavía no se ha escrito	309
Y después...	313

ACABÓSE DE IMPRIMIR ESTE LIBRO EL DÍA
VEINTISEIS DE DICIEMBRE DE MIL NO-
VECIENTOS CINCUENTA Y DOS, EN
LOS TALLERES TIPOGRÁFICOS
QUE LA LIBRERÍA CREMADES
TIENE ESTABLECIDOS EN
BEN HOSAIN, 10-12
DE TETUÁN
(MARRUECOS
ESPAÑOL)

8

